

Joshua Max Feldman

El libro de Jonah

Traducción de Damià Alou



Lectulandia

Jonah Jacobstein es un joven abogado de Manhattan que tiene todo cuanto podría desear: dinero, una carrera prometedora y dos mujeres dispuestas a pasar su vida con él. Pero justo cuando está a punto de convertirse en socio del despacho en el que trabaja, tiene una extraña visión en medio de una fiesta que lo cambiará todo. Aunque Jonah hace todo lo posible por olvidarla, será solo la primera de unas cuantas alucinaciones que pondrán su vida patas arriba. Cuando está intentando recuperar la cordura, conoce casualmente a Judith Bulbrook, una mujer inteligente y profunda con una vida marcada por la tragedia, y sus destinos quedarán extrañamente ligados.

Ambientada en el mundo de los jóvenes ejecutivos que forman la élite laboral neoyorquina, esta novela, una versión moderna y gamberra del *Libro de Jonás*, examina al hombre contemporáneo y lo enfrenta a una cuestión antiquísima, ¿es posible que exista Alguien cuya llamada condicione nuestra existencia?

Una divertida novela sobre el amor y el fracaso que se atreve a plantear cuestiones que la ajetreada vida moderna tiende a olvidar.

Lectulandia

Joshua Max Feldman

El libro de Jonah

ePub r1.0

Titivillus 01.07.17

Título original: *The Book of Jonah*
Joshua Max Feldman, 2013
Traducción: Damià Alou

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mamá y papá, con amor

El final de la carretera se hundió en el brillo trémulo del horizonte, y Jonás vio en todas direcciones el desierto sin límites, al que los matorrales que se aferraban a la cara del desierto daban el aspecto de un inmenso mar ondulado. Y Jonás se tumbó boca arriba sobre la arena recalentada con la cara hacia el sol, implacable y carente de color, y reveló su pena ante el Señor.

JONÁS, 5, 1

I. NUEVA YORK

(Cuarenta días y cuarenta noches antes)

Prólogo. La pizca

Jonah conocía la estación de metro de la calle Cincuenta y nueve lo bastante bien como para no tener que levantar la mirada de su iPhone mientras se abría paso por los pasillos entre los viajeros en dirección a las vías. Después de bajar las escaleras hasta el andén, se sintió afortunado al ver que llegaba un tren; se subió a él sin interrumpir el paso, se sentó junto a la puerta del vagón casi vacío y siguió tecleando. En la siguiente estación entró un tropel de gente, pero Jonah se dijo que aquel día se le había hecho muy largo y no tenía por qué ceder el asiento. Pero una mujer mayor — vestida de cualquier manera, con el pelo azul, una cara dulce de abuelita y una nariz que parecía una minúscula campanilla— acabó de pie justo delante de él, y Jonah decidió hacer lo correcto y levantarse.

No estuvo en el tren mucho tiempo, pero cuando se apeó vio que muchas de las personas con las que se cruzaba en el andén estaban empapadas, con el pelo apelmazado en la frente y la ropa traslúcida y arrugada. De todos modos, Jonah se dijo que aguantaban con entereza: caminaban estoicos apretando la boca y mirando al frente, como si cada tarde se empaparan en el camino de vuelta a casa. Pero cuando llegó a la escalera que subía a la calle se encontró con un grupo de veinte o treinta personas que formaban un semicírculo al pie de los peldaños, sin avanzar. Jonah prosiguió unos cuantos pasos. Caía una lluvia torrencial sobre las escaleras de cemento, como una lámina continua, con lo que la luz que entraba en la estación era pálida y brumosa, como si todos se hubieran reunido detrás de una cascada. Los que formaban parte del grupo se miraban entre sí encogiéndose de hombros ante el apuro: punteaban sus *smartphones* o simplemente miraban la lluvia plácidamente, al parecer admirando la pasajera transformación del mundo exterior. Algunos, tras permanecer allí unos momentos, se subieron el cuello de la chaqueta o abrieron el paraguas y se lanzaron escaleras arriba con un valor rayano en lo temerario. Los que entraban en la estación —el paraguas inclinado y el pelo goteando— observaban perplejos aquella reunión, como si encontrarse en el metro un gentío que no se movía y no empujaba —y al que incluso no parecía molestarle estar allí— convirtiera aquel entorno en algo un tanto irreconocible.

Jonah ya había salido tarde de la oficina, pero sabía que en las veladas de QUEST siempre había mucha gente; que tardara otros cinco o diez minutos en llegar al cóctel pasaría prácticamente desapercibido. En otras palabras, tenía tiempo para quedarse allí a esperar a que amainara, y descubrió que le alegraba esa momentánea interrupción de su jornada. Llevaba casi una vida viviendo en Nueva York, y le gustó descubrir que, de vez en cuando, la ciudad aún podía sorprenderle.

Jonah Daniel Jacobstein tenía treinta y dos años; era abogado; ambicioso, soltero y con novia; nunca iba sin su iPhone. Por todas estas razones, sus preocupaciones

solían ser inmediatas, tangibles y facturables. Pero de vez en cuando lo embargaba un estado de ánimo de gratitud. Se asomaba por la ventanilla del tren de la línea Q mientras cruzaba el puente de Manhattan y se quedaba contemplando el edificio Chrysler, el Empire State Building y el perfil de la ciudad sobre el río; se subía a un taxi el viernes por la noche con billetes nuevecitos recién salidos del cajero en el bolsillo para encontrarse con Sylvia (o Zoey); a las cuatro de la madrugada estaba borracho con una enorme porción de *pizza* en la mano que goteaba grasa, y se sentía increíblemente afortunado —igual que en ese momento, mientras observaba la lluvia en la estación de metro— por ser quien era, por estar donde estaba y cuando estaba.

Pero esos estados de ánimo no duraban mucho, claro, y al cabo de un momento volvía a comprobar el móvil, algo que se había convertido en una reacción casi autónoma en él, prácticamente como parpadear. Desde que se había subido al tren había recibido una docena de correos nuevos. Aquella tarde un caso en el que llevaba trabajando gran parte del año había alcanzado una resolución favorable a sus clientes. Le alegró ver en la bandeja de entrada varios mensajes de felicitación de sus colegas, incluso de algunos de los asociados.

Dejó caer otra vez la mano y a su lado vio a un judío jasídico bastante grandote: tenía la cara sonrosada, carrilluda, llevaba un sombrero y un abrigo negros, unos rizos le colgaban suavemente por las orejas, y lucía una barba negro azabache, hirsuta y descuidada. El hombre no era mucho mayor que Jonah, pero sí mucho más corpulento. Un enorme barrigón le sobresalía justo por encima de la cintura. Y escrutaba la lluvia de una manera peculiar, como si en sus gotas descubriera algún significado sutil.

Normalmente, Jonah era un devoto seguidor de la convención neoyorquina de no entablar conversación con un desconocido en el metro bajo ninguna circunstancia. Pero estaba de buen humor, y, en cualquier caso, las convenciones neoyorquinas parecían estar sufriendo una especie de reordenamiento provisional. Y, además, Jonah, cuyo judaísmo se caracterizaba por una profunda ambivalencia, siempre había sentido cierta curiosidad al observar a esos judíos cuyo judaísmo parecía caracterizarse por una certidumbre que les consumía la vida. Comprendiendo que esa era una de las pocas oportunidades que tendría de hablar con un miembro de su (aparente, teórica) hermandad, se volvió hacia el jasid y le dijo:

—¿No hay un número de teléfono al que llamar cuando pasa esto?

Como respuesta, el jasid convirtió los laterales de su rostro carnoso en una sonrisa —ladina, perspicaz—, mostrando sus dientes amarillentos. Dijo:

—¿Cree usted que iría en metro si pudiera parar la lluvia? —Jonah soltó una risita—. ¿Va a una reunión de negocios, amigo mío?

—No, mi jornada ha terminado. Simplemente voy a... un acto. —Se mostraba reacio a calificar de cóctel un acto de beneficencia; descrito así, no obstante, le resultó un poco falso. Pero el jasid lo miró como si estuviera muy impresionado por su respuesta.

—Me he dado cuenta de que era usted un hombre de mundo. ¿Dónde estaríamos, sin gente así? —Tenía una voz sonora, con acento ruso, y un tanto aguda, con un deje decididamente irónico—. ¿Tiene usted alguna tarjeta, amigo mío?

La petición sorprendió a Jonah, pero no vio nada malo en ello: metió la mano en el bolsillo de la americana y le entregó al jasid una de sus tarjetas.

—¡Amigo mío, pero si es usted judío! —dijo el jasid, todavía más impresionado. Estudió la tarjeta atentamente, como si tomara nota de cada línea y de cada dígito de los tres números de teléfono.

—Bueno, me educaron como judío —contestó Jonah.

—¿Y estudia la Torá, amigo mío? —preguntó el jasid, devolviéndole la tarjeta—. ¿Respetas el sabbat?

—Me siento culpable el día de Yom Kipur.

El jasid ensanchó la sonrisa.

—¿Y, naturalmente, conoce la historia de su tocayo, Jonás, hijo de Amitai?

Para empezar, el conocimiento que tenía Jonah de esas cosas lo había adquirido con desgana, y como mucho, tenía un vago recuerdo.

—Había una ballena... —se aventuró a decir.

—¡Amigo mío, hay mucho más que la ballena! —En aquel momento el jasid había acercado un poco más su enorme corpachón a Jonah, que ya tenía la espalda apoyada contra el lateral de una máquina expendedora de tarjetas—. Jonás también era un hombre de mundo, igual que usted. Tenía sus reuniones comerciales, llegaba a acuerdos. Y un día se le apareció *HaShem* y le dijo: «Jonás, ve a la corrupta ciudad de Nínive y diles que a pesar de todo su oro, su elegante ropa y sus grandes ejércitos, solo su cuerpo está vestido, pero su alma está desnuda». —En ese momento el jasid le guiñó el ojo; Jonah asintió sin saber muy bien por qué, y sin saber qué quería decirle—. Pero Jonás tenía otras ideas —prosiguió el jasid—. Intentó huir para que el Señor no lo viera. ¿Y sabe qué ocurrió? Tormentas, ballenas y desastres.

»*HaShem* lo ve todo —añadió el jasid, moviendo un dedo juguetón bajo la nariz de Jonah—. Pensamos que podemos escondernos, pero al final no hay escapatoria. —Levantó la barbilla, gruesa en la parte inferior, en dirección a las escaleras, donde la lluvia apenas había amainado—. Mire lo que ocurre cuando el Señor nos manda un poco de lluvia. Todo el mundo se refugia bajo tierra, todos se quedan desconcertados. ¿No será mucho peor el Día del Juicio, cuando la calamidad nos llueva de lejos? —De nuevo, lo único que pudo hacer Jonah fue asentir, sin tener muy claro hasta qué punto era sincero el jasid, todavía sonriente—. Un día se celebra una gran fiesta. De pronto los ángeles llaman a la puerta de Lot. ¿Qué les va a decir? Recuerde que no todo el mundo consigue un puesto en el arca. América está desnuda, amigo mío, tan desnuda como Nínive. Móviles, ordenadores, naves espaciales, blablablá. El cuerpo está vestido, pero el alma está desnuda.

Jonah se dijo que esa era la razón por la que tenía que evitar entablar esas conversaciones.

—Bueno, todo esto es muy interesante —dijo—. De todos modos...

Esa insinuación de que el diálogo había terminado no fue advertida o no fue atendida.

—Cuando el Señor extiende la mano, no puedes ocultarte en el metro —añadió el jasid—, del mismo modo que Jonás tampoco pudo esconderse en el mar. Cuando las aguas arrastren a los arrogantes, ¿no preferiría encontrarse entre los justos?

—No creo que los arrogantes vayan a ninguna parte.

—¡*Im yirtse HaShem*^[1], viviremos para ver su destrucción! —gritó el jasid.

Todo aquello resultaba aún más desconcertante por la persistencia de la irónica sonrisa en la cara del jasid. Aunque fuera la lluvia aún caía con fuerza, Jonah rodeó lentamente la máquina expendedora de tarjetas en dirección a las escaleras. Pero el jasid acercó aún más la cabeza y la gran barriga a Jonah: tenía un desagradable aliento rancio.

—Recuerde, amigo mío, Dios restaura el pasado. Nínive, el diluvio, Sodoma y Gomorra. ¿No sabe que la historia está llena de once-eses?

Después de esas palabras, la paciencia de Jonah, que variaba en amplitud pero no en la irritabilidad a la que daba paso, se agotó. Podía tolerar que dieran a entender que estaba condenado —¿pues quién podía tomárselo en serio?—, pero moralizar acerca del 11-S, eso era otra historia. Jonah había estado en la ciudad aquel día, y no, no había perdido a nadie próximo, ni tampoco había estado en peligro; pero su experiencia había sido suficiente como para no tener que soportar que alguien lo caracterizara como una especie de castigo divino.

—Si de verdad cree que Dios tuvo algo que ver con el 11-S, es usted tan ignorante como la gente que lo provocó.

El jasid pareció entristecerse y luego negó gravemente con la cabeza.

—Amigo mío, me temo que lo ha malinterpretado todo. Es culpa mía. Yo no fui a la Universidad de Harvard.

—Yo tampoco.

—*Nu*, ¿cree que a *HaShem* le importa a quién considere usted un ignorante?

Y aunque el jasid remató la pregunta con un último guiño más definitivo —como si toda la conversación hubiera sido apenas una broma compartida entre ambos—, Jonah decidió que ya había oído bastante, se acercó a las escaleras y las subió de dos en dos.

—¡Su bar mitzvá no le salvará, amigo mío! —gritó el jasid, y quizás incluso soltó una carcajada al decirlo.

La lluvia continuaba imparable, y enseguida empezó a empaparle el pelo y las hombreras de la americana. Vio a unas cuantas personas que se apiñaban bajo el alero de una zapatería de saldos: se acercó y se apretó contra el escaparate. Jonah no creía que nadie supiera lo que le importaba a *HaShem* —o como quisiera llamarlo—, pero le parecía comprender perfectamente lo que quería decir el jasid: trazabas un círculo a tu alrededor, y todos los que quedaban dentro eran justos, y los de fuera, no. En la

filosofía del jasad —si es que lo era— no había mucho más que eso.

De repente se encontró junto a un negro desaliñado: desgarrado, con una gorra de los Yankees manchada de sudor y unos pantalones cortos con grandes bolsillos, que se cubría las orejas con unos enormes auriculares y fumaba los restos de un porro del tamaño de una uña. Rapeaba acompañando a la música que escuchaba: «¡Todo el mundo hace lo que puede, buscando pasta! ¡Todos lo pasan mal, todos ponen mala cara! Lloramos al enterrar a nuestros negros queridos, y el que era amigo ahora es un fantasma en la oscuridad», canturreaba rítmicamente el hombre con su voz áspera, y luego le dio una calada al porro. Jonah sabía que había oído la canción muchas veces, aunque no pudo identificarla de inmediato. Se le ocurrió que le resultaba mucho más cómodo estar al lado de aquel hombre que junto al jasad. Entonces Jonah se acordó.

—Tupac —dijo en voz alta.

El hombre de los auriculares se volvió y se lo quedó mirando; con aire receloso le dio un repaso de arriba abajo a su traje, hasta que al final soltó una carcajada ronca mientras el humo le salía de la boca.

—¡Tupac! —gritó el hombre—. ¡No ha muerto!

—No ha muerto —coincidió Jonah.

Jonah tuvo la impresión de que aquel encuentro era una respuesta mejor, una réplica mejor, que cualquiera que pudiera haberle dado al jasad. ¿Quién podía decir quién era justo y quién no; quién se salvaba y quién se condenaba? Lo importante era abrirse al mundo y a sus habitantes: vivir la vida, divertirse. Si él trazara un círculo, se dijo Jonah con orgullo, ese sería el compás con el que lo dibujaría.

Al cabo de unos minutos la tormenta había amainado y solo caían algunas gotas, y Jonah comenzó a recorrer las manzanas que lo separaban del cóctel de QUEST. Mientras caminaba por las húmedas aceras de Greenwich Village y entraba en el SoHo, gente empapada emergía con cautela de portales y bares, alzando la mirada hacia el cielo con desconfianza. En un cruce tuvo que sortear de un salto —agarrando el teléfono con fuerza— el enorme charco provocado por una alcantarilla atascada. Luego continuó unas manzanas más en dirección sur y llegó al local: llamado sencillamente 555 Thompson Street, un cartel pintado de azul colocado sobre la puerta, detrás de un cristal, confirmaba que ese era el emplazamiento del 4.º Cóctel y Subasta Silenciosa Anuales QUEST a beneficio de las Escuelas de Nueva York.

Mientras se ajustaba la corbata y se peinaba el pelo con los dedos, intentó recordar qué significaban exactamente las letras QUEST; tenía que ser algo así como Quantitative Educational Skills and Tools^[2]. Se trataba de una organización sin ánimo de lucro fundada por Aaron Seyler, un personaje increíblemente carismático que poseía un MBA por Harvard y se dedicaba al análisis cuantitativo en Wall Street. Tal como explicaba la página web de QUEST, Aaron había decidido que quería hacer algo más con su vida que mejorar los rendimientos anuales un cuarto de punto: quería

contribuir de manera duradera a la ciudad donde había triunfado (aunque después de conocer a Aaron y escucharle hablar, Jonah sospechaba que habría triunfado incluso en una ciudad donde todavía utilizaran conchas y cuentas como moneda). La idea de QUEST consistía en aplicar las herramientas cuantitativas de las finanzas para mejorar los llamados resultados educativos: porcentajes de graduación, puntuación en los exámenes, tanto por ciento de acceso a la universidad, etc. La idea de Aaron, tal como solía explicarla, consistía en aprovechar la energía y la perspicacia que se empleaba a diario para generar miles de millones de dólares para los bancos y los fondos de inversión, y utilizarla para mejorar las escuelas públicas de la ciudad de Nueva York.

Cosa que a Jonah —que en aquel momento abría la puerta del 555 Thompson— ya le parecía bien. Se había criado en un hogar y un pueblo superliberales, y aunque sus ideas políticas se habían moderado en contacto con el mundo no demasiado liberal que existía fuera de Roxwood, Massachusetts (y en los últimos tiempos por necesidad, pues trabajaba para esas corporaciones megalíticas que le habían enseñado a despreciar), seguían siendo esencialmente liberales. Aún no había escuchado ningún argumento que le hiciera dudar de que debía hacer todo lo que pudiera por los marginados y los desfavorecidos. ¿Más dinero para las escuelas? No le parecía mal. Pero tampoco era de los que se comprometían con causas, grupos o comités. Sus ideas políticas se manifestaban principalmente votando a los demócratas, leyendo a Paul Krugman y evitando las invectivas raciales o sexuales. De hecho, es probable que no hubiera asistido a esa velada de QUEST de no ser porque Philip Orenge, un amigo suyo de la Facultad de Derecho, estaba en la junta directiva, y Jonah llevaba tiempo sin verlo; y porque había salido del trabajo relativamente temprano; y porque Sylvia estaba fuera de la ciudad, y Zoey había quedado con su novio (teórico); y, motivo no menos importante, porque habría barra libre. A lo que había que añadir que había completado con éxito un caso importante, lo que le parecía motivo suficiente para tomarse unas copas. No obstante, aunque comprendía que era una mezcla de oportunidad y circunstancias lo que le había impulsado a comprar la entrada de setenta y cinco dólares —mientras salía del pasillo de entrada y accedía al local propiamente dicho—, se le ocurrió que su asistencia a esa velada demostraba alguna cuestión implícita en su discusión con el jasad.

El espacio era enorme, cuadrado, con paredes de ladrillo y un moderno diseño industrial: conductos a la vista que discurrían por el techo de la tercera planta, una pasarela suspendida por encima de los cuatro lados de una planta baja central, donde la gente alternaba y quizá luego bailarían. Las paredes estaban cubiertas de colgaduras y banderines rojos y dorados, un bonito complemento del rojo del ladrillo visto y del negro de la pasarela (y el hecho de que Jonah reconociera esa coordinación de colores le hizo comprender que pasaba mucho tiempo con jóvenes muy al tanto de la moda, ya fueran su novia o su no-novia). Una barra ocupaba toda una pared, y al fondo habían instalado un escenario con un micrófono flanqueado por pancartas que

mostraban la insignia de QUEST: el ojo dentro de la pirámide que aparece en el billete de un dólar, con una especie de escuela arquetípica en la pupila. El local estaba casi lleno, tal como Jonah se había imaginado. Era una multitud apretada, aunque no desagradable, de hombres y mujeres, casi todos más o menos de la edad de Jonah; profesionales, en su mayoría, vestidos con el traje o la falda que habían llevado en el trabajo. A medida que Jonah se adentraba entre el gentío, se cruzó con varias mujeres bastante atractivas; todo el mundo tenía una copa en la mano, y se oía una especie de jazz cubano como música de fondo a esa indistinguible mezcla de conversaciones afables, superficiales o de ligue. En resumen: parecía una escena muy divertida.

En una hipotética continuación de la disputa con el jasad, Jonah reconoció en su fuero interno la frivolidad de todo aquello, y a modo de réplica se acordó de todas las veces en que la vida impedía cualquier frivolidad, y se dijo que la frivolidad era una especie de decisión colectiva por parte de los que participaban en ella, y que muchas veces la vida conspiraba en su contra: así, pues, ¿por qué no tomar una copa, ligar y divertirse? Por la mañana habría reuniones, rupturas, y todos los allí presentes acabarían asistiendo a su ración de funerales. Jonah no era ningún fatalista, pero sus estudios y su experiencia como abogado le habían enseñado que no tienes por qué creer en un argumento para que este sea eficaz; de ahí que se sintiera justificado al iniciar aquella velada de beneficencia cogiendo una cerveza.

Diez minutos más tarde se había bebido tres cuartas partes de la cerveza y caminaba por la pasarela, en cuyo perímetro se había instalado la subasta silenciosa: se habían dispuesto mesas con parafernalia que representaba los diversos artículos para la puja: un lote de productos dermatológicos La Mer para el paquete del *spa*; un plato con un monograma para cenar con Aaron en la Minetta Tavern, y un cesto con quesos para una visita privada a la cava de quesos Murray's. Jonah estaba planteándose pujar por un masaje de aromaterapia para Sylvia cuando distinguió a Seth Davis, un conocido de la Facultad de Derecho, que se encontraba al otro lado de la pasarela. Debido al papel de Philip Orengo en el grupo, Jonah a menudo veía gente de su curso de la facultad en los actos de QUEST. Jonah siempre había apreciado a Seth, aunque nunca habían sido exactamente amigos. Una vez Seth le explicó su decisión de matricularse en el programa máster en dirección de empresas y doctor en jurisprudencia, y entrar en el mundo de las finanzas en lugar de dedicarse a la abogacía, con las siguientes palabras: «Si voy a estar hasta los treinta haciendo semanas de cien horas, prefiero acabar siendo realmente rico que un poco rico». La crisis financiera probablemente había cambiado la curva de esa acumulación, pero Jonah tenía la impresión de que a Seth le iba bien.

—¡Jacobstein! —le llamó Seth al verlo.

Estaba acompañado de un grupo de hombres, todos vestidos con traje, igual que Jonah, y todos con una cerveza en la mano. Jonah se les acercó y se unió al grupo. Lo presentaron y les estrechó la mano. El grupo de Seth estaba compuesto de colegas que trabajan con él en la empresa de servicios financieros, y de sus amigos en la

industria. (La gente que trabajaba en finanzas solía acabar encontrándose en las fiestas, o eso había aprendido Jonah después de casi un año saliendo con Sylvia). El tono jocosos y bulliciosos de la conversación le sugirió que aquellos hombres le llevaban varias copas de ventaja. Comentaban la puja de quinientos dólares por una pelota de béisbol firmada por Derek Jeter.

—Puedes conseguir esa pelota por ciento cincuenta dólares en eBay —le estaba diciendo alguien al hombre que había hecho la puja de quinientos dólares.

—Pero ¿por qué iba a querer darle ciento cincuenta dólares a un gordo en calzoncillos que vive en el sótano de la casa de su madre? —replicó el que había pujado, y los demás se rieron.

—Chicos, no estáis teniendo en cuenta la deducción de impuestos —dijo otro, y teatralmente anotó una puja de seiscientos dólares ante el coro de «¡Oh!» de los demás.

—Sí, pero tu deducción se basa en cuál es el valor de la pelota según un descerebrado con el graduado escolar del Ministerio de Hacienda, ¿verdad, Jacobstein? —le preguntó Seth a Jonah.

—Eh, si quieres mis servicios, tienes que darme una provisión de fondos —contestó Jonah, y los demás volvieron a reírse. Generalmente no participaba en las bromas sobre la codicia de los abogados, algo que solía escuchar a menudo, pero descubrió que casaba bien con aquel grupo de financieros.

—¿Puedes permitirte gastar seiscientos dólares? —le preguntó alguien al hombre que acababa de hacer la puja—. He visto el anillo que le has comprado a Melissa, sé que estás demasiado endeudado.

—En primer lugar, es una circonita cúbica, no un diamante de verdad —contestó ante un eco de más carcajadas—. Y en segundo lugar, siempre y cuando nadie se ponga a comprar propiedades inmobiliarias en los distritos residenciales de Las Vegas, mi bonus de este año me proporcionará toda la liquidez que necesito.

—Estoy seguro de que eso es un consuelo para toda la gente de Las Vegas que está ahogada con la hipoteca —bromeó uno de ellos.

—Oye, si compraste una casa en una zona residencial de Las Vegas en el 2005, mereces estar ahogado con la hipoteca durante al menos otra década —dijo Seth.

Todos volvieron a reír. Sí, son unos gilipollas, se dijo Jonah, pero parecen saberlo, lo cual, de algún modo, hace que se lo perdonemos un poco más. También sospechaba que había algo de cierto en esa superstición colectiva americana —que se mantenía a pesar de los sucesos de los últimos años— de que la economía no podía funcionar sin gilipollas.

En ese momento se unió al grupo un hombre sonriente y desgarrado, de mejillas sonrosadas y cara alargada y ovoide, con una mata de pelo rubio y revuelto. Se llamaba Patrick Hooper —a Jonah se lo había presentado Sylvia—, y aparecía a menudo en actos como ese. Era evidente que algunos del grupo lo conocían, pues cuando se acercó se miraron unos a otros poniendo los ojos en blanco de manera (un

tanto) furtiva. El hombre miró la lista de pujas para la pelota de béisbol y a continuación anotó una de cinco mil dólares. Levantó la mirada de la página, riendo con ganas.

—Lo más gracioso es que ni siquiera me gusta el béisbol —dijo Patrick.

—Qué gracioso —murmuró Seth.

A juzgar por lo que se comentaba, Patrick Hooper era un genio de las finanzas. Según Sylvia, durante los años de auge de los productos financieros ideó una serie de operaciones con materias primas para Goldman de indiscutible rentabilidad y de una legalidad al menos teórica. Eso le había proporcionado unos ingresos suficientes para retirarse cuando tuviera treinta años —la edad que tenía en la actualidad—, acontecimiento que *The Wall Street Journal* había destacado con el titular «SE DESPIDE UN NIÑO PRODIGIO DE WALL STREET». Goldman seguía manteniéndolo a su servicio, al parecer por si conseguía interrumpir alguna sesión maratónica del videojuego *World of Warcraft* para idear algún nuevo dispositivo financiero rentable e infalible. El principal motivo por el que a Jonah le costaba tomarse en serio toda esa cháchara de los niños prodigio era que Patrick se contaba entre las personas más socialmente ineptas que había conocido. La verdad es que no era un mal tipo, pero tenía un asombroso talento para aburrir. La puja excesiva que había anotado para la pelota de béisbol —echando a perder la diversión— era, por desgracia, típica de él: Patrick parecía poseído por la muy simple y muy estúpida idea de que podía superar su torpeza social a base de inversiones, descubriendo algún intercambio de activos que le proporcionara un afecto auténtico, o al menos popularidad. De ahí las fiestas que organizaba regularmente en su enorme *loft* de Tribeca, las invitaciones que repartía sin ton ni son a restaurantes que acababan de abrir y a clubs exclusivos, y las desmesuradas donaciones a obras de beneficencia de última generación como QUEST. Y, de manera predecible, cuanto más pródigos y conocidos eran esos esfuerzos, menos éxito tenía.

—Estoy impresionado de que hayáis venido aquí esta noche, chicos —observó Patrick—. ¿Sabéis?, Aaron y yo cenamos juntos hace un par de noches —añadió sin saber ni querer disimular lo orgulloso que estaba de esa hazaña—. Estuvimos hablando de lo importante que es conseguir que a estos actos venga gente a quien no le importa nada la beneficencia. —Patrick volvió a reírse, aunque esta vez fue el único.

—Bueno, si hubiera sabido que venías... —dijo uno de ellos.

—De todos modos, es realmente irónico —añadió Patrick—. Se supone que las finanzas son malvadas, pero Goldman hace más en términos de responsabilidad social corporativa de lo que una organización como esta podría soñar. Aunque me retiré hace varios años, todavía sigo activo en...

—Bueno —le interrumpió Seth, dándole la espalda a Patrick—. Probablemente cerrarán la barra libre en pocos minutos. —Se volvió hacia Jonah—. ¿Quieres venir?

Jonah sabía que no debía volverse para ver a Patrick mirando los hombros de Seth

con la cándida esperanza de que también lo invitaran. Pero lo hizo; de algún modo la idea de dejar tirado a Patrick le pareció contraria al espíritu de QUEST... fuera cual fuera.

—No, voy a hacer alguna puja —contestó Jonah, lamentando las palabras cuando le salieron de la boca.

Seth se encogió de hombros, casi con aire compasivo.

—Tú mismo... —Y él y los demás se alejaron hacia las escaleras.

—No sabía que tú también estabas metido en QUEST —dijo Patrick cuando los demás se marcharon.

Encima, a Jonah se le había acabado la cerveza, lo cual solo parecía confirmar que había cometido un error quedándose.

—Tengo un amigo en la junta —contestó Jonah.

—¿Adrian? ¿Jin? ¿Abbey? ¿Philip?

A Jonah no le sorprendió que Patrick pudiera recitar de memoria los nombres de todos los miembros de la junta de QUEST; probablemente llevaba meses pidiéndoles que fueran a cenar con él.

—Philip y yo fuimos juntos a la Facultad de Derecho —le explicó Jonah.

Patrick asintió con dos movimientos rígidos de su cabeza alargada.

—Antes Philip había estudiado en Princeton con Aaron.

—Así funcionan estas cosas —replicó Jonah.

—¿Cómo va todo con Sylvia? —preguntó Patrick con una pizca de excesiva impaciencia—. ¿Todo bien? —Y apuró la copa de champán que tenía en la mano con una pizca de precipitación.

De todos los aspectos irritantes de la personalidad de Patrick, ese era el más difícil de conciliar con la creencia de que no era un mal tipo: antes de que Jonah conociera a Sylvia, Patrick la había cortejado sin demasiada sutileza, y lo cierto es que no había dejado de cortejarla del todo, a pesar de que ella y Jonah llevaban meses saliendo en serio. Es cierto que Patrick cortejaba sin demasiada sutileza a todas las mujeres del mundo de las finanzas que conocía; y en momentos más desapasionados Jonah incluso podía reconocer cierta integridad en los intentos de Patrick por encontrar una pareja romántica de su mismo ámbito profesional y fortuna, en vez de salir con una rusa rubio platino cuya mayor aspiración en la vida era que le consintieran todos los caprichos. Pero, aun así, ¿hasta qué punto podías mostrarte simpático con alguien que esperaba poder robarte la novia sin ocultarlo?

—Todo va bien —mintió Jonah—. Todo va muy bien.

—Deberíamos salir a cenar los tres alguna noche —dijo Patrick—. Esa chica es la bomba, debería trabajar con mi antiguo equipo de Goldman. Dile que me mande un correo.

—Por supuesto —volvió a mentir Jonah. Se le ocurrió que quizá Patrick merecía que lo dejaran tirado—. Tengo que bajar y encontrar a Philip.

—El otro día te vi en el West Village —contestó Patrick, al parecer acostumbrado

a proseguir conversaciones que sus interlocutores querían terminar.

—¿Ah, sí? —dijo Jonah, mirando hacia abajo desde la pasarela, buscando entre la multitud el cráneo negro y afeitado de Philip Orengo.

—Estabas en el Corner Bistro con una chica.

El corazón de Jonah comenzó inmediatamente a palpar de manera agitada, y cada latido parecía resonar en su mente con las palabras: invéntate una mentira, invéntate una mentira, invéntate una mentira. Por desgracia, esa actividad mental no le ayudó a inventar mentira alguna, y lo único que consiguió decir fue:

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

Decidirse por una mentira era todavía más difícil por el hecho de que no sabía cuánta importancia le concedía Patrick a lo que había visto: si solo quería continuar la conversación como fuese, o, de manera más ominosa, comprendía que existía alguna relación entre la chica que había visto acompañando a Jonah y sus perspectivas con Sylvia. ¿Quién podía saber lo ignorante o calculador que era Patrick fuera del mundo de los derivados de divisar y noséquécoño?

—Quizá fue hace dos semanas —añadió Patrick, haciendo girar su copa de champán vacía y con sus dedos marcados.

—Ah, sí, ya —dijo Jonah con toda la despreocupación que pudo—. Salí con unos amigos del trabajo.

—La chica con la que te vi era muy mona. —Jonah se devanaba los sesos intentando recordar si había sido lo bastante estúpido (véase: si estaba lo bastante borracho) como para besuquearse con ella en público aquella noche—. ¿Está soltera?

¿Estaba soltera Zoey Rosen? A eso al menos podía contestar de manera sincera.

—Lo siento, tío. Tiene novio.

Patrick echó la cabeza hacia atrás en una muestra de exagerada decepción. A continuación preguntó:

—¿Con quién sale? ¿Con alguien de tu empresa? —Y de nuevo, ¿se lo preguntaba porque sabía que había metido a Jonah en un aprieto? ¿Sabía que estaba en situación de conseguir que le acompañara a todas las cenas, a todos los viajes a los Hamptons y a tomar copas al club que deseara? ¿O simplemente —e irónicamente, menos preocupante— esperaba poder atacar a Zoey? Eso era lo que Jonah obtenía en pago por dar rienda suelta a su liberalismo.

Pero con el siguiente comentario de Patrick consiguió más o menos liberarse:

—De todos modos, si alguna vez rompen, dame su número.

Y la liberación fue aún más completa cuando al cabo de un momento Aaron Seyler (con su metro noventa, su pelo rubio, excapitán del equipo de natación de Princeton, becario Rhodes, MBA, y la persona que Jonah habría juzgado más capaz para resolver la crisis educativa —si es que alguien podía resolverla—, o la crisis energética, o cualquier crisis que llamara su atención) se acercó al micrófono que había en el escenario. Desde la pasarela Jonah observó cómo la percepción de la presencia de Aaron se propagaba entre los asistentes como una ola, y las

conversaciones cesaban y la gente se colocaba donde pudiera ver mejor el escenario. Jonah tampoco podía culparlos: Aaron permanecía ante el micrófono con toda la seguridad en sí mismo y la fe en la aprobación colectiva de un actor que acaba de ganar su tercer Oscar de la noche. Pero Jonah no envidiaba el aplomo, el encanto ni el magnetismo de Aaron; más que dejarse engatusar por él, lo admiraba, pero no lo envidiaba. Tenía la sensación de que si alguien tenía que ser Aaron Seyler, Aaron Seyler era la persona más adecuada para ello.

—No os preocupéis, no hablaré mucho —comenzó a decir Aaron—. Sé que todos os tenéis que acabar la copa y, francamente, yo también. —Ese chiste obtuvo más risas de las merecidas, pero la gente se hubiera reído aunque Aaron se hubiera puesto a leer fragmentos del *Libro tibetano de los muertos*—. En primer lugar, os quiero dar las gracias por haber venido esta noche. Vuestras donaciones permiten que QUEST siga avanzando, y más que por el dinero, quiero daros las gracias por concedernos lo más preciado de todo: vuestro tiempo. También quiero llamar la atención hacia la subasta silenciosa, que terminará a las ocho, y quiero dar las gracias a las organizaciones y las personas que han aportado los productos. Debería señalar que este año tenemos a subasta dos abonos de temporada de los Mets, en caso de que alguien esté lo bastante loco como para quererlos. —Risas—. Estoy seguro de que mi puja de cinco dólares sigue siendo la más alta. —Más risas—. Así que si alguien quiere comprar mis entradas para el primer partido de los Mets de este año... —Risas prolongadas.

En ese momento Aaron se metió la mano derecha en el bolsillo, acercó la cara un poco más al micrófono, y se puso serio.

—Cada año intentamos organizar esta velada para los amigos de QUEST. Muchos de vosotros nos habéis acompañado desde el principio, en la época en que no conseguíamos ninguna subvención y os pegaba un rollo en mi salón en pequeños grupos que probablemente todos os sabéis de memoria. Intentamos hacerlo cada año porque es bueno para el personal, la junta y para mí relajarnos y hacer un poco de vida social con tantos viejos amigos. Pero también lo hacemos porque QUEST, en el fondo, todavía tiene que ver con esas charlas hasta altas horas de la noche que manteníamos en la cocina de Adrian o de Abbey, cuando lo único que teníamos era una idea de cómo mejorar las escuelas de la ciudad de Nueva York, y la fe en que si dábamos la oportunidad a la gente de hacer lo correcto, lo haría.

»Se acusa a menudo a nuestra generación de apatía. Y como miembro de la generación MTV lo bastante mayor como para haber visto reportajes sobre la MTV, comprendo por qué. No, nuestra generación, en general, no comulga con las instituciones religiosas. Observamos la política con un profundo escepticismo. Hemos visto los límites de lo que puede hacer la beneficencia convencional. Pero para mí eso no es apatía. Es realismo. Cuando nuestra generación identifica un problema (e identificar un problema es algo en lo que creo que, coincidiremos todos, nuestra generación ha sobresalido), cuando identificamos un problema en el

gobierno, en la sociedad o en las escuelas, nuestro primer pensamiento no es buscar al pastor, al político o al experto. Nos buscamos el uno al otro. Buscamos a nuestros amigos. Vamos a la cocina de un amigo, nos sentamos, y nos decimos el uno al otro: “¿Cómo podemos conseguir que las energías renovables resulten asequibles? ¿Cómo podemos impulsar la justicia social en este país? ¿Cómo podemos mejorar las escuelas de la ciudad de Nueva York y sus alumnos?”.

»¿Tan arrogantes somos? Sí. ¿Tan estúpidos somos? Puede. Pero también somos así de valientes, esperanzados y seguros de nosotros mismos. Y no somos... no somos... apáticos. Sí, lo haremos a nuestra manera, sí, lo haremos de una manera nueva, a nuestra manera, pero lo haremos. Este es el quinto año de QUEST. Estamos en docenas de escuelas, doblaremos ese número en tres años, la medida de nuestro éxito se sale de las gráficas. Hablemos de la asistencia a clase, de las notas de los exámenes o de lo que sea; lo hemos optimizado. Y lo hemos hecho a base de organizar cócteles, lo hemos hecho con las cajas de comida china para llevar, lo hemos hecho confiando el uno en el otro y creyendo el uno en el otro, y así es como vamos a seguir haciéndolo. Así que, por favor: haced una puja, comprad una entrada para la gala de este otoño, sed lo bastante audaces como para aburrir a vuestros amigos con nuestra historia. Y si hacemos todo eso, seremos la generación de neoyorquinos que salve a esta generación de estudiantes. Pasadlo muy bien, y gracias por venir.

El aplauso que surgió de todos los rincones del 555 Thompson fue cálido, prolongado y sentido.

Cuando Aaron había comenzado su discurso, los que estaban en la pasarela habían avanzado hacia la barandilla para poder verlo, y en esa reubicación de cuerpos Jonah había logrado separarse de Patrick y de su conversación profundamente incómoda. Había divisado a Philip casi justo debajo de él, junto a otros miembros de la junta de QUEST. Durante el discurso Jonah había observado que Philip dividía su atención entre Aaron y la cara y la figura de una morena con los hombros al descubierto, ataviada con un vestido verde, que quedaba justo a las dos en punto de Philip. Durante la perorata de Aaron, Jonah comenzó a bajar la escalera de la pasarela para unirse a Philip, y cuando los aplausos menguaron y se reanudaron las conversaciones y la música, se saludaron con un abrazo con palmada en la espalda incluida.

—¿Cómo va la lucha contra la responsabilidad jurídica corporativa? —preguntó Philip con su cadencioso acento de Kenia.

—Mejor que el plan del alcalde para convertir todo Broadway en un carril para bicis gigante —contestó Jonah. Philip era uno de los asesores del alcalde, y a menudo se le podía ver («como para proclamar la diversidad racial de la administración de su señoría», tal como lo expresaba Philip) en las conferencias de prensa, en la parte de atrás a la izquierda—. ¿Fue idea tuya?

Como ninguno de los dos tenía nada de beber, en un acto reflejo comenzaron a

encaminarse hacia la barra.

—Tu asistencia de esta noche es una agradable sorpresa —le dijo Philip. Se había educado en internados ingleses y, en consecuencia, solía hablar con frases grandilocuentes y sin contracciones.

—Hoy hemos cerrado un acuerdo, así que tengo que irme antes de medianoche.

—Felicidades por las dos cosas.

Mientras se abrían paso entre la multitud, Philip se paraba a menudo para estrechar la mano a uno u otro. Al observarlo —atildadamente vestido con un traje azul pastel, sonriendo con persistente alegría a todas las caras que iba reconociendo —, Jonah se imaginaba enseguida a Philip en el papel al que aspiraba abiertamente: alcalde de la ciudad. Tampoco era imposible. Tenía la inteligencia, el currículum y la astucia instintiva del político (siempre ganaba cuando él y Jonah jugaban al ajedrez); siempre estaba haciendo contactos (aunque nunca con el desenfado de Aaron), y, como se señalaba a menudo, ahora había un keniano en la Casa Blanca y un soltero en la oficina del alcalde. Los vientos políticos soplaban a su favor.

Cuando llegaron a la barra, Philip pidió un vodka con tónica, y Jonah un *whisky*. Mientras esperaban la copa, Philip le echó el ojo a la misma morena de verde a la que casi se había comido con los ojos durante el discurso de Aaron, y que se encontraba en la barra, a poco más de un metro de distancia.

—He observado una fuerte correlación entre los donantes de QUEST y las clases de Pilates —murmuró Philip.

—Esto sí que es un análisis cuantitativo —se rio Jonah—. ¿Vas a pedirle si después de esto quiere hacer una rápida sesión de abdominales?

—Por desgracia —suspiró melodramáticamente Philip—, ya no se me permite llevar a cabo tales invitaciones. Aaron nos mandó un correo bastante contundente sobre la conducta decorosa en los actos de QUEST. Es evidente que le preocupa que algunos miembros de la junta no asistan a las reuniones por los motivos correctos.

—Me pregunto a quién podría referirse —dijo Jonah.

Philip volvió a suspirar.

—Si no hablo en nombre de mi polla, ¿en nombre de quién hablo? —Cuando sus bebidas llegaron, añadió—: Puede que dimita en señal de protesta.

—Pero ¿qué pasaría entonces con las escuelas de Nueva York? —dijo Jonah, y Philip se rio.

Aquella carcajada no fue sorprendente, pero Jonah no bromeaba del todo. Comprendía que el hecho de que Philip formara parte de la junta de QUEST era sobre todo una jugada astuta, parte de una rivalidad que se remontaba a los días en que Philip y Aaron eran dos novatos carismáticos en la misma planta de Princeton. Sí, a Aaron le resultaba útil tener a un asesor negro del alcalde en la junta, pero a Philip también le daba acceso a los contactos de Aaron; y siempre podía dar salida a su frustración al verse jerárquicamente por debajo de Aaron en la organización intentando acostarse con todo lo que pudiera (aunque parecía que Aaron había puesto

freno a esa táctica sin romper su «amistad»). Pero, bien a causa del perdurable efecto de su conversación con el jasid, o por culpa del discurso de Aaron, o por lo que Patrick le había visto hacer, o por la mezcla de todos esos sucesos a lo largo de la noche, Jonah descubrió que quería asegurarse de que la finalidad de aquella velada no era solo tener barra libre y hacer contactos de manera calculada. Dio un sorbo a su *whisky* y le dijo a Philip:

—Ahora en serio. ¿No crees que QUEST esté mejorando esas escuelas?

Philip le dirigió una mirada irónica e interrogativa, e imitando el acento americano (que bruscamente viró hacia el tejano) repitió:

—¿En serio?

Aquel escepticismo tampoco era sorprendente. La seriedad nunca había destacado en su amistad.

—Ilústrame —dijo Jonah.

Philip se dio unos golpecitos en la punta de su nariz ancha y un tanto regia, poniendo cara de pensador. En ese momento Jonah comprendió que no debería haber pretendido que un hombre que hacía carrera en la política municipal le infundiera esperanzas en la salvación de las escuelas de Nueva York.

—Al considerar la idea de aplicar las tácticas de la industria financiera a las escuelas, habría que recordar lo que ha ocurrido en la industria financiera. Sobre todo, yo no confiaría demasiado en la mejora de las notas medias como indicador de una mejora en la educación. Tendría la impresión de que llenar los huecos de una hoja con una cruz es una especie de habilidad en sí misma, quizá no muy distinta de ser un buen jugador de Halo. Eso tampoco ha ayudado mucho a los estudiantes de Nueva York. —Eché un buen trago a su copa y la depositó suavemente sobre la barra—. Me temo que a lo único que ayuda todo esto es a mitigar el sentimiento de culpa de los liberales blancos. El sentimiento de culpa de los liberales blancos y otro mérito más en el currículum de Aaron. ¿Quieres ver una escuela necesitada? Ve a África. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Pero a lo mejor estoy influido por la irritación ante ese repentino brote de puritanismo por parte del fundador. ¿Cree usted, letrado, que QUEST sirve realmente para algo?

Jonah se lo pensó un momento y a continuación separó el índice y el pulgar como si estuviera mostrando un caramelo invisible.

—Una pizca —dijo Jonah—. Aunque las herramientas sean imperfectas, aunque las razones sean, por decirlo así, ambivalentes... a esas escuelas se les dedica más esfuerzo y atención de lo habitual. Es mejor que nada para tus pobres y negros futuros electores de Harlem; ellos lo merecen, aunque tengan acceso a agua potable y limpia.

Philip sonrió y dejó escapar una de sus grandes y prolongadas carcajadas sostenidas por su diafragma, su rasgo keniatá más característico, se dijo Jonah, más aún que su acento.

—Te concedo una pizca —afirmó—. Es una pizca más de lo que haríamos de otro

modo, es una pizca más que no hacer nada en absoluto.

—Es la propina del veinticinco por ciento para el taxista —dijo Jonah—. Es sujetar la puerta del ascensor para esperar a alguien que cruza el vestíbulo.

—Es ayudar a una anciana a bajar las bolsas del compartimento superior —dijo Philip.

Brindaron por la pizca. Era una idea recubierta de ironía, desde luego, pero también tenía un núcleo de consuelo. Mientras bajaban las copas, Philip preguntó:

—¿Y dónde está esta noche la encantadora Sylvia Quinn?

—En Chicago —contestó Jonah—. Por trabajo.

—¿Algo interesante?

—Lo bastante interesante como para que no me haya contado nada.

—Es una mujer impresionante —dijo Philip—. Eres un hombre afortunado.

Jonah suspiró con incomodidad.

—La otra noche Patrick Hooper me vio con Zoey —le confesó. Y añadió—: No hacíamos nada, no creo, solo... salíamos.

Philip le dirigió una sonrisa triste.

—Así que la cosa todavía continúa, ¿eh?

—Lo peor es que le dije a Sylvia que me iría a vivir con ella —dijo Jonah, sintiéndose más culpable que de costumbre al expresarlo.

—Y luego hablas de pizcas.

Jonah hizo girar el vaso sobre la barra y contempló cómo el líquido producía diminutas olas. A veces le sobrevenían esos estados de ánimo —culpa, remordimiento—, pero había descubierto que, por desgracia, al igual que sus contrarios, no duraban mucho, y al final cedían a la lujuria, al aburrimiento o como quisiera llamar a la inexplicable atracción que sentía por Zoey, una vez y otra y otra.

—Supongo que se me fue un poco la olla —confesó.

Philip se encogió de hombros para no opinar. Jonah estaba seguro de que Philip pensaba lo mismo que pensaría cualquier persona razonable: que debía poner fin a aquello de una manera u otra. Pero además de su falta de seriedad, su amistad tampoco admitía que se dieran ningún consejo sincero. Era un límite que Jonah había observado en casi todas sus amistades masculinas (quizás era tanto una base como un límite). Así que, pensara lo que pensara Philip, lo único que dijo fue:

—Bueno, estas cosas pasan.

No lejos de donde se encontraban, Aaron Seyler se estaba trabajando a los invitados, atrayendo toda la atención de las personas más próximas de manera parecida a como el agua fluye hacia un desagüe. La morena que Philip había estado repasando antes miraba embelesada a Aaron. Él aceptaba toda esa adulación con una afabilidad que se aproximaba a la gracia.

—¿Siempre ha sido así? —preguntó Jonah.

Philip se quedó mirando a Aaron un momento, sopesando, o eso intuyó Jonah, todo tipo de ventajas y defectos en un hombre que quizás algún día fuera su rival en

la nominación del Partido Demócrata a alcalde de Nueva York. Al final dijo:

—Aaron se ve a sí mismo como una verdadera pizca. Él no hace ninguna distinción. Cree en QUEST, cree que QUEST está mejorando las escuelas, cree que es la persona más idónea para dirigir esta organización, o cualquier organización. En resumen, cree en algo. A saber, en Aaron Seyler, y eso es lo que lo hace tan extraordinario, incluso en una sala llena de gente bastante extraordinaria.

Jonah se quedó mirando cómo Aaron continuaba sonriendo y aceptando felicitaciones y prestando una gran atención a todo el mundo, y evidentemente haciendo mucho más de lo que cualquiera podría pedirle para ayudar a los marginados y los desfavorecidos. Pero a Jonah se le ocurrió lo siguiente: si a Aaron le importaban tanto los estudiantes de la ciudad de Nueva York —si a alguna de aquellas personas le importaban—, ¿por qué no se hacía profesor?

—Se cree sus propias chorradas —dijo Jonah.

Y en cierto modo fue en ese momento cuando decidió, con total convicción, que debía terminar su aventura con Zoey. Concluyó que era lo correcto.

Mantuvo la convicción durante el resto de la velada y mientras volvía a casa en taxi, hasta que le mandó un mensaje de texto a Zoey: «¿Comemos mañana?». De inmediato sintió la incomodidad y el arrepentimiento preventivo que siempre acompañaba su decisión de acabar sus relaciones con las mujeres, pero se dijo que no era más que la inercia y tanta charla sobre el egoísmo.

Zoey tardó más de una hora en responder, lo cual no era sorprendente, pues le había dicho que iba a pasar la velada con Evan, su (casi) novio. Cuando en el teléfono al fin vibró la respuesta, Jonah se estaba desvistiendo en su dormitorio. «Si pero solo comida. Z = abejita obrera mañana».

Jonah sonrió y escribió: «¿Ocupada esta noche?», pues el hecho de que le enviara un mensaje quizá significaba que Evan se había marchado, y con Sylvia en Chicago podrían... Pero regresó la culpa y borró el mensaje. En su lugar escribió: «Genial, solo comida. ¿A la 1 en tu oficina?».

Pasaron varios minutos antes de que llegara la respuesta: «¿Ahora estoy muy gorda para polvos a la hora de comer?». Y al cabo de un minuto: «Lo sé, lo sé. No te juzgo. Tengo la cuchara en la mano. Comida digna a la 1. Programaremos casquete».

Jonah sonrió de nuevo al ver el texto y enseguida frunció el entrecejo. ¿No le encantaba todo eso? ¿No tenía tantas ganas como ella de programar el casquete? ¿Por qué iba a hacerlo otra vez? Las respuestas acudieron a su mente: Sylvia, Evan, el impulso que había tomado para hacerlo: la culpa se fortaleció. «Te veo mañana», escribió, y luego añadió «nena», porque no quería preocuparla (o al menos esa fue la explicación que se dio).

Pero después de haber apretado el botón de enviar y haber lanzado el teléfono a la cama, se sintió mejor: aliviado de haber tomado una determinación, y orgulloso de sí mismo por haber abordado (o por haberse propuesto abordar) una situación difícil, en lugar de ir pasando de la culpa a la satisfacción de sus deseos. Y más aún: había

hecho lo correcto.

Y entonces se vio a sí mismo en el espejo de cuerpo entero del interior de la puerta del armario. Estaba desnudo, y por un instante se vio como si fuera un desconocido desnudo, sin el beneficio de los prejuicios protectores, las medidas protectoras que adoptaba de manera reflexiva. Se vio a sí mismo con el abdomen destensado, los hombros caídos y la expresión apagada; una picha flácida, del tamaño que tenía en realidad. Se topó con la imagen de un hombre más cerca de la mediana edad que de la juventud: vio el ablandamiento del torso, la redondez de los muslos y los brazos, y divisó mechaz grises entre el pelo negro recortado por encima de las orejas. Y, peor aún, entre las tiras de carne color rosa pálido distinguió a un hombre de irritable vulnerabilidad, de unas proporciones terriblemente finitas, deplorablemente superado por los sucesos del día, por la vida futura. Apartó la mirada del espejo con incomodidad, y de inmediato se puso los calzoncillos que había dejado caer al suelo, tensó los abdominales y el pecho y cerró la puerta del armario. Cogió el teléfono, con la idea de llamar a Sylvia, pero vio que tenía un correo de Doug Chen, uno de los socios de su empresa, solicitándole una reunión para el día siguiente. Jonah tenía un buen instinto para esas cosas; intuyó que significaría algo bueno para él. Después de haber contestado de manera positiva a la petición, abrió unos cuantos correos más, miró qué tiempo haría al día siguiente, comprobó el marcador final de los Yankees, añadió la reunión con Doug Chen a su calendario, añadió la comida con Zoey sin ninguna emoción, recorrió con desgana la colección de nombres y números y aplicaciones y juegos del teléfono: herramientas que abarcaban, descifraban y modelaban todo el mundo si lo deseaba. El mundo era tan jodidamente dócil si lo mirabas a través del iPhone. Apagó la luz del dormitorio y se metió en la cama; le escribió a Sylvia un mensaje de texto: «Espero que a medianoche ya hayas terminado. Te quiero»; colocó el despertador del teléfono a las seis de la mañana, y lo último que vio antes de cerrar los ojos fue el resplandor de la pantalla en su cara...

Y Jonah se sintió mucho mejor.

1. La presencia del señor

A la mañana siguiente la lluvia había cesado, y había desaparecido cualquier signo de que pudiera regresar. El cielo estaba inmaculadamente despejado —de un azul metálico y uniforme, sin manchas de nubes—, y del cielo, de un sol al que parecía que le hubieran practicado un agujero para revelar el incalculable fulgor que había detrás, se derramaba el calor de mediados de agosto. Llenaba las calles y los parques, los portales y los callejones; penetraba en el asfalto y el cemento como el agua que empapa una esponja; se aferraba a los cristales, colgaba en las avenidas flanqueadas por altos edificios como grandes y pesadas cortinas a través de las cuales los patéticos peatones se abrían paso: con la boca abierta, el cuello de la camisa abierto, el sudor salpicándoles el labio superior en finas gotitas, y, en los casos más graves, cayéndoles por la cara en cascadas. La gente avanzaba despacio, sin mirarse. Si la lluvia había provocado una insólita cordialidad en la ciudad, el calor había encerrado a cada neoyorquino en su propia nasa.

Sin embargo, Jonah se despertó a los veinte grados que tenía programados en su aire acondicionado. Le informó de la situación en el exterior el icono del sol graciosamente caricaturizado de la aplicación del tiempo en la pantalla de su iPhone, lo primero que vio al abrir los ojos. Mientras se tomaba el café de pie ante las ventanas de su apartamento en la planta diecinueve, pudo incluso entrever el calor, como si dilatara las aceras y la gente, el mismísimo aire, con visible incomodidad. Pero una cosa era saber que hacía calor y otra muy diferente sentirlo. Jonah era de los que sudan de manera crónica: tenía esa sensación, a la cual era bastante propenso, de sentir demasiado calor debajo de la ropa, de percibir la humedad de la tela tocándole la piel. No padecerlo cuando era algo tan manifiestamente visible aumentaba esa peculiar sensación de satisfacción consigo mismo con la que se había despertado. Era como si hubiera puesto en orden la casa de sus relaciones, como si se hubiera desembarazado de cualquier indecisión y culpa provocada por Zoey por la simple decisión tomada. Y mientras se duchaba, se ponía el traje y se saltaba el desayuno, su mente enseguida se concentró en el trabajo.

Su empleo era a menudo estresante y casi siempre agotador, pero identificaba en él una cualidad lúdica que le gustaba, tanto en la confrontación que conllevaba la práctica del derecho como en la cultura competitiva de su bufete. El hecho de saber que era bueno en ese juego hacía que lo disfrutara aún más. Además, después de tres años en la Facultad de Derecho, los veranos como pasante, y cinco años como asociado en esa empresa, había descubierto que pensar en sus casos y sus clientes se había convertido en algo en cierto modo natural: su mente, más que asumirlo como una carga, se relajaba considerándolo un estado habitual.

El camino desde la puerta de su edificio hasta la calle bastó para confirmar su

intención de coger un taxi para ir al trabajo. No eran más que las siete de la mañana y la temperatura debía de ser de treinta y dos grados. Quince minutos más tarde salía del taxi con aire acondicionado, cruzaba otra acera y entraba en el vestíbulo del 813 de Lexington Avenue, donde el aire acondicionado era más agresivo, y donde se encontraban las oficinas de la Cunningham Wolf LLP. Observó satisfecho que llevaba despierto casi una hora y media, y que había sufrido menos de sesenta segundos el calor del sol.

En el interior del vestíbulo del edificio, una vez pasado el control de seguridad y delante de los ascensores, había un enorme árbol: tenía el tronco negro, estaba muy retorcido, y todo el año el follaje era denso y ovalado, de un luminoso color verde neón. Era una recóndita especie sudamericana que se desarrollaba estupendamente en el vestíbulo sometido al aire acondicionado y a la calefacción (según la temporada) de un edificio de oficinas de la periferia del centro, y cuyo mantenimiento pagaba el banco de inversión que ocupaba las plantas superiores del edificio. Desde hacía mucho tiempo, descubrir cuál era ese coste anual era una obsesión para los socios de Cunningham Wolf. El cálculo más extendido era de sesenta mil dólares al año. Antes de la quiebra, el rescate y la reforma, el primer año que ocuparon esas oficinas los empleados del banco corrieron desnudos alrededor del árbol el día de su primer bonus: una vuelta cada cincuenta mil dólares. Un espectáculo del que disfrutaron los abogados que trabajaban hasta tarde y se tomaban un descanso. En ese espectáculo había algo agradablemente pagano, había pensado siempre Jonah: aquellos jóvenes sin ropa sujetando sus cheques en alto, riendo y gritando mientras daban vueltas alrededor de un tronco enorme y nudoso. Y aunque el ochenta por ciento de esos banqueros eran hombres, había otro veinte por ciento. Pero entonces llegó la crisis global, y con ella la necesidad de mostrar austeridad, lo que puso fin a la tradición, aunque, por lo que había oído Jonah, los bonus tampoco eran mucho menores. Por supuesto, el árbol seguía allí, y quizás a causa del recuerdo de aquel ritual, Jonah experimentaba un leve afecto hacia él cada vez que se molestaba en levantar la mirada del teléfono o del café de camino al trabajo.

Subió hasta el piso veintinueve, se dirigió a su oficina, cerró la puerta y pasó las dos horas siguientes delante del ordenador, trabajando. Durante ese tiempo no dejó de comprobar repetidamente su correo personal, de examinar los marcadores de béisbol, ni de atender la actualización del estado y las fotos de los demás en las páginas de Facebook (casi nunca actualizaba la suya), ni de leer fragmentos de una docena de artículos del NYTimes.com. Pero integraba esas actividades como breves descansos del trabajo, que le permitían no sentirse nunca abrumado por el tedio de una sola tarea. La mañana era productiva, se dijo, no a pesar de las diversiones, sino por ellas.

Salió de ese ensueño digital a eso de las nueve y media. Llegó su secretaria, que lo saludó de pasada. Dolores era veinte años mayor que Jonah, afroamericana, nunca sonreía, y sentía debilidad por las blusas estampadas. Su trabajo era competente, y no tenía intención de mejorarlo. La relación entre ambos era básicamente cordial —a

veces más, a veces menos—, y Jonah hacía lo que podía para mostrarse paciente con su poco interés por el trabajo, porque comprendía que había habido otros asociados antes que él, y que habría otros después, y que muchos abogados eran unos capullos.

—Hoy tengo que irme temprano —le dijo Dolores en cuanto se hubo quitado el abrigo—. Mi hermana está en la ciudad. De repente su marido se ha vuelto alérgico al marisco, así que no puedo hacer gambas para cenar.

—Muy bien, Dolores, ningún problema —dijo Jonah.

—De vuelta a casa tengo que pasar por D'Agostino, en la Segunda Avenida.

—Claro, no hay problema.

Jonah se tomó una segunda taza de café, que le sirvió para seguir trabajando de manera concentrada durante otros cuarenta minutos. Se daba cuenta de que el café era una necesidad para pasar el día (lo había sido a lo largo de toda su carrera), pero era igualmente consciente de que cada vez le hacía menos efecto, por lo que se limitaba a cuatro tazas al día, a no ser que tuviera un juicio. Ya se había tomado casi dos tercios de la taza número dos cuando le pitó el teléfono, recordándole que en un cuarto de hora tenía una reunión con Doug Chen.

La reunión le había rondado por la cabeza durante toda la mañana, y aunque había procurado no pensar en ella, comprendía que era otra de las causas de su buen humor. De los treinta socios de Cunningham Wolf en contencioso y arbitraje, Doug Chen formaba parte de la élite, era uno de los pocos a quienes los socios sénior confiaban los casos principales, los clientes más importantes. También era una especie de icono entre los asociados. Era un hombre siempre muy acicalado, y famoso por ello: en la oficina nunca se le veía sin los zapatos, negros o marrones, relucientes, el nudo Windsor de la corbata tenso y formando un trapezoide de precisión matemática, y el pelo, negro azabache, separado en una raya que parecía trazada con cuchilla. Todo eso complementaba su reputación —merecida, según la experiencia de Jonah— de ser una de las mejores cabezas jurídicas de toda la empresa, si no de la ciudad: enciclopédica en su conocimiento de los precedentes, perspicaz tanto en la teoría como en su aplicación, astuta cuando había que serlo, infatigablemente atenta al detalle. De hecho, probablemente sería ya socio sénior de no ser por un aspecto de su carácter que, al tiempo que remataba su estatura icónica, resultaba casi imposible de conciliar con todo lo demás que se sabía de él: Doug Chen era adicto a las *strippers*. El rumor más repetido era que le habían retirado la tarjeta de crédito de la empresa porque, durante el curso de un juicio en Miami que duró un mes, cargó cuarenta mil dólares en clubs de *strippers*. Un rumor más dudoso aseguraba que desapareció tres semanas en Puerto Rico y dejó embarazada a una muchacha de diecinueve años.

A pesar de ello, constituía una figura muy importante en la jerarquía del bufete, y no era alguien con el que los asociados se reunieran cara a cara y en privado. Y aunque, como era lo más probable, solo deseara repasar los detalles de un informe escrito por Jonah o algo parecido, era una señal prometedora para Jonah que Doug Chen conociera su nombre.

Pero tras reconocer para sus adentros lo mucho que esperaba de esa reunión, a Jonah le costó concentrarse en otra cosa. Acabó revisando su cuenta de Gmail, borrando mensajes viejos y contestando otros antiguos: en uno felicitaba a una amiga del instituto de la que hacía tiempo que no sabía nada por el nacimiento de su hijo; en otro escribió unas líneas a un conocido de la universidad que se había trasladado a Ámsterdam.

Al final ya solo faltaban cinco minutos para la reunión. Se puso en pie por primera vez desde que llegara a la oficina, tres horas antes: se abrochó la americana, se arregló el pelo en el incierto reflejo del cristal de su diploma enmarcado (Facultad de Derecho de Columbia, 2005), salió de la oficina y recorrió el pasillo hacia la puerta de Doug Chen. Mientras caminaba comenzó a sentirse inesperadamente nervioso —como si tuviera un mal presagio— y se preguntó si debería haber pasado la hora anterior revisando los detalles de los casos que tenía a su cargo. Pero ¿había algún detalle que no conociera al dedillo? Se tranquilizó diciendo que tanto daba si Doug Chen le preguntaba cómo revisar el correo en un iPhone o le interrogara acerca de los detalles de su trabajo. Llegó a la oficina de Doug Chen, encontró la puerta entreabierta, llamó y entró.

La oficina era del tamaño apropiado para un socio de su nivel, y por las ventanas de detrás de su escritorio se veía una amplia panorámica de la ciudad: en dirección sur se divisaba el edificio Chrysler y los rascacielos más anónimos que lo rodeaban. En el alargado alféizar no había nada más que una piedra tallada y pulimentada: era de color pizarra, de sesenta centímetros de grosor, más o menos del tamaño y la forma de la tarjeta de suscripción de una revista, con una base de madera roja. Lo único que colgaba de las paredes era un Mondrian de más de dos metros. El escritorio estaba igual de desnudo, a excepción de un teclado y una pantalla de ordenador plana; no se veían libros de derecho de lomo roto, ni carpetas color manila a reventar, ni fajos de papeles sujetos por una goma, ni siquiera las obligadas fotos familiares que ocupaban el escritorio de todos los demás abogados de Cunningham Wolf, el de Jonah incluido. Doug Chen estaba sentado, tecleando en silencio.

—Por favor, siéntate —dijo Doug Chen cuando entró Jonah. Este le obedeció, y Doug Chen juntó sus manos tersas y sin vello delante de él. Como de costumbre, sus ojos castaños y con gafas mostraban una calma absoluta, casi sobrenatural, como afirmaban todos los asociados. Miraba todo lo que tenía delante con la misma fijeza inmutable y carente de emoción—. Tengo entendido que por fin se ha alcanzado un acuerdo en el caso Ardis, ¿verdad? —preguntó.

Parecía haberse entrenado para hablar al mínimo de decibelios y poder hacerse oír al otro lado del escritorio.

—Exacto, Doug —contestó Jonah, intentando duplicar ese volumen.

—Ryan Parr está encantado con tu trabajo.

—He aprendido mucho de Ryan.

—En general, parece que has demostrado una impresionante competencia en la

aplicación de las leyes de patentes.

Era un comentario tan extrañamente anodino, pronunciado con tan poca inflexión, que por un momento Jonah se preguntó si lo decía con sarcasmo. Pero Doug Chen no solía recurrir al sarcasmo.

—Gracias por decirlo, me alegra escucharlo —contestó Jonah.

Doug Chen llevó a cabo un gesto ambiguo: separó una de sus manos de la otra y volvió a bajarla. A continuación preguntó:

—¿Sabes que representamos a la BBEC?

Jonah lo sabía. Y, con cierta incomodidad por su parte, su estómago llevó a cabo una pequeña pirueta al oír esas letras. La BBEC era la empresa farmacéutica más importante de Estados Unidos, y uno de los clientes más importantes y más antiguos de Cunningham Wolf. Qué era exactamente lo que Cunningham Wolf hacía para la BBEC quedaba envuelto en el misterio, al menos entre los asociados. Unos acuerdos de confidencialidad especiales y un silencio casi de secta acompañaban a casi todos los casos de la BBEC. Al parecer existía una relación personal entre Hank Evans, el director del bufete, y el actual director ejecutivo de la BBEC —habían sido compañeros de clase en Sloan, o algo así—, y todos suponían que Cunningham Wolf se encargaba tan solo de los casos más delicados de la BBEC: pleitos presentados por la acción popular a causa de defectos de nacimiento o discriminación de género, pleitos de crueldad con los animales, acusaciones de competencia desleal por parte de la Unión Europea, etc. No obstante, lo más inmediatamente relevante para Jonah era que los asociados que trabajaban en los casos de la BBEC, tal como lo expresaban de manera diversa sus colegas, tenían el éxito asegurado, eran *mishpucha*^[3], estaban unidos, habían obtenido la aprobación. Eran muchas las metáforas que se manejaban pero, siendo concretos, los asociados que trabajaban en los casos de la BBEC se convertían en socios al cabo de dos o tres años como mucho. Esos pensamientos bastaron para distraer a Jonah a la hora de contestar, así que quizá fue con un retraso infinitesimal —y de una manera un poco demasiado enérgica en el contexto de una conversación con Doug Chen— que Jonah dijo:

—Sí, lo sé.

—En la actualidad representamos a la BBEC en un litigio con Dyomax, una empresa de biotecnología radicada en Cambridge.

—Vale —dijo Jonah.

—En 2006 Dyomax presentó una demanda alegando que ellos eran los propietarios de la patente de una molécula que constituye la base de un medicamento de la BBEC llamado Lumine. Las discusiones relativamente amistosas a lo largo de los cuatro últimos años no han llegado a ningún acuerdo. Ahora nos parece que ir a juicio representa el mejor camino a la hora de alcanzar un resultado favorable para nuestros clientes.

Jonah asintió.

—¿Dyomax es una compañía muy grande?

Doug Chen volvió a levantar y a bajar la mano.

—Basta con decir que la molécula en disputa es en la actualidad su activo principal.

—Entiendo —dijo Jonah, y entendía, o creía entender, que ese esbozo que le había hecho del caso era una especie de prueba: a ver si lograba deducir el significado que encerraban esas breves frases.

Dyomax era una empresa pequeña; BBEC era una compañía gigantesca. En cuatro años no habían alcanzado ningún acuerdo porque el plan era no alcanzarlo jamás. Cunningham Wolf estaba —por seguir utilizando más jerga de pasillo— exprimiendo el limón: desplegaba su plantilla de abogados para procurar que el caso avanzara con la velocidad y el aparente progreso de una batalla de trincheras de la primera guerra mundial, lo que le iba costando (y no de manera fortuita) más y más a Dyomax y BBEC en honorarios de abogados. La diferencia era que BBEC podía permitírselo. El hecho de que fueran a ir a juicio significaba que, en su opinión, Dyomax estaba a punto de irse a pique. Cuando lo último que podría permitirse el adversario era un juicio, había llegado el momento de ir a los tribunales. Jonah tenía que admirar, si no la elegancia, la frialdad y la eficiencia del proceso. Utilizaban la ley no tanto para arbitrar una disputa como para asfixiar a la parte contraria.

—Entonces ¿iremos pronto a juicio? —preguntó Jonah.

—Basándonos en supuestos razonables, el caso se juzgará el mes que viene —contestó. Se volvió hacia la pantalla de su ordenador, tecleó un momento, y Jonah se dio cuenta de que la cara de Doug Chen tenía una cualidad cérea, una especie de lustre en la frente, las mejillas y la barbilla, en la piel del cuello visible por encima de su radiante camisa blanca. Volvió una mirada impasible hacia Jonah—. Me gustaría contar con tu ayuda en este caso —añadió—. Para ello tendrás que trabajar gran parte de lo que queda del año en las oficinas de Boston. Aja Puvvada y yo ya lo hemos comentado.

Jonah tuvo el autocontrol suficiente para asentir sin alterarse.

—Estoy impaciente por empezar —dijo.

—En este asunto la confidencialidad es de máxima importancia.

—Naturalmente.

—Ningún documento relacionado con este caso debe salir de las oficinas. Ningún documento se puede fotocopiar ni reproducir de ningún otro modo. Por eso los documentos más confidenciales llevan una marca de agua única, para que las copias, si es necesario, puedan rastrearse hasta el documento original. Además, te ruego que la correspondencia digital relacionada con el caso se reduzca a un mínimo absoluto.

Joder, se dijo Jonah. No cabía duda de que lo habían robado.

—Además, se te pedirá que firmes un documento de confidencialidad, aparte de los demás documentos de confidencialidad que puedas haber firmado ya.

—Me parece razonable —dijo Jonah. Y aunque Doug Chen le hubiera pedido que dibujara un pentagrama con su propia sangre sobre el membrete de la BBEC, Jonah

habría contestado que le parecía razonable.

Doug Chen se lo quedó mirando y parpadeó como un metrónomo durante varios segundos.

—Me gustaría añadir algo más a título personal. —Lo único que se le ocurrió a Jonah fue que iba a hacer algún comentario sobre los clubs de *strippers* de Boston (pues esa afición era el único rasgo de personalidad que se le conocía a Doug Chen), e intentó poner cara de póquer, como si asistiera a una discusión acerca de cuánta propina hay que dar cuando traen champán a la habitación de un hotel. Pero Doug Chen dijo—: Soy partidario del principio de la perfección. Los asociados de tu generación parecen sentirse más atraídos por la nociva idea de que sus deberes no van más allá de cumplir con su cometido «lo mejor posible». Lógicamente, sin embargo, lo mejor que uno puede solo es suficiente hasta que deja de serlo. La perfección en cambio es la demanda, y la oferta, no de lo mejor que uno puede hacer, sino de lo mejor en un sentido objetivo.

»Además —añadió—, creo firmemente que la práctica del derecho en sí misma se basa en el principio de la perfección. A saber, la ley se impone solo en la medida en que es interpretada y ejecutada de manera precisa. Todo lo demás es una distorsión de la ley y sus intenciones. De aquí que nosotros, como abogados, solo hagamos nuestro trabajo correctamente si lo llevamos a cabo a la perfección. Y si al alcanzar la perfección no alcanzamos una resolución favorable para nuestros clientes, estoy dispuesto a acatar el resultado. Podemos ser perfectos incluso cuando los hechos quizá no lo sean.

A Jonah le costó tomárselo en serio, del mismo modo que le costaba tomarse en serio a los fanáticos que se paseaban por Times Square en Nochevieja vociferando acerca del fin del mundo. No es que no pensara que Doug Chen hablaba en serio, sino que le parecía increíble que alguien pudiera decir en serio algo así. Dudaba que ninguna otra persona de las que había conocido pudiera pronunciar ese discursito sin introducir al menos un asomo de ironía. Se dijo que ojalá Philip Orengo lo hubiera oído. De todos modos, estaba claro: Doug Chen creía en la perfección. Y, de hecho, eso explicaba para Jonah su obsesión con las *strippers*. Al fin y al cabo, había una gran minuciosidad en la naturaleza transaccional de los encuentros en un club de *strippers*: eliminaban las ambigüedades, el misterio y la imprevisibilidad física ligada al sexo. Eso realmente podía resultar atractivo a una mente tan reacia a la idea del error y de la imprecisión.

—Bueno, seré honesto contigo, Doug —dijo Jonah con su voz de «voy a serte franco» que había perfeccionado mientras hablaba en las clases de la Facultad de Derecho y que tanto le había servido en su carrera desde entonces—. Comprendo la oportunidad que representa trabajar en un caso de la BBEC, y lo que ese cliente representa para el bufete. Si es perfección lo que quieres, perfección es lo que te daré. —Pero tras haber dicho esas palabras, por primera vez sintió una punzada de angustia al pensar en su nuevo cometido. A fin de cuentas, ¿no acababa de prometer hacer algo

que era, por definición, imposible?

Doug Chen repitió su gesto de levantar una sola mano.

—No tengo ninguna razón para creer que no vayas a resultarnos valioso a la hora de obtener un resultado satisfactorio en este caso.

No era exactamente una palmadita en la espalda, pero Jonah intentó tomárselo como un voto de confianza.

—Gracias, Doug.

—Esta tarde te llevarán los expedientes a tu despacho. Revísalo todo. Volveremos a hablar el lunes por la mañana.

—De acuerdo. —Jonah se puso en pie y se estrecharon la mano. Doug Chen tenía la mano fría y, al igual que su cara, prácticamente carecía de superficie, como si no hubiera pliegues ni arrugas en la palma. Se puso a teclear otra vez y Jonah se dirigió hacia la puerta, dejándola entreabierta, tal como la había encontrado.

Había recorrido la mitad del pasillo cuando ya no pudo reprimir un contenido gesto de triunfo con el puño.

—BBEC —dijo entre dientes—. Joder, sí.

El recorrido por el pasillo al salir de la oficina de Doug Chen constituiría la cúspide de la satisfacción con la que Jonah había comenzado la jornada. Mientras llevaba esperando más de media hora en la plaza adoquinada que había delante del edificio de Zoey, casi toda esa sensación había desaparecido. En aquella plaza no había ni una sombra, y los adoquines parecían reflejar el espantoso calor del mediodía. Ya se había quitado la americana, se había aflojado la corbata y se había desabrochado el botón del cuello de la camisa, y estaba inmerso en la contraproducente actividad de concentrarse lo máximo posible en no sudar. Pero a pesar de esas medidas (o a causa de ellas), sentía un charco de humedad formándose en la zona lumbar, en el torso y por debajo del pecho; continuamente tenía que secarse el sudor de la cara con el dorso de la mano derecha, en la que sujetaba el teléfono.

En aquel calor resultaba agotador incluso buscar a Zoey con la mirada: seguir con los ojos a todas las mujeres que surgían de los ascensores situados al fondo del vestíbulo acristalado y salían por las puertas giratorias de entrada al edificio. Descubrió que cuantas más personas miraba, más parecía borrarse la frontera entre Zoey y no-Zoey, como si intentara engañarse para poder irse con cualquiera a cualquier lugar que estuviera cinco grados más fresco. En algún momento llegó al extremo de levantar una mano para saludar a alguien que resultó ser una mujer india treinta años mayor que Zoey, después de haberse convencido por un momento de que a lo mejor se había hecho un nuevo corte de pelo y se había bronceado con espray desde la última vez que la viera.

Volvió a mirar el teléfono. Habían pasado dos minutos desde que lo comprobara por última vez. No podía quedarse mucho más: había salido de la oficina hacía casi

una hora, y aunque él y Zoey no llegaran a sentarse para almorzar, sería difícil regresar a tiempo para la reunión de la una y media que tenía en el calendario. Además, necesitaría un poco de tiempo antes de la reunión, no tanto para revisar el material que tenían que comentar, sino para quedarse sentado en su oficina con aire acondicionado durante unos diez minutos y dejar de sudar.

Consideró volver a llamar a Zoey y mandarle otro mensaje de texto, pero no había contestado a las cuatro primeras rondas enviadas; dudaba que contestara a la quinta. Además, creía que tampoco podía meterle muchas prisas, teniendo en cuenta lo que había venido a hacer.

En algún momento el calor reavivó las dudas que aún tenía acerca de la conversación: las exacerbó, se mezcló con ellas y formó una masa indistinguible. Creció la tentación de simplemente abandonar el barco. Podía mandarle un mensaje a Zoey para decirle que no había podido esperar más, que tenía que volver a la oficina, y no mencionarle nada de que tenían que romper. Al fin y al cabo, de haber sabido que tenía un caso de la BBEC que celebrar, podría haber esperado hasta el fin de semana para poner fin a su aventura.

No obstante, se recordó que no solo había argumentos de índole moral (la fuerza de los cuales parecían haberse diluido considerablemente en el curso de la mañana) favorables a la ruptura. También existía lo que se podría denominar el peso de los precedentes. A saber, él y Zoey habían estado rompiendo y volviendo juntos durante casi diez años: habían terminado de mutuo acuerdo, o no; habían estado semanas o meses sin hablarse, y luego de repente se habían enviado un correo, o un mensaje desde un bar o una fiesta; acostándose otra vez juntos, saliendo juntos otra vez, y luego —al parecer por la fuerza de la misma gravedad que los había juntado de nuevo— volvían a romper y juraban no volver a hablarse nunca, y de inmediato volvía a comenzar el proceso, una vez y otra y otra. En todas sus encarnaciones a lo largo de los diez últimos años —acostándose, saliendo de manera informal, saliendo en exclusiva, engañando a sus respectivas parejas, engañándose cuando eran pareja— jamás consiguieron nada sostenible, nunca lograron recuperar el amor vibrante y sin perspectivas de sus primeros meses. Ese amor había dado paso a la realidad, se dijo Jonah, y la realidad resultó ser un entorno que no se adaptaba a su relación en ninguna de sus formas. Sin duda no había ninguna razón para pensar que esta última reiteración fuera distinta, dado que él se iba a vivir con Sylvia y ella salía con Evan, un actor que trabajaba de manera intermitente y con el que ella llevaba saliendo casi un año de manera intermitente. Si no terminaba hoy, terminaría cualquier otro día.

Se dijo que acababa de exponerse el caso de manera bastante convincente, pero tal afirmación quedó desmentida casi al instante cuando vio a una joven de mediana estatura, morena y de hombros estrechos, caminando con esos característicos pasitos cortos y bruscos, que eran a la vez apresurados y mesurados —como si resistiera el impulso de correr—, que de inmediato reconoció como Zoey.

Llevaba el teléfono apretado contra la oreja. Cuando él se acercó, Zoey sonrió —

un instante, con aire de disculpa— y devolvió la atención a la persona con la que estaba hablando. «Entonces ¿queremos enlazarlo a su página?», le dijo al móvil, moviendo la punta del pie de manera nerviosa, con el pulgar en la boca y una expresión de ceñuda concentración mientras su mirada se perdía a media distancia. Llevaba un vestido blanco y negro estampado con las manchas de Rorschach y zapatos negros de tacón alto, y Jonah distinguió, en la silueta creada por el sol que se derramaba en la plaza, la forma de su esbelta figura debajo del vestido, los contornos más oscuros del sujetador y las bragas. Descubrió que no podía dejar de mirarla, a pesar de cuáles eran sus intenciones, y a pesar de haberla visto completamente desnuda quizá miles de veces antes. Al final Jonah fingió interés en su propio teléfono y se recordó que Sylvia también tenía un cuerpo magnífico, aunque de un estilo muy distinto.

—Entonces podemos enviarlo todo, ¿no? —estaba diciendo Zoey—. Y definitivamente tenemos que conseguir una frase de su publicista...

Por utilizar un término que ella misma había acuñado, era una chica-B: escribía para el blog *Glossified*, una página web de cultura y chismorreos popular entre las jóvenes urbanas. Era un trabajo que muchos le envidiaban, al menos muchas jóvenes urbanas, pero que de manera muy característica Zoey odiaba. Su carrera profesional le resultaba una fuente de profunda y persistente angustia, al igual que la inmensa deuda de su tarjeta de crédito, su recurrente úlcera, el hecho de tener una talla de pecho pequeña, y su nariz: larga y alejada del rostro, con una leve protuberancia en el centro a la que ella se refería como «la rampa». A pesar de que Zoey la detestaba, Jonah consideraba que su nariz era su característica más SEXY, la que proporcionaba a su cara ese carácter distintivo que, fuera por la razón que fuera, siempre asociaba a la letra Z.

De hecho, todo lo que a ella la molestaba tanto de sí misma a Jonah le resultaba atractivo; incluso la persistencia de todas aquellas angustias (que Jonah consideraba infundadas) le parecía encantadora. Y mientras observaba cómo Zoey le fruncía el entrecejo a la persona con la que estaba hablando por teléfono, cómo seguía mordiéndose la uña del pulgar (un hábito que Zoey había intentado eliminar desde que él la conocía), se le hacía difícil distinguir entre su resistencia a romper y el afecto que sentía por ella, pues realmente había muchas cosas en Zoey que encontraba deliciosas: las preocupaciones incipientes; su franqueza, su ingenio; su peculiar hábito de decir palabrotas solo en idiomas que no fueran el inglés; el dramatismo de sus expresiones faciales: el que fuera una mujer que arrugaba la frente, que tuviera una risa sonora y con la boca abierta, que al ponerse nerviosa se le tensara la cara desde la frente hasta la barbilla, que tuviera unos ojos castaños y almendrados que se achinaran y lo repasaran todo rápidamente, y que inclinara la cabeza de una manera especial cuando estaba coqueteando.

—¿Quinientas palabras? ¿Doscientas cincuenta? —continuó—. Claro... ¿Y viste los correos? De acuerdo. Llámame al móvil cuando tengas noticias de Anika, ¿de

acuerdo? Vale, gracias, *ciao*. —Desconectó el teléfono, lo dejó caer dentro de su voluminoso bolso, y con la misma mano comenzó a escarbar en él—. No tienes ni idea, Yonsi —era el apodo que le había puesto—, llevo al teléfono sin parar desde que he salido de casa esta mañana. Ni siquiera he tenido la oportunidad de hacerle algo terrible a mi cuerpo. —Sacó un mechero y una cajetilla de cigarrillos, y mediante unos movimientos fluidos y rutinarios se llevó uno a la boca y lo encendió. Mientras respiraba profundamente, le dio un repaso desde los pies hasta la húmeda frente—. Recuerda que es bueno para los poros —dijo a modo de consuelo—. ¿Quieres un pañuelo de papel?

—No, no pasa nada... —dijo Jonah secándose otra vez la frente, mientras la culpa volvía a ocupar un lugar entre las dudas. Era una mujer tan complicada y contradictoria, y de tantas maneras distintas, que el hecho de que fuera tan amable con él a menudo lo descolocaba. Era lo más parecido que había tenido a una madre judía.

Zoey dio otra calada a su cigarrillo.

—La estrella de un programa de televisión que nunca ves está escribiendo un libro sobre sus escapadas gays con la estrella de otro programa que nunca ves. Y la antigua compañera de habitación de Darla es la asistente de algún agente de Los Ángeles, y nos ha enviado la propuesta. Ha provocado una auténtica histeria de masas, Yonsi, todas las chicas-B se han vuelto locas. He tenido cero segundos para contestar a tus llamadas. Los detalles son pura pornografía, ¿y sabes quién tiene que escribir sobre eso? Es lo que he conseguido por graduarme con matrícula en la Universidad de Nueva York. Creo que soy la persona con el trabajo más tedioso de todas las que conoces.

Jonah le echó un vistazo a su teléfono: solo le quedaban cinco minutos. De nuevo meditó dar marcha atrás. Pero se conocía, sabía que si no lo hacía en ese momento, pasarían semanas antes de encontrarse en situación de hacerlo. Se recordó que era lo correcto. Así que aspiró con una decidida calma y dijo:

—Mira, Zoey...

Zoey de inmediato apretó los ojos y estudió la cara de Jonah con recelo. Dejó escapar un suspiro de disgusto.

—*Scheisse*, Yonsi...

—Zoey...

—Por favor, deja de pronunciar mi nombre como si te acabaras de enterar de que se me ha muerto el gato.

—Simplemente pensaba que...

—¿Me lo vas a hacer otra vez?

—¿Cuántas veces me lo has hecho tú?

—Sí, pero siempre he tenido una buena razón.

—Sylvia y yo...

Zoey puso los ojos en blanco de manera preventiva.

—Ella no cuenta como buena razón.

—Nos vamos a vivir juntos.

Había pretendido transmitir esa información de manera más suave, pero de inmediato se había encontrado a la defensiva, con lo que las razones más convincentes habían salido trastabillando. Naturalmente, a lo largo de los últimos diez años había habido muchas revelaciones como esa: he conocido a alguien importante para mí, mantengo una relación seria con esa persona importante para mí, solo voy a salir con ella... Solo tres meses antes Zoey había mencionado —de manera un tanto sombría— que Evan había comenzado a hacer veladas referencias a la posibilidad de que en algún momento se prometieran. Pero el hecho de vivir con otra persona era algo nuevo para ellos, y quizá porque era nuevo, Zoey pareció desconcertada al oírlo, y su primera reacción fue:

—Pero si dijiste que ella ni siquiera votó a Obama.

—Dije que no creía que hubiera votado a Obama —contestó Jonah, aunque la única razón por la que no estaba seguro era que no quería preguntárselo y saberlo con certeza.

Ella preguntó con escepticismo:

—¿De verdad quieres vivir con *Schlampe*^[4]? —Era el apodo que le había puesto a Sylvia.

—No lo sé —contestó él más honestamente, comprendió, de lo que debería—. La verdad es que veo un futuro con ella —añadió enseguida—. Y lo nuestro —añadió— simplemente no nació para durar.

Este punto le parecía bastante evidente, irrefutable, vaya. Pero mientras la observaba, se iniciaron unos diminutos temblores en los labios y la frente de Zoey, presagio inconfundible de lágrimas. Aunque solo había fumado la mitad del cigarrillo, lo arrojó al suelo y lo aplastó con la punta del zapato mientras las dos manos comenzaban a escarbar en el bolso para coger otro.

—Tienes un gran talento para decir las cosas más dolorosas.

—Zoey... —comenzó a decir Jonah.

—Ahí está otra vez esa palabra —le dijo Zoey a su bolso.

—Sabes que nunca he querido hacerte daño —murmuró Jonah.

—Eso debe de hacer que te sientas mucho mejor. —No levantó la mirada hasta que no tuvo otro cigarrillo entre los labios. Mientras hacía chasquear el mechero, dijo —: ¿No funcionaría por culpa de la talla de mi sujetador? ¿Porque no fui a Harvard como *Schlampe*?

—Vamos, Zoey, ni siquiera estamos saliendo —dijo mientras la culpa daba paso a cierta irritación.

—Por tanto, ¿no debería importarme que me dejes para irte a vivir con otra?

—¡No te estoy dejando porque no estamos saliendo!

—Supongo que no conozco la definición legal de dejar a alguien. Pero claro, tampoco he ido a la Facultad de Derecho de Columbia...

—¡Tienes novio! ¡Estás pensando en casarte!

Zoey levantó la mano que sujetaba el cigarrillo y agitó el dedo anular sin anillo.

—Tú fuiste el que dijo que no significaba nada hasta que no me comprara un anillo.

—Yo no dije eso. —Aunque sabía que lo había dicho.

—No, claro, no pasa nada —dijo ella con fingida despreocupación—. No veas cuánto deseo un matrimonio desdichado con un hombre que no puede mantenerme. Quizás algún día vea a *Schlampe* empujando un cochecito con uno de tus bebés rubitos por Prospect Park.

Se dio media vuelta y se quedó con la mirada perdida en el tráfico de la Séptima Avenida, con la frente aún temblándole un poco, aunque la boca se le había arrugado y tensado en una expresión dura. Jonah echó una mirada al teléfono: una gota de sudor cayó de su frente a la pantalla. Si no conseguía un taxi en los tres próximos minutos, llegaría tarde. Y se dijo que no tenía sentido continuar aquella conversación. Si algo había aprendido de sus anteriores rupturas —con ella, con cualquiera— era que todo lo que fuera más allá de transmitir el mensaje concreto y esencial era una especie de ritual de agravio: un teatro kabuki en el que la parte ofendida intentaba provocar en el otro el máximo sentimiento de culpa, mientras que la persona que había cometido la ofensa intentaba poner fin a la conversación sin dar más motivo para que lo consideraran un gilipollas o, al menos, para poder huir antes de que empezaran los llantos.

—Zoey, has llegado tarde, tengo que irme...

—Mi terapeuta dice que tengo un problema con las pautas —respondió, dando otra calada al cigarrillo y expulsando el humo por la comisura de la boca—. La doctora Popper me ha dicho que mi ansiedad me impulsa a hacer las cosas que hago siempre, aunque sean malas para mí. Surgió tu nombre. Es terrible, lo sé. Gracias por hacerla quedar como alguien tan inteligente. —Le dio un puñetazo (fuerte) en el brazo.

—Joder —dijo Jonah. Pero sabía que el puñetazo era, si no exactamente cariñoso, no del todo hostil. Al menos significaba que reconocía algo—. Mira, me siento una mierda por esto —le dijo.

—Eres muy amable al decirlo. —Ahora estaba en perpendicular a él, y eso disminuía la transparencia de su vestido (cosa que era un alivio), pero le permitía leer todo el perfil de su nariz, y eso no era un alivio. No es que Zoey fuera más guapa que Sylvia; según los cánones convencionales, no lo era. Era simplemente que en la cara de Zoey ocurrían muchas más cosas que en los atractivos rasgos cien por cien americanos de ascendencia irlandesa de Sylvia. Zoey le devolvió la mirada, su iris castaño llenaba la comisura del ojo derecho—. Dime la verdad. Si no hay anillo, ¿significa que no hay nada?

Jonah se limpió el sudor de la nuca.

—Solo me hacía el gilipollas. Claro que hay algo.

No supo decir si eso consoló o afligió aún más a Zoey. Le pareció que ella tampoco lo sabía. Sus sentimientos hacia Evan siempre habían venido marcados por una profunda ambivalencia.

—Pero tú le comprarás un anillo a ella, ¿esa es la idea? —preguntó Zoey—. ¿Seréis tú y *Schlampe*?

No contestó. No sabía la respuesta, y no habría sabido expresar ninguna respuesta, teniendo en cuenta quién se lo preguntaba. Pero se imaginaba que sí, él y *Schlampe*. ¿No era ese el fin de todo aquello?

—Me han dado un caso de la BBEC —le dijo Jonah—. Trabajaré con Doug Chen, ya sabes, el aficionado a las *strippers*. Eso me deja en buena posición para que me nombren socio. —Comprendió lo injusto que eso era para ella: la dejaba y al mismo tiempo mencionaba lo bien que le iba todo. Pero para él era importante que ella lo supiera, por alguna razón.

Zoey se volvió hacia él y sonrió de una manera no del todo convincente, pero que pugnaba por ser sincera.

—Me alegro por ti, Yonsi. Has trabajado mucho para conseguirlo. —Se llevó el cigarrillo a la boca, pero no acabó el movimiento—. El caso es —dijo— que lo entiendo. Parece la clase de chica con la que querría casarse un socio del bufete. Y no, no es exactamente un cumplido, pero es algo mucho más amable que todo lo que tú has dicho de Evan. Y sí, más o menos es mi novio, y supongo que existe alguna posibilidad de que me pida que me case con él. Es solo que... —Volvió a llevarse el cigarrillo a la boca y expulsó el humo en un suspiro. Su expresión traslucía fatiga y desamparo—. Pensaba que esta vez las cosas nos iban bien.

—Y nos iban bien, nos iban bien, pero...

—¿Cómo es que nunca has querido vivir conmigo?

Jonah fue presa de una intensa ternura hacia ella, tuvo el impulso de abrazarla, de decirle que no había hablado en serio. Y tanto daba que lo impulsara la culpa, la nostalgia, las ganas de evitarle dolor o un genuino afecto: seguía siendo ternura.

—Tampoco es que en un momento dado rechazara la idea de vivir juntos.

—Últimamente hablas siempre como un abogado —farfulló Zoey.

Por suerte, o eso pensaría más tarde Jonah, en ese momento su teléfono pitó para recordarle que tenía una reunión.

—Lo siento, Zoey, tengo que irme.

—Sí, sí, sí —dijo ella—. No creas que yo no tengo quinientas palabras que escribir acerca de dos estrellas de televisión escondidas para meterse mano. Mientras tanto, tú y la *Schlampe* podéis comenzar una nueva vida. —De un capirotazo arrojó el cigarrillo más o menos hacia los zapatos de Jonah—. En el pasado, cuando me hacías esto, me sonaba el teléfono a la una de la madrugada, hablabas arrastrando las palabras, y la *Schlampe* o quien fuera no estaba contigo, y te estás preguntando si a lo mejor quiero revivir aquella vez en el W.

—Esta vez no pasará. —Zoey frunció los labios como si lo dudara, como si

hubiera oído antes lo mismo, cosa que probablemente era cierta. En un esfuerzo por convencerla de su seriedad, Jonah añadió—: Lo que hacíamos estaba muy mal.

Zoey estudió su cara con mucho detenimiento durante un segundo.

—*Vai all’inferno e restaci*, Yonsi —dijo.

—Deduzco que lo que acabas de decir no ha sido muy amable.

—¿Qué te importa? Yo no soy más que la chica con la que engañas a tu novia, ¿no? —Se recolocó el bolso en el hombro—. Qué bien cuando no vuelva a saber de ti. —Se alejó y entró en el edificio.

Jonah la observó mientras cruzaba el vestíbulo y desaparecía dentro de un ascensor. Se quedó unos momentos más en medio del calor, pensando que ojalá hubiera logrado comunicarle que, aunque de hecho tenía la intención de no volver a verla, ella le importaba muchísimo. Cuanto más pensaba en ello, más frustrado se sentía, y al final concluyó que cualquier intento de comunicar una idea tan claramente contradictoria estaba condenado desde el principio. Se secó el sudor de la cara una vez más, irritado por el calor, por cómo había transcurrido la conversación y sobre todo por habérsela encontrado seis meses atrás en St. Mark’s Place, delante de un teatro en el que actuaba Evan, la única razón por la que empezaron a hablar otra vez y volvieron a acostarse juntos y todo volvió a ocurrir, y farfulló un «maldita sea» dirigido a esa desdichada casualidad. Pero ya se había puesto en marcha, gracias a Dios, abandonando la plaza, dirigiéndose hacia la calle, donde varios taxis libres estaban parados en un semáforo. Había sido una mierda, pero podría haber sido peor. Y, lo más importante, ya estaba hecho.

Para convertirte en socio de Cunningham Wolf —y esa había sido la meta de Jonah desde su primer día como becario de verano en el bufete— tenías que facturar una media de 3000 horas al año. Era una regla no escrita, y por eso era aún más fiable. Facturar 3000 horas al año significaba generalmente trabajar al menos 3500. Eso era una media de nueve horas y media al día, 365 días al año. En la práctica, sin embargo —porque incluso los asociados más ambiciosos se tomaban algún día de fiesta, fuera por un cumpleaños o por una resaca de lunes—, eso significaba que casi todos los días trabajabas doce o catorce horas, sin exceptuar los sábados, además de medio día casi todos los domingos. En conjunto, Jonah imaginaba que había trabajado al menos 17 500 horas desde que se graduara en la Facultad de Derecho cinco años antes. Eso eran más de dos años seguidos de expedientes, memorándums, declaraciones, presentaciones de instancias, correos electrónicos, reuniones, comida preparada, colegas hipócritas, socios abusones, clientes histéricos, ayudantes incompetentes, los bajones del primer año, jueces seniles, chismorreos, rumores, mociones, desestimaciones, acuerdos, teleconferencias y cuatro (o más) tazas de café al día. Y ahora solo un caso le separaba de que lo nombraran socio.

Así que cuando volvió a su apartamento, Jonah abrió una botella de *whisky*

escocés de trescientos dólares que había comprado en un viaje con unos amigos de la Facultad de Derecho a las Tierras Altas de Escocia. El hombre que se la vendió —de marcado acento irlandés, patillas bronceadas, el estereotipo del escocés, excepto en el hecho de no llevar la falda escocesa— le había puesto tres botellas en la mesa, delante de él y sus amigos, y pasando la mano por encima de cada una, había dicho: «Este es el *whisky* que bebes con el padre de tu esposa el día de tu boda. Este es el que bebes cuando nace tu primer hijo. Y, chicos, este es el que bebes cuando nace tu primer varón». Era una buena frase, todos los del grupo de estudiantes de derecho americanos soltaron una carcajada en lo que probablemente serían las últimas vacaciones de verano de su vida. Por supuesto, todos compraron.

Vertió el líquido entre dorado y ámbar en un vaso que sacó del lavaplatos. Nunca había tenido la intención de esperar a que naciera su primer hijo; la paternidad no era un tema en el que pensara demasiado. Se había imaginado que con el tiempo abriría la botella para celebrar algún momento importante de su carrera, y a lo largo de los años eso se había concretado en llegar a ser socio de Cunningham Wolf. Ciertamente, todavía no era socio y todo podía salir mal. Podía cagarla con la BBEC, y un asteroide podía impactar en el 813 de Lexington. Pero ninguna de las dos cosas era muy probable. De hecho, lo del asteroide parecía más probable. Había aprendido todo lo que hacía falta para triunfar como abogado: hacía falta inteligencia, y la tenía de nacimiento; hacía falta diligencia, lo cual, en última instancia, tan solo era cuestión de decidir ser diligente; hacía falta un mínimo de talento interpersonal, una gran tolerancia para las chorradas y empeñarte en tener siempre la razón: él lo tenía todo, lo había adquirido, parecía aumentar cada día. Así que, dejando aparte la posibilidad de que la BBEC operara de manera distinta de las otras empresas que aparecían en Fortune 100 con un territorio que proteger (y sabía que no sería el caso), y eliminando lo del asteroide o lo que fuera, en unos años sería socio de uno de los bufetes más antiguos y prestigiosos de la ciudad.

Se dirigió a la sala de estar con el vaso en la mano. Llevaba tres años viviendo en aquel apartamento, pero no había conseguido instalarse del todo; detrás del sofá todavía se apilaban unas abultadas cajas de cartón. Antes de Sylvia había sido peor: las cajas servían de cómoda en el dormitorio y de improvisada mesa de entrada junto a la puerta. Sylvia había puesto un poco de orden, tal como era su costumbre, y en cuanto a las últimas cajas que quedaban detrás del sofá, los dos opinaban que no tenía sentido preocuparse. Jonah pronto volvería a mudarse.

Al otro lado de las ventanas de la sala de estar, un crepúsculo morado se abatía sobre la ciudad: las ventanas de las fachadas de los edificios brillaban hasta convertirse en cuadraditos de oro. Parecía como si la ciudad se vistiera con sus ropas más vistosas y llenas de color para el viernes por la noche que le esperaba. Los bares se llenarían, se formarían colas en los restaurantes y los estrenos comenzarían la función. Normalmente no le importaba pasar los viernes por la noche solo en casa. En general le alegraba pedir comida preparada y emborracharse en el sofá, mirando

cualquier cosa en la televisión, haciendo un poco de descompresión. Pero aquella noche, al otro lado de las ventanas percibía ese aliento contenido antes de que la ciudad se zambullera en la noche. Dio su primer sorbo al *whisky* de trescientos dólares. Durante su viaje a las Tierras Altas se había vuelto un experto en el argot del *whisky* escocés: sabor a malta, a turba, envejecido en roble, aromático. Ya se había olvidado de todo; lo mejor que se le ocurría para describir aquel *whisky* era que realmente estaba bueno de cojones.

Cogió el teléfono y llamó a Sylvia. Era analista sénior en Ellis-Michaels, y durante los dos últimos meses había pasado las semanas y casi todos los fines de semana en Chicago trabajando en un acuerdo, cuyos detalles no podía divulgar. Allí eran solo las siete, y casi con toda seguridad estaría trabajando, pero aún no había hablado con ella en todo el día, no le había contado las buenas noticias.

Sylvia contestó después de varios pitidos.

—Eh, todavía estamos trabajando. ¿Puedo llamarte dentro de tres horas?

—Puede —dijo Jonah—. A lo mejor salgo.

—Pues entonces te llamaré al móvil —contestó ella.

—No volveré tarde. Puede que vuelva antes de que mañana nos encontremos con el agente inmobiliario.

—Puede que esto me lleve hasta medianoche.

Los dos estaban de acuerdo en que los frecuentes viajes de Sylvia a Chicago habían tensado un poco su relación. Jonah ya podía percibir la competencia implícita en las palabras de ambos. ¿Quién trabajaba más? ¿Quién tenía menos tiempo para quién? ¿Quién imponía exigencias injustas al otro? Aquella noche Jonah no estaba en posición de pedir gran cosa: ella vendría la mañana siguiente para ir a ver apartamentos con él; cenarían juntos, y luego ella volvería a Chicago esa misma noche para estar en la oficina el domingo por la mañana. Naturalmente, él no le había pedido que lo hiciera, pero ella no se había recatado en manifestar la molestia que era todo eso, el esfuerzo que le suponía, y que lo hacía por los dos.

—Escucha, ¿tienes treinta segundos? —preguntó Jonah—. Quiero decirte una cosa.

Jonah oyó ruido de pasos, una puerta que se cerraba.

—¿Qué pasa?

—Tengo un caso de la BBEC. A lo mejor el mes que viene vamos a juicio.

—¿De verdad? —dijo Sylvia—. ¿Eso significa que te harán socio?

—En un par de años, pero sí, eso es lo que significa.

—Es una noticia fantástica. Felicidades, Jonah.

—Me lo he currado mucho.

Hubo un silencio, y ella dijo con una suerte de resuelto entusiasmo:

—Me alegro mucho por ti.

Y él supuso —supo— que Sylvia pensaba en lo (aparentemente) estancada que estaba su carrera. El próximo peldaño para ella en la escalera de Ellis-Michaels era

ser vicepresidenta, y la empresa era conocida por no tener a ninguna mujer de vicepresidenta, por no tener a ninguna mujer en ningún cargo importante, de hecho. Tal como explicaba Sylvia, no querían pagarle 500 000 dólares al año a alguien para que se quedara embarazada.

Jonah le dio otro sorbo a su maravilloso *whisky*. No es que él no lo comprendiera, pero:

—¿Te resulta imposible alegrarte por mí?

—Acabo de decir que me alegro por ti.

—¿Lo decías en serio? —Ella no contestó.

Jonah se la imaginaba: de pie en algún pasillo —enmoquetado, con luz de fluorescente, todos los cubículos vacíos a su alrededor—, vestida con un traje chaqueta y debajo un sujetador deportivo (Sylvia decía que de otro modo los trajes chaqueta nunca le sentaban bien, pues sus grandes pechos suponían para ella la misma carga que los pechos pequeños para Zoey), el pelo cortado a lo paje con una raya perfecta casi hasta la coronilla, ese fruncimiento de ceño en la cara que siempre ponía cuando estaban en desacuerdo —como si ella no se enfadara ni se sintiera culpable, y simplemente tolerara la molestia—, la nariz pequeña y simétrica, con las fosas nasales siempre un poco separadas. Cuando discutían, él enseguida comprendía por qué Sylvia había tenido éxito en una industria dominada por hombres. Lograba proyectar una fabulosa intensidad en su rostro y en su cuerpo de metro sesenta y cinco. Jonah intuía que Sylvia había desarrollado esa visible dureza después de toda una vida de tratar con su padre, pero a ella no le gustaba hablar de esa relación ni de sus consecuencias.

—De verdad que me alegro por ti, Jonah —dijo Sylvia por fin—. Tengo mil cosas entre manos, pero sí, de verdad que me alegro por ti. Le pediré a Linda que nos haga una reserva en Le Bernardin para celebrarlo mañana por la noche.

Lo último que había pretendido al llamarla era discutir, así que aceptó su propuesta de llevar la conversación en una dirección más amistosa.

—Me parece estupendo —dijo Jonah—. Ojalá estuvieras aquí para celebrarlo esta noche. —Y antes de que ella pudiera contestar, añadió—: Ya sé que no estás en Chicago por gusto. Es solo que... bueno, es una lástima.

—Eres un abogado excelente. Te lo mereces.

—Podemos decirle al agente inmobiliario que nos busque apartamentos de seiscientos mil dólares.

—Es verdad —dijo Sylvia—. Había un *loft* en Bond Street, ¿te acuerdas? ¿No te envié un correo?

Los *lofts* no eran su tipo de vivienda preferido; le gustaban las puertas. Pero dijo:

—Sí, ya me acuerdo. Era un piso fantástico.

—Es emocionante, Jonah.

—Voy a pasar mucho tiempo en Boston.

—Bueno —dijo Sylvia—, desde LaGuardia se tarda una hora en el puente aéreo.

—Y eso le recordó a Jonah algo que le encantaba de ella: lo poco que la desanimaban las circunstancias, su capacidad para adaptarse y salir adelante, en contraste con... bueno, otras personas.

—Mira, Sylvia, sé que las cosas últimamente no han sido del todo perfectas — dijo Jonah.

—Ahora no puedo hablar de eso —contestó ella enseguida.

—Lo sé, lo sé. Creo que tenemos un gran futuro juntos.

Ella tardó un momento en contestar. Y a continuación dijo en un tono calmo y mesurado:

—Eso significa mucho para mí, Jonah. —Y enseguida, en voz más alta—: De todos modos, debería volver al trabajo.

—¿Hoy habéis empezado pronto?

—A las cuatro y media, y en la sala de juntas a las seis.

—Jesús. Cuelga ahora mismo, Syl.

—Te veo mañana por la mañana.

—Te quiero.

—Yo también. Te veo mañana.

Colgó, reafirmado en su decisión de cortar con Zoey. No podía negar que el afecto que sentía por ella, que llevaba durando casi una década, le acompañaría siempre de una u otra forma. Pero ¿acaso Zoey tenía la menor idea de lo que costaba convertirse en socio de un gran bufete de Nueva York? Desde luego que las chicas-B trabajaban muchas horas. Pero una cosa era trabajar muchas horas, y otra trabajar 17 500 horas. Sylvia sí podía decirle que merecía ser socio y lo que eso significaba. Ella también hacía horarios brutales en una industria brutal. En ese sentido, era igual que él.

En resumidas cuentas, lo suyo con Zoey no podía funcionar. Quizás hubiera podido funcionar tiempo atrás, pero ahora las cosas estaban descontroladas. Durante diez años no habían avanzado, dando vueltas y vueltas al hecho ineludible de que eran incompatibles. La relación entre él y Sylvia, por otro lado, había avanzado según una pauta constante y reconocible: de la cita a ciegas a las citas semanales; de las citas semanales a verse tres veces por semana; hasta llegar a una (supuesta) monogamia y exclusividad; y ahora se iban a vivir juntos. Es cierto que las cosas entre ellos últimamente no pasaban por su mejor momento, pero ambos concluían que era porque no se veían lo bastante, y el vivir juntos ayudaría. Y sí, en los últimos meses había estado follando con Zoey, pero aquello se podía considerar los últimos tics reflejos de una antigua costumbre; la memoria muscular del pene, desvaneciéndose poco a poco, se dijo con una sonrisa. Ahora podía concentrarse — por completo y con absoluta sinceridad— en Sylvia. Apuró el *whisky* que le quedaba, y en su satisfacción imaginó que saboreaba una satisfacción con la vida en general. Entró en la cocina y se sirvió otro.

Se apoyó contra los fogones (quizás habría comprobado si estaban en marcha de

haberlos puesto en marcha alguna vez) y repasó los números de su móvil, impaciente por compartir la buena noticia, su buen humor. Su padre, que recaudaba fondos para el Partido Demócrata con un cargo indeterminado, aquella semana estaba en Londres por negocios, y allí eran las dos de la madrugada. Probablemente a esa hora estaría en la cama, supuso Jonah, después de haber tomado una opípara cena con un *consigliere* del Partido Laborista, y probablemente con alguna mujer a su lado, que o bien se había llevado a Londres o había conocido allí o, por lo que sabía Jonah, quizá se trataría de su novia de Londres. Desde que se divorciara de la madre de Jonah, décadas antes, su padre había tenido muchas parejas, y era difícil llevar la cuenta. Por un momento Jonah consideró llamar a su madre, pero enseguida lo descartó. Su madre llevaba un negocio de *catering*, el cual, por lo que ella decía, en la última década se habría ido a la bancarrota solo con que le hubieran cancelado una sola boda. Cada vez que le contaba a su madre alguna noticia sobre su carrera, ella aprovechaba para describir las penalidades y las tribulaciones de la suya. Se comportaba como si Jonah no respetara lo que ella hacía, cosa que a él siempre le había parecido absurda hasta que comprendió que era su padre quien no respetaba su trabajo. Los padres de Jonah habían convertido en costumbre utilizarle para quejarse el uno del otro.

El hecho de que le hubieran asignado un caso importante que lo encarrilara hacia la categoría de socio no era la clase de noticia que pudiera compartir con sus amigos de la Facultad de Derecho, al menos sin sonar arrogante: casi todos ellos trabajaban en bufetes de la competencia, y se habían propuesto las mismas metas que él. Quizá Philip Orengo se alegrara por él, pero también le diría que la BBEC era una multinacional corrupta y responsable de innumerables abusos en el mundo en vías de desarrollo y que Cunningham Wolf acababa de devorar lo que quedaba de su alma.

Finalmente llegó al número de su prima Becky. Era prima por parte de padre, tenía treinta y pocos años y se había trasladado a Nueva York un par de años antes para trabajar de administrativa en un sello discográfico. No la veía tanto como debiera, pero le caía simpática, y siempre se habían llevado bien en las reuniones familiares durante las fiestas o las bodas. La muchacha exhibía ese espíritu libre característico de la rama familiar de su padre. La llamó.

—¡Jonah! —exclamó entusiasmada al contestar.

—¿Cómo te va? —dijo Jonah.

—¡No me puedo creer que me hayas llamado!

—No, ya lo sé, el trabajo me...

—Estaba segura de que te olvidarías de mi cumpleaños.

—Va, que somos familia —dijo improvisando—. Feliz cumpleaños, Becky.

—¡Vaya, gracias, Jonah! ¿Vas a venir esta noche?

Se quedó mirando la esfera negra del microondas, como si le fuera a ayudar a hacer memoria. ¿Había recibido alguna invitación por Evite a una fiesta de cumpleaños?

—Sí, lo estaba pensando. ¿Puedes volver a darme la dirección?

—Calle Cincuenta y tres Este, número 391, entre la Primera y la Segunda Avenida. Llámame cuando llegues, porque a lo mejor estaremos en la azotea.

—Calle Cincuenta y tres Este, número 391, entre la Primera y la Segunda. Traeré champán.

—Sería perfecto —dijo—. Sé que todo el mundo traerá cerveza, pero uno de los amigos de Aimee va a traer un barril. —Jonah se dijo que a lo mejor había oído mencionar anteriormente a esa Aimee, pero no estaba seguro—. La cosa ya está en marcha, así que ven cuando quieras. Ya estoy muy borracha, Jonah. —Oyó que alguien llamaba a su prima—. Nos vemos —dijo Becky, y colgó.

Jonah se llevó el vaso de *whisky* al dormitorio, se puso unos tejanos y una camiseta, y acto seguido se llevó el vaso al cuarto de baño. Orinó, se puso desodorante por debajo de la camiseta y se examinó la cara en el espejo: la frente despejada, los ojos castaños profundamente engastados, el pelo oscuro con entradas pero todavía espeso, la nariz que siempre había considerado un tanto ambigua, pues desde cierta perspectiva parecía grande y ganchuda de un estilo judío estereotipado, y desde otras se veía más clásica y romana, como las que podías ver en los bustos de César del Metropolitan; y cuando la miraba de frente, como en ese momento, se veía incluso un poco estrecha, una parte intrascendente de su rostro. Tenía una cara atractiva, y en cierto modo la edad la volvía más atractiva, y se le ocurrió que darse cuenta de que tienes una cara atractiva era algo realmente necesario si querías coquetear de manera eficaz (¡pero inocente!) con las veinteañeras que habría en la fiesta de Becky. Apuró lo que quedaba de *whisky* y se enjuagó la boca con un elixir verde.

Regresó a la sala de estar, se metió la cartera y las llaves en el bolsillo, comprobó el teléfono y vio que tenía un mensaje de Sylvia: «7PM Le Bern confirmado. Me hace ilusión».

Él contestó: «¿Será una cena sin prisas?».

Al cabo de un momento ella replicó: «¡Ahora no! ;-))».

El texto se refería a ciertas escapadas que habían ocurrido durante algunas cenas. Por lo general, Sylvia era un tanto rígida, un poco comedida en cuanto al sexo. Ella culpaba al internado femenino de Connecticut en el que había estudiado, y al hecho de no haber fumado nunca hierba. Pero también tenía una vena transgresora, y al cabo de unas cuantas copas de vino a veces le había hecho una mamada en el cuarto de baño de algún restaurante elegante. Parecía que al menos existía la posibilidad de que mañana añadieran Le Bernardin a la lista. Se dijo que en una novia era una buena cualidad, y Zoey, aunque a veces mejor pero muchas otras peor, era prácticamente esquizofrénica en lo que se refería al sexo.

Y así, con la perspectiva de ver bailar a chicas de veintidós años, de excelente comida y de una mamada en el cuarto de baño, del éxito profesional y de un salario de un millón de dólares y de toda la cacofonía de oportunidades con las que Nueva

York se anunciaba llenando su cabeza, abrió la puerta de su apartamento y se adentró en la noche del viernes.

El apartamento de Becky era uno de esos lugares por los que un padre pagaría de buena gana la fianza con tal de que fuera la primera vivienda de su hija en Nueva York: nueva construcción, portero, rampa para la basura, puertas de doble pestillo y una pared de yeso que cruzaba la sala y convertía un apartamento de un dormitorio razonablemente habitable en un apartamento de dos dormitorios apenas habitable. Tampoco es que Jonah estuviera en posición de juzgar. Su edificio era uno de esos lugares a los que se iría a vivir un abogado que nunca estaba en casa.

Desde luego, Becky había hecho mucho más que él para personalizar el espacio habitable. Las paredes estaban pintadas de un alegre tono amarillo, había fotografías y carteles enmarcados de exposiciones de arte, y para la ocasión habían colocado un cartel de FELIZ CUMPLEAÑOS sobre la entrada del dormitorio de su prima. Había instalado mesas plegables en la parte de atrás de la sala, y sobre estas había botellas de plástico de alcohol, refrescos y vasos descartables, cuencos con patatas fritas y magdalenas glaseadas en diversos colores pastel, estas últimas preparadas por Aimee, que resultó ser la compañera de piso de Becky, y de la que esta le había hablado a Jonah varias veces. El barril prometido estaba en la cocina, sobre un gran cubo de plástico lleno de hielo; y un iPod conectado a unos altavoces portátiles reproducía una música que Jonah reconoció como Duane Reade. La proporción chica-chico de los invitados, que se agrupaban en parejas o en pequeños grupos, era de 2:1, y Jonah no pudo evitar sentir lástima de los grupos de muchachos que se asomaban a los bares de toda la ciudad y encontraban una proporción opuesta o incluso peor, cuando en realidad lo que buscaban realmente era una fiesta como esa. De hecho, cuando Jonah entró en el apartamento y vio que las compañeras de trabajo y las amigas de la facultad de Becky habían respondido a la escasez relativa de varones disponibles emborrachándose a conciencia (tal como había observado que sabían hacer las mujeres), casi sintió lástima de sí mismo, involucrado de manera estricta, muy estricta, en su relación.

Relación o no, no había nada malo en ir de fiesta, aún podía celebrar el caso de la BBEC emborrachándose. Nada más llegar había añadido un par de chupitos de celebración del cumpleaños de Becky a los *whiskies* que había tomado en su apartamento, y también había tomado unas cuantas cervezas del barril, y ya le estaba dando a un vodka con tónica preparado por Aimee, cuya ración alcohol-refresco también resultaba ser de 2:1. Ella y Jonah estaban hablando en la habitación de esta: Aimee estaba sentada ante su escritorio y le enseñaba en su ordenador el blog de alimentación que escribía, intentando convencerle de que lo leyera por encima de su hombro.

—¿Lo ves? —dijo Aimee cuando en la pantalla apareció la fotografía de un

helado veteadado de carmesí dentro de una pequeña taza de plástico—. Esto es del miércoles. El helado de ruibarbo y anís del camión de Emilia en el SoHo es el mejor de la ciudad. ¡Lo sabrías si leyeras mi blog!

—No sé, Aimee —dijo Jonah afablemente—. El McDonald's de la calle Cuarenta y cinco hace un estupendo McFlurry. A lo mejor yo también debería escribir un blog sobre comida.

—Venga ya —dijo ella riendo, y desde la silla le dio unos golpecitos suaves en la pierna, algo que, observó Jonah, había estado haciendo cada vez con más frecuencia. Aunque resultaba indiscutible que la chica era mona (coreana, guapa de cara, vestida despreocupadamente con un sombrero de fieltro y una falda), Jonah concluyó que ese roce era algo permisible: quizá *malum in se* en relación a la monogamia, pero no necesariamente *malum prohibitum*—. Si te gusta la comida rápida, al menos deberías limitarte a Shake Shack —añadió—. He oído que van a abrir otro cerca del nuevo World Trade Center, o como vayan a llamarlo ahora. —Comenzó a teclear en el ordenador—. Mira, deja que te enseñe otra cosa. —Jonah dio otro sorbo y repasó las fotografías que había en la estantería de Aimee mientras esta tecleaba—. La verdad es que estoy muy dedicada a todo esto —añadió un poco más seria—. Una chica que conozco de cuando estudié en Barnard ya ha conseguido que una editorial se interese por su blog. Todo el mundo lo puede conseguir.

—Lo único que necesitas es un blog y un sueño —dijo Jonah, y ella se rio.

—¡No sabía que los abogados fueran tan graciosos! —dijo Aimee.

—Deberías verme en el tribunal —contestó Jonah, pero una de las fotos le había llamado la atención.

Parecía haberse tomado en un restaurante, mientras Aimee y otras dos mujeres estaban sentadas a una mesa cubierta con un mantel blanco. La mujer que estaba a la derecha de Aimee también era coreana, y se le parecía, aunque tenía la cara más redondeada y llevaba gafas: Jonah imaginó que sería su hermana. Pero la tercera mujer de la foto le interesó: era delgada, de cuello largo y muy pálida, con un abundante pelo negro azabache. Y aunque esbozaba una sonrisa, a Jonah le pareció que tenía algo misterioso.

—En Allen Street hay un pequeño restaurante de comida ecológica sobre el que voy escribir algo en... —estaba diciendo Aimee.

—¿Quién es? —preguntó Jonah, todavía mirando la foto.

Aimee se dio la vuelta.

—Ah, es mi hermana, Milim. Es la única foto que tengo con ella. Ahora es médico. Mi padre está obsesionado con ella, claro.

—No —dijo Jonah, dando un golpecito al cristal junto a la cara de la mujer más pálida—. ¿Quién es? —No sabría decir qué le resultaba tan extraño de ella, qué le otorgaba esa cualidad tan singular. Su nariz era insólitamente grande, y tenía un lunar negro en la parte de arriba del pómulo, pero era la expresión de sus ojos, decidió al fin Jonah, lo que resultaba tan único: vacía (espectral), como si la mujer mirara la

cámara desde una gran distancia, aunque esta debía de estar como mucho a un metro.

—Era la compañera de habitación de Milim en Yale, Judith.

Y entonces Jonah recordó dónde había visto antes esa expresión.

—Judith tiene una expresión como si la acabaran de liberar de un campo de exterminio.

—¡No digas eso! —dijo Aimee, riendo—. Es la única foto que tengo de nosotras. Además, la historia de la chica es realmente triste.

Jonah miró a aquella chica, Judith, durante otro momento, y a continuación se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Bueno, a veces la vida no resulta como habías previsto —dijo con una exagerada insensibilidad. Volvió a mirar el ordenador, en cuya pantalla aparecía la foto de una quesadilla de espinacas (y tuvo que admitir que parecía muy apetitosa)—. ¿Sabes?, he estado en Taco Bell centenares de veces, y nunca he pedido eso —dijo en broma, esperando con todas sus fuerzas no pensar en Judith de nuevo.

—¡Son espantosos! —dijo Aimee, dándole otra vez unos golpecitos en la pierna—. En serio, te quedarás tieso por un ataque al corazón, te lo digo ahora.

—Eh, chicos —dijo Becky, apareciendo acompañada de un hombre alto de hombros cuadrados al que Jonah pensó que conocía—. ¿De qué estáis hablando?

—De Taco Bell —dijo Jonah.

—Becky, no me habías dicho que tu primo se parecía a Jake Gyllenhaal —le dijo Aimee en tono de broma.

—Ya le gustaría —contestó Becky, lanzándole una mirada cómplice a Jonah—. ¿Puedes ayudar a Jamine con la sangría? Creo que están haciendo un desastre.

—Sí, claro —dijo Aimee, poniéndose en pie—. Jonah, prométeme que seguirás mi blog, ¿vale? Se llama bigcitysmalltables.com. Deja un comentario y a lo mejor algún día podemos probar ese helado. —Le guiñó el ojo y se marchó.

—Lo siento —dijo Becky—. Te juro que le conté que tenías novia. —Becky no medía más de metro cincuenta y cuatro, «con curvas» (tal como afirmaba la tía de Jonah y madre de Becky, Sheila, de manera un tanto despiadada); tenía el pelo castaño largo y rizado, una boca de sonrisa fácil y una nariz más visiblemente ganchuda que la de Jonah. Llevaba un vestido rojo intenso, y encima una chaqueta negra con las mangas arremangadas, y una diadema en el pelo, regalo de cumpleaños.

—Hay cosas peores que encontrarte con alguien que tiene un blog sobre comida —contestó Jonah—. ¿De verdad crees que debería leerlo?

—No lo sé —dijo Becky—. ¿Hasta qué punto te interesan los postres hechos con verduras? —Y los dos se echaron a reír. Jonah era hijo único y no estaba acostumbrado a esos vivos diálogos que solo son posibles entre hermanos de la misma edad. Le sorprendió lo mucho que se parecían, después de haberse visto apenas unas cuantas horas aquí y allá a lo largo de los años; y no solo se parecían en su personalidad, sino en sus puntos de vista—. En fin, ¿te acuerdas de mi novio, Danny? —dijo Becky, señalando al hombre que estaba a su lado.

—Me alegro de verte, Jonah —dijo Danny, estrechando con fuerza la mano de Jonah. Este se acordaba de haberlo conocido, y también se acordaba de que era contable, y tal vez se acordaba porque, con aquel pelo corto estilo años cincuenta, su camisa azul almidonada con botones en el cuello, y sus pantalones color caqui sin ninguna arruga, producía una fuerte impresión de contabilidad, de ser un contable de pies a cabeza, incluso había algo de contable en la manera robótica en que dejaba colgar el brazo en torno al hombro de Becky: como si solo rodeara el hombro de su novia con el brazo porque sabía que lo tenía que poner allí, del mismo modo que podía colocar otro activo depreciado en la columna de débitos de una hoja de cálculo—. Estamos muy contentos de que hayas podido venir —le dijo a Jonah.

—Yo también me he quedado muy sorprendida —dijo Becky—. Quiero decir, agradablemente sorprendida. Ni siquiera sabía si estabas en Evite.

—Bueno, ya sabes, la familia es lo primero —dijo Jonah. Por las muchas expresiones de inesperado placer por tenerle allí, le había quedado claro que su presencia aquella noche era una enorme sorpresa; y lo cierto es que todos tenían razón al sorprenderse, pues su asistencia era básicamente accidental. Decidió cambiar de tema, tomando el único hilo que se le presentaba—: Danny, eres contable, ¿verdad? ¿Cómo te va el trabajo?

—La verdad es que muy bien —contestó Danny—. En la economía actual todo el mundo quiere a un experto que le maneje el dinero. Para los contables, no hay mejor publicidad que el miedo —dijo en un tono afable. Fue un comentario tan extrañamente insensible que a Jonah solo se le ocurrió asentir, como si estuviera de acuerdo—. ¿Tienes inversiones? —le preguntó Danny.

No tenía, al menos no importantes, pero Sylvia le había insinuado que, en un futuro no muy lejano, ella se encargaría de todo.

—Juego al póquer *online* —dijo Jonah.

—Jonah, la verdad es que quería preguntarte por tu trabajo —dijo Becky—. Estoy pensando en comenzar a preparar el examen de admisión a la Facultad de Derecho.

—¿De verdad? —dijo Jonah—. Pensaba que querías trabajar en la industria musical.

—Sí, bueno —dijo Becky encogiéndose de hombros—. El negocio musical no es lo que yo había pensado. ¿Te gusta ser abogado?

Le echó una mirada a Becky, con su diadema; le echó una mirada a Danny, con su sonrisa extrañamente inexpresiva. La verdad es que no sabía qué decir, se sentía como si le hubieran preguntado si le gustaba llamarse Jonah. Pero entonces lo decidió: sí, le gustaba llamarse Jonah. Le gustaba ser abogado.

—Es muy divertido —dijo riendo—. Es muy divertido.

—Dios mío, estás completamente borracho —protestó Becky.

—No completamente. —A continuación echó un buen trago y apuró la bebida que Aimee le había preparado—. Aunque estoy en ello —dijo, pensando que eso era lo que había intentado hacer durante las últimas veinticuatro horas: divertirse un poco.

El proyecto de embriaguez se aceleró de manera considerable cuando, unos minutos más tarde, decidieron trasladar la fiesta a la azotea. Cargaron el barril en el ascensor; todos agarraron botellas de licor y cervezas de la nevera. El ascensor los dejó en un vestíbulo acristalado, más allá del cual había una azotea que seguía el borde del edificio. El calor del día se había evaporado. A cien metros de altura, el aire nocturno era suave y agradable, incitaba a pasarse toda la noche de fiesta. Jonah compartió un porro con un compañero de trabajo de Becky, un *hipster* con todo el equipo: tejanos de menos de treinta de talla, un vello facial elaboradamente recortado y un reloj de bolsillo irónico. Hablaron de música, un tema del que Jonah en una época creía saber mucho —tiempo atrás había asistido a docenas de conciertos de Phish—, pero descubrió que después de unos cuantos años sin seguir las novedades, no reconocía a casi ninguno de los grupos que le nombraba su compañero de porro. Acordaron intercambiar música a través de Becky. Como los dos estaban borrachos y colocados, Jonah jugó un poco al *beer pong*^[5], a continuación ayudó a algunos a beber haciendo el pino, y luego lo practicó él mismo. Coqueteó un poco más desvergonzadamente con Aimee, y llegó al extremo de bailar con ella, lo cual era señal de lo pedo que estaba, pues como norma general tenía que estar muy pedo para bailar. Pero se sintió orgulloso de no permitir que ni las bromas ni el bailar con el culo de ella pegado a su bragueta se salieran de madre.

Tenía que ser la una pasada. Su intención había sido volver a casa más temprano, pero no siempre puedes hacer lo que pretendías, se recordó felizmente, ni tampoco tienes que hacerlo. Se acercó al borde de la azotea, sacó el teléfono y le escribió un mensaje a Sylvia que supo que no recibiría hasta por la mañana: «Estoy pensando en lo mucho que te quiero». Apretó el botón de enviar y se quedó con los codos apoyados sobre la barandilla. El edificio de Becky tenía unas treinta plantas, no gran cosa, lo habitual en Manhattan, suficiente para que al ojo humano la ciudad se transformara en un inmenso mar tachonado de luminosas ventanas sobre una marea de edificios y arroyos intensamente iluminados de faros de coches que fluían a través de las calles. Un poco más allá, también junto a la barandilla, Becky estaba escribiendo un mensaje, mirando el teléfono ceñuda. Jonah se le acercó y le dio un afectuoso abrazo.

—Me alegro mucho de verte —le dijo Jonah.

—Yo también me alegro mucho —contestó ella—. ¿Te parece bien que un amigo mío traiga a unos cuantos amigos más? ¿No estamos haciendo demasiado ruido?

—No te preocupes por eso —la tranquilizó Jonah.

—Oye, ¿le has dicho a Aimee que la llevarías a Nobu?

A lo mejor el baile no había sido tan inocente como había imaginado.

—Mmm, sí, bueno... la verdad es que no voy a llevarla.

—Vaya, ¿te parece bonito? —dijo riendo Becky—. ¿Sabes?, quería decirte una cosa. —Se acercó un poco más a él y habló en voz más baja—. Danny y yo hemos estado hablando de... —Su sonrisa pareció ensancharse e iluminarse hasta un punto

que no le permitió continuar—. De prometernos —dijo de manera casi inaudible.

—No jodas —dijo Jonah—. Pero ¿no hace poco que salís juntos?

—Hace dos años, Jonah.

—Joder. El tiempo vuela cuando vives dentro de un bufete de abogados —farfulló.

—De todos modos, te parece un buen tío, ¿no?

Jonah reconoció que su reacción inicial no había sido convenientemente entusiasta.

—Claro que es un buen tío —le dijo Jonah. Y mientras lo pensaba, decidió que había sido demasiado duro con Danny: era un buen tío, sin duda. Al fin y al cabo, ¿no era mejor que tu prima se casara con un tipo con demasiada pinta de contable en oposición a, pongamos, un tipo con demasiada pinta de traficante de marihuana? Además, por su cara radiante al hablar de casarse con él, cualquiera se daba cuenta de que estaba enamorada, de que era feliz. Y en ese momento la felicidad de su prima era muy importante para Jonah—. De verdad que es buen tío —le dijo Jonah.

—El otro día pasamos por delante de la joyería Harry Winston y sin ningún motivo quiso entrar —dijo Becky—. Eso es una buena señal, ¿no?

Jonah se acordó de Zoey, de Evan y del anillo que este no le había regalado.

—Sí —le dijo a Becky—. Muy buena señal.

—De todos modos, no se lo digas a tu padre, ¿de acuerdo? Quiero sorprender a los míos.

—Mis labios están sellados.

—Estoy segura en un noventa por ciento de que el otro día fue a comprar un anillo. Se pasó la tarde fuera y no me quiso decir dónde. Así que, no sé, a lo mejor ocurrirá pronto.

Mientras Jonah contemplaba la expresión seria y llena de esperanza de Becky, se dio cuenta de que estaba cambiando. Se acordó de ella cuando era una adolescente, incluso cuando estaba en la facultad, cuando tenía una decidida vena *hippie*: llevaba el pelo largo y sin lavar, tocaba la guitarra acústica en conciertos improvisados, y un año trajo una rama de olivo por Pascua «en honor del cautiverio de Palestina». Ahora iba a prometerse con un contable, llevaría un diamante de Harry Winston y probablemente haría el examen de ingreso en la Facultad de Derecho. Pero ya se sabe, las relaciones cambian a la gente. Gracias a Sylvia, él tenía cinturones de tres colores diferentes y ya no bebía refrescos. Quizá dejar atrás los valores *hippies* era simplemente la consecuencia natural de la madurez o, en cualquier caso, de adentrarse en la vida adulta. Además ni él mismo, después de haber asistido a tantos conciertos de Phish, sabía si el grupo se había disuelto.

—Me alegro mucho por ti, Becky —dijo con sinceridad—. Ya verás como lo tuyo funciona, lo adivino.

Ella le frotó el hombro.

—Gracias, Jonah. De todos modos, acompáñame al otro lado, porque quiero jugar

al *flip cup*^[6].

—Y yo primero quiero mear. ¿Pasa algo si meo hacia la calle?

—Te olvidas de que no tengo hermanos —dijo Becky—. Hay un cuarto de baño junto a los ascensores. ¡Vuelve deprisa! —Y se fue corriendo.

Iba a funcionar, se dijo, mientras caminaba por la azotea —un poco tambaleante —, abría la puerta del vestíbulo, donde estaban los ascensores, otra puerta que daba a las escaleras, y sí, había otra puerta a la izquierda que daba a un pequeño cuarto de baño. Todo iba a funcionar, se dijo mientras entraba, abriendo la luz de un golpe y echando el pestillo. Le gustaban los cuartos de baño —o, mejor dicho, le gustaba refugiarse en ellos—, cuartos de baño con retrete, un lavabo y un espejo, en los que podía cerrar la puerta y estar solo: evaluar la situación. A veces lo hacía cuando cenaba con clientes o colegas: fingía que tenía necesidad de ir al retrete, entraba y se apoyaba contra la puerta, comprobaba el teléfono y disfrutaba del descanso de tener que ser siempre uno mismo. A menudo, como hacía en ese momento, se miraba al espejo... y se dijo otra vez que todo, todo, iba a funcionar, porque Danny era un buen tío —responsable, formal y amable—, ¿y qué más se le podía pedir a un marido? Porque Sylvia, a su manera implacable, estaba enamoradísima de él, y él también estaba enamorado de ella, quizá no con el fervor de sus primeros meses con Zoey, pero eso había sido una aberración, algo fugaz; su amor por Sylvia era más resistente, más maduro: harían que funcionara. Todos ellos —él y Sylvia, y Philip y Doug Chen, y los Aaron Seyler del mundo, sus padres, Zoey y Evan—, todos sabían que funcionaría, todo apuntaba hacia un final feliz para todos, un final feliz definitivo. Quizá, solo quizá, todo el mundo era completamente perfectible, y fue en ese momento cuando observó algo muy luminoso y brillante en la punta de su nariz.

Se dijo que quizás era un grano, pero de inmediato comprendió que le estaba ocurriendo algo muy extraño y probablemente muy desgraciado —un ataque, en el mejor de los casos—, porque la luz de la punta de la nariz se expandía, cubría enseguida de blanco todo su campo de visión y se revelaba como el blanco que todo lo abarca y que todos los colores forman en su negación —una blancura oceánica en su amplitud—, un blanco que abarcaba todo lo visible y no una sola ausencia uniforme, tal como ocurría con la negrísima oscuridad, y lo primero que vio al mirar el espejo a través de esa blancura fue su propia cara envejecida y llena de manchas, sus arrugas, imperfecciones y decoloración percibidas como el final común a todas las cosas, porque solo era cuestión de tiempo, y en las arrugas de su cara distinguió las avenidas de la ciudad que le gustaba pensar que eran permanentes, pero que no tenían más permanencia que la de cualquiera de sus residentes o de un día del calendario, el Empire State se derrumbaba y Grand Central Station se derrumbaba, y los túneles del metro quedaban inundados de agua y las aguas ascendían a nivel de la calle a través del cemento de manera que lo que había sido la ciudad, esa ciudad, se convertía de nuevo en una isla recorrida por ríos y enterrada en los escombros de todo lo derrumbado o quemado o bombardeado o destrozado, como el mármol reluciente

arrancado de las pirámides y de la ciudad que los había rodeado, porque realmente solo era cuestión de tiempo antes de que todo, todo, todos los nombres, las calles, los socios, las marquesinas, los *gigabytes* de memoria, los trocitos de papel, las magdalenas, las camisetas, las actrices, los taxistas, el té, las botellas de cerveza, los ratones, las expendedoras de tarjetas de metro, los amigos, los colegas, los libros, las facturas, las exposiciones, los tribunales, todas las personas amadas y desconocidas, y Jonah Daniel Jacobstein se desvanecieran como un ojo cerrado, y de nuevo, sobre ese blanco vacío que veía, como grabadas a fuego, pequeñas, inmóviles e inconfundibles, se veían las letras: יונה הנביא.

Y entonces era solo un cuarto de baño de metro y medio por metro y medio, con el olor característico del moho natural mezclado con el ambientador. Y no era más que su cara, aunque la veía como no la había visto nunca: inseparable de su condición mortal, igual que la de Judith. El corazón le latía con fuerza, tenía la ropa empapada de un sudor frío. Se agarró a los lados del lavabo, temió que fuera a desmayarse, y de inmediato le alivió percibir su solidez: la banalidad fría y mate de la porcelana; pero el alivio fue temporal porque, al inclinarse hacia delante, arrancó el lavamanos de la pared y le golpeó un chorro de agua procedente de las tuberías de atrás.

Huyó. Salió corriendo del cuarto de baño, apretó el botón de bajada del ascensor con la palma de la mano, espero unos tres segundos, a continuación se abalanzó por la puerta que daba a las escaleras y comenzó a bajar los escalones de dos en dos. En el primer descansillo le asaltó otra visión: dos hombres luchando. Entonces comprendió que los dos hombres en realidad no estaban luchando, sino en una apasionada sesión de morreo, abrazados, con las bocas apretadas con fuerza. Jonah pasó junto a ellos corriendo, vio que uno de ellos era el *hipster* con el que había estado fumando porros, y en ese momento, al rozarlo, comprendió que el otro era Danny. Justo en ese momento Danny abrió los ojos, sus miradas se encontraron y Jonah siguió corriendo escaleras abajo.

Durante varias plantas pensó que se había quedado atrapado en una infinita escalera de Escher, que la visión había reventado por completo la física de la realidad, pero entonces una parte menos histérica de él observó que eso era lo que ocurría cuando intentabas bajar corriendo treinta pisos. El corazón aún le latía desbocado; para frenarse se agarró a la barandilla, cayó al suelo en un giro y se golpeó las rodillas. Estaba tan empapado de sudor, tanto frío como caliente, y del agua del lavabo roto, que se sintió como si acabara de salir del agua. Oyó un lastimero suspiro. Le llevó un minuto entero comprender que era su propia respiración agitada. Se preguntó si estaba sufriendo un ataque al corazón, pero al cabo de unos minutos el jadeo había remitido un poco y seguía vivo. Se puso en pie. Se obligó a bajar lentamente hasta el siguiente descansillo, donde abandonó la escalera y empujó el botón de bajada del ascensor. Cuando este llegó estaba vacío: no había ángeles relucientes ni horrendos demonios. Llegó al vestíbulo y, cuando sus ojos se posaron en el suelo negro y lustroso, se acercó a las puertas giratorias y las cruzó para salir del

edificio. Con la mirada en el suelo, levantó un brazo para pedir un taxi, y cuando este paró, entró y le dijo al taxista dónde vivía. Apretó los ojos durante todo el trayecto, y hasta que el taxi no arrancó con una sacudida no se dio cuenta de que, encima, se había meado en los pantalones.

2. Judith, o la buena estudiante

Judith tuvo una de esas infancias felices a las que no les falta de nada y que parecen existir solo como un cuento de hadas al que aspira la mentalidad americana.

Sus padres eran de clase media alta, tenían un empleo estable y eran personas estables, enamorados el uno del otro y de su hija única, empeñados en que Judith tuviera una infancia lo más perfecta posible. La familia iba a esquiar a Colorado, de vacaciones a las playas de Hawái, hacía viajes culturalmente edificantes a París, Londres, Atenas e Israel; fueron de safari a Sudáfrica cuando Judith acabó la primaria. Sus cumpleaños siempre se celebraban por todo lo alto, y recibía un regalo cada una de las ocho noches de la Janucá^[7]. Por lo que podía recordar, siempre la animaban, la apoyaban, y continuamente le decían lo especial, inteligente y guapa que era.

Y de algún modo, como respuesta a todo eso, Judith trabajaba sin cesar. Fue una de esas niñas que en la guardería se emocionó la primera vez que le pusieron deberes: le alegró hacerlos y se sintió orgullosa. En el tablón de anuncios de la clase se anotaba el número de libros que cada estudiante había leído, y la hilera de estrellas recortadas que se apilaban junto al nombre de Judith era varios centímetros más larga que la de los demás niños. Se iba a dormir recitando las tablas de multiplicar, del uno hasta el doce; se preparaba para los exámenes de ciencia o de historia creando gruesos montones de fichas que estudiaba una a una, una y otra vez, con una concentración monacal. De niña, su mayor problema de disciplina era que avanzaba en la lectura de los libros de texto en contra de las indicaciones de los profesores.

A los doce años solicitó un tutor a fin de prepararse para el examen de ingreso en la universidad, sabiendo perfectamente que no le tocaba hacerlo hasta dentro de cuatro años. Pero no era de esas chicas que rehuyen los extremos a la hora de prepararse. En una ocasión en que había ido con sus padres a casa de un vecino para la Pascua, pasó el rato en el que los adultos charlaban antes del Séder^[8] sentada en la alfombra haciendo deberes de latín sobre la mesita baja del comedor. Al observarla, la madre de la anfitriona —una anciana compacta, con un brillante pelo platino y la piel ajada de alguien que ha pasado la mayor parte de su vida adulta o sobre una estufa o en la playa de Florida— dijo de ella: «Esta niña es como un perro con un hueso». *Os, ossis*, pensó Judith.

Sus trabajos tampoco se limitaban solo a los deberes. Llevaba a cabo muchas actividades, en teoría recreativas, aunque, a medida que se hacía mayor, cada vez más y más encaminadas a aumentar lo que su padre denominaba «las opciones de entrar en una buena universidad». En la escuela primaria tocaba el piano e iba a clases de francés y de cerámica. En el instituto, a lo ya mencionado se había añadido participar en el programa de las Naciones Unidas, debates, varias sociedades de honor, B'nai

B'rith Girls^[9] (local y regional) y un voluntariado mensual en el comedor de beneficencia, y también practicaba la carrera campo a través.

Esta última modalidad era en la que Judith se distinguía menos. Aunque en teoría tenía complexión de corredora de larga distancia —tenía las piernas insólitamente largas y era alta desde niña—, no era una mujer atlética, y los rituales de los deportes de equipo (los gritos después de las victorias y los sollozos después de las derrotas) no eran algo natural en ella. De todos modos, la dinámica del deporte le resultaba lo bastante intuitiva y familiar: simplemente lánzate. Y el propósito más importante, tal como su padre tenía que recordarle solo de manera esporádica, consistía en demostrar que era una joven completa.

Al final de su segundo año en la secundaria, quedó claro que Judith poseería créditos suficientes como para graduarse con un año de antelación. Esta situación se consideró digna de una reunión familiar oficial, de manera que Judith y sus padres se congregaron en la sala de estar, se sentaron en el sofá debajo del retrato del abuelo del padre de Judith —un anciano de barba blanca ataviado con una levita negra y una kipá—, que daba la impresión, como había pensado siempre Judith, de haber entrado en el cuadro directamente desde alguna auténtica población judía del este de Europa.

—Seré honesto, soy egoísta —dijo su padre, David, con su tono de broma, medio irónico. Era profesor de literatura, y recientemente había completado una traducción de *Los cuentos de Canterbury* muy elogiada—. No quiero perder a mi persona preferida en el mundo un año antes.

—No hace falta que lo expresemos así, David —le corrigió Hannah, la madre de Judith. Era una poeta y novelista premiada y artista residente y profesora en la misma facultad en la que enseñaba el padre de Judith—. Cariño —le dijo su madre—, te podemos dar un consejo si quieres, pero en última instancia es decisión tuya. Y te apoyaremos pase lo que pase. Pero —añadió delicadamente— creo que es importante que recuerdes que tienes toda la vida para ser adulta.

—Muy cierto —asintió enseguida su padre, guiñándole el ojo.

—Los días de la infancia son fugaces —dijo su madre, y chasqueó los dedos en el aire, un gesto típico de ella.

Los tres discutieron el tema largo y tendido: sopesaron las ventajas y las desventajas de qué universidad escoger; consideraron la posibilidad de que se tomara un año libre y cómo podría pasarlo; especularon sobre las implicaciones sociales de comenzar la universidad a los diecisiete. Y, al final, Judith decidió que no se graduaría en la secundaria un año antes, sino que pasaría ese curso haciendo créditos de asignaturas que pudieran convalidarse en la universidad, para así poder acabar los estudios superiores un año antes. La lógica de Judith —que fue elogiada por David y Hannah— era que así podría avanzar un año en su educación pero sin sacrificar su último año de instituto con sus amigas y sin tener que entrar en la universidad siendo la novata más joven. Además, era una decisión económicamente prudente: un cuarto año en esa escuela privada, la Academia Femenina Gustav, aunque no barato, siempre

sería más barato que un cuarto año en cualquier universidad privada en la que acabara estudiando. Por supuesto, sus padres le dijeron que no pensara en consideraciones económicas. Pero lo cierto es que esa lógica no le importaba nada a Judith, había tomado la decisión porque estaba de acuerdo con su padre: tampoco quería despedirse un año antes de sus personas preferidas. No quería echar de menos sus reuniones familiares.

Tampoco era que Judith tuviera ninguna prisa en acabar con las tareas del instituto. Desde luego, a menudo estaba estresada, y casi siempre falta de sueño, pero esas cosas no importaban. De hecho, la fatiga le proporcionaba cierto orgullo, como si fuera un estado al que aspirara. Desde esa perspectiva, apreciaba mejor el concepto del atletismo: cuando ella y sus compañeras de equipo sudaban mientras descendían tambaleándose la colina de Triangle Street, sentía una peculiar forma de comunión con ellas, la misma que experimentaba cuando los sábados entraba en la biblioteca de la Academia Femenina Gustav y la veía abarrotada de compañeras de clase, con sus gigantescas mochilas llenas de libros y carpetas.

En una fase posterior de su vida —cuando pasaba muchas horas en galerías y subastas, contemplando las obras de arte que quizá comprara para decorar las paredes de los casinos del Coronel—, se preguntaba qué había impulsado a la joven Judith a esforzarse tanto. Si había habido alguien que fuera hija de la clase ociosa, era ella. ¿Por qué, entonces, había tenido tan poco tiempo para el ocio?

Comprendía que en parte se podría atribuir a los caprichos de su ADN: a «quién era». Tenía compañeras de clase en Gustav que fumaban hierba entre clase y clase, y los fines de semana iban a los conciertos de Ani DiFranco. Pero la mayoría —incluso la inmensa mayoría— habían sido unas maniáticas de la autodisciplina, como ella. La diferencia entre la mayor parte de compañeras de clase y ella era el grado que alcanzaba su fervor y su fanatismo.

Judith había llegado a creer que el trabajo era algo intrínseco al hecho de haber nacido en el seno de una familia de clase media alta. En el nivel más básico, Judith y casi todas las chicas de su escuela habían sido educadas para creer que la clave del éxito en la vida era el trabajo duro: para tener la vida y la carrera profesional que deseabas, tenías que ir a una buena universidad; para ir a una buena universidad, tenías que hacerlo bien en la secundaria y en todo lo demás, y para hacerlo bien en todo, hacía falta trabajar mucho. Era la proposición fundamental —la promesa— del éxito, en Estados Unidos. Sin embargo, la intensidad del esfuerzo, comprendió posteriormente, era desproporcionada con esa lógica. Levantarse a las cinco de la mañana, los veranos en el campamento para preparar el ingreso a la universidad, el tiempo pasado estudiando en clase, fuera de clase o en el coche mientras ibas a las reuniones de la Sociedad de Honor Nacional: era como si tuviera la impresión de que se lo debían a sí mismas, a sus padres, a los grandes dormitorios en los que dormían, a los coches nuevos en los que las llevaban y a las piscinas en el jardín en las que nadaban. Era como si el trabajo, en definitiva, no las hiciera ricas, sino merecedoras

de serlo.

Para Judith —y para muchas de esas chicas— había otro factor que justificaba su diligencia, aunque en su vida adulta no solía pensar mucho en ello: era judía. Su familia no era practicante en el sentido ortodoxo de la palabra —no seguían las reglas de la comida kosher, no renunciaban a ver la televisión ni a manejar dinero los viernes por la noche—, pero el judaísmo era importante para ellos. Pertenecían a una sinagoga del Judaísmo Reformista, iban una vez al mes para el sabbat y durante muchas de las fiestas principales. Participaban cada vez que se distribuía comida a los pobres y llevaban a cabo donaciones regulares a MAZON y a la Liga Antidifamación, y comprendían que esos donativos formaban parte de la práctica de su religión tanto como comer matzo, un pan ácimo, por la Pascua. Había arte judaico en toda la casa y una mezuzá sobre la puerta de entrada. Hannah, cuya madre era una superviviente de Buchenwald, siempre ambientaba sus novelas en el entorno sumamente judío de Filadelfia en el que se había criado; había ganado la Medalla Brochstein por sus traducciones de poesía yidis. Pero lo que resultaba quizá más definitivo era que entre la familia existía una reverencia colectiva hacia el pensamiento, el mundo académico y la erudición. Para Judith, la obligación de estudiar iba inextricablemente unida a la idea de lo que significaba ser judío. Le habían enseñado que los judíos eran el Pueblo Elegido, y eso no te garantizaba ser excepcional, sino que más bien entrañaba la obligación de perpetuar una tradición que incluía la formulación del monoteísmo, la fundación de muchas de las grandes filosofías del mundo, la invención de la psicoterapia y el descubrimiento de la física relativa. Los momentos en que su sentimiento religioso era más profundo no tenían lugar en el templo, sino más bien cuando estaba en su dormitorio haciendo un trabajo o resolviendo un problema, y oía a su padre teclear en su estudio, y oía a su madre recitar versos en voz baja y delicada. Entonces Judith sentía —le parecía que sabía— que Dios era real, inminentemente real, y que todos formaban parte de algo mucho más grande que ellos mismos.

Pero de adulta, Judith no evocaba demasiado esos recuerdos, y si lo hacía, su atención no tardaba en regresar al Hirst o al Koons que le habían encargado que comprara en una subasta; y quizás acercaba al cuadro una muestra de tela de una cortina: había que preverlo todo.

Cuando Judith comenzó la secundaria, sus padres —a pesar de lo orgullosos que estaban de ella— a veces se preocupaban por su hija, a la que veían demasiado estudiosa, hasta el punto de que quizás excluía las demás cosas que podría haber hecho. Tenía un par de amigas de la escuela primaria, pero no era una chica precisamente popular; durante su penúltimo año de instituto tuvo un novio durante unos meses, pero de inmediato reconocieron que el muchacho no estaba a la altura de su hija (literalmente, pues ella le llevaba casi ocho centímetros). Y aunque no mentían al decirle que la consideraban muy hermosa —interior y exteriormente—, tampoco afirmaban que su belleza resultara convencional.

La propia Judith reconocía que había extraído algunas de las bazas menos deseables del mazo de naipes genéticos de sus padres. Poseía el aire larguirucho y desgarrado de su padre, pero sin la inesperada gracia que le convertía en un buen bailarín en las bodas. Poseía la orgullosa nariz ganchuda de su madre, pero sin la delicadeza de los ojos y la boca que en una ocasión impulsaron a un borracho Hunter S. Thompson a proponerle matrimonio en una fiesta a primeros de los setenta. (Ella lo rechazó, o eso dijo). Pero lo menos afortunado de todo era que Judith había heredado el pelo de la madre de David, al que las chicas de B'nai B'rith llamaban jovialmente afrojudío: negro azabache, áspero como un estropajo, y antigravitacional en su crecimiento. Judith y Hannah probaron innumerables estrategias a lo largo de los años para dominarlo —docenas de acondicionadores distintos, peines de dientes anchos y de diversa composición, mañanas enteras planchándolo, todo un verano de alisamiento profesional—, pero en última instancia concluyeron que la cosa no tenía remedio. Durante toda la secundaria y la universidad, y durante su año de posgrado, Judith llevó el pelo en dos ondas que parecían losas, separadas por la raya a un lado.

Pero Judith no era una adolescente demasiado acomplejada. Había momentos incómodos en los que se visualizaba recorriendo el pasillo de la escuela: la más alta de la clase, con su aire larguirucho, y los codos y las rodillas más prominentes que los pechos. Pero amortiguaba la conciencia de ser una joven de aspecto un tanto extraño con la confianza de que había algo seductor en su extrañeza, en el marcado contraste entre su piel pálida y su pelo negro, en el pequeño lunar redondo que tenía justo debajo del ojo izquierdo. Si su aspecto nada convencional no iba a ser apreciado entonces, tenía fe en que lo sería algún día. Además, la mitad de las chicas indiscutiblemente hermosas de Gustav eran anoréxicas. Literalmente, ninguna de las adolescentes que conocía parecía del todo contenta con su aspecto.

Y no podía evitar sentir al menos cierta satisfacción corporal por el hecho de haber perdido la virginidad con un hombre de veinticinco años.

Los padres de Judith se habrían preocupado menos de la vida social de su hija de haber sabido que aunque era sumamente estudiosa, su personalidad no se reducía a eso. De hecho, se enorgullecía de su carácter abierto. Pero si sus padres hubieran tenido una imagen más completa de la vida de su hija —interior y exterior—, se habrían preocupado más, y con razón.

La intensidad que Judith mostraba en sus deberes escolares no era más que una manifestación de una intensidad general en su carácter de la que era consciente: una especie de avidez insaciable que a veces escapaba a su control. Cuando tenía ocho años, el profesor de su escuela hebrea explicó que el *yad*^[10] que estaba en la urna de cristal sobre el escritorio del director lo habían salvado de una sinagoga lituana quemada durante la segunda guerra mundial. Judith lo robó, y durante dos semanas mantuvo cerrada con pestillo la puerta de su habitación y admiró en secreto la belleza del bronce desgastado del *yad*, los dedos elegantemente articulados; dormía con el objeto debajo de la almohada, como si intentara absorber la potencia de la pérdida, la

supervivencia y la santidad que el objeto le parecía que emanaba. Un día el rabino reunió a todos los alumnos de la escuela hebrea en la sinagoga y les habló durante cuarenta apasionados minutos acerca del legado de la Shoah, de la necesidad de recordarlo en objeto y en pensamiento, del inestimable valor de artefactos como el *yad*, y después de haber oído tan solo diez palabras de su discurso, Judith comprendió, con la brusquedad de cuando te despiertan de una sacudida, que a pesar de la sensación piadosa que ella percibía en torno a todo el proyecto, había hecho algo muy muy malo. Por suerte (o así lo consideró en aquel momento), consiguió devolver en secreto el *yad*, y nunca se descubrió que ella fuera la culpable.

El celo de Judith poseía una cualidad indiscriminada, sin dirección específica, y se fijaba en objetos que iban desde lo más o menos predecible, como su religión, hasta lo aparentemente azaroso, como el Antiguo Egipto, que durante su quinto curso de secundaria estudió durante tres meses, memorizando los nombres de todos los faraones del Reino Medio y aprendiendo por su cuenta docenas de jeroglíficos. Al hacerse mayor, Judith simplemente poseía ese celo por poseer: una pasión para niveles o actos de mayor vehemencia e intensidad que los que parecían satisfacer a aquellos que la rodeaban.

Ese celo encontró una nueva vía de escape cuando descubrió la masturbación, lo que creó un vínculo entre el extremismo y el sexo que, como comprendería posteriormente, no era del todo beneficioso. Al igual que la mayoría de muchachas con las que compartía historias al hacerse mayor, al principio no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Contemplaba una escena de cama en una película para mayores de trece años, o simplemente miraba fotos de estatuas griegas, y entonces una sensación desconocida se apoderaba de ella. Se retiraba a su dormitorio, echaba el pestillo, y a base de abrir y cerrar las piernas alrededor de la esquina del colchón, provocaba unas oleadas de sensación que parecían proceder de la fuente de ese algo desconocido. La práctica condujo a métodos más sofisticados, hasta que logró pasarse horas inmersa en un mundo secreto cuyas dimensiones y sensaciones no podía expresar. Naturalmente, comprendió que las demás también se masturbaban; había mantenido La Conversación con su madre mucho antes del primer periodo, y había soportado una clase de educación sexual en sexto. Pero con los ojos muy apretados y las ventanas de su dormitorio abiertas de par en par, creía que nadie se masturbaba así.

Esas diferencias eran importantes para ella. Al igual que muchas adolescentes brillantes (y al igual que muchas personas brillantes de cualquier edad), poseía una preocupación instintiva por ser «normal»: ser como todos los demás, no especial, igual que cualquier otra chica de Gustav. Creía que por culpa de esa preocupación, al menos en parte, la anorexia estaba tan extendida entre sus compañeras: te proporcionaba un secreto, un sufrimiento secreto.

Pero si al comienzo de su segundo año de instituto consideraba la masturbación una señal que la distinguía de sus compañeras de clase, también era consciente de que

aún tenía que distinguirse en las demás empresas sexuales. En su clase había chicas que habían llegado a la segunda base, a la tercera, o que incluso habían mantenido relaciones sexuales con chicos de otros institutos. Sin embargo, aparte de unos cuantos torpes morreos durante una partida del juego de la botella en la recepción del bar mitzvá de una amiga, hasta el otoño de su segundo año de instituto la vida sexual de Judith había sido algo del todo solitario. Simplemente no sabía coquetear con los muchachos, no sabía mostrarse atractiva ante ellos, ni transformar las amistades que tenía con algunos en algo físico. El abismo entre los forzados coqueteos en el cine y los dolorosos placeres de un orgasmo le parecía más o menos imposible de cruzar. Y eso frustraba a Judith, no tanto porque considerara que obtendría un gran placer si un muchacho «la sobaba», sino más bien porque el hecho de ignorar algo era opuesto a su carácter, y en realidad a toda su forma de vida. El hecho de no lograr encontrar un novio hacía que Judith se sintiera estúpida. A los quince años Judith no se consideraba una chica solitaria; había tenido varias amigas en la escuela, y vivía con sus dos mejores amigos: mamá y papá. Sin embargo, se daba cuenta de que había formas de compañerismo que se estaba perdiendo. Al fin y al cabo, era una joven que luchaba por ser completa.

Y entonces se enamoró de su profesor de literatura inglesa.

La asignatura se llamaba «Escritores del siglo XIX» y «La invención de América». Judith y las otras dos chicas de su clase, Amanda Veen y Stacy Barashkov, congregadas el primer día en el aula 13, se sentaron alrededor de una mesa de madera circular junto a una alargada ventana que daba a los terrenos del instituto. Gabe entró vestido de una manera que ella acabaría considerando típica de él: una camisa con botones en el cuello y una corbata, unos tejanos y sin americana. Desde luego (¡desde luego!) no era mucho mayor que ella, no hacía muchos años que había salido de la universidad; había impartido literatura creativa y literatura inglesa en Berkeley; el verano anterior había completado dos años de profesor en Uganda para el Cuerpo de Paz, le habían publicado un relato corto en *The Kenyon Review* y tenía una novela medio acabada en el escritorio de su apartamento. Pero Judith se enteraría de todo eso más tarde. Aquel día, cuando Gabe se acercó a la mesa, con un aire despreocupado y seguro de sí mismo que ella consideró muy masculino —todo lo que sabía Judith de él era que estaba en su instituto, que era muy alto (uno noventa y tres), que tenía el pelo oscuro y la nariz griega—, extrajo un libro con numerosas hojas dobladas y sin sobrecubierta de la cartera que llevaba colgada del hombro, y leyó: «La atmósfera no es un perfume, no tiene el sabor de la destilación, no huele, / es para mi boca desde siempre, y estoy enamorado de ella, / iré a la ribera junto al bosque y quedaré sin disfraz y desnudo, / ansío que esté en contacto conmigo». A continuación cerró el libro y lo dejó caer sobre la mesa, mientras se quitaba la cartera del hombro, y les preguntó:

—Veamos, señoritas, ¿de qué está hablando Walt Whitman?

Así que esto es lo que se siente, se dijo Judith.

Lo cierto es que todas estaban enamoradas de él. Amanda Veen reaccionó encerrándose en un silencio estupefacto que duró todo el semestre; Stacy Barashkov contestando preguntas en clase con monólogos ensayados y deseosos de agradar, agitando las manos caóticamente delante de ella. Judith —en quien las emociones interiores más poderosas solían provocar una especie de calma útil aunque misteriosa (incluso para ella)— concluyó que lo mejor que podía hacer para ganarse su afecto era demostrarle que también era una persona brillante.

Su madre, al leer su primer trabajo sobre *Hojas de hierba*, dijo con sinceridad que le habría puesto una A si uno de sus alumnos de su curso de «Poesía para poetas» se lo hubiera entregado: esa fue una de las veces en que se quedó incluso un poco sobrecogida por la inteligencia de su hija. Por una cuestión de principios, la escuela Gustav estaba en contra de puntuar con letras, pero Gabe se mostró efusivo en los elogios que escribió al pie de la página, debajo de la conclusión. Para su siguiente trabajo, sobre Emily Dickinson, Judith se pasó horas investigando en la biblioteca, trazando relaciones entre la vida de la poeta en Amherst y los «temas psicológicos» de sus versos. En esta ocasión Gabe también se quedó un poco sobrecogido. Judith procuraba que sus trabajos no fueran demasiado rancios ni pedantes al estilo escolar: quería demostrar que captaba la belleza y la franqueza de su escritura, que compartía la evidente pasión de Gabe por ella, que veía las mismas chispas del mundo que prometía, chispas que ella creía que formaban parte del centelleo de los ojos de Gabe cuando este les leía en voz alta a ella, a Amanda y a Stacy (aunque a Judith le gustaba pensar que solo leía para ella): «Dolor celestial, nos provoca: / no encontramos cicatriz, / pero sí diferencia interna, / donde los Significados están». Sobre todo, ella quería dar a entender que sentía los mismos anhelos que animaban la propia escritura. «El jardín que había detrás de su casa se convirtió para la joven Emily Dickinson en el paisaje imaginario en el que se desarrollaban los dramas que anhelaba y temía experimentar en su vida real», escribió. Era consciente de que quizá se estaba enamorando tanto de la literatura americana del siglo XIX como de Gabe pero, en una interpretación de los acontecimientos quizás un poco demasiado imaginativa, concluyó que en realidad no tenía que haber mucha diferencia.

Sea como fuere, sus trabajos surtieron el efecto deseado, y al pie de su ejercicio de escritura creativa en el que exploraba temas trascendentales en su vida cotidiana, Gabe escribió: «Judith, eres una joven excepcional. Tenemos que quedar un día para discutir a solas lo que escribes». Este comentario —que oscureció el color de sus mejillas de alabastro, cosa que casi nunca ocurría— seguía siendo el punto culminante de una distinguida carrera académica.

Un día, después de las clases, se encontraron en el café del vestíbulo de Gustav. Con su habitual estilo afable y relajado, Gabe le habló de cuando había enseñado en Berkeley y en Uganda; le preguntó por su familia, sus amigos, sus planes universitarios y qué pensaba hacer después. A Judith le sorprendió lo fácil que era hablar con él, o, mejor dicho, lo fácil que a él le parecía escucharla, mantener una

conversación con ella. Judith estaba acostumbrada a que los muchachos se quedaran un poco perplejos o descolocados por su actitud que, contrariamente a la de muchas chicas de su edad, no era jovial ni de risa tonta, sino contemplativa y callada. Ella no se consideraba exactamente tímida, sino más bien reservada, aunque se trataba de una distinción que pocos varones adolescentes se molestaban en observar. Pero mientras Judith hablaba con Gabe con su voz mesurada y un tanto baja, él la observaba, la miraba a la cara y respondía a sus palabras, todo ello con un interés y una evidente comprensión que Judith nunca había visto en un hombre que no fuera su padre. ¿Y por qué iba a reaccionar delante de Judith como si fuera un muchacho cualquiera?, se preguntó ella en cierto momento: no lo era. Y Gabe le diría —mucho más tarde— que su manera serena de hablar, la atención que siempre veía en sus ojos, le resultaba intrigante, incluso *sexy*.

Antes de separarse intercambiaron sus correos electrónicos. Él comenzó a mandarle poemas: al principio de Philip Larkin y de W. H. Auden; después de Pablo Neruda y e. e. cummings. A veces le mandaba un mensaje que consistía en una sola expresión o frase en la línea del asunto: «No hay nada tan espiritual en ser feliz, pero no puedes pasar ni un día sin serlo». «Glamurosa ninfa, con flecha y arco». Ella buscaba el origen de esos fragmentos de poemas o de letras de canciones, comparaba los libros de poemas, compraba los álbumes, le contestaba con poemas y letras de canciones, guardaba e imprimía todos los correos, los guardaba ocultos debajo de la cama en un ajado maletín de cuero que había encontrado en el armario de su madre, y que a veces sacaba por la noche, siguiendo las arrugas del cuero con los dedos, como si leyera en un braille místico y privado.

Comenzaron a verse en el café una o dos veces por semana. Él mantenía un tono informal y generalmente se ceñía a los temas apropiados entre un profesor y un alumno, pero ella pronto empezó a darse cuenta de que a Gabe le temblaba la pierna cuando ella se sentaba, y de que con el dedo daba silenciosos golpecitos al lateral de su taza de café mientras la observaba hablar. Comenzó a hablarle de lo que escribía, de su novela (una *Bildungsroman* acerca de un hombre que intenta modelar su vida según la del joven James Joyce) y de sus planes para el futuro.

—Tienes alma de persona mayor —le dijo Gabe un día, justo después de salir del café—. A veces pienso que eres mayor que yo.

Fue entonces cuando ella reconoció que Gabe había bajado la barrera que ella había intentado hacerle bajar con todo su poder intelectual: Judith había conseguido expandir la manera en que la percibía.

De adulta, al volver la vista atrás, percibía que después de eso los acontecimientos se habían precipitado de una manera casi inevitable, aunque quizá todo había sido inevitable desde el primer café y el primer correo electrónico. No obstante, en algún momento había ocurrido que los dos querían lo mismo, y entonces todo había sido cuestión de tiempo, hasta que una tarde él le ofreció llevarla en coche a casa; y consiguieron que a los dos se les ocurriera la idea de dar un breve paseo antes de

dejarla en casa; y ese paseo les condujo a través de un bosque ralo junto a la ribera de un arroyo, en el que se reflejaba el sol de la tarde, y los dos se sentaron sobre un tronco tan bien colocado en la orilla que parecía haber sido puesto allí para ellos.

—Eres tan extraordinaria —le dijo Gabe, casi con tristeza. Hubo algo en su tono que provocó que el corazón de Judith comenzara a percutirle contra la caja torácica; tuvo que respirar por la nariz a fin de ocultar cómo se le aceleraba la respiración. Eran sensaciones que solo había conocido después de las carreras campo a través más largas, pero en realidad no era un estado desagradable—. Siento una gran conexión contigo —prosiguió Gabe—. Debes de percibirlo. Judith —dijo volviéndose hacia ella, y sus ojos castaño claro solo consiguieron aumentar el derroche de nerviosismo y excitación en su interior—. Basta de chorradas. Estamos pisando un territorio muy muy peligroso. —Judith consiguió asentir con serenidad—. Deberías saber que tengo novia. En California. Emma. —«Tenemos un nuevo enemigo» fue la frase que se le pasó por la cabeza, una frase que, como comprendió de inmediato, procedía de *El imperio contraataca*, una película que había visto un vergonzoso número de veces con su padre. Eso podría haberle hecho pensar que realmente era demasiado joven para aquello, pero en aquel momento su mente estaba ocupada en otras cosas—. Ahora tengo que llevarte a casa —le dijo Gabe. Por supuesto, ninguno de los dos se movió—. Sigo siendo tu profesor. Podemos ser amigos.

—Quiero más —dijo Judith.

A lo mejor Judith se dio cuenta de que había una línea que él no se permitía cruzar con ella, y quizás eso la impulsó aún más poderosamente a cruzarla, respondiendo de nuevo al insaciable celo que la había inducido a robar el *yad* del escritorio del director. Judith tomó la cabeza de Gabe con las manos y la atrajo hacia la suya. Ese primer contacto ardía en su intensidad, y para una muchacha de quince años enamorada de la literatura americana del siglo XIX —enamorada de la idea de esa literatura, enamorada de sus pasiones, y de las pasiones que había estado buscando toda la vida— perder la virginidad en la ribera del río, con marcas de ramillas en la piel y el pelo enmarañado en la hierba era todo lo que podía pedir Judith Klein Bulbrook. Cuando él se apartó de ella para buscar en la hierba la ropa interior que había lanzado, ella se quedó mirando el cielo, el sendero de nubes entre las ramas de las copas de los árboles, y sus dedos colgando entre la fría superficie del arroyo. Pensó en lo que acababa de hacer, el lugar al que tenía que volver, el futuro que se abría ante ella, y percibió una perfecta totalidad a lo largo de toda su vida. Comprendió que era el momento más feliz de su vida, y dio gracias a Dios por ello.

Naturalmente, aquel momento no duró. Cuando Gabe regresó a su lado, sujetando con las manos sus bragas amarillo sol salpicadas de florecitas (ella no había previsto que aquel fuera a ser el día), Judith se echó a llorar: de repente, de manera irritante, lo ocurrido aparecía sin disfraces. Tenía quince años y había perdido la virginidad con su profesor de literatura inglesa; estaba echada medio desnuda junto a un arroyo; a su lado había un hombre que tenía sus bragas en la mano. Pero ella siempre lo

consideraría un buen hombre por lo que hizo a continuación: se arrodilló a su lado, le acarició los cabellos ásperos y le prometió que todo iría bien.

La relación no duró mucho. Lo cierto es que era demasiado intensa para ambos, y quizás incluso más para él. Gabe estaba agobiado por un enorme sentimiento de culpa: primero por engañar a Emma, su novia californiana, y, peor aún, por no poder desembarazarse de la idea de que se «estaba aprovechando» de Judith, tanto daba lo que ella dijera o que intentara tranquilizarlo. Además, los riesgos pesaban mucho en él, riesgos que no solo afectaban a su relación y a su carrera docente. Judith no creía que sus padres llegaran al extremo de hacer que lo arrestaran por estupro si se enteraban, pero tampoco podía estar segura. Nunca habían tenido ningún desacuerdo serio con ella. Durante el mes que Gabe y ella estuvieron juntos, él perdió peso, le dijo que no podía dormir ni trabajar en su novela. Algunas mañana se le veía tan ceniciento en clase que lo cierto es que ella sentía lástima por él.

Por su parte, Judith se daba cuenta de que su fanatismo la había metido en algo que no comprendía en absoluto. Disfrutaba del sexo —decirlo así era quedarse muy corta—, pero lo cierto es que ese era el problema. La asustaba —casi la aterraba— la manera en que su cuerpo huía de ella mientras se aproximaba al orgasmo, por no hablar de lo que hacía cuando lo experimentaba. Descubrió que le resultaba muy difícil pasar, en una sola tarde, de ser una chica cuyo sujetador nunca había sido desabrochado por otras manos diferentes a las suyas a convertirse en un ser sexual hecho y derecho. Comenzó a desear que en algún momento la hubieran magreado. Y todo aquello hacía que se sintiera como alguien un tanto ajeno a su propia vida; alienada, aunque no demasiado, incluso de sus padres, a quienes había mentido por primera vez. A veces se sentía alegre y otras arrepentida; eufórica y medrosa, con remordimientos de conciencia. Esos cambios de ánimo nada tenían que ver con la persona que sabía que era: le parecían algo muy adolescente. Fue en una cafetería a unos veinte minutos de la ciudad, mientras sopesaban si debían pasar una noche juntos en casa de ella aprovechando que sus padres salían de la ciudad el fin de semana, cuando ella observó que acababa de doblar el barato tenedor metálico de la mesa y que lo había dejado formando un ocho: en ese momento decidieron, sin mucha discusión, que aquello tenía que terminar.

Aquella noche Judith volvió a leer todos los correos electrónicos y los poemas, como si reviviera su antigua euforia en forma de pesar, y estuvo sollozando hasta que se durmió. Pero cuando se despertó al día siguiente descubrió que se sentía aliviada. Y mientras aquella mañana recorría los pasillos de Gustav, comprendió que tenía un secreto que sobrepasaba el de cualquier otra chica de la escuela. Mientras pasaba de una clase a otra, con los libros apretados contra el pecho y ese nimbo de pelo negro flotando sobre su pálida frente, imaginó que si alguien la observara de cerca, percibiría que ese centelleo que ella había visto por primera vez en los ojos de Gabe ya era algo permanente en los suyos. (En aquella época no consideraba que hubiera entablado la relación por eso, pero para cuando vivía en Las Vegas, no estaba tan

segura).

Sin embargo, su relación tuvo un desdichado colofón. Judith tomaba la píldora desde que tenía trece años, a fin de que sus periodos fueran regulares... pero nadie saca una A en todo. Y Judith —que era una alumna de secundaria cuya mente, en cualquier momento, estaba extremadamente ocupada con tropecientos pensamientos, tareas y actividades—, no era tan perfecta a la hora de acordarse de tomar la píldora. Le prestó mucha más atención después de comenzar a mantener relaciones, desde luego, pero como había aprendido en su clase de educación sexual de sexto, después de comenzar a tener relaciones sexuales puede ser demasiado tarde.

Cuando el periodo se le retrasó cinco días, se lo contó a Gabe. Estaban sentados dentro del coche, cerca del inicio del sendero, donde habían tenido relaciones sexuales por primera vez. Un verde sopa de guisantes se extendió por la cara de Gabe, y su expresión no fue tanto de pánico como de progresiva catatonía. Luego se echó a llorar.

—Lo último que quería era arruinarte la vida —dijo.

Esta vez ella lo consoló. Como parecía que cada vez era más probable una emergencia, la dominó uno de sus estados de calma. Judith lo tenía todo pensado: se lo diría a su madre, pero no a su padre; no revelaría la identidad de Gabe, y creía que su madre respetaría su decisión; iría al centro de salud de la universidad, donde la habían llevado toda la vida cuando tenía un resfriado o una inflamación de garganta, y allí abortaría. Y sería terrible, se dijo, pero era la manera de obrar más lógica, y al final se encontraría bien. Lograría vivir con ello, y seguiría pudiendo ir a cualquier universidad prestigiosa que deseara, y seguiría siendo renombrada en cualquier campo de estudio que escogiera. En resumen, no arruinaría su vida: se desarrollaría tal como estaba prevista.

Cuando Gabe dejó de llorar, intentó sobreponerse —por alguna razón, tuvo que quitarse la corbata— y dijo:

—Vale, muy bien, vamos a que te hagan la prueba de embarazo.

Fueron en coche hasta un Walmart que estaba a cuarenta minutos por la autopista. Sin embargo, cuando llegaron Gabe volvió a caer presa del abatimiento. Con los hombros caídos y encogidos, las manos amarradas al volante y los ojos sobre el cuentakilómetros inactivo, le dijo:

—No puedo entrar contigo. —A lo que añadió—: Podrías hacerte la prueba en el lavabo. Podríamos averiguarlo ahora mismo. —Que pronunciara aquella sugerencia la dejó estupefacta, pero se serenó e intentó no culparlo. A fin de cuentas, se recordó que él podía ir a la cárcel por ello.

Judith mantuvo la compostura al cruzar el aparcamiento. No obstante, mientras entraba en la cavernosa tienda sola y alargaba el cuello para leer los carteles que quedaban a tres metros sobre los pasillos —artículos de acampada, artículos de

cocina, electrodomésticos, comestibles— comenzó a perder la sangre fría. Buscó entre infinitas estanterías y vitaminas, cremas y tampones, y por fin encontró las pruebas de embarazo: había docenas, en un expositor que le iba de los tobillos a la frente; y, mientras se quedaba mirando todas aquellas cajas, comprendió que no quería hacer aquello de ninguna manera: hacerse una prueba de embarazo en el lavabo de un Walmart, abortar a los quince años.

—Dios mío —dijo para sus adentros—. Por favor, no me hagas esto. Juro que a partir de ahora seré más lista.

Escogió la prueba más cara, concluyendo que un criterio imperfecto a la hora de escoger era mejor que ninguno. Lo llevó a la parte delantera de la tienda, lo colocó sobre la cinta en la cola de la caja y, a continuación, para disimular, puso dos revistas y un paquete de chicles encima. La mujer que estaba en la caja registradora no era mucho mayor que ella, afroamericana, llevaba unos pendientes dorados y redondos, y las uñas largas y muy decoradas. Pasó el paquete de chicles y la revistas por el escáner, y cuando llegó a la prueba de embarazo le lanzó a Judith una mirada interrogadora de arriba abajo.

—¿Sabes lo que es esto? —le preguntó. Judith la miró sin expresión. Esa era una conversación que de ninguna manera, de ninguna manera quería mantener—. ¿Cuántos años tienes, trece? —El raciocinio estaba abandonando a Judith, una sensación más desconcertante aún ya que nunca la había tenido. La aterraba que aquella mujer pudiera llamar a sus padres. Pero entonces la mujer de la caja simplemente negó con la cabeza y pasó la prueba por el escáner—. Trece años y estás aquí sola —dijo cuando el escáner pitó—. Siempre te decepcionan, ¿verdad?

Judith agarró la prueba de embarazo, dejó las revistas y se fue corriendo al cuarto de baño, y consiguió cerrar de un portazo y echar el pestillo antes de llorar. La realidad de todo aquello se alejaba cada vez más del paisaje imaginado e invadía su vida real.

—Por favor, Dios mío —dijo—. Por favor, por favor, por favor.

Por suerte, el lavabo era para una sola persona: solo ella, el lavamanos, el espejo y la taza. Extrajo la prueba de embarazo de la caja, leyó las instrucciones de principio a fin (aunque lo esencial estaba claro solo con mirar el dispositivo: «Orine aquí»), se bajó las bragas y se sentó en la taza. Llevó a cabo una última respiración de súplica, bajó la mirada hacia las bragas y vio que acababa de venirle el periodo.

—Gracias, Dios mío —susurró—, gracias, Dios mío, Dios mío, gracias.

Después de ese trauma, Judith y Gabe restringieron sus interacciones al aula. Incluso los correos electrónicos parecían demasiado tensos y peligrosos emocionalmente. A veces, cuando él leía en voz alta en clase, parecía que la miraba con una atención especial, pero aparte de eso jamás hubo ningún indicio exterior de que hubieran sido nada más que una estudiante excepcional y su profesor favorito. Una manera un tanto

triste de acabar aquella relación, se dijo Judith, aunque se trataba de una tristeza de la que, como descubrió, podía disfrutar. En cualquier caso, podían haberse dado finales mucho peores.

Aquel verano Judith se fue de viaje a Israel, y cuando volvió Gabe ya se había trasladado a California: había dimitido de Gustav y había aceptado una plaza de profesor en una escuela privada de Santa Bárbara. Judith supuso que estaba viviendo con Emma, pero él no se lo especificó en el correo electrónico, breve y serenamente emotivo, que le escribió, el último que ella colocó en el maletín de cuero debajo de la cama. «Judith, eres una mujer tremendamente prometedora —le escribió—. Estoy impaciente por ver todo lo que vas a conseguir». Durante un tiempo, ella también estuvo atenta a lo que él conseguía, aunque la novela que ella esperaba nunca apareció.

Hasta que terminó la secundaria no salió mucho con chicos, ni tampoco lo intentó. Durante su penúltimo año de secundaria tuvo ese novio que sus padres consideraban que no estaba a su altura, aunque lo cierto es que ella también pensaba lo mismo. Era capitán de un equipo de debate al que Gustav había derrotado en una competición regional: ella lo encontraba cariñoso pero en última instancia sin interés, guapo pero impaciente e inexperto en las cuestiones de cintura para abajo. En general, no resistía la comparación con Gabe, y Judith se contentó con esperar a encontrar un compañero romántico más digno de ella. Lo cierto es que estaba satisfecha con ser simplemente otra chica de Gustav durante una temporada. Nunca olvidaría lo afortunada y lo dichosa —hasta qué punto alguien velaba por ella— que se había sentido en aquel cuarto de baño al comprobar que conservaba el privilegio de esa condición; al descubrir que su mundo, que por un instante había parecido tan frágil, era de hecho tan duradero.

Pero cuando estaba en Las Vegas, eso no eran más que recuerdos: sentimientos envidiables y vanos.

3. Pero Jonah se levantó para huir

Jonah había dejado de fumar durante su primer año en la Facultad de Derecho, pero después de todo lo que había visto en el cuarto de baño durante la fiesta de Becky, se le ocurrió que, provocara cáncer o no, si quería que las manos dejaran de temblarle y la mente dejara de repasar frenéticamente los detalles de lo que acababa de presenciar, los poderes sedantes de la nicotina iban a resultar cruciales. Aquello precisaría la colaboración de todos, en otras palabras, así que le dijo al taxista que lo llevaba a casa que se parara en una tienda de comestibles, donde compró tres paquetes de American Spirits.

Sin embargo, las náuseas que le provocó el primer cigarrillo en ocho años no hicieron más que aumentar la sensación de desamparo que había experimentado al abrir la puerta de su apartamento, al ver el suelo desnudo, las cajas de cartón detrás del sofá y el televisor de cuarenta y seis pulgadas, y comprender que eso era lo único que le esperaba en casa. Sintió el impulso de llamar a Zoey; aparte de todo lo demás, era una de las personas más auténticamente comprensivas de su vida, y lo conocía de una manera y con una profundidad mayor incluso que Sylvia. (Reconoció que eso era una mala señal para la relación que había decidido proseguir, pero se dijo que ya tenía suficientes cosas de que preocuparse en ese momento). Pero cuando se hubo cambiado la ropa por otra ropa seca, concluyó que Zoey no le creería, ni tampoco Sylvia, ni sus padres, ni ningún amigo. Lo máximo que harían sería intentar contagiarle sus propias dudas, y uno de los aspectos más destacables de lo que acababa de ver era que, por desgracia, no se prestaba mucho a la duda.

Mientras pensaba en todo eso, el silencio de su apartamento se volvió perceptible, como si pudiera captar el vacío que lo rodeaba, donde había estado la duda. Inmediatamente encendió el televisor, puso el aire acondicionado al máximo, a los Rolling Stones a todo volumen en su estéreo, encendió otro cigarrillo, y se bebió otra copa de su *whisky* de trescientos dólares. La cacofonía del sonido, el vídeo, los cigarrillos y el alcohol consiguieron apartar lo suficiente el miedo y la agitación y concederle espacio para pensar, y cogió una pluma y una carta sin abrir de la Asociación de Alumnos de Vassar, se sentó a su mesita baja y comenzó a elaborar una lista que tituló «Explicaciones lógicas». (Comprendió que esa lista, que ya había tirado al suelo formando una bola de papel, había sido, de hecho, un intento desesperado de reafirmarse en la duda).

El primer punto de la lista era: «1) He fumado hierba mala». Teóricamente, había mucho que atribuir a esta explicación: la circunstancia, pues había fumado el porro con el *hipster* solo una hora antes de entrar en el cuarto de baño; y la convención, pues la mayoría de alucinaciones modernas se atribuían a los alucinógenos. De todos modos, el problema era que ya había fumado hierba mala antes, en cualquier caso,

hierba a la que habían añadido polvo de ángel. Había ocurrido en un festival de música al aire libre al que había asistido cuando estaba en la universidad. No tuvo alucinaciones, solo se sintió muy muy colocado, luego perdió la sensación de los brazos y las piernas, y tuvo que pasar el resto de la tarde comiendo rodajas de naranja en la tienda de campaña del *chill-out*. Había comido setas alucinógenas un par de veces, y en una ocasión había tomado ácido. Las setas solo le habían provocado ganas de reír y pasmo ante todo lo que veía, y aunque el ácido le produjo unas ilusiones bastante intensas (las más notables eran que las notas de la guitarra de Trey Anastasio parecían mariposas de color naranja que flotaban en el cielo antes de mezclarse con el sol), había distinguido en esas imágenes el inconfundible matiz de lo irreal, de lo químico. En otras palabras, mientras alucinaba había sabido que estaba alucinando. En el cuarto de baño, en cambio, lo que había visto no le había parecido una distorsión de la realidad, sino más bien una revelación repentina e irritantemente clara de la realidad. Además, y para ser más concretos, cuando estabas de tripi no veías alguna chorrada absurda y luego dejabas de flipar. Había un rápido crescendo en el tripi, y luego un largo y lento decrescendo, y, para bien o para mal, la experiencia duraba al menos cuatro o cinco horas. Y nunca se había sentido más rematadamente sobrio que cuando había bajado las escaleras corriendo.

Siguiente punto de la lista: «2) Tienes alucinaciones porque estás agotado, estresado y hambriento». Si la ilusión no era obra de algún agente farmacológico externo, quizá simplemente obedecía al predecible mal funcionamiento del cerebro sometido a mucha tensión: los fallos de unas neuronas atribuladas. Llevaba en pie desde las seis de la mañana. En todo el día no había comido más que un sándwich de pavo en el trabajo, una porción de tarta de cumpleaños, cuatro tazas de café, incontables unidades de alcohol en formas variadas y la mitad de la hierba de un porro. Pero nada de eso era exactamente atípico. Lo cierto es que casi todos los días estaba agotado, estresado y hambriento. Lo máximo que le había provocado antes habían sido las motas y las estrellas de una migraña. Además, se había sentido bien en la fiesta: de hecho, se lo había pasado estupendamente, hasta que había presenciado el desmoronamiento de la ciudad de Nueva York en las arrugas de su cara envejecida.

Esto le dejaba: «3) ¿Esquizofrenia?». Y al ver la palabra escrita se había preocupado lo suficiente como para añadir los interrogantes. Tenía que admitir que le parecía una explicación plausible. Había buscado la definición del trastorno en WebMD y en MayoClinic.com, pero incluso esa búsqueda superficial reveló que su estado, de una manera tranquilizadora e inquietante a la vez, era más complicado de lo que sugería el retrato de esa enfermedad que aparecía en televisión y en las películas. Pero ¿acaso no era evidente?, se preguntó. Siendo objetivo, había visto cosas que no podían existir. ¿Eso le convertía, *quod erat demonstrandum*, en loco? ¿Acaso la locura no proporcionaba una explicación global a todo lo que le había ocurrido? ¿No quedaba obligado, en virtud de la *lex parsimoniae*, a rechazar todas las

demás hipótesis? ¿No era la locura la única conclusión sensata? Y en algún momento comprendió que esas preguntas ya no eran el producto de un pensamiento racional, sino que, de hecho, tan solo eran otra expresión del miedo y la agitación, y en su frustración había arrugado el sobre y lo había tirado al suelo.

Ya había consumido dos de las tres cajetillas de cigarrillos, y la tercera estaba a medias. El cuello de la botella de *whisky* de trescientos dólares asomaba de debajo del sofá, a sus pies; el álbum de los Rolling Stones estaba a punto de repetirse por quinta vez. No quería pensar que estaba loco, desde luego, pero su insatisfacción con las explicaciones iba más allá de eso: era visceral, instintiva. Atribuirlo todo a la locura le parecía insuficiente y, de una manera extraña, demasiado fácil. Se dijo que afirmar que las alucinaciones eran síntoma de locura era lo mismo que afirmar que estornudar era un síntoma de la gripe. Pero en ambos casos tenías que permitir que los síntomas —la visión, los estornudos— pudieran ser atribuibles a otra cosa.

Pero ¿a qué otra cosa?

Si omitía las drogas, el estrés y la locura, ¿qué le quedaba?

De pronto se acordó de la conversación que había mantenido con el jasid en el metro. ¿Y si ese hombre le había lanzado una maldición? ¿Y si le había condenado a repetir las experiencias del profeta bíblico de su mismo nombre? Cogió el portátil, que estaba debajo de la mesita de centro, y buscó en internet el texto del Libro de Jonás en la versión del rey Jacobo. Lo que encontró tampoco resultó muy revelador: había unos marineros en un lugar llamado Joppe, y un barco que se dirigía a un lugar llamado Tarsis, además de la ballena, que tampoco hacía gran cosa aparte de proporcionar el decorado para una oración un tanto tediosa. De esa historia, poco parecía corresponder a lo que le había contado el jasid, por no hablar de lo que había visto. A ese Jonás le habían dado órdenes de «clamar contra» la ciudad de Nínive. No le habían ordenado hacer nada, al menos no de una manera que pudiera comprender. Tampoco le parecía que él estuviera en posición de «clamar contra» Nueva York. Dejando aparte los metros abarrotados y el exagerado coste de la vida, le gustaba tanto la ciudad que le había afligido mucho verla destruida. Además, al final Nínive tampoco acababa destruida, lo que sugería que el relato bíblico contenía el mensaje opuesto a lo que había presenciado.

En su frustración cerró el ordenador de un golpe. En sentido estricto, ni siquiera le habían puesto ese nombre por el Jonás de la Biblia, sino por un tío de la familia de su padre que había pasado toda su vida en Newark y que llevaba muerto cuarenta años. Lo más extraordinario que había oído contar de ese Jonah Jacobstein era que había inventado un prototipo para lavadoras de carga frontal. Y mientras comenzaba a pensar cómo podía disipar la maldición del jasid, la idea le pareció cada vez más estúpida, de teleserie cómica: había una desproporción absoluta entre la causa y los efectos que había producido.

¿Y el hebreo? ¿Podría encontrar en él alguna pista? Cogió el sobre del suelo y lo alisó sobre la mesita baja; sacó la pluma e intentó reproducir los caracteres que había

visto. Tras unas cuantas líneas curvas, un garabato; saber que el hebreo se escribía de derecha a izquierda solo dificultó sus esfuerzos. Y aun cuando pudiera recrear las palabras, no sería más capaz de comprenderlas que cuando las había visto por primera vez. Arrojó la pluma al otro lado de la mesa. Debería haber prestado más atención en la escuela hebrea, se dijo con un aire más sombrío que irónico.

Pero cuando él asistía, la escuela hebrea no parecía sino un lugar donde se toleraban los malos tratos. Cada domingo y cada miércoles, al salir del colegio, su padre lo llevaba en coche a la Comunidad Judía de Roxwood, la sinagoga reconstruccionista local. Bajaba hasta el sótano remozado, donde se encontraban las cuatro aulas que constituían la escuela religiosa, y durante dos horas padecía clases de vocabulario hebreo, de historia de Israel, de la Torá y de oración. Esas clases las impartían alumnos de estudios judíos o hebreos de alguna de las facultades locales, muchos de los cuales apenas mostraban más interés que él en estar allí. Además, toda aquella experiencia poseía el peculiar sabor de la injusticia, pues los amigos no judíos de Jonah no tenían que pasar por todo aquello.

Sus primeras experiencias en la sinagoga fueron similares en el hecho de que su principal característica fue el aburrimiento. Los servicios incluían interminables parrafadas en hebreo, que él, al igual que el noventa por ciento de la congregación, no entendía. Al parecer, una oración sí y otra no exigían que todo el mundo se levantara, y que treinta segundos más tarde se sentara, con lo que era imposible que uno se pusiera a pensar en sus cosas. Por otra parte, cuanto más atención prestaba Jonah al servicio, más repetitivo lo encontraba. Incluso el servicio básico del sabbat de los viernes por la noche duraba más de noventa minutos; el servicio de la Torá del sábado por la mañana duraba dos horas y media. Y los servicios de los días de Yamim Noraim —cuya asistencia era categóricamente ineludible— duraban todo el día. Su padre nunca los obligaba a quedarse hasta el final, por supuesto —su propia participación tenía más que ver con el sentimiento de culpa que con la convicción—, pero cada Rosh Hashaná y cada Yom Kipur Jonah podía contar con que tendría que estar en la sinagoga durante más o menos tres horas por la tarde y luego cinco al día siguiente, lo cual, a un niño de diez años acostumbrado a dibujos animados de treinta minutos y a la Game Boy, le resultaba una eternidad.

Cuando se hizo mayor, al menos le permitieron sentarse en el anfiteatro con sus amigos. El rabino les lanzaba miradas iracundas desde el púlpito mientras se reían de los chistes sobre el solista del coro o sobre cualquier otro miembro de la congregación que consideraran digno de burla, o se pasaban ejemplares de *Sports Illustrated* o de *La increíble Patrulla X*. Esos momentos de camaradería y de leve desafío eran probablemente sus mejores recuerdos del templo, aunque al final, y de manera inevitable, aparecía un ujier y los reñía avergonzándolos por haber faltado al respeto a cinco mil años de tradición, y el grupo se veía obligado a callarse o a dispersarse.

Al igual que todos los judíos de su curso —de su generación—, hizo el bar

mitzvá. Durante seis meses, a lo que ya tenían que aprender en la escuela hebrea se añadían las clases semanales de *haftorá*, seguidas por el abyecto terror del momento, cuando su mano temblorosa situaba el *yad* sobre el pergamino de la Torá. Pero después del bar mitzvá, al fin le permitieron dejar de ir a la escuela hebrea, y poco después sus padres se divorciaron. La participación obligatoria de Jonah en los rituales judíos terminó junto con el matrimonio de sus padres.

De vez en cuando, en la universidad asistía a los oficios, pero siempre por algún nebuloso sentimiento de culpa, el mismo sentimiento, se imaginó Jonah, que había impulsado a su padre a obligarlo a asistir de niño. Cuando llegaba la segunda hora, la culpa estaba siempre más que mitigada, y Jonah se descubría observando a las jóvenes del templo, identificando algo innegablemente erótico en sus muestras de piedad: la cara serena o el pelo peinado hasta adquirir un sobrio lustre. Luego volvía a sentirse culpable, por razones completamente distintas, y no tardaba en marcharse.

Después de la universidad, dejó de practicar del todo ningún tipo de judaísmo formal. Zoey, en mitad del breve periodo de fervor judaico que la asaltó tras la muerte de su abuela, insistió durante un año en que la acompañara a los servicios vespertinos del Yom Kipur en una congregación reformada del Upper West Side (ese fallecimiento y la posterior necesidad de ir a la sinagoga fue la excusa de Zoey para volver a contactar con él después de seis meses). Pero, por alguna razón, el hecho de que no hablaran en hebreo en el servicio reformado molestó a Jonah —como si el servicio no contara si lo entendía—, y Zoey alternaba entre el aburrimiento y las lágrimas de pesar. Decidieron que sería más edificante espiritualmente pasar el día siguiente paseando por Central Park entregados a la libre contemplación, y, como era de prever, acabaron follando.

La relación de Jonah con el judaísmo tenía una complicación añadida: el hecho de que, mientras que su padre era judío, su madre no lo era, por lo que en realidad solo era medio judío, o no lo era en absoluto, según el criterio de los ortodoxos. Una vez le mencionó el tema de la rama materna a su padre mientras este lo acompañaba en coche a la escuela hebrea, enumerándolo como una de las convincentes razones por las que no debería asistir. Su padre se limitó a encogerse de hombros con indiferencia y decir:

—Si hubiéramos estado en Alemania, te habrían matado. Eso te convierte en judío.

Pero nada de todo eso —su condición de medio judío, o casi judío, o lo que fuera, o el hecho de que encontrara la práctica del judaísmo tan tediosa— le impedía identificarse como judío, ni disfrutar de ser judío. Las festividades de la Pascua y la Janucá —fiestas que se celebraban fuera de la sinagoga— las encontraba muy divertidas. Le gustaba ver a los parientes de su padre: a Becky y a sus demás primos, sus abuelos (cuando vivían), sus tíos y sus tías; le gustaba el relato guiado por la comida de la celebración de la Pascua, le gustaba que en la Janucá se iluminara la menorá durante dos minutos y que luego la gente intercambiara regalos, *latkes* y

dreidels^[11]. Y, sin duda, le encantó interpretar «Siete minutos en el cielo» en compañía de Lisa Zuckerman en la recepción de su bar mitzvá; en una de las noches que pasó en la Organización Juvenil B'nai B'rith se colocó por primera vez, y por primera vez, en el sentido sexual, pasó de la segunda base. Y de manera más general, le gustaba la comunidad del judaísmo: el vínculo instantáneo que sentía hacia cualquiera cuyo apellido acabara en «berg», «man» o «stein», la relación que podía reivindicar con Albert Einstein, Sigmund Freud, Sandy Koufax, los hermanos Coen, Bob Dylan y toda la letanía habitual de judíos distinguidos.

Mientras Jonah estaba sentado en el sofá, repasando su biografía espiritual —encendiendo otro cigarrillo con los restos del anterior—, se dijo que durante alguna de todas esas experiencias y relaciones, buenas y malas, había o debería haber experimentado la santidad, lo eterno, lo sagrado, el Primer Motor, lo que hay arriba, el más allá, lo que fuera. (La Comunidad Judía de Roxwood nunca había sido muy quisquillosa con las ideas de la divinidad, pues era una de las instituciones más liberales en una población muy liberal). Pero Jonah —que estaba midiendo a pasos el apartamento desde el sofá a las ventanas— nunca se había considerado una persona espiritual, y desde luego nunca durante las horas que había pasado en la sinagoga con la mente anestesiada, ni mientras cantaba «Dayenu» en casa de su tía Sheila, ni mientras se esforzaba por desabrochar el sujetador de Suzie Meister debajo de la tribuna descubierta durante un pícnic de la Organización Juvenil, había experimentado algo ni remotamente parecido a la presencia del Señor. Cuando toda la congregación cantaba las oraciones que toda la congregación se sabía, experimentaba una sensación de belleza y de comunión con los demás; cuando él y su padre lloraron viendo *La lista de Schindler*, resultó algo muy conmovedor y perturbador porque fue la única vez que lloró con su padre; sentía un vínculo único con sus amigos judíos. No obstante, tampoco había en todo eso ninguna elevación: ni por un momento consideró que las oraciones en que participaba llevaran a nada; nunca se sintió en contacto con nada superior, ni creyó que nadie más lo estuviera.

Si hubiera pensado en ello —y casi nunca lo hacía—, habría aceptado la posibilidad de una especie de Todopoderoso: una especie de vago e insondable campo de enorme pero inescrutable poder. Comprendía la divinidad igual que la mayoría de la gente comprende el *wifi*. Pero, sin duda, no creía que ese metacampo, estuviera donde estuviera, desempeñara algún papel en la vida humana. Desde luego, no lo desempeñaba en su vida.

Hasta ese momento, al parecer.

Dejó de caminar. Volvió la cabeza hacia el sobre arrugado que había en la mesita, con sus torpes intentos de escritura hebrea visibles en una esquina doblada.

Se acordó de cuando, en la escuela primaria, le dijo una vez a un profesor que quería ser ministro de Justicia. No tenía ni idea de lo que hacía el ministro de Justicia, desde luego; solo entendía que era un puesto importante y muy respetado, alguien que salía mucho por televisión. También se acordó de cuando, en la secundaria, al

volver de casa de una amiga o de una fiesta, a veces entraba en la sala de estar de su casa, donde todos dormían, y se quedaba junto a los ventanales del suelo al techo que daban a las oscuras colinas de Massachusetts. Permanecía allí sumido en el silencio y en una especie de quietud mental como si fuera a acceder a algún gran misterio; sentía con gran claridad que apenas se hallaba al principio de algo vasto y profundo.

En otras palabras, Jonah siempre había estado convencido de que le esperaba un gran destino. Siempre había creído en Algo Más: algo más para sí mismo, algo más alcanzable. Nunca había sabido que era ese Más: sin duda, nunca había pensado que tuviera ninguna relación con el judaísmo o la espiritualidad. Pero se le ocurría que era una idea en la que siempre había depositado cierta fe. Incluso cuando estaba en la universidad, y en los años inmediatamente posteriores —cuando su vida se reducía a beber, a colocarse, a ir a conciertos de Phish y a reducir lo más posible el impacto de las horas que pasaba trabajando como pasante—, se veía persiguiendo ese Algo Más.

A pesar de sus nebulosas aspiraciones de cuarto curso, en realidad nunca quiso ser abogado. Pero comprendía que la Facultad de Derecho fue siempre una opción para él: un cordón de apertura del que podía tirar y que le proporcionaría una vida adulta bien remunerada que sus padres y la sociedad aprobarían. Con el tiempo decidió tirar de ese cordón, y, de manera característica, una vez que se decidió a ser abogado, se dedicó a ser el más competente y el más exitoso —el más Más— que pudiera. Jonah nunca había carecido de ambición, y más de una vez se le había ocurrido que lo que más le gustaba de su trabajo era que canalizaba sus ambiciones y su aspiración de una manera muy definida. De todos modos, se preguntaba si al seguir ese canal había perdido la cualidad esencial del Más en el que creía. Porque lo que resultaba más extraordinario de lo que había visto —más extraordinario que la claridad, más extraordinario que la sobriedad instantánea, más extraordinario que la humildad de la duda— era que la misión no le había sorprendido. Era como si hubiera estado esperando ver esa blancura absoluta, su propia cara envejecida, el desmoronamiento del Empire State Building: quizá no quería ver esas cosas en concreto, pero quería ver algo de esa magnitud. Era la falta de sorpresa, la sensación de una expectativa inconsciente por fin cumplida —como el encontrarte a ti mismo en la cama cuando te despertabas por la mañana— lo que finalmente provocaba que cualquier Explicación Lógica resultara inadecuada. El problema era que conocía la explicación. En cierto modo, incluso sin saberlo, Jonah había sido siempre un creyente.

Así que, concluyó, estaba jodido. Percibió algo que en esencia era irreconciliable entre su visión y su vida tal como la había conocido. Hablando en plata: los socios de Cunningham Wolf no tenían visiones. El hecho de entenderlo le condujo a un duelo inmediato y lleno de pánico por su vida anterior (¡que le dieran a la mamada en Le Bernardin!), así como a una profunda angustia por aquello en lo que se había convertido su vida. Se imaginó a sí mismo enfundado en un cilicio gritándole a la gente en Central Park, entrando y saliendo del hospital de Bellevue hasta que inevitablemente acabara tan cargado de medicamentos que su mayor ejercicio

cognitivo fuera babear. En el mejor de los casos acabaría como el jasad: llevando un pesado abrigo todo el verano, viviendo en Borough Park, yendo y viniendo de la sinagoga una y otra vez seguido de su esposa calva y sus diecinueve hijos. O simplemente se convertiría en una de esas tristes y harapientas figuras del metro que hojean una Biblia que se cae a pedazos y consiguen que todo el que se coloca a su lado se sienta incómodo con los murmullos de sus labios en permanente rezo.

—Qué jodido estoy —gruñó, encendiendo otro cigarrillo. Sentía náuseas de tanto fumar, pero al menos la náusea era algo familiar. Recogió la botella de *whisky* de debajo del sofá, bebió las últimas y vaporosas gotas y arrojó la botella vacía sobre los cojines.

Entonces sonó el teléfono: un sonido tan inocente e inmutable que casi lo conmovió; ese «tinc» sintetizado era como el grito de la propia nostalgia. Estaba sobre la mesita baja y lo cogió. Tenía un mensaje de texto de Sylvia: «Acabo de aterrizar. En oficinas Cu && Corcoran a las 8. Bss». Volvió a leerlo varias veces antes de comprenderlo. Miró una hilera de ventanas que recorrían la pared de su sala de estar: una luz grisácea, más el diluirse de la noche que el amanecer, llenaba el cielo. Volvió a mirar el teléfono. Eran las siete de la mañana.

Se acercó aún más a las ventanas. Al igual que el día anterior, unas figuras diminutas, unos coches diminutos iban y venían por las aceras y las calles. Por primera vez veía en todo aquello una cualidad delicada, como de juguete. Lo envidiaba todo de manera uniforme por el privilegio de no ser él.

Sintió el impulso repentino de contárselo todo a Sylvia: lo de Zoey, que la había engañado. Le pareció que eso supondría un gran alivio, el verdadero alivio que había buscado, se dijo, al romper con Zoey. Antes nunca había engañado a ninguna mujer, al menos no de manera tan patológica. Y se sentía culpable por la primera mentira, la primera ducha antes de verla. Pero la culpa era intermitente; se podía ignorar, o suprimir. Resultó que la culpa no era más poderosa que la duda: el truco consistía en comprometerse con una verdad aunque supieras que era falsa: darle la mano, meterla bajo las sábanas, quitarle las pestañas postizas como si fuera la única mujer con la que has compartido esas intimidades. Le había sorprendido descubrir lo fácil que resulta existir en una realidad que tus sentimientos no suscriben.

De pronto comprendía claramente la crueldad diaria de todo eso, y deseaba disculparse con todas sus fuerzas. Pero cuando encontró el número de Sylvia en sus contactos —estaba a punto de apretar el botón para llamarla—, se le ocurrió: no tenía por qué hacerlo. No tenía por qué decírselo, no tenía por qué desbaratar sus planes de esa mañana: no tenía por qué renunciar a su vida. Aún podía irse a vivir con ella, aún podía llegar a ser socio, aún podía tener su mamada en Le Bernardin: cada una de esas perspectivas irrumpía en su mente como una bocanada de aire después de sacar la cabeza del agua. De hecho, se puso a reír.

Había estado lidiando toda la noche con esa visión, olvidando que simplemente no se podía lidiar con ella. Podía ignorarla: hacer caso omiso de lo que había visto, de

sus consecuencias, de cualquier explicación que pudiera tener. Era libre: ¡de hecho recordó de la escuela hebrea que en el judaísmo los humanos poseían libre albedrío! Era libre para ignorar lo que quisiera.

Incluso estaba mareado cuando le contestó a Sylvia: «OK, tveo. Bagel?». Se fue a toda prisa a la cocina, todavía con el teléfono en la mano, se volvió hacia el grifo del fregadero, llenó el recipiente del agua, encendió la cafetera y se quedó mirando cómo zumbaba y cobraba vida en un borboteo. Tendría que darse prisa: darse prisa en ducharse, afeitarse y tomarse un café para llegar a tiempo con el aspecto de alguien que ha dormido al menos una hora o dos. Pero era un experto en darse prisa. ¿Acaso no lo conseguía todo dándose prisa?

Volvió a sonar el teléfono: «No, gracs», había escrito Sylvia. Ahí estaba, se dijo, mientras la cocina se llenaba del agradable olor del humeante café etíope de comercio justo: su vida, justo donde la había dejado —una mañana de fin de semana con café y Sylvia y su búsqueda de apartamento—, y seguía siendo capaz de convertirla en cualquier cosa que decidiera. Era una idea tremendamente dichosa —y también tremendamente poderosa—: alcanzaba el milagro alquímico inverso de reducir el mundo a lo que se podía conocer y comprender.

4. Una tremenda tormenta sobre el mar

Jonah no tuvo que esquivar ningún rayo mientras caminaba hasta la tienda de comida preparada que estaba a unas pocas avenidas de su apartamento; el hispano con delantal que cortó y untó el queso crema en su bagel no se quedó boquiabierto de miedo ni sacó un rosario al verlo; el bagel no se convirtió en polvo y cenizas en su boca. Jonah se dijo que había sido pura y simple vanidad haber imaginado algún cambio en su lugar en el mundo. Seguro que hombres más grandes habían ignorado revelaciones más profundas, y la tierra había seguido girando.

Estaba casi alegre cuando abordó el taxi que lo llevó a las oficinas Corcoran, y lo habría estado del todo de no haber sido por la falta de sueño y por las diversas consecuencias físicas de todo lo que había bebido y fumado la noche anterior. Sentía la piel demasiado tensa en la frente; la boca —incluso después del café y del bagel— le sabía a hollín seco y tenía la lengua hinchada, como si hubiera masticado y tragado los tres paquetes de cigarrillos. Pero la corriente de aire de la ventanilla abierta del taxi mantenía la náusea a raya, y le permitió disfrutar de aquella luminosa mañana de agosto, cuya temperatura era mucho más fresca.

Cuando el taxi se detuvo, Sylvia estaba de pie junto a la entrada de Corcoran, bebiendo un café helado. Tenía ese aspecto que siempre procuraba tener, de ir bien vestida y conjuntada, a pesar de que probablemente llevaba levantada desde las cuatro: vestía unos chinos grises y una camiseta sin mangas que dejaba ver su buen tono muscular; tenía el pelo rubio con una raya perfecta gracias a un pasador, y la belleza natural de sus rasgos quedaba acentuada con un maquillaje aplicado a la perfección. Llevaba un gran bolso beige al hombro que debía de contener el portátil, el teléfono, el cargador y el libro para leer en el avión, y todo lo que necesitara para pasar doce horas en Nueva York. Ver ese bolso le resultó a Jonah enormemente tranquilizador: la confirmación física de que la vida que había conocido seguía adelante. Cuando se encontraron en la acera, se besaron en los labios: un beso breve, pero no carente de afecto. Al observar la cara de Jonah, Sylvia le pasó los dedos por la línea tupida y oscura de su ceja izquierda.

—Cariño, no te olvides de recortarte las cejas —dijo Sylvia.

Y él le contestó con sinceridad:

—Me alegro mucho de verte.

Sylvia sonrió con suspicacia ante su tono.

—¿Cuánto has dormido?

—Digamos que menos de ocho horas. Pero estoy bien. —Sylvia asintió, un tanto incómoda—. Se me fue un poco la mano celebrando el caso de la BBEC —le dijo Jonah—. Pero de verdad que estoy bien.

Era una inquietud refleja, un instinto aprendido que nada tenía que ver con él, le

había explicado Sylvia, cuyo padre había creado en su mente todo tipo de asociaciones negativas con los bebedores. Jonah sabía que ella confiaba en él —y ella también lo sabía—, y le dedicaba esa media sonrisa irónica que a menudo ponía cuando consideraba que había hecho alguna tontería infantil, pero quizá por eso encantadora.

—¿Por qué no me sorprende? —dijo Sylvia—. Supongo que se imponía una celebración. —Volvió a besarlo—. Estoy muy orgullosa de ti, Jonah. —Y él dio gracias por no haber echado a perder esa felicidad (la felicidad de ambos) contándole... lo que fuera. Entraron en las oficinas de Corcoran para verse con su agente inmobiliario.

Jonah esperaba que el agente tuviese ese aspecto asustadizo y agobiado que había encontrado en todos los agentes con los que había trabajado: cualquier bravata que expresaran daba paso, con unos ojos de perro maltratado como los que aparecen en los anuncios de la Asociación Protectora de Animales, a la persistente inquietud de que alguien estuviera a punto de golpearles con un palo. Pero para su sorpresa, el agente los saludó con un placer en apariencia auténtico, se sentó alegremente en su escritorio y charló con ellos durante diez minutos acerca de temas que no estaban relacionados con la visita de apartamentos. Se llamaba Brett, tenía más o menos la edad de Jonah e iba vestido de manera informal con unos pantalones caquis y un polo.

—Estuve en Lehman seis años —les dijo amigablemente Brett—. Me encantaban las primas, pero odiaba todo lo demás de mi vida. Pasaba semanas enteras sin ver el sol. Estaba en mi mesa antes de las cinco y volvía a casa en un taxi de noche. Me deprimí mucho cuando todo se vino abajo, pero lo cierto es que fue lo mejor que pudo haberme ocurrido. No gano tanto, pero hago yoga cuatro veces por semana y tengo un perro. El otro día me llamó un colega y me preguntó si quería ir a trabajar con él en el Bank of America. ¿Quince horas al día, y encima todos los que te conocen te miran como si fueras un pedófilo? La verdad es que prefiero trabajar a comisión.

A Jonah esa historia le gustó mucho por alguna razón, aunque luego Sylvia le dijo que la había encontrado muy inverosímil y un tanto insultante. Sin embargo, a los dos les cayó bastante bien Brett, el cual, de nuevo a diferencia de los demás agentes con los que Jonah había trabajado, era realmente competente a la hora de ir al grano y enseñar los apartamentos en alquiler: los interiores encajaban con sus descripciones; no abría la puerta y te encontrabas con los habitantes leyendo el *New York Times* en calzoncillos; y nada de lo que te enseñaba era a todas luces inhabitable a primera vista. Jonah se mantenía en pie a base de Advil y múltiples viajes a Starbucks; Sylvia se mostró paciente y comprensiva. Y aunque sabía que después de todas esas cápsulas y cafeína sufriría un grave derrumbe físico, se figuraba que podría demorarlo hasta que Sylvia volviera al aeropuerto después de cenar, momento en el cual no importaría si se derrumbaba boca abajo en el sofá y se quedaba dormido hasta mediodía. Al día

siguiente, domingo, tendría tiempo suficiente para leer los expedientes de la BBEC y prepararse para el lunes por la mañana. En resumen, y bien mirado (o, más exactamente, no mirado de ninguna manera), el día iba de perlas.

Se guardaron lo mejor para el final: el piso que más entusiasmaba a Sylvia, el *loft* de Bond Street. El edificio tenía cinco plantas, era de ladrillo blanco, y en la fachada se veían unas ventanas en arco flanqueadas por columnas en bajo relieve, y unas elaboradas molduras en el techo completaban el motivo neoclásico. Brett introdujo un código de seguridad en la puerta —de memoria, observó Jonah— y los condujo por un estrecho pasillo hasta un montacargas.

—Probablemente hay menos de una docena de edificios reformados por completo y con gusto en este barrio —dijo cerrando la puerta plegable metálica del ascensor—. Y cuando entremos veréis a qué me refiero al decir con gusto. —Apretó un grueso botón negro con el número 5, el ascensor tembló un poco y comenzaron a ascender—. Este edificio está catalogado —añadió—, lo cual siempre es un problema a la hora de reformarlo. El constructor quería reemplazar este montacargas, por ejemplo, pero eso violaba la normativa. Pero escuchad. —Mantuvo un dedo en alto—. ¿Os dais cuenta de que no se oyen ni ruidos ni chirridos? Lo que sí pudo hacer fue reemplazar el motor y los cables del original con un sistema hidráulico. Así que tenemos un carácter industrial sin el ruido industrial. Ingenioso, ¿verdad? Así es como hay que sortear los problemas para crear servicios de lujo en esta zona.

»El otro día me enteré de algo muy interesante —continuó Brett—. ¿Sabéis por qué hay tantos hotelitos y edificios de apartamentos de poca altura en esta zona? ¿Sabíais que antes del 11-S podías ver las Torres Gemelas desde Lafayette? ¿Sabéis por qué? —Hizo una brevísima pausa—. El lecho de roca es poco profundo —reveló con una sonrisa de satisfacción—. No se pueden construir edificios altos. Y es lo que permite que el barrio mantenga su encanto: calles adoquinadas, casas de piedra marrón y todo eso que tanto nos gusta. Bueno —dijo cuando el ascensor se detuvo sin hacer ruido—. Ya hemos llegado. —Agarró el mango de latón de la palanca y abrió la puerta plegable, dejando salir primero a Jonah y a Sylvia.

El *loft* era inmenso, espacioso y sobrio, y los suelos pulidos y relucientes de madera noble se extendían hacia unas paredes blancas recién pintadas y rematadas por un techo alto y blanco. Tres vigas vistas recorrían más o menos un tercio de la extensión del techo desde la entrada, y le daban al espacio una amplitud casi de bosque. Delante de la cocina, que ocupaba un hueco en la pared, había ventanas de doble altura, y el cristal de la parte superior en arco tenía un leve matiz azulado, y el sol que entraba se reflejaba en el amarillo lustroso de los suelos.

—Ciento cuarenta metros cuadrados, suelo de ciprés australiano, techos de seis metros —decía Brett mientras Jonah y Sylvia deambulaban por la vivienda, con la cabeza un tanto levantada, como si no pudieran creerse la altura del techo—. El cuarto de baño es todo Kohler, y la cocina Bulthaup, y en el tejado hay una antena vía satélite para todo el edificio. Tenéis aire acondicionado central y conexiones para

lavadora y secadora, y todas las instalaciones habituales incluidas, además de un trastero en el sótano, y seréis socios del gimnasio Equinox. Y, como podéis ver, se trata de un edificio catalogado en una calle tranquila y bordeada de árboles que da al sur y tiene luz natural todo el año. —Brett recitó esa letanía de virtudes sin consultar ninguna nota, como si cada característica no solo tuviera resonancias estéticas, sino morales. Fuera cual fuera el trabajo que había desempeñado Brett en su vida anterior, Jonah imaginó que debía de ser muy bueno haciéndolo.

—Dios mío —dijo Sylvia. Había desaparecido tras la puerta de un armario y volvía a surgir por el cuarto de baño—. Jonah, echa un vistazo. —Él se le acercó y ella lo llevó de la mano: entraron en un armario empotrado con estantes a la derecha, tres niveles de percheros a la izquierda, y a continuación salieron por una puerta que había enfrente y daba al cuarto de baño. Sylvia miró a Jonah encantada y rio de una manera insólitamente infantil.

Cuando salieron del cuarto de baño, Brett, apoyado en la pared que había junto al ascensor, dijo:

—Sylvia, ¿crees que conseguirías llenarlo?

—No soy una obsesa de la ropa —dijo ella—. Pero eso es...

—Es un armario más grande que muchas habitaciones, instalado en 2008. Francamente, este apartamento tiene un montón de cosas asombrosas. Y, si queréis, se puede levantar un tabique que empiece en el armario hacia el este. —Dibujó una línea en el aire con el dedo—. Así tendréis un auténtico dormitorio, que quedará conectado con el cuarto de baño por el armario, lo cual resulta óptimo. Además, cuando os planteéis tener niños, o simplemente queráis un segundo dormitorio o un estudio, podéis levantar otro tabique en la parte de atrás del dormitorio —dibujó otra línea en el aire—, y tendréis una habitación para los niños, de invitados o un despacho. Sencillo.

Sylvia miró a Jonah, y este se encogió de hombros. En general limitaban las conversaciones sobre tener hijos al ámbito de las posibilidades hipotéticas para un momento inconcreto del futuro. Pero considerando lo bien que iba todo, ¿por qué no proponerlo como una perspectiva más concreta? Siempre podía decir que había pensado que Sylvia se refería a una habitación de invitados.

En cualquier caso, Jonah tenía claro que Sylvia había quedado completamente seducida por el *loft*: tenía una sonrisa de oreja a oreja, el labio inferior se le alejaba del superior como para engullir la dicha que flotaba en el aire. Al parecer, aquella seducción también le había quedado clara a Brett. Miró el teléfono procurando que Sylvia y Jonah se dieran cuenta, y dijo:

—Voy abajo para llamar al propietario y confirmar la cuestión del depósito. Pero echad un vistazo tranquilamente, tocad los botones de la cocina, tirad de la cadena, comprobad la presión del agua en la ducha, y llamadme si tenéis alguna pregunta. Volveré enseguida. —Se dirigió hacia el ascensor, y bajó sin más ruido ni chirrido que el que parecía existir en su personalidad.

Cuando Brett hubo desaparecido, Sylvia le dio un beso a Jonah —con los labios separados, lascivo y largo—, y a continuación se apartó y se dirigió al centro de la sala.

—Me encanta —dijo girando como una peonza, y el bolso con ella.

—A mí también —contestó Jonah, aunque a él le encantaba de una manera más teórica que sentida. Percibía las características comunes a todas las viviendas sofisticadas de Nueva York: los electrodomésticos de lujo, las vigas vistas, las ventanas de doble altura y el resto. Pero no conseguía que todos esos rasgos se juntaran para poder reaccionar ante ellos de manera coherente. Lo que de verdad le encantaba era lo feliz que estaba Sylvia.

—Podríamos levantar esos tabiques —dijo, y esta vez no quedó ninguna duda de a qué se refería—. Jonah —le dijo—. ¿Te imaginas nuestra vida aquí?

Sylvia se había colocado junto a una de las vigas, con el bolso colgando del ángulo del codo, con un pie —calzaba unas bailarinas negras— detrás del otro, con la mirada perdida en la pared del fondo, la más larga del *loft*, el dedo índice apoyado ligeramente en la nariz, silenciosa y sonriendo, como si incluso aquella pared desnuda resultara una fuente de dicha. Casi nunca se la veía en ese estado de ánimo, en esa pose. Su trabajo exigía seriedad: trabajaba en acuerdos de miles de millones de dólares, de los que dependían miles de empleos, con empresas multinacionales. Esa seriedad —las horas y el esfuerzo que exigía— inevitablemente se contagiaba al resto de su vida, con lo que los momentos como ese, en los que toda su atención se veía inundada por una felicidad que nada podía alterar, eran escasos y difíciles de mantener. Jonah reconocía lo mismo en él.

En aquel instante sintió por ella algo que nunca había sentido: compasión. Sintió de manera muy intensa que Sylvia merecía descanso, satisfacción, dicha, cosas maravillosas y niños y todo lo que ella imaginara formando parte de un futuro orgiástico que podía ver proyectado en la alargada parte desnuda que contemplaba. La amaba. Sintió la verdad de esas palabras con una claridad simple y perfecta. Y en el mismo momento de indiscutible lucidez comprendió que no tenían futuro juntos, ni allí ni en ninguna otra parte.

Se habían conocido en una cita a ciegas concertada por unos amigos mutuos, y habían visitado una exposición en el Whitney titulada *Metafísica y modernidad*, y luego habían cenado en un restaurante de fusión de comida de Oriente Medio. Les había sorprendido lo bien que había ido todo: descubrir que el otro era una persona atractiva, que tenía éxito en su carrera, que era inteligente, divertida a veces, y que no poseía ninguno de esos espantosos defectos que torpedeaban casi todas las citas a ciegas. Quizá fue la mera sorpresa lo que inspiró una segunda cita, y luego unas cuantas más, y luego la pelota siguió rodando y ahí estaban.

A Jonah le parecía que la seriedad de su relación aumentaba con la expectativa de que en ese punto —al menos— las cosas fueran realmente bien entre ellos. Porque desde el principio habían tenido riñas: esas pequeñas discusiones y escaramuzas de

sus primeros días habían evolucionado hacia las broncas de los últimos meses. Y, por supuesto, hasta el día anterior, él la había estado engañando. No eran estúpidos, los dos sabían que algo iba mal. Pero era como si creyeran que podrían encontrar una solución solo con amadrigarse lo bastante en su propia relación: solo con que se vieran más; se vieran solo el uno al otro; vivieran juntos.

De pronto Jonah comprendía que eso era una falsa esperanza: un mito que los dos habían mantenido. No se peleaban porque no consiguieran encontrar la solución a sus problemas: no existía una manera de estar juntos que hiciera que Sylvia se sintiera segura respecto a su educación (rica y republicana), y respaldada debidamente en su carrera; que a él le hiciera sentir que ella lo amaba de manera profunda y cálida, que quería estar con él y no con la versión de él que pudiera concebir. Sus problemas derivaban del propio hecho de estar juntos.

Volvió a provocarle náuseas comprender —con la repentina fuerza de la revelación— que a pesar de todas las discusiones, a pesar de todo el esfuerzo que habían puesto en su relación, a pesar de todos los esfuerzos de dos personas muy competentes, a pesar de todo lo que pudieran ignorar, tolerar y aprender a vivir con ello, a pesar de todas las noches en el sofá, la comida preparada y las películas y los restaurantes y las exposiciones y los cócteles y las mañanas de compras en el SoHo y las tardes holgazaneando en Central Park, a pesar de todos los meditados regalos, las vacaciones y los orgasmos, a pesar del tiempo que pasaron en Cape Cod, cuando ella salía del agua con su bikini rojo y se dejaba caer a su lado en la arena y en ese momento el corazón casi se le desbordaba con una sensación de dicha sin paliativos, a pesar de todos los lujos de cualquier *loft* que pudieran compartir: siempre les faltaría algo.

—Este sería nuestro hogar —dijo Sylvia.

Era el momento de decírselo: lo de Zoey, lo que acababa de comprender, todo. ¿Acaso no le debía la verdad si la reconocía?

—Sylvia —dijo.

Sylvia había colocado las manos detrás de la cabeza, los codos en el aire, se había ajustado la horquilla del pelo, había girado el cuerpo desde la cintura y sus ojos se habían encontrado. Ella había captado algo en su tono: ya había una tensión, un gesto en su cara como si previera la decepción. Pero ¿acaso Jonah no había decidido que no haría caso? El pensamiento pareció desmoronarse desde un principio. ¿Qué tenía que ver exactamente eso con Dios?

—No te gusta —dijo Sylvia, dejando caer las manos y diluyendo la sonrisa.

La náusea crecía.

—No —dijo Jonah desafiante—. No, me encanta. Y te quiero. Y deseo... deseo vivir aquí contigo. —Se apresuró hacia el ascensor mientras lo decía, y apretó el botón—. Se lo voy a decir.

—¿De verdad... te gusta?

Todavía sin mirarla —quería evitar la expresión recelosa con que sabía que ella lo

miraba, quería evitar sus propias dudas—, abrió la puerta del ascensor cuando llegó y dijo:

—Solo necesito un poco de aire fresco, pero... haré el depósito.

Apretó el botón de la planta baja y salió del edificio. Por desgracia, con la mañana había aumentado la humedad, y solo consiguió dar unos pasos hacia su presunto objetivo —la base de un árbol dentro de una jaula metálica— antes de vomitar un bagel a medio digerir en la acera. Después de eso tuvo unas bascas secas durante varios minutos, y las gotas de sudor de la frente cayeron al suelo. Quizás había cosas peores que el rayo.

Por el rabillo del ojo apareció un pañuelo de papel. Jonah levantó la mirada desde su posición doblada. Quien se lo ofrecía era Brett, con una sonrisa comprensiva. Jonah lo cogió y se limpió la boca.

—Cuando acabes, tengo pastillas de menta para el aliento —dijo Brett.

—Gracias —murmuró Jonah, todavía doblado.

—¿Demasiadas copas anoche?

—Algo así.

Brett asintió comprensivo. Sacó otra servilleta de papel limpia, y con esta recogió la sucia de Jonah y la llevó a una papelera, donde la tiró. Cuando regresó, Jonah se enderezó y Brett le entregó una pastilla de menta.

—Creo que nos quedamos el piso —dijo Jonah—. No tengas en cuenta lo que acabas de ver, ¿vale?

Brett soltó una carcajada.

—Cuando trabajaba en Lehman era el pan nuestro de cada mañana. Me gastaba veinte dólares en la cena, le daba cien de propina al camarero para que me cobrara trescientos, lo ponía todo en la cuenta de gastos, y luego me gastaba los otros doscientos comprando cocaína. CGC, lo llamamos: cuenta de gastos para cocaína. ¿Y sabes en qué trabajaba? Te lo diré: valores respaldados por hipotecas. He aprendido a ser indulgente con todo el mundo.

La náusea regresó y Jonah se dobló otra vez con unas bascas secas. Brett continuó:

—He aprendido que en este mundo nada importa excepto la felicidad. Es una idea increíblemente liberadora. ¡Mira qué día tan magnífico y soleado! —Jonah sentía los músculos del torso como si pretendieran separarse de los huesos de la caja torácica; era incapaz de mover la cabeza para mirar otra cosa que no fuera el charco de vomito que tenía justo debajo—. Cuando trabajaba en Lehman, ¿crees que tenía algún momento para apreciar estas cosas? —Suspiró de satisfacción—. Olvida el pasado. Olvida el futuro. ¿Cómo te va ahora? ¿En este mismo momento? —El estómago de Jonah sufrió un espasmo violento, y de la tráquea le salió una anticarcajada gutural—. Jonah, quizá te interesaría conocer a mi gurú.

Al final Jonah se dejó caer hasta quedar sentado, con el sudor goteándole por la cara y los brazos inertes a los lados. Brett le entregó una tarjeta, y Jonah extendió el

brazo y la cogió. En ella se veía la foto de un sabio blanco con una barba larga y gris; sus números de teléfono y una URL y el nombre en Twitter aparecían debajo de las palabras «Gurú Phil», escritas con una fuente oriental amarillo mostaza.

—¿Esto es una especie de... rolo oriental?

—No exclusivamente —dijo Brett—. El Gurú Phil enseña lo mejor del cristianismo, el judaísmo, el islam, el budismo y el hinduismo. Su mensaje es de amor universal, aceptación y autoestima. Creo que podría ayudarte, Jonah. El Gurú Phil te enseñará que, sea cual sea el motivo por el que bebes, en realidad no es importante.

—No soy alcohólico —contestó Jonah, devolviéndole la tarjeta.

Brett soltó una risita de complicidad.

—¿Sabes cómo supe yo que no era alcohólico? Porque hice un test *online*. El gurú te enseña que no importa lo que encuentres en internet. El verdadero conocimiento solo se encuentra en nuestra intranet.

A Jonah eso le resultó indescriptiblemente cursi, pero estaba claro que Brett no iba a ceder y volvió a coger la tarjeta, así que se la metió en el bolsillo. Brett pareció complacido. Ayudó a Jonah a ponerse en pie y le dio dos pastillas de menta más.

—¿Podríamos no comentárselo a Sylvia? —dijo Jonah, tan avergonzado al tener que pedirlo que se sonrojó.

—Ningún problema —dijo Brett—. Pero prométeme una cosa. La próxima vez que pienses en tomar una copa...

—De verdad que no soy alcohólico.

—Recuérdate que Dios te ama, y que Jesús te ama, y que Buda te ama, y que el profeta Mahoma te ama, y que todas esas caras de Dios te aman por una sencilla razón. Porque existes. —Le puso la mano en el hombro a Jonah—. Yo existo. Tú existes. Tú existes, Jonah.

—Lo sé.

—Tú existes —repitió Brett, asintiendo.

—¿Cuánto hay que pagar de depósito?

—Son dieciocho mil dólares. Además de la tarifa del agente. Tú existes, Jonah.

—Subamos, Brett.

Sylvia y Jonah fueron a almorzar (Jonah tomó una ensalada, cosa que ella elogió, aunque lo cierto es que no había nada más en la carta que su estómago pudiera tolerar), y luego se metieron en el metro para ir al apartamento de Jonah. Sylvia trabajó un par de horas antes de cenar; Jonah comenzó a rellenar los papeles para el *loft* a fin de entregar la solicitud el lunes por la mañana. Sylvia se cogió del brazo de Jonah mientras bajaban las escaleras del metro y discutían posibles configuraciones del mobiliario para su futuro *loft*. Jonah se sentía físicamente agotado, emocionalmente abrumado, y encima se moría de ganas de fumar, una sensación muy

familiar, incluso después de todos esos años. Pero creía que al menos podría echarse una siesta antes de cenar, cosa que ayudaría en todos los frentes.

—¿Y si le pedimos a mi amiga Maya que nos ayude con la decoración? —dijo Sylvia mientras insertaban las tarjetas para entrar en el metro—. ¿Sabes quiénes son Patrick Robinson y Virginia Smith? —Sylvia sabía que no tenía por qué molestarse en esperar la respuesta—. Ella decoró su casa en Tribeca.

—No sé —dijo Jonah, empujando el torniquete detrás de ella—. ¿No sería mejor que lo hiciéramos nosotros?

—Y lo dice un hombre que ni siquiera tenía esterilla de baño cuando nos conocimos —dijo Sylvia riendo. Volvió a cogerse de su brazo mientras bajaban otro tramo de escaleras hasta el andén—. Tampoco creo que en los próximos meses ninguno de nosotros vaya a tener tiempo para ir a comprar muebles. Además, solo le preguntaría a Maya dónde ir. Aunque, ¿por qué no va ella por nosotros?

—Sí, pero contratar una decoradora, ¿no te parece un poco...? —Se secó la frente con la mano; en el andén del metro había nueve grados más que fuera—. Es solo que me parece un poco burgués —dijo Jonah.

Sylvia retrajo los labios durante un instante, le soltó el brazo y sacó el teléfono. Mientras pasaba correos electrónicos, dijo:

—Si lo hacemos nosotros tardaremos mucho más.

—A mí no me importa.

Apretó el botón para cerrar el teléfono y volvió a meterlo en el bolso. No se había quitado las gafas de sol al bajar al metro, y contemplaba las vías desde el andén, una imagen que, con o sin gafas, consistía en un campo apenas diferenciado de grises hollín y rojizos y marrones ennegrecidos de polvo.

—Te das cuenta de que es algo que tendré que hacer yo, ¿no? Si no contratamos un decorador, todo el trabajo de amueblar y decorar el apartamento recaerá sobre mí.

—Yo te ayudaré.

—Tú solo ejercerás el derecho de veto.

Naturalmente, ella tenía razón, y para que supiera que lo reconocía, posó una mano pegajosa en la zona lumbar de Sylvia.

—¿Al menos puedo hablar con Maya antes de que la contratemos? Me refiero a que, como es tu amiga, tenderá a inclinarse por tu estilo, y vale, quizá sea inevitable, pero lo único que quiero es que cualquiera que entre tenga claro que ahí también vive un hombre.

Ella lo miraba a la cara, y Jonah vio cómo sus ojos buscaban los suyos detrás de las lentes color miel de las gafas.

—¿Por qué discutimos por esto? —preguntó Sylvia.

A él no le había parecido que estuvieran discutiendo o, mejor dicho, no había percibido ninguna diferencia entre discutir y no discutir. Jonah dijo, tanto para tranquilizarse a sí mismo como a ella:

—Buscar apartamento estresa. Pero eso no significa que no hayamos tomado la

decisión correcta.

Sylvia dejó caer la cabeza sobre el pecho de Jonah y lo rodeó con los brazos por detrás.

—Caramba, hay que ver cómo sudas —dijo riendo.

—Aquí abajo estamos a cien grados.

Y Sylvia se rio otra vez. Jonah la besó en la frente. No era fácil: amarla tanto y acabar discutiendo tan a menudo. Entonces, con un tremendo rugido Doppler y con el chirrido de dos metales de cien años de antigüedad rozando el uno contra el otro y el esforzado gemido de los frenos neumáticos y de las pastillas de freno y el cataclismo de miles de kilos de tren subterráneo redistribuyendo su peso desde la velocidad hasta la quietud mientras se escorzaba enloquecidamente hacia ellos, el tren entraba en la estación.

El metro no iba abarrotado; ocuparon dos asientos hacia la mitad del vagón.

—Ojalá pudieras quedarte esta noche —le dijo a Sylvia. Se había sentido mejor nada más entrar en el vagón con el aire acondicionado tan alto: se dijo que podía pasarse el resto de la tarde allí sentado.

—Apuesto a que sí —dijo ella.

—No, lo digo en serio. Sería estupendo que pudiéramos, ya sabes... pasar unas horas más juntos.

—Créeme, si por mí fuera... —murmuró Sylvia—. La verdad es que tampoco me encanta pasar los fines de semana en un hotel. ¿Te he contado lo que pasó con la colcha? Ayer por la noche volví a mi habitación y...

—Lo siento, señoras y señores —gritó una voz de mujer. Estaba junto a la puerta del fondo del coche: tenía la piel oscura, era escuálida y de la coronilla le salía una enmarañada explosión de pelo; llevaba unas chanclas, unos tejanos rotos por encima de las rodillas llenas de costras, y una camiseta con el cuello desbocado: iba tan mugrienta que parecía haberse revolcado en ceniza—. Lo siento —volvió a vociferar, y se calló; se quedó con la boca abierta, ojerosa, como si no supiera o no recordara o estuviera demasiado enganchada para recordar lo que iba a decir. Simplemente se quedó junto a la puerta, tambaleándose un poco.

—Jesús —murmuró Sylvia. Y añadió—: Cada día, cuando me hacen la cama, me ponen una colcha encima, y yo la meto en el armario, y cada noche vuelvo y me encuentro con que me la han vuelto a colocar. Así que esta vez...

—Señoras y señores, ¿pueden ayudarme? —dijo la mujer en una precipitada confusión de sílabas, como si de repente recordara lo que iba a decir.

—Así que le escribí una nota a la camarera de pisos y se la dejé en la cama.

—¿Alguien... alguien podría ayudarme?

—Y en la nota le puse: «Por favor, cuando me haga la cama no me ponga la colcha».

—¡Señoras y señores!

Jonah miró a su alrededor. Había un joven de cara estrecha y gafas de montura de

concha provisto de auriculares y una perilla; una adolescente negra que leía un libro de texto de biología; un hombre adusto cuya sudadera con capucha marrón y holgada le daba un extraño aspecto de monje; dos hispanos grandotes que llevaban un chaleco de trabajo naranja, de cara aletargada y párpados caídos. Más cerca de la mujer que gritaba había un hombre medio calvo vestido con camisa de esmoquin y pajarita que tenía una funda de violín sobre el regazo. Aunque la mujer estaba justo delante de él, el violinista mantenía la vista al frente en una especie de pretendida vacuidad.

—Y aquella noche volvió a colocarme la colcha encima... y la nota sobre la colcha.

—Por favor, por favor. —La mujer dio un paso al frente. Nadie sacó la cartera ni buscó en el bolso. La mujer se dejó caer de rodillas—. Por favor —gimoteó y lloriqueó, como si de pronto la abrumara un pesar todavía más profundo, con los ojos cerrados y las manos entrelazadas ante el pecho—. ¡Por favor, ayúdenme! —Todos los pasajeros evitaban mirarla, y también mirarse entre ellos.

Era algo que Jonah ya había visto antes: las súplicas más dramáticas y más humillantes de mendigos a los que casi nadie hacía caso. La canción, el chiste, la pulcra petición de un dólar o de un cuarto de dólar para algo concreto como un sándwich: a eso la gente sí que reaccionaba. Pero esos ostentosos espectáculos de desesperación parecían violar de algún modo el contrato social entre los mendigos y aquellos a quienes pedían dinero.

—¿Te lo puedes creer? También sé que es posible que la chica no supiera leer. Pero se lo he mencionado al conserje y he llamado al servicio de limpieza.

La mujer seguía de rodillas: con la cabeza gacha y los ojos cerrados, moviendo los labios sin hacer ruido. Tenía el cuerpo inclinado a un lado, y amenazaba con derrumbarse sobre el hombre del violín. Este se apretaba contra la esquina, al final de su banco: parecía sopesar si podía ponerse en pie y apartarse sin rozarla.

—No sé si vale para algo, pero tengo la tarjeta Starwood platino.

Jonah sacó la cartera; solo tenía billetes de veinte.

—Joder —susurró bruscamente Sylvia.

Por regla general, Jonah no daba dinero a la gente que pedía en el metro. Los músicos le irritaban, y simplemente no se creía las peticiones de dinero para la pensión o para comer; estaba seguro de que al final acabarían gastándolo en droga o alcohol. Lo que de pronto le impulsaba no era la mujer, ni siquiera cómo reaccionaban los demás a la mujer: era el hecho de haberse dado cuenta, de no poder ignorarlo.

—Escucha, ¿tienes algún billete de un dólar? —le preguntó a Sylvia.

—No —dijo ella, con la cara cubierta por las gafas, inclinada hacia las rodillas, y apretando el bolso contra el pecho. La mujer avanzaba hacia ellos arrastrando los pies, se mantenía en equilibrio agarrándose a la barra metálica que colgaba del techo del tren. Debajo de su brazo asomaba un gran matojo de pelo negro, moteado de gotas de sudor y caspa. Jonah la olía a tres metros de distancia: orina, sudor y una

mezcla densa e indistinguible de otros olores corporales. Ya estaba a su lado, agarrada a la barra, con la cara aún distorsionada en pliegues de angustia. Jonah distinguía un extraño blanco en las comisuras de los ojos y la boca de la mujer, oscuros moretones en sus antebrazos y sus piernas. Sacó cuarenta dólares. La mujer tenía las puntas de los dedos muy negras, como carbonizadas, y la palma cenicienta. Intentó entregarle el dinero de manera que sus dedos no se tocaran, pero cuando ella alcanzó los billetes, las ásperas puntas de sus dedos se arrastraron por la palma de su mano, y algo en su vientre y sus pelotas se apretó en un acto reflejo.

La mujer se quedó mirando un momento el dinero que tenía en la mano, como si viera en él otro motivo de pesar, y a continuación cerró la mano en torno a los billetes y metió el puño dentro del bolsillo de los tejanos. Parecía muy agitada, muy asustada; todavía con la mano apretada en los pantalones, se alejó a pasos torpes hacia el fondo del vagón y, tras abrir la puerta, desapareció.

—Y ahora hace exactamente lo mismo —murmuró Sylvia sin mirarlo. Llegaron a su parada sin decir nada más.

Sylvia no volvió a decir nada hasta que salieron a la superficie, a unas cuantas manzanas del edificio de Jonah. Entonces dijo:

—Te das cuenta de que eres un capullo, ¿no? —Jonah se sentía demasiado agotado para discutir. Esperó a que ella desarrollara aquella afirmación, cosa que hizo—. Te das cuenta de que esa mujer era una adicta, ¿no? Esas personas son peligrosas. ¿Alguna vez te has parado a pensarlo? ¿Sabes de qué son capaces los adictos por una dosis?

Sylvia estaba diciendo «adicto» igual que un locutor de la CNN diría «satánico», pensó Jonah.

—No iba a pasar nada —murmuró.

—Claro, como tú sabes tanto de estas cosas —le espetó Sylvia—. Lamento ofender tu sensibilidad liberal, pero no puedes ir por ahí repartiendo billetes de veinte a todos los sin techo que ves. —Negó con la cabeza—. Todo esto tiene que ver con los valores distorsionados de tu educación en Roxwood.

Con esas palabras consiguió irritarlo, y supuso que esa era su intención.

—Vale, debería haberle dicho que escribiera a su congresista para que disminuyera el impuesto de plusvalías.

—Búrlate de mí, si quieres, pero los que comprendemos cómo funciona la economía en realidad...

—Coño, Sylvia.

—Esos cuarenta dólares no van a cambiar nada para ella. De hecho, probablemente solo empeorarán las cosas. Seguro que le has dado suficiente para una sobredosis. —Pronunció esas palabras con una cólera veloz, en *staccato*, como si intentara lapidarlo.

—¿Qué cojones te pasa? —le gritó Jonah con una cólera modelada por todo un día de resaca y una frustración aparentemente intacta e indestructible. Comprendía

que esa furia solo afectaba a Sylvia de manera tangencial, pero las demás causas no estaban allí para poder gritarles—. Vale, le he dado dinero a una adicta al *crack* porque soy un cándido socialista y ecologista. ¿Y a ti qué coño te importa?

—¡Lo has hecho para insultarme! —Apareció otro tono en la voz de Sylvia: algo más trémulo y ofendido. Jonah sabía que cuando le gritaba le traía todos los malos recuerdos del cabrón de su padre. Pero le pareció justificado ignorarlo. Ella quería discutir, pues discutirían.

—Tienes razón, Sylvia, nadie le da dinero a una persona sin techo sin pensar en cómo te afectará a ti.

—¡Estás tan obsesionado con la clase social y con cómo me educaron!

—¡Darle dinero a esa mujer no tiene nada que ver con tu puta casa en Nantucket!

—¿Por qué has dicho entonces que sería burgués contratar a un decorador?

—¡Porque sería burgués contratar a un decorador! —No se podía creer que la disputa, por la ineluctable fuerza de su propia gravedad, hubiera alcanzado un punto tan absurdo; pero, por supuesto, él no estaba dispuesto a aflojar. Y, evidentemente, ella tampoco.

—¡Perdóname por querer en mi apartamento algo más que un sofá y un televisor gigante! —gritó Sylvia—. ¡Perdóname por querer vivir en un sitio que parezca un hogar!

—¡La sala de exposición de muebles ABC no es un puto hogar!

—Así que para demostrar que eres un, un, un hombre del pueblo, me pones en peligro y probablemente...

—¡Solo quería darle a esa adicta al *crack* de los cojones un poco de dinero! Y si eres una esnob demasiado mimada y conservadora para aceptarlo... —La parte inferior de la cara de Sylvia se contrajo en una expresión lastimera; Jonah se sintió con derecho a ignorar también eso—. Nunca te ha importado una mierda nadie que no fueras tú —remató.

—Que te den, Jonah. —Le caían las lágrimas por detrás de las lentes de las gafas de sol. Naturalmente que lloraba, se dijo. ¿Acaso no había querido eso también? Quizá los dos habían querido todo eso: quizás eso era lo que tenían que ofrecerse el uno al otro.

Cuando regresaron al apartamento, ella se fue derecha a una mesita situada junto a la cocina, la que habían comprado para poder desayunar juntos. Sacó el portátil y comenzó a modificar un organigrama mastodóntico. Al cabo de más o menos una hora, Jonah comenzó a arrepentirse y a sentirse culpable, pero cualquier intento de hablarle o de tocarla fue ignorado o rechazado. Rellenó estoicamente el impreso de la inmobiliaria: los salarios, las direcciones de los jefes, los nombres y los números de teléfono de referencia.

A medida que la tarde daba paso al crepúsculo, Sylvia cerró de manera brusca el ordenador y se puso en pie. Jonah estaba sentado en el sofá y, por alguna razón, también se puso en pie.

—He cambiado el vuelo —le anunció Sylvia con toda naturalidad—. Me voy al aeropuerto ahora.

—Vamos, Sylvia, no lo hagas... —Ella no contestó: en sus ojos había tan poca emoción como en las lentes de las gafas que había llevado—. Lo siento —le dijo Jonah. Sylvia comenzó a meter en la bolsa el cargador y otros objetos—. No te despidas así. —Ella soltó una risita aguda y sarcástica. Él sabía que debía dejar que se marchara. Pero de algún modo fue más fácil decir—: Necesito tu firma para el crédito y toda esa mierda.

Ella se quedó inmóvil, con la mirada todavía clavada en la boca abierta de su bolso.

—Me sorprende que quieras vivir con una esnob mimada y conservadora.

—Pero es mi esnob conservadora preferida. —Sylvia no mostró el menor atisbo de que aquello la divirtiera, y había sido un chiste un tanto a desgana—. Me he enfadado... he dormido mal y... no le he dado el dinero a esa mujer para insultarte.

Sylvia negó con la cabeza, un gesto dirigido a él, o a ella misma. Le dio un repaso de arriba abajo, y al final cogió los papeles y los firmó.

—Le has dado a esa mujer cuarenta dólares, y me has hecho sentir como una mierda. Espero que entiendas lo que eso significa.

Él estaba seguro de que no lo entendía, pero dijo:

—Lo entiendo, y lo siento.

Sylvia dejó escapar un lento suspiro de irritación, el suspiro de quien se arma de infinita paciencia.

—Si esto va a funcionar... ¿Quieres que esto funcione, Jonah?

Sabía que existía una respuesta sincera a esa pregunta en algún lejano rincón de su mente, pero parecía tan distante, y estaba tan cansado, que le resultaba imposible recuperarla.

—Naturalmente —dijo Jonah.

—Entonces funcionará —dijo ella con determinación, una determinación que, como comprendió Jonah, resultaba tan necesaria para su relación como cualquier cualidad que cada uno encontrara atractiva en el otro—. Podemos hacer que funcione.

Mientras Sylvia lo miraba, se le suavizó la cara, aunque solo fuera levemente, aunque solo fuera por dar esa impresión. Ella apretó la mano de Jonah de manera apenas simbólica; él se inclinó para besarla, pero ella se apartó. La cosa no iba a ir más allá de ese apretón en la mano. Sylvia recogió su enorme bolso, se lo echó al hombro y se dirigió hacia la puerta. El alivio que Jonah sintió cuando esta se cerró fue inestimable, al igual que su extrañeza al echarla de menos inmediatamente.

A los cinco minutos había bajado las persianas, había sacado de un cajón los auriculares insonorizados que utilizaba en los vuelos de larga distancia, se quitó los zapatos de una patada y se echó en la cama. Tras sus ojos apareció un remolino de negrura, pero no se durmió. Se sentía demasiado a la deriva en el espacio de su propia cabeza como para dormir.

De manera empírica eran muy compatibles: cada uno era tan atractivo como el otro, los dos ganaban más o menos la misma cantidad de dinero, los dos procedían de familias divorciadas blancas de Nueva Inglaterra, compartían (bueno, habían compartido) un desinterés básico por las religiones organizadas, y eran de la misma edad y de la misma complejión. Se hacían reír el uno al otro, les gustaban prácticamente las mismas películas; a él no le intimidaba el éxito ni la ambición de ella, y ella le chupaba la polla en los restaurantes. En resumen, era una relación sensata. Hasta se podría llegar a decir que no existía ninguna razón por la que no debieran estar juntos. Y esto, comprendió al fin Jonah, era la única razón por la que estaban juntos, la única razón por la que habían ido más allá de una primera cita, la única razón por la que podían seguir avanzando.

Se gustaban, se amaban. Probablemente podían convencerse de pasar el resto de su vida juntos. Existía una forma de confianza, o de fe, o de afecto ciego que simplemente eran incapaces de sentir el uno por el otro. En resumidas cuentas, no tenían fe en el otro.

La cartera y el móvil formaban un incómodo bulto en el bolsillo de Jonah. Los sacó, y entonces encontró una tarjeta pegada a la cartera. Vio al Gurú Phil, cuya serenidad quedaba asegurada porque tan solo se basaba en la existencia. Cosa que ya estaba bien, se dijo Jonah, excepto las veces en que la existencia te succionaba, cuando era contradictoria o no tenía respuestas, cuando te asaltaba. Arrugó la tarjeta y la tiró al suelo. Quedó entre bolas de polvo y botellas de agua a medio consumir que vivían debajo de su cama como las reliquias de una civilización desaparecida. Más que caer en el sueño, fue engullido por este.

5. El barco amenazaba con romperse

Jonah se despertó sintiéndose como nuevo, enormemente aliviado por no haber tenido ningún sueño. Miró su teléfono, que estaba junto a él en la cama: eran las diez de la mañana. Se sintió todavía mejor al mirar sus correos, considerando el día que le esperaba: un domingo apoltronado en su oficina, repasando las cajas de expedientes de la BBEC. Tenía trabajo que hacer: un trabajo racionalmente definido, del todo predecible, emocionalmente anodino y laico por completo.

Estuvo duchándose durante un buen rato, y al descubrir que se sentía insólitamente hambriento para esa hora del día —de costumbre no comía hasta la una—, se desvió en su camino hacia el metro para dirigirse a una cafetería, donde compró dos sándwiches de queso y huevo y una cajetilla de cigarrillos. Se comió un sándwich y se fumó dos cigarrillos de camino al metro. La estación estaba un poco más abarrotada de lo que había esperado para un domingo por la mañana, pero ya eran casi las once; se dijo que la gente ya se dirigía a tomar un *brunch*.

Además, el 813 de Lexington estaba sorprendentemente concurrido. El vestíbulo, con el árbol de siempre —que aquel día le alegraba especialmente ver—, estaba lleno de hombres y de mujeres trajeados inmersos en conversaciones con la cara concentrada y mucha jerga, igual que si fuera un día laborable. Jonah incluso parecía vestido de una manera un tanto informal, con sus tejanos y su polo. Cuando subió al ascensor concluyó que los banqueros debían de haber recibido la visita de algún oligarca chino o saudí. Mientras subía, regresó a los correos de su teléfono. Durante la noche había recibido nuevos mensajes, y seguían llegando más. Mientras recorría el pasillo los fue mirando, y le sorprendió encontrarse a Dolores en su mesa, delante de la oficina.

—¿Has venido a trabajar hoy? —le dijo.

Pareció que ella no sabía qué responder.

—Hay varios mensajes —dijo.

—¿Ah, sí? —Frunció el entrecejo, miró pasillo abajo: estaba lleno de abogados, paralegales y asistentes. Comenzaba a comprender lo que ocurría cuando le dijo:

—¿Qué día es hoy?

—16 —contestó Dolores.

—¿Qué día de la semana es? —dijo impaciente.

—Lunes.

Entró corriendo en su oficina, cerró de un portazo y gritó «¡Mierda!» mientras arrojaba el maletín sobre el escritorio. Aquello era injusto: no sabía cómo, pero había dormido casi cuarenta horas. Desde luego, aquello explicaba por qué se había despertado tan tonificado, observó con amargura. No había que pensar más en eso. Se sentó tras su escritorio, volvió a mirar la bandeja de entrada de su teléfono: de pronto

todo tenía más sentido, pues sabía que esos mensajes se habían acumulado durante casi dos días. Contó al menos cinco de Sylvia.

Dolores llamó a la puerta y entró.

—El señor Chen quiere verte esta tarde —dijo.

Los ojos de Jonah se posaron sobre las dos torres de cajas que contenían los expedientes de la BBEC sin leer que había apilados junto a su puerta. Comenzó a sonar su iPhone. Era Sylvia.

—Pregúntale si le va bien después de las cuatro —le dijo a Dolores.

—¿Te iría bien a las cuatro y media?

—¿Qué acabo de decir? —contestó con malas pulgas—. Cualquiera hora después de las cuatro. —Dolores dio media vuelta y se marchó cuando Jonah contestó la llamada.

—Hola —le dijo al teléfono.

—Hola —dijo Sylvia con una voz calmada—. Supongo que no vamos a hablar ahora, pero solo quería saber si habías tenido noticias de Brett.

—¿Brett?

—El *loft*.

Tapó el auricular del teléfono y gritó en dirección a la puerta:

—¡Dolores! —Quitó la mano—. Mira —le dijo a Sylvia mientras abría el maletín—, no es que no vayamos a hablar ahora, pero he tenido... —Dolores apareció en la puerta; Jonah rebuscó rápidamente entre los papeles que llevaba en el maletín, intentando localizar el impreso de la agencia inmobiliaria.

—Dijiste que querías arreglar las cosas, Jonah, y creí que ibas en serio. Pero no sé cómo vas a conseguirlo si no contestas a mis llamadas ni a mis correos.

—Tienes razón, tienes razón —dijo Jonah mientras encontraba el impreso.

—¿Me das la razón?

Le entregó el impreso a Dolores, colocó la mano sobre el teléfono.

—Manda esto por fax a Corcoran. A un tal Brett no sé cuántos, de Bond Street. —Dolores asintió con indiferencia y se marchó. Se volvía taciturna cada vez que él se mostraba brusco con ella, cosa que no ocurría a menudo, aunque sí lo bastante como para que ella supiera que tendría que soportar su mal humor todo el día.

—Si me das la razón, ¿por qué no lo haces, entonces? —estaba diciendo Sylvia—. Solo quiero saber si estamos en el mismo barco.

—Estamos en el mismo barco —dijo él—, pero he estado de trabajo hasta arriba desde que...

—¿Y crees que yo no? —dijo ella exasperada.

Dolores volvió a aparecer por la puerta.

—El señor Chen tiene un hueco a las cuatro y media —le dijo.

—Muy bien —contestó Jonah, y ella se marchó.

—¿Qué? —dijo Sylvia.

—No, Sylvia, lo siento, es que ayer fue, fue...

Estaba mirando los expedientes de la BBEC. Eran las once y media. ¿Qué tanto por ciento de esos miles de documentos era capaz de leer en las cinco horas que quedaban hasta la reunión con Doug Chen? ¿Diez? ¿Quince?

—Si estás demasiado ocupado para hablar, basta con que me mandes un correo de dos líneas.

—Muy bien. —Se acordó de otra cosa—. ¡Dolores! —volvió a gritar—. Sylvia, lo siento, ahora no puedo hablar. —Dolores regresó—. Te quiero, estamos en el mismo barco, te lo prometo.

Dolores puso una sonrisita irónica. Naturalmente, Jonah no quería que lo oyera intentando aplacar a su novia, pero para un hombre era casi imposible llevar a cabo tantas tareas de manera eficaz. Bajó la mirada hacia el escritorio, para al menos no tener que verla mientras ella lo miraba hablar.

—Si te estás arrepintiendo, Jonah... —dijo Sylvia.

—Claro que no. Le he enviado por fax los papeles a Brett, y te avisaré en cuanto tenga noticias. ¿Puedo llamarte esta noche?

Sylvia dejó escapar un sonoro suspiro, y él tuvo que reprimir una creciente impaciencia, no solo porque tenía que ponerse a leer inmediatamente, sino también por todas las llamadas telefónicas que le había permitido interrumpir a Sylvia sin emitir ninguna queja cuando el trabajo de ella lo exigía.

A lo mejor ella también pensó lo mismo.

—De acuerdo —dijo Sylvia en un tono que sugería que se dejaba aplacar—. ¿Me llamarás esta noche?

—Te lo juro por el *loft* que vamos a alquilar. —Por suerte, ella soltó una risita y él desconectó el teléfono.

Levantó la mirada hacia Dolores, todavía con la misma sonrisita.

—Lo siento —dijo Jonah. Dolores se encogió de hombros con un gesto mínimo, como si todo aquello le importara un bledo—. Y me disculpo por haberte hablado mal. —La reacción fue otro encogimiento de hombros. De nuevo aumentó la impaciencia de Jonah, pero sabía que las circunstancias exigían que lo pasara por alto—. Dolores, necesito que me vayas a comprar un traje.

—¿Un traje? —dijo ella un tanto vacilante.

—Sí, camisa, corbata y traje. Ve a Macy's, que lo carguen todo a mi tarjeta de crédito.

Dolores frunció el ceño con escepticismo.

—Ni siquiera sé tu talla.

—Te la mandaré por correo electrónico cuando estés de camino.

El fruncimiento de ceño se volvió más acusado.

—¿De qué color lo quieres?

—Salmón y marrón topo —dijo en un tono sarcástico—. Azul marino, ¿a ti qué te parece? —Acababa de permitirse más impaciencia de la que debería: ella cruzó los brazos y lo miró con una cara de decepción—. Lo siento, lo siento. Ayúdame,

Dolores, me he despertado pensando que era domingo. ¿De acuerdo? Por favor.

Dolores descruzó los brazos y levantó las palmas de las manos.

—Procuro llegar a la hora cada día y hacer mi trabajo. —Y salió.

Estuvo contestando los mensajes más importantes durante veinte minutos, dando gracias de que no lo hubiera llamado ningún cliente mientras dormía. Entonces por fin pudo concentrarse en las cajas de la BBEC. Abrió la de encima, sacó la primera carpeta color manila. En ese momento Dolores apareció en la puerta con la chaqueta puesta.

—Salgo ahora —dijo—. Nunca he entrado en la sección de caballeros de Macy's, y todavía no me has enviado tus medidas por correo.

—Lo haré, lo haré —le dijo.

—Puede que tarde un rato.

—Cuento contigo, Dolores, por favor, vuelve en cuanto puedas. —Regresó la mirada a la carpeta de la BBEC, pensando que aunque comprendía las razones de no tener una secretaria que te resultara atractiva (¿pues adónde podía conducir eso?), al menos una jovencita de veintidós años que deseara acostarse con él habría mostrado un poco más de apremio a la hora de atender sus necesidades.

—Hay otra cosa —dijo Dolores.

Jonah colocó la carpeta de la BBEC sobre la caja, perfectamente alineada.

—¿Sí?

—Daniel Coyne ha venido a verte.

—¿Quién cojones es Daniel Coyne?

—Señor Jacobstein, soy cristiana. Por favor, no utilice ese lenguaje delante de mí.

—Muy bien, muy bien —dijo Jonah—. Lo siento. —Pensaba que los cristianos eran caritativos, estuvo a punto de murmurar en voz baja.

—Dice que conoce a su prima.

Daniel... Danny... Joder, se dijo.

—¿Está aquí?

—Está en la puerta principal. Le ha dicho a Angelica que no le importa esperar. Angelica es la recepcionista.

—Sí, Dolores, ya sé quién es Angelica.

—Solo lo menciono porque el año pasado no participó en su regalo de cumpleaños.

—Sí, porque soy el peor ser humano del mundo, lo pillo. Como te he dicho, lamento mucho estar hoy tan irritable. —Dolores se encogió de hombros, como si no supiera nada del asunto. Él se recostó en su silla—. Puedes decirle a Angelica que recibirá un generosísimo regalo de Navidad de mi parte y, por cierto, le puedes decir que deje pasar a Daniel Coyne. —Dolores se encogió de hombros una última vez y se marchó.

Jonah había olvidado que había visto al prometido de su prima montándose con otro hombre en la escalera, y se sintió muy desdichado al recordarlo. Se dijo que se

habría sentido igual de desdichado de haber recordado que Danny engañaba a Becky con otra mujer, pero tampoco estaba seguro de qué pretendía demostrar con esa afirmación, pues el igualitarismo liberal resultaba bastante irrelevante en ese caso. Lanzó una desolada mirada a las cajas de la BBEC. Sabía que estaba prohibido fumar en la oficina, pero, teniendo en cuenta las circunstancias atenuantes, encendió un cigarrillo.

Danny apareció, como era de prever, vestido de contable con un traje azul marino planchado a la perfección (exactamente el tipo de traje que Jonah esperaba que le comprara Dolores, se le ocurrió pensar). Danny pareció un tanto sorprendido al encontrar a Jonah fumando; a continuación le sonrió de una manera que Jonah solo pudo describir como valiente, le estrechó la mano con firmeza, lo miró directa y firmemente a los ojos y se sentó en la silla que había delante de su escritorio.

—¡Es genial que te dejen fumar aquí! —dijo Danny con una risita muy forzada.

—Mira, Danny... —comenzó a decir Jonah. Pero no estaba seguro de cómo continuar, y Danny intervino enseguida.

—Me alegro mucho de que me hayas concedido la oportunidad de verte hoy, Jonah —dijo Danny enseguida—. He estado pensando mucho en nuestra conversación del viernes, y creo que mi organización tiene mucho que ofrecerte.

—Tu... ¿qué?

—Estoy seguro de que ya ahorras, y quizás en el pasado no te has decidido a invertir, sobre todo después de lo que ha ocurrido con la economía. —Se aclaró la garganta; intentaba hablar en un tono sensato, de hombre de negocios, sin perder el contacto visual, gesticulando rígidamente en cada sustantivo, pero al parecer no lograba controlar un temblor en la rodilla izquierda, un nerviosismo general en su actitud—. Pero lo que podemos ofrecerte en Windstaff es la oportunidad de participar en fondos que han rendido de manera sólida durante los últimos cinco años. Ahora bien, normalmente hay que invertir un mínimo para entrar en esos fondos, pero nuestros gestores patrimoniales, es decir, mis colegas, estarían dispuestos a no aplicar esa regla. Podemos hacer que participes en nuestros mejores fondos, con cualquier nivel de inversión con el que te sientas cómodo. —Jonah negó con la cabeza, sin acabar de seguirlo—. Y además —añadió Danny, aclarándose otra vez la garganta—, como somos familia, podemos arreglar lo de los honorarios.

—¿Los honorarios?

—Los honorarios quedarían prácticamente en nada, eso es lo que estoy diciendo. De hecho, para hacer que entres de inmediato, yo, bueno, podría poner los honorarios iniciales y, bueno, el rendimiento iría directamente a ti, y ya sabes, podríamos revisar el pago, o no, pues todo queda en familia.

—¿Quieres que invierta con Windstaff? —dijo Jonah despacio, pero entonces comprendió que solo se aferraba desesperadamente a su confusión. La propuesta de Danny era bastante clara.

Danny forzó otra carcajada muy incómoda.

—No, no, no con Windstaff directamente, no inviertes en Windstaff, nosotros gestionamos tus..., pero, bueno, de hecho, si lo prefieres, lo que ocurre es que nosotros auditamos, claro está, los libros, claro está, de muchos de los más grandes... no me gustaría darte los nombres, pero, claro, de manera informal, sería suficiente si tuviéramos algún indicio de cuál podría ser el rendimiento, no es infrecuente, yo podría, por ejemplo...

—¡Joder, Danny, basta! —dijo Jonah por fin.

Esta vez era Danny quien fingía confusión.

—Solo se me ocurrió por lo que hablamos el viernes.

—¿Te das cuenta de que si me propones un soborno y que si no lo denuncio me podrían inhabilitar para ejercer la abogacía? —No estaba seguro de que eso fuera cierto, pero sonaba bien.

—¿Soborno? ¿Soborno? ¿Qué... soborno? ¡Ja, ja, ja!

—Mira, no soy retrasado, Danny.

—¡Ja, ja, ja!

Entonces, de repente, las mejillas y las cejas de Danny comenzaron a moverse de manera simultánea y espasmódica, y se llevó las manos a la cara y emitió unos sollozos ahogados dentro de ellas. Jonah consideró lo mal que lo debía de haber pasado Danny durante los últimos dos días: sin saber si Jonah diría nada, si ya lo había dicho, sin saber lo que Becky sabía ni si su secreto había sido revelado y su vida, tal como la conocía, había terminado. Y, a pesar de sí mismo, Jonah sintió lástima por Danny, aunque eso solo sirvió para que se sintiera el doble de irritado con él por haberse presentado en su oficina.

Danny comenzó a sorberse los mocos detrás de las manos. Cuando al fin recobró la compostura lo suficiente para levantar la cara, tenía los ojos inyectados en sangre e hinchados, y las mejillas hundidas. Jonah abrió un cajón de su escritorio pensando que tendría algunos pañuelos de papel —no los tenía—, miró en su escritorio buscando alguna otra cosa, y al final le arrojó a Danny la cajetilla de cigarrillos.

—No fumo —dijo Danny con un hilo de voz.

—Pues empieza. —Jonah le lanzó también el mechero.

Danny sacó un cigarrillo, se lo llevó a la boca con cierta vacilación y lo encendió. Dio unas caladas entre toses.

—No me puedo creer que te dejen fumar aquí dentro.

—Sí, somos bastante permisivos.

Durante unos momentos fumaron en silencio. Danny parecía haberle pillado el tranquilo. Inclinado hacia delante, con una expresión abatida, tenía la cara pálida donde no se le formaban manchas rojas; dijo por fin:

—Esto es una historia de amor, Jonah. Sé que suena ridículo, pero no lo es. Toda mi vida he luchado contra estos... instintos. Quería ser de una manera sabiendo que tenía que ser de otra. Pero entonces conocí a Becky, y de verdad, me enamoré realmente de ella. Es tan bondadosa, positiva y amable, tiene tanta energía y... —

Miró a Jonah con una expresión de súplica—. Me emborraché y la cagué. ¿No es algo que hace todo el mundo?

—Tomarte demasiados tequilas no te convierte en gay.

—Lo que quiero decir es que, siendo sincero, ni siquiera creo que sea gay. Es simplemente que... nací sintiendo una fuerte atracción por los hombres.

Lo único que pudo hacer Jonah al oír eso fue frotarse la frente, y resistir el instinto de abogado de preguntarle a Danny cuál creía que era exactamente la definición de «gay».

—Mira, ¿por qué no sales del armario? —preguntó—. Ya no estamos en los años cincuenta.

—¡Es demasiado tarde! —Se limpió la nariz con vigor y repitió—: Es demasiado tarde. Lo he estado controlando desde que iba al instituto, y solo tuve unos cuantos deslices, Jonah. En Boise es diferente. Es... —Giró las manos repetidamente delante de él, como si intentara extraer las palabras del aire—. Mi familia estudia la Biblia cada semana.

—¿Y?

—¡Y esperan cosas de mí! ¡Sé que soy un cobarde, pero no puedo decepcionarlos!

Volvía a estar al borde de las lágrimas, así que Jonah dijo:

—Vale, vale, no puedo llamar a tu madre, así que cálmate. —Por mucho que lo intentara, Jonah no sentía un gran desdén por Danny. Tenía que admitirlo: ser gay en Boise, Idaho, no parecía muy divertido... ni tampoco una vida en la que rechazaras tus impulsos sexuales más básicos. Demonios, él mismo ni siquiera había logrado limitar sus propios instintos sexuales a una sola pareja muy atractiva. Pero, se recordó Jonah, en el caso de Danny había algo más que una libido reprimida—. Pues no se lo digas a tu familia —dijo Jonah—. Pero se lo vas a confesar a tu novia.

—Como te acabo de decir, soy un cobarde —contestó Danny con un esbozo de sonrisa—. Nunca se lo he confesado a nadie. Eres el único que lo sabe.

—Sí, yo y tus deslices —murmuró Jonah—. De todos modos, da igual que te asuste o no. Tienes que decirle la verdad.

—¡Pero somos felices juntos! —exclamó—. ¡La hago feliz! La familia es muy importante para mí, y me tomaré el matrimonio muy muy en serio.

—¿Matrimonio? —Danny apartó la mirada—. ¿Qué era toda esa chorrada de antes de que somos familia? No lo somos... —Danny seguía sin mirarlo a los ojos. Aquel día las revelaciones no deseadas no tenían freno—. Le propusiste matrimonio, joder —dijo Jonah.

—¡Ya tenía el anillo! ¡Me entró pánico! Pensaba que ibas a contar algo, y si yo...

—Y te figuraste que si ya estabas prometido, yo no diría nada. —Ahí estaba: el desdén, la repugnancia; la justa indignación—. Eres un capullo de mierda...

—¡No puedes decir nada! —exclamó Danny—. ¡Estamos enamorados! Y... además. —Dirigió la mirada hacia los ojos de Jonah apenas un instante—. No es

asunto tuyo.

—Es mi prima, ¿no lo recuerdas?

—Nunca vas a verla. ¡No formas parte de su vida! No tienes ni idea de lo jodida que estaba cuando nos conocimos. ¿Sabías que en esa época se autolesionaba? —Jonah no lo sabía, la noticia tuvo el efecto de detener en seco su indignación. ¿La misma chica que tocaba alegremente canciones de Cat Stevens con la guitarra acústica se autolesionaba?—. Piensa en ella —dijo Danny, clavando los ojos en los de Jonah de manera más firme—. Es feliz conmigo. Y yo cuidaré de ella, ya lo sabes. Ganaré siempre mucho dinero. Podemos vivir donde ella quiera. Sus hijos irán a la Facultad de Derecho si ella lo decide, y ella puede sacarse un máster en Bellas Artes. O puede criar a nuestros hijos. Seré un marido maravilloso para ella.

—Menos por lo del numerito esporádico en la escalera.

Danny asintió enseguida, como si estuviera de acuerdo.

—Me lo merezco. Pero te digo una cosa, esa fue la única vez desde que estamos juntos. Y me esforzaré mucho mucho mucho para que no vuelva a ocurrir.

—Deberías decir que estás seguro de que no volverá a ocurrir.

—Quiero ser sincero contigo.

—¿Por qué quieres ser sincero conmigo? —dijo Jonah exasperado.

Danny lo miró con un leve intento de sonrisa.

—La verdad es que no lo sé. Es solo que parece... tan buen tío.

—No —gritó Jonah, de repente furioso. Se puso en pie de un salto—. No, no, no. No parezco un buen tío. Soy un abogado de empresas. ¿Sabes lo que hacemos aquí? Cuando una empresa pone plomo en un aspirina infantil, ¿a quién crees que llama? Ese soy yo. —Se dio cuenta de que se estaba inclinando hacia delante, con los puños cerrados sobre el escritorio, y de que probablemente debía de estar asustando un poco a Danny, pues este se apretaba contra el respaldo de la silla, encogiéndose como si Jonah fuera a saltarle encima y a darle de puñetazos. Jonah se obligó a volver a sentarse—. No es conmigo con quien has de ser sincero —concluyó. Su propia reacción le había puesto un poco nervioso: encendió otro cigarrillo.

—Lamento haber dicho eso —dijo Danny tras unos momentos. A continuación, con una voz serena y optimista, añadió—: ¿Entonces no me he de preocupar porque digas nada?

Jonah se quedó mirando a Danny estupefacto: lo miró como si fuera un tablero de ajedrez en el que se acabara de encontrar con una posición de jaque mate completamente inesperada. Tampoco es que hubiera planeado decirle nada a Becky, pero tampoco había decidido no decírselo. Hasta la aparición de Danny, no había vuelto a pensar en ello, pues el fin de semana lo habían consumido otras... preocupaciones. Pero ahora que lo pensaba, se daba cuenta de que Danny también tenía razón. Tal como había explicado de manera tan categórica, no era ningún mojigato defensor de la moral, y un fin de semana no lo había convertido en uno de ellos. ¿Quién era él para juzgar lo que estaba bien y lo que estaba mal, lo que debería

revelarse y lo que debería quedar oculto? Además, si se lo decía a Becky, ¿qué conseguiría, aparte de echar a perder la felicidad de los demás? ¿Romper un compromiso, quizás incluso conseguir que su prima volviera a lesionarse en su neurosis? Tales consecuencias eran precisamente el motivo por el que no debías entrometerte en la vida de los demás, se dijo. Y aunque intuía que ese razonamiento necesitaba una contraargumentación, no le parecía que tuviera que ser él quien la hiciera. Lo fundamental, se dijo, era que deseaba que Becky fuera feliz, y que Danny la hiciera feliz.

—No ha pasado nada —dijo Jonah.

—No ha pasado nada —replicó enseguida Danny.

—Y nunca volverá a pasar.

—Juro por Dios del cielo que haré todo lo que pueda.

—¿Recuerdas lo que he dicho sobre ser sincero conmigo?

—Nunca volverá a ocurrir. O nunca ocurrirá. No ha pasado nunca. Lo pillo.

—Muy bien —dijo Jonah. Aunque todavía insatisfecho con su bondad o su maldad relativa en esa situación (de hecho, en aquel momento no tenía muy claro en qué lado de la balanza quería alinearse), añadió—: Y si vuelves a decir una palabra sobre alguna empresa, algún fondo o alguna cuenta de resultados, te juro que...

—Nunca, nunca. Para ti, trabajo vendiendo helados. Ja, ja, ja. —De nuevo la risa falsa. Eso era algo extraño, se dijo Jonah, y de repente se preguntó si no se había dejado embaucar. No obstante, tenía ganas de que Danny se marchara, y eso mismo parecía estar pensando Danny. Ya se había puesto en pie y caminaba hacia atrás en dirección a la puerta.

—Gracias, Jonah —dijo—. Realmente eso es lo mejor para todos. —Aún tenía el cigarrillo encendido en los dedos: lo miró, miró a Jonah, miró torpemente a su alrededor, por fin decidió llevarse el cigarrillo y se marchó.

Jonah no tenía derecho a destruir la felicidad de Becky. Danny tenía razón: eso era lo mejor para todos. Y eso era exactamente lo que habría hecho antes del viernes por la noche, se aseguró. Pero entonces Jonah apagó el cigarrillo debajo del escritorio, y dejó de fingir que había hecho bien o mal, o lo que era mejor, en lugar de hacer exactamente lo que Danny quería que hiciera: lo más conveniente para él. Se acercó a las cajas de los expedientes de la BBEC dando gracias por su existencia.

Dolores tardó dos horas en regresar con el traje, pero era azul marino y de la talla correcta, y la corbata le quedaba estupendamente, e incluso sonrió cuando le entregó la bolsa de Macy's, dando a entender quizá que todo quedaba perdonado. Jonah cerró la puerta cuando ella se hubo marchado, quitó los alfileres y el papel de seda de la ropa nueva y comenzó a desabrocharse el cinturón. Pero se sentía incómodo desvestiéndose en el trabajo, igual que si enviara mensajes de texto durante un funeral. Así que se puso el traje nuevo a toda prisa de espaldas a la puerta, por si acaso. Sin embargo, mientras se ajustaba la corbata y metía los tejanos y el polo dentro del portafolios, tuvo la sensación de que quizá, solo quizá, por fin había

recuperado cierto control de su propia vida y había dejado atrás el pandemónium del fin de semana.

Varias horas ininterrumpidas estudiando los expedientes de la BBEC le ayudaron a reafirmarse en ello. A medida que estudiaba las cajas amontonadas, los expedientes abandonaban la esquina de la mesa en un éxodo constante y se desperdigaban por el escritorio, las sillas y el suelo. En un momento dado, levantó la mirada y examinó todo aquello, y aquella migración le pareció de algún modo alentadora: un símbolo visible de lo que había conseguido.

Aún no había hecho más que empezar la lectura por encima de los documentos, asimilando el total, pero consideraba que ya había captado la esencia del asunto. Dyomax, una *start-up* de biotecnología fundada por investigadores del MIT y empresas de capital-riesgo de California, afirmaba que la BBEC les había robado una molécula que había patentado en 2001 y la había utilizado como base de un medicamento oftalmológico llamado Lumine, que había tenido mucho éxito. Dyomax argumentaba que tenía derecho a centenares de millones de dólares por las ganancias del Lumine, por lucro cesante, por daños y perjuicios, etc. La BBEC, por otro lado, argüía que Lumine se basaba en realidad en una molécula que ellos llamaban 5F-LUM6, que la BBEC había creado y patentado en 2002. La BBEC aducía que la 5F-LUM6 era «total y demostrablemente distinta» —una expresión que aparecía a menudo en los expedientes— de la molécula de Dyomax. En esencia, era una defensa de peras y manzanas: la BBEC no discutía que Dyomax poseyera la patente de la manzana; simplemente afirmaban que ellos habían inventado una pera. En teoría, serían los tribunales quienes decidieran qué tipo de fruta era realmente la 5F-LUM6, pero eso, tal como dejaban claro los expedientes, era solo en teoría. La investigación de los litigantes de Cunningham Wolf demostraba que Dyomax no podría sobrevivir a un juicio que se alargara entre los próximos doce o dieciocho meses, sin contar los meses que transcurrían antes de la sentencia. Los accionistas minoritarios ya estaban exigiendo un acuerdo; la empresa había conseguido sobrevivir durante el año anterior solo porque uno de los socios había vendido su participación en unas condiciones terribles; todos los capitalistas fundadores querían salir, y no había ninguno que quisiera entrar. Toda esa pantomima del juicio era tan solo una manera de ejercer presión para obtener un acuerdo mejor. Dyomax iría a juicio, y tras un par de semanas viéndose superados, desbordados y derrotados por Doug Chen y Jonah Jacobstein y los siete abogados de Cunningham Wolf sentados detrás de ellos, reconocerían que la 5F-LUM6 era lo que ellos quisieran que fuera: no podían ganar.

Jonah intuyó que Dyomax había llegado tan lejos solo porque el robo de la BBEC había sido tan transparente. Los documentos internos demostraban que la BBEC apenas había hecho algún esfuerzo simbólico para ocultar que la génesis de la 5F-LUM6 era su intento de crear una versión de la molécula de Dyomax que fuera lo bastante distinta como para poder calificarse de distinta. Y al ver que eso no funcionaba, simplemente cogieron una copia, la llamaron 5F-LUM6 y la patentaron.

La correspondencia de la BBEC que Jonah había revisado estaba llena de lo que un asesor legal denominaría «lenguaje imprudente»: expresiones como «la ciencia es muy jodida» y «tenemos que cubrirnos las espaldas de diecisiete maneras distintas».

Naturalmente, para Jonah todo aquello no era ninguna revelación tipo John Grisham: ¡demuestre que sabía que las pastillas de freno eran defectuosas! Jonah había intuido que la BBEC había robado la molécula casi desde el momento en que había oído hablar del caso. Y la mayor parte de todo ese lenguaje realmente imprudente aparecía en correos electrónicos a o entre asesores jurídicos de la empresa, por lo que nunca se podría admitir como prueba. Y lo más importante era que cualquier abogado con la mitad de la competencia de Jonah (por no hablar de la de Doug Chen) podía enmarañar las pruebas disponibles. Tan solo haría falta disponer de unos cuantos expertos de confianza, y de una veintena de preguntas insinuantes. Al fin y al cabo, cuando se alcanza el nivel molecular, ¿quién puede decir qué es qué y de quién? Si una cosa había aprendido Jonah durante sus años en Cunningham Wolf, era que el sistema legal —que tanto insistía en la precisión, la exactitud y lo exhaustivo—, en lugar de eliminar la ambigüedad, tendía a crearla cuando no existía. Empresas como Cunningham Wolf llevaban generaciones viviendo de esa ambigüedad. Si la BBEC necesitaba que se arrojara una pequeña duda a fin de ahorrarse quizá doscientos cincuenta millones de dólares, habían acudido al bufete adecuado.

Después de cerrar otra carpeta, Jonah miró por la ventana: los edificios que lo rodeaban contemplaban el cielo desnudo y luminoso de la tarde con una expresión fija y tabular; parecían tensos e intratables en sus pieles de cemento. Observó un avión que se alejaba de lado hacia el East River, hacia los aeropuertos del extrarradio. Durante los años posteriores al 11-S, ver un avión sobre el perfil de la ciudad le ponía nervioso, pero ya se había acostumbrado otra vez. Ese, en su silencio, parecía casi pacífico.

Se sentía lo bastante seguro sentado a su escritorio —con el traje, entre los expedientes— como para encender un cigarrillo y ponerse a considerar, por un momento, cuál sería el resultado de la ambigüedad que crearía para la BBEC. No sentía una especial repugnancia moral hacia esa empresa por lo que (estaba seguro) había hecho y, desde luego, no más de la que había sentido antes del fin de semana. Todas esas compañías funcionaban igual. El hecho de haberse criado en Roxwood le había enseñado a no esperar otra cosa. Tampoco era que el delito —si se le quería llamar así— hubiera perjudicado a nadie; al menos no físicamente. Todo lo contrario, de hecho: Lumine, el medicamento que la BBEC había creado a partir de la molécula 5F-LUM6, había salvado la vista a centenares de miles de pacientes que sufrían degeneración macular, todo ello según los atinados folletos de comercialización del Lumine. Si perdían el juicio, lo único que se conseguiría es que hubiera menos Lumine en el mundo, más degeneración macular, y menos dólares para que la BBEC invirtiera en I+D y pudiera crear y distribuir nuevos medicamentos. No es que fuera

un cálculo moral de lo más sofisticado, reconoció Jonah, pero tampoco era del todo inexacto.

Levantó una carpeta del montón de su escritorio, la que contenía informes anuales de Dyomax. Abrió la más reciente y la hojeó hasta que llegó a una foto de siete por siete de Dale Compstock, el director general de Dyomax. Era un hombre que había llegado a esa fase de la mediana edad en que acababa de perder los últimos restos de juventud: el pelo, meticulosamente peinado hacia atrás, ya le raleaba; y en torno a su sonrisa la cara se le iba volviendo regordeta. En conjunto, parecía un hombre afable y excéntrico. Jonah sabía que había millares de hombres como ese, cuyas caras aparecían en millares de informes anuales. Pero ese era un hombre que perdería su negocio por culpa de, en un grado difícil de definir, Jonah y la actuación de su bufete. Exactamente por esa razón, se sintió obligado a mirar a Dale Compstock a los ojos, o al menos al facsímil digital de sus ojos. No tenía por qué sentirse culpable, se dijo Jonah. La biografía de dos párrafos que había debajo de la foto mencionaba que Dale Compstock ya había puesto en marcha y vendido dos importantes empresas de biotecnología antes de cofundar Dyomax. Era rico, en otras palabras, y seguiría siendo rico fuera cual fuese el destino de la empresa. Y, más aún, un hombre que dirigía su tercera empresa de biotecnología comprendería tan bien como cualquiera que él era director ejecutivo y Jonah abogado, y que los dos participaban del mismo sistema, de la misma manera de hacer negocios; y que cada día había ganadores y perdedores, nuevos socios, nuevos adversarios, fusiones, pleitos y acuerdos, y que al final todos acaban haciéndose ricos. Era la promesa de la América de las oficinas, y la única moralidad que cualquiera de ellos estaba interesado en aplicar era la lógica interna del sistema.

Pero en lugar del sosiego que Jonah había esperado que le proporcionaría esa reflexión, descubrió una inquietante correspondencia entre esos pensamientos y su conversación con Danny; entre sí mismo y el hombre de la foto. Pero se trataba de un sentimiento nebuloso, de ida y vuelta, y no lograba definirlo, ni tampoco quería. Cerró el informe. Se dijo que creía estar viendo secretos por todas partes.

Llamaron a la puerta y entró Doug Chen, como siempre elegante y con una pulcritud inmaculada. Era evidente que Dolores no estaba en su mesa; era evidente que aún no le había concedido la absolución. La buena noticia era que Doug Chen lo había encontrado vestido con un traje y trabajando en el caso de la BBEC. La mala noticia era que lo había encontrado con un cigarrillo en la mano.

Doug Chen arrugó la nariz en un gesto de repulsión de dibujos animados.

—Fumar en el lugar de trabajo perjudica la salud —declaró con la autoridad de alguien que cita el Evangelio.

Jonah miró el cigarrillo que tenía en la mano y consideró todo tipo de excusas y justificaciones, y decidió que, si iba a mentir, al menos echaría el resto.

—Se trata de una circunstancia especial —dijo—. Mi novia me ha dejado. Parece ser que trabajo demasiado. He tirado a la basura tres años y diez mil dólares en joyas,

pero al menos puedo celebrar mi nueva libertad. —Y le enseñó el cigarrillo.

Tampoco es que fuera una mentira muy sofisticada, pero había pensado que alguien a quien le gustaban los clubs de *strippers* probablemente sería misógino, y al parecer no se equivocaba, pues Doug Chen asintió de manera desapasionada, lo más cerca de la compasión que probablemente podía llegar a sentirse.

—Los que no trabajan casi nunca comprenden lo que se exige a los que trabajan.

—Sé a qué te refieres —volvió a mentir Jonah—. De todos modos, me disculpo. —Apagó el cigarrillo.

—Esta tarde vuelo a Washington para preparar a un cliente que quiere prestar testimonio ante el Congreso. Es algo inesperado, y por desgracia tengo que cancelar nuestra reunión de esta tarde. —Con la mano hizo un gesto leve pero preciso en dirección a las carpetas de la BBEC—. ¿Entiendes la táctica que estamos utilizando?

—No me gustaría ser el abogado de Dyomax.

Doug Chen observó a Jonah durante un momento y dijo:

—El jueves 24, habrá una reunión de los asesores jurídicos de la BBEC en Los Ángeles. Yo iré a California con Kevin Philips y Frank Chapman antes de la reunión. Creo que sería útil que volaras con nosotros, así podremos discutir la estrategia general.

Jonah sabía por los expedientes que Kevin Philips y Frank Chapman eran, respectivamente, el director del departamento jurídico y el director ejecutivo de la BBEC.

—Le diré a Dolores que le pida los detalles a tu secretaria y me reserve un billete —dijo Jonah.

—No hará falta —le dijo Doug Chen—. Saldremos de la oficina el lunes y volaremos en un reactor privado de la BBEC. —Lo dijo como si volar en un reactor privado fuera tan rutinario como tomar el expreso de la calle Catorce.

Jonah consiguió asentir con una serenidad semejante.

—Parece un buen plan —dijo.

—Yo volveré de Washington el jueves. Comenzaremos a prepararnos entonces, y seguiremos durante el fin de semana. Piensa en algún otro asociado que te pueda ayudar.

—Desde luego.

A continuación, sin que ni su estado de ánimo ni su actitud sufrieran ninguna alteración visible, Doug Chen añadió:

—Regalar joyas es una inversión que casi nunca produce un rendimiento satisfactorio. —Luego se marchó y cerró la puerta en silencio.

Jonah se quedó mirando un momento la puerta cerrada, y a continuación se echó a reír: del absurdo de esa última frase, y de lo bien que iba su carrera de repente. Su trabajo debía de haber impresionado a alguien de las altas esferas de la jerarquía de Cunningham Wolf: a Doug Chen o a Aja Puvvada, o incluso a alguien de más arriba. Y lo más irónico de todo eso era lo mal que había trabajado esos últimos días. La

verdad es que era una broma: había conseguido trabajar con esfuerzo todo el mediodía después de pasarse durmiendo toda la mañana y todo el día anterior, e iban a llevarlo en el reactor privado de la BBEC con el director ejecutivo de la empresa y podría escoger algún asociado que estuviera a sus órdenes.

Lo comprendió: iban a hacerlo socio. Lo había sabido, lo había supuesto, pero de pronto cobraba mayor certeza en su mente. Viajaría en reactores privados, se haría millonario y al fin conseguiría lo que le había costado tantos años conseguir.

—Los que no trabajan casi nunca comprenden lo que se exige a los que trabajan, ¿eh, Doug? —dijo riendo—. No saben de la misa la mitad.

Se sentía tan triunfante, tan aliviado y tan agradecido que se estuvo riendo casi hasta el borde de las lágrimas.

Cuando las risas por fin remitieron, volvió a abrir el informe anual de Dyomax con una especie de generosidad de espíritu, y miró de nuevo la foto de Dale Compstock. Naturalmente que lograba reconocer que lo sentía por él, de una manera un tanto abstracta. Ahora le tocaba perder. Pero tarde o temprano cambiarían las tornas, y perder a lo mejor le inspiraba para emprender otro negocio de biotecnología y quizás esta vez sería él quien robara una molécula en lugar de ser la víctima y quien contratara mejores abogados.

Jonah se recostó en la silla y decidió celebrar su reciente éxito fumando otro cigarrillo. Era una lástima que se hubiera enganchado otra vez, pero eso solo significaba que tendría que volver a esforzarse en dejarlo. Ya lo había hecho una vez, y podía repetirlo. Decidió que ese cigarrillo sería el último.

Como tenía días en lugar de horas para acabar de leer los expedientes de la BBEC, le costó más encontrar una motivación para seguir avanzando entre las miles de páginas de documentos. Miró el reloj de su teléfono: eran casi las cuatro. Decidió tomarse otra taza de café. Cogió la tasa de Vassar que había sobre su escritorio y salió de la oficina. Dolores todavía no estaba en su escritorio: o bien había salido tarde a comer o simplemente no hacía su trabajo. Pero esa idea solo le hizo sonreír: había algo irónico en el hecho de que mientras él ascendía en el escalafón de Cunningham Wolf, Dolores hiciera cada vez peor su trabajo. En cualquier caso, como socio tendría una secretaria que siempre le sería fiel.

Para llegar a la cocina y a la cafetera tenía que recorrer un pasillo flanqueado a un lado por unos archivadores de más de tres metros de alto y al otro por una colmena de cubículos. Al enfilarse por el pasillo vio a un hombre desnudo que abría un cajón y se inclinaba ceñudo para examinar su contenido. La silueta del hombre se recortaba perfectamente, de manera que Jonah podía seguir la línea de la piel desnuda desde el cuello del hombre hasta la cintura pasando por los hombros, la espalda curvada y la caja torácica, y desde allí, pasado el culo y la picha: los muslos, las pantorrillas y los pies. El primer pensamiento de Jonah fue que los banqueros habían trasladado su ritual de los bonus a la planta de Cunningham Wolf, pero cuando volvió la cabeza vio que todos los cubículos, los pasillos entre ellos, los pasillos que había más allá y las

puertas de la oficina estaban llenos de gente desnuda: abogados, asistentes, paralegales, asociados, y sí, también socios: todos trabajaban sin prestar atención a su desnudez. Un abogado financiero calvo y cincuentón convertía su panza en pliegues mientras se repantigaba a su escritorio, sujetando el teléfono contra la oreja con su mano peluda; a una abogada de fusiones y adquisiciones le colgaban unos pechos alargados y estrechos, y rebotaban suavemente el uno contra el otro mientras le cogía el teléfono a su colega de brazos bronceados y de pecho pálido. Dos abogados que habían estado de pasantes con Jonah el mismo verano, Steve Weisman y Rich Cameron, a pesar de exhibir los genitales y tenerlos muy cerca el uno del otro —circuncidado y no circuncidado respectivamente—, tomaban un café humeante mientras asentían muy serios. Allí donde Jonah mirara veía: carpetas incrustadas en sobacos peludos, ombligos apretados contra el borde del escritorio, el estremecerse de la carne de los brazos mientras los dedos tecleaban, piernas cruzadas bajo el vello púbico; culos que se extendían como una masa sobre los asientos de nailon y la piel que se apretaba como un gofre en la malla del respaldo del asiento.

—¿Te va bien que nos reunamos a las cinco con el equipo de LJP para hablar de plazos y condiciones? —preguntó Verona Zinder, una menuda abogada pelirroja con un arco de lunares y pecas que le cruzaban el pecho y una pequeña aureola oscura que le rodeaba los pechos, que parecían diminutas kipás.

Sin responder, Jonah se dirigió al ascensor, que había proporcionado una vía de escape de la última visión. Pero al abrirse la puerta vio que el conserje también estaba desnudo: bajo de estatura, indio, con pequeños penachos de pelo blanco sobre las orejas y una cara amable y el pecho formando una pendiente casi perpendicular que comenzaba en los pezones y todo lo demás quedaba afortunadamente oculto por la papelera de metro veinte que tenía delante. Jonah se subió el ascensor y apretó el botón de la planta baja y miró el suelo. Pero el suelo del ascensor era de azulejo tan lustroso que lo reflejaba todo, y cuando el conserje dio un paso atrás Jonah vio la imagen reflejada de la carne de su espalda caída formando una uve, una mancha de un blanco vitíligo que le cruzaba la pantorrilla derecha, y captó la imagen breve pero lo bastante prolongada de la parte del escroto y el perineo.

En una ocasión Zoey le había contado a Jonah que cuando iba por la calle en Nueva York siempre tenía la sensación de que era la única persona que iba en su dirección, que todos los demás iban en dirección contraria. Eso fue en los primeros días de su relación, cuando ella tomaba triazolam; a Jonah el comentario le había parecido muy revelador (de la psicología de Zoey) y muy perspicaz (sobre Nueva York), y había tenido el efecto de hacer que se enamorara aún más de ella: en aquella época el amor por Zoey era lo único que le interesaba sentir. Desde luego, había pasado mucho tiempo desde entonces, pero cada vez que observaba en persona ese fenómeno en la calle siempre la recordaba con cariño. No es que creyera que Nueva York te hacía sentir necesariamente aislado —aunque a menudo era así—, sino que los neoyorquinos siempre caminaban de manera decidida: con una gran fe en la

importancia de llegar adonde se dirigieran. Cuando te interponías en el camino de esas personas, era inevitable que te fijaras más en ellas que en las que caminaban a tu lado o detrás de ti. Y también, muy a menudo, esas personas se interponían entre tú y el importantísimo lugar al que te dirigías.

Así, mientras Jonah salía a la acera y se enfrentaba con una multitud de peatones desnudos que se dirigían hacia él, se acordó funestamente de Zoey, con una punzada de nostalgia por esa época mejor, más sencilla y prosaica. Entonces se vio arrastrado en una oleada de masas y extensiones y reuniones de carne, yuxtapuestas en tamaño, forma y matiz: un inmenso revoltijo indiscriminado de brazos blancos y brazos más oscuros, una pierna aquí, brazos desnudos empujando un cochecito y un niño pequeño desnudo, una barriga sobre la cual el vello negro se enroscaba como malas hierbas sobre un suelo sobrenatural. Comenzó a avanzar en lo que le pareció que era la dirección de su casa. ¿Acaso todo aquello no era una fantasía?, se preguntó. ¿El hecho de ver desnuda a cualquier persona que deseara? Pero aquella fantasía resultó ser una propuesta muy distinta a ver a cualquier persona desnuda: el vendedor ambulante desnudo cuyos hombros se deformaban mientras con sus pinzas pescaba un perrito caliente en el agua humeante; los salientes de la columna vertebral de un repartidor desnudo, que formaban un arco hacia una moneda de veinticinco centavos que se le había caído. Cuando veía a mujeres, mujeres atractivas, había algo en su profusión, en la falta de conciencia de su desnudez, que las transformaba: convertía la tensión de su vientre, la plenitud de sus pechos, la firmeza de sus muslos y las espirales de su vello púbico más en una simple realidad de sus cuerpos que en rasgos que él pudiera admirar. Todo lo que pudiera encontrar atractivo o erótico en un cuerpo en concreto se perdía en la avalancha general de cuerpos: esa masa común de todos los cuerpos que lo rodeaban, todo blando, todo flácido. Vio en ello algo terriblemente triste, porque así es como estaban esas personas. Solo finísimas tiras de tela las ocultaban y las protegían de eso. Detrás de la ropa de cada neoyorquino, detrás de su trabajo y de su título y de su urgente razón para estar en la acera, había un ser humano desnudo: y él también lo estaba...

Y Jonah lo encontró desgarrador.

6. Una formidable promesa

Un domingo de finales de agosto, antes del último año de secundaria de Judith, ella y sus padres fueron a ver una película en el cine independiente que había abierto hacía poco en el centro de la ciudad. Ya había oscurecido cuando acabó la película, y el aire nocturno era «más de otoño que de verano», comentó Hannah, la madre de Judith. Cruzaron el ejido de la población y llegaron a un restaurante chino en el que a menudo comían, donde compartieron *lo mein* vegetal, pollo con brócoli y empanadillas hervidas: lo que solían pedir siempre. Luego volvieron a casa, y David, el padre de Judith, le dejó conducir el Saab nuevo que acababa de comprar. Cuando llegaron a casa, los padres de Judith se apoltronaron en la sala de estar: Hannah en el sofá con las galeradas de una antología de poesía femenina del siglo xx que había editado; David se puso a contestar correos electrónicos en su portátil, tecleando con dos dedos, y de vez en cuando le preguntaba a su mujer algo de expresión o de tacto. Judith puso un CD de James Taylor en el estéreo, cogió su ejemplar del *New York Times* dominical para hacer el crucigrama (a los tres les gustaba hacer el crucigrama del domingo, así que los fines de semana les entregaban tres ejemplares del periódico en casa) y se tendió en el suelo de la sala, con las rodillas dobladas y los tobillos cruzados en el aire, de vez en cuando dándose unos golpecitos en la nariz con el bolígrafo con una expresión de ausente satisfacción mientras iba rellenando las casillas. En cierto momento levantó la mirada al ver que su padre la observaba.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Estoy tomando fotos mentales —le dijo él, y sonrió con cierta languidez; le lanzó una mirada a su mujer y siguió tecleando. La hora de la universidad, el gran trauma de la vida familiar americana, se acercaba a gran velocidad.

Judith ya había llevado a cabo los exámenes de ingreso y las pruebas de orientación, y había seguido unas cuantas asignaturas universitarias en su instituto, de las que se había examinado. Había agotado la oferta de cursos de francés de Gustav, y al final había empezado a recibir clases particulares de un profesor de la universidad donde sus padres trabajaban. Aquel verano había pasado seis semanas en un programa para estudiantes de secundaria en Yale.

Esta última experiencia la había decidido a poner esa universidad en el primer lugar de su lista. De todos modos, ya se inclinaba en esa dirección —era donde había ido Hannah—, pero al subir las escaleras de esa especie de templo que era la biblioteca Sterling, sintiendo mientras cruzaba el umbral, no de manera poco realista, que iba a compartir aquel espacio con las mentes de más talento, más distinguidas y más prometedoras del país, su fervor se agitó de manera agradable. Y mientras caminaba bajo el techo abovedado de la sala de lectura, entre aquella luz que se derramaba por los ventanales de tracería sobre las hileras de mesas llenas de

estudiantes inclinados sobre sus portátiles y flanqueados por pilas de libros, concluyó que ese era su lugar.

La solicitud fue un trabajo en equipo. Un detalle que años más tarde a Judith le parecería conmovedoramente anacrónico: tuvieron que utilizar una máquina de escribir para rellenarlo; colocaron sobre la mesa del comedor la vieja Olimpia SM9 con la que Hannah había escrito su tesis doctoral, y a su alrededor desperdigaron todos los impresos, los trabajos, las recomendaciones y los expedientes académicos. Poco a poco fueron juntando toda la vida académica de Judith —que representaba más o menos su vida entera— en un único sobre. A continuación «lo sellaron con un beso», como dijo David, y lo mandaron a New Haven.

Las compañeras de clase de Judith que esperaban que la número uno de su clase recibiera su merecido cuando llegaran las cartas de aceptación de las universidades se quedaron decepcionadas. Judith y su madre estaban preparando la cena en la cocina cuando su padre volvió de clase, y sobre el resto de cartas aparecía el grueso y propicio sobre adornado con el sello azul de Yale. Judith recordaba haber escuchado los acordes familiares de la sintonía del programa de noticias en la radio de la cocina cuando abrió el sobre. No albergaba grandes dudas acerca de lo que contenía, claro; pero ¿acaso alguna vez lo había dudado? Había obtenido estrellas doradas, las mejores evaluaciones —A, las notas más altas en todos los test— toda su vida. Era hija de dos doctores, y ambos sabían un par de cosas sobre las admisiones universitarias, y además, conocían a un par de profesores en Yale. No habría sido exagerado decir que sus padres habían considerado que el hecho de entrar en la universidad que eligiera era un derecho que le correspondía a Judith por nacimiento. Pero incluso aunque ninguno de ellos se quedara sorprendido, cuando leyó en la página de arriba del montón de papeles que había dentro del sobre la palabra «Enhorabuena», todos lloraron y se abrazaron.

Judith observó, mientras comían helado, todavía con los ojos rojos, que resultaba extraño lo mucho que se habían esforzado en alcanzar ese punto que significaría la disolución de su familia tal como la conocía.

—Así son las cosas —replicó Hannah—. Lo único que podemos hacer es prepararte lo mejor que podamos para la vida que te espera. No queríamos encerrarte en una habitación para el resto de tu vida.

—¡Te vamos a echar del nido! —añadió David, pero no logró mantener el tono jocoso con el que había comenzado, y al final también se echó a llorar.

En los meses siguientes, Judith a veces se sentía un poco triste ante la perspectiva de abandonar el hogar de su infancia y a sus padres. Pero muchas veces se sentía entusiasmada: por los nuevos retos, por el paso siguiente. Leyó y subrayó el catálogo de asignaturas de Yale; mandó correos electrónicos a profesores de los departamentos que pensaba escoger como asignaturas principales (literatura inglesa, literatura francesa y religión); leyó acerca del puritanismo, la colonia de New Haven y la fundación de Yale en 1701. Y cuando peor se sentía ante la perspectiva de separarse

de David y Hannah, se recordaba, o le recordaban, que de su casa a Yale se podía ir en coche.

En primavera le llegó un correo electrónico de su futura compañera de habitación. Era una chica llamada Milim Oh: coreana, vivía en el norte de Nueva Jersey, y también se había graduado aquel junio en una escuela privada femenina. Parecía importarle tanto como a Judith que su habitación fuera un santuario de tranquilidad y comodidad para ambas: apagar las luces a las once, escuchar con auriculares la música que no gustara a las dos. Baste decir que congeniaron desde el principio.

Una tarde de verano apropiadamente soleada y despejada, Judith se graduó en la Academia Femenina Gustav. Ella y sus compañeras de clase vestían de blanco y llevaban guirnalda de gardenias blancas en el pelo. El blanco no era un color que le sentara bien a Judith. En las fotos parecía una especie de vela gigante con una mecha negra rechoncha y bulbosa. Una antigua graduada de Gustav, que era juez del Tribunal Supremo, pronunció el discurso inaugural.

—Allí donde os lleven los años venideros —les dijo—, las lecciones que habéis aprendido en Gustav serán un impulso que os ayudará.

Aquella tarde, David y Hannah le ofrecieron una fiesta a Judith en el amplio patio trasero de su casa colonial de ladrillo de dos plantas: encargaron la comida, instalaron una carpa, invitaron a amigos de la familia, a amigos y compañeras de clase de Judith, y a sus profesores preferidos (al menos a casi todos). Todos abrazaron a Judith, le expresaron lo orgullosos que estaban de ella y que le esperaba un futuro brillante. Judith, que era el centro de atención, no sabía muy bien cómo comportarse; no era lo bastante arrogante como para tomarse todo aquello como algo natural, ni tampoco lo bastante humilde como para sentirse verdaderamente avergonzada. Acabó llevando a cabo frecuentes viajes al bar en busca de vasos de plástico de seltzer, tras lo cual tuvo que entrar repetidamente en casa para orinar.

También asistieron a la fiesta la tía de Judith, Naomi, y su hija, Margaretha. La madre de Judith y su hermana no se llevaban bien; tal como lo expresaba David, eran «incompatibles de nacimiento». David y Hannah no entraban en detalles, pero por lo que Judith comprendía, Naomi siempre se había postulado como el *ying* de espíritu libre en contraste con el *yang* convencional y siempre tenso de Hannah, algo que durante décadas había enfurecido a Hannah como ninguna otra cosa. Y como esta y Naomi casi nunca se veían, Judith rara vez veía a Margaretha, su única prima, a pesar de que eran de la misma edad.

—Esta casa realmente es la hostia —le dijo Margaretha mientras estaba sentada en el césped con las piernas cruzadas, lejos de los demás invitados. En contraste con el blanco y el encaje de Judith, Margaretha vestía una camisa africana holgada y teñida con la técnica del anudado, y unos tejanos extravagantemente rotos.

—Gracias —dijo Judith.

—No me puedo creer que vayas a Yale. Lo que quiero decir es que ¿quién consigue ir a Yale? Ya sabes.

—Gracias —repitió Judith—. ¿Todavía no sabes dónde vas a ir tú? —Era mediados de junio, así que si Margaretha iba a ir a alguna universidad, ya tendría que saberlo, pero Judith procuraba ir con tacto.

Margaretha se encogió de hombros.

—A lo mejor me voy a vivir a Holanda con mi padre. —Pasó las palmas de las manos por la punta de las briznas de hierba—. La verdad es que no creo en una existencia ordenada. No quiero ofenderte. —Judith asintió con cierta incomodidad, percibiendo que estaba reproduciendo la relación de su madre con su hermana en aquella conversación con su prima—. ¿Quieres que subamos a tu habitación y nos coloquemos? —preguntó Margaretha—. He traído una hierba muy buena. —Judith tuvo que admitir que se sentía intrigada, pero la idea de fumar hierba justo cuando todos sus vecinos, profesores y amigos de sus padres se habían reunido en su casa parecía estúpida y fuera de lugar. (En años posteriores, sin embargo, recordaría esa oferta con cariño).

—No, gracias —le dijo Judith.

—No pasa nada —contestó Margaretha—. Espera un momento, no te muevas de aquí. —Metió la mano en el bolso de punto que tenía a su lado y sacó una Polaroid—. Estoy haciendo un proyecto artístico. Es más o menos sobre las caras de la gente y los mundos en que viven. Y tú y tu casa y el césped y todo eso es perfecto. —Y antes de que Judith pudiera reaccionar, Margaretha dijo—: ¡Sonríe! —Y sacó la foto—. Te la mandaré cuando acabe el proyecto —le dijo Margaretha mientras agitaba la Polaroid en el aire. Judith asintió; a su pesar, contemplaba con gran escepticismo volver a ver alguna vez esa Polaroid.

Unas semanas más tarde, los Bulbrook emprendieron las últimas vacaciones familiares antes de que Judith se marchara de casa: se fueron a Australia y bucearon en la Gran Barrera de Coral. Cuando regresaron a principios de agosto, acometieron las labores prácticas de llevar a Judith a la universidad: cargaron sus pertenencias en cajas de cartón, le compraron un ordenador nuevo, un albornoz nuevo, sábanas nuevas y todas las cosas nuevas que se les ocurrieron. Se despidió de sus amigas, muchachas que se dispersaban entre las principales universidades del país —Columbia, Harvard, Dartmouth y Wellesley—, y del resto. Hubo cierta tristeza en las despedidas, pero fue una tristeza controlada. Todas iban a donde querían.

La noche antes de que sus padres la llevaran a New Haven, Judith no pudo dormir, tenía demasiadas cosas en la cabeza —esperanzas, expectativas, miedos y recuerdos— como para encontrar reposo. Al final se levantó, y, mientras caminaba en silencio por la casa, cogió las llaves del cuenco del vestíbulo y se metió en el coche familiar, que estaba abarrotado de cajas de cartón donde guardaba las posesiones que se llevaría a la universidad. Estuvo un rato conduciendo sin rumbo alguno; simplemente siguiendo caminos que había tomado desde que tenía uso de razón, hasta que al final llegó al comienzo del sendero que conducía al arroyo: el lugar que evocaba los recuerdos más poderosos y estimulantes de lo que ya había comenzado a

considerar su infancia. Vestida con los pantalones cortos de carrera campo a través de Gustav y la sudadera de Yale que sus padres le habían regalado después de matricularla, recorrió el bosque en la oscuridad, procurando asumir el miedo que sentía como parte de la noche misma, y llegó a la orilla del agua.

La luna brillaba a través de las copas de los árboles, y su luz plateada se desperdigaba sobre la superficie negra del arroyo. Identificó una imagen de sí misma en el agua, en la interacción de la luz y la oscuridad. Descubrió que de noche el gorgoteo del arroyo era más sonoro, un sonido que parecía perderse en el silencio más profundo del bosque. Se quitó los zapatos, sintió los guijarros y la tierra blanda cediendo bajo sus pies, y se metió en el agua.

Todas las estudiantes de último curso de Gustav tenían que completar un proyecto de graduación. Judith había escrito acerca de la concepción judía del tiempo. Desde su viaje a Israel el verano posterior a su segundo curso de secundaria, el judaísmo se había convertido en algo central para sus estudios y su pensamiento. Algunos días incluso contemplaba la idea de convertirse en rabino. (Y, quién sabe, pensó a veces tiempo después, quizá debería haberlo hecho). En su proyecto de graduación, había estudiado la linealidad narrativa de la Biblia hebrea: cada hecho conducía al siguiente, y todos esos hechos en conjunto constituían una progresión de la genealogía y de la historia: la promesa de Dios a Abraham, la liberación de sus descendientes de Egipto, la entrega de los diez mandamientos a Moisés, etc. Esa idea del tiempo lineal contrastaba con el tiempo tal como existía dentro del ritual judío, que no era lineal sino circular, cíclico, construido alrededor de fiestas recurrentes cada semana, cada año. Había escrito que esos dos tipos de tiempo se fusionaban en la vida de todo judío practicante, que se organizaba alrededor de la observancia de los principales sucesos del ciclo vital: la circuncisión o bautizo; el bar o bat mitzvá; el matrimonio bajo una jupá; la circuncisión o el bautizo de los hijos. «Cada semana termina con el sabbat, el día de descanso», había escrito Judith en su conclusión, el texto de la cual había sido profusamente adornado con marcas elogiosas por su profesor. «Eso proporciona a cada semana la misma forma, el mismo carácter, los mismos temas. De este modo, los acontecimientos del ciclo vital judío, desde el nacimiento hasta la muerte, otorgan a cada vida la misma estructura esencial. Todas las vidas, por diferentes que sean sus detalles, son guiadas por el mismo relato esencial, a lo largo de las generaciones y a través del tiempo».

Cuando escribió esas palabras se las creyó: el concepto de chorrada era anatema para Judith Klein Bulbrook. Creyó en ellas como un hecho o una razón: no consideraba que contuvieran una verdad más profunda, una verdad que las palabras no lograrán expresar. No las sintió como las sentía en ese momento: mientras estaba de pie en el arroyo, con el agua fría hasta los tobillos, a menos de un metro de donde había perdido la virginidad, la última noche que vivía en la única población donde había vivido siempre. En su imaginación vio ascender espirales de todos los colores, se sintió parte de esa imagen, a salvo en su interior. El tiempo no era un caótico

avance, ni tampoco un constante menguar hacia la muerte, se dijo. El tiempo era ordenado, estaba gobernado, procedía de Dios.

Se arrodilló hasta quedar con las manos y las rodillas sumergidas. De haber sido el agua lo bastante profunda, quizá se habría sumergido completamente, se habría desnudado, para sentirse ella misma, lo más posible, una parte del todo.

—Me ofrezco a todo esto —gritó—. Dios, hazme parte de tu historia.

Permaneció en esa posición reverencial hasta que comenzó a dejar de sentir los dedos de las manos y los pies, hasta que comenzó a dolerle la espalda arqueada. A continuación se incorporó y regresó con cuidado a la orilla. Se puso los zapatos, se ató los cordones y regresó al coche. Volvió a casa y se fue a dormir. A la mañana siguiente sus padres la llevaron a la facultad.

La separación de Judith de sus padres fue, al final, bastante contenida. Su madre le había hecho la cama en su habitación del colegio mayor; todos habían conocido a Milim Oh, una chica tan educada, agradable y reservada como lo fue Judith cuando conoció a los padres de Milim. A continuación Judith acompañó a David y a Hannah hasta el coche, que se había quedado vacío, se abrazaron... y eso fue todo. Habían llorado tanto en los últimos meses en previsión de ese momento que quizá se sintieron aliviados cuando llegó, y descubrieron que podían afrontarlo, que podía tener las características de cualquier otra despedida. Además, volverían a verse en un par de semanas: Hannah, con motivo de la aparición de su nuevo libro de poemas, ofrecería una serie de lecturas, una de las cuales tendría lugar en una librería independiente de New Haven. Sus padres cenarían con ella antes de continuar hasta Boston y luego volar a California para una serie de lecturas en universidades de la Costa Oeste. La vida académica les ofrecería muchas oportunidades de estar juntos, todos lo sabían.

Antes de la llegada de los alumnos de los cursos superiores y de que comenzaran las clases, Judith pasó varios días asistiendo a sesiones orientativas. Conoció a su tutor, escuchó discursos pronunciados por diversos decanos y administradores, y almorzó en el patio con sus compañeros de residencia universitaria. La universidad no tenía ningún reparo en inculcar a sus nuevos alumnos la idea de que, en efecto, esa era la mejor institución de educación superior del país, y, en efecto, se encontraban entre la élite académica, los elegidos. Como era de prever, Judith tampoco sintió ningún reparo en abrazar esas ideas: eran más o menos lo que había estado buscando al matricularse allí.

Durante la semana de orientación se emborrachó por primera vez. Dos chicos de su piso consiguieron cajas de cerveza y una botella de plástico de vodka, y celebraron una fiesta improvisada en su habitación. Judith no había bebido mucho antes: algún trago a hurtadillas a las botellas del mueble bar de la casa de sus amigas cuando se quedaba a dormir, y un par de cervezas en alguna fiesta durante su último año. Pero

nunca había tenido suficiente voluntad para emborracharse y superar su aversión al sabor del alcohol. Aquella noche, sin embargo —con el abandono de cualquier novato que acaba de irse de casa—, consiguió esa voluntad. Practicaron un juego de naipes en el que había que beber deprisa, preparar chupitos y ordenar a los demás que bebieran, todo ello mientras escuchaban *Die Walküre* de Wagner. Luego jugaron a otro juego llamado «Nunca he», que le permitió a Judith impresionar a sus compañeros de clase con su experiencia sexual. A medianoche el grupo se deshizo en lo que coloquialmente se denominaría un *sálvese quien pueda*: chicos y chicas de diecinueve años vomitando en el pasillo, poniendo conferencias entre lágrimas a sus novios y novias del instituto; Milim quedó inconsciente en el sofá del vestíbulo. Judith acabó en la cama de un jugador de fútbol que vivía dos plantas encima de ella: no se quitó la ropa interior y se lo pasó bastante bien. A la mañana siguiente estuvo corriendo por el perímetro del campus hasta que el dolor de cabeza de la resaca, que le palpitaba en todo el cráneo (estaba un poco orgullosa de su resaca, teniendo en cuenta que era la primera vez en su vida que la tenía), hubo remitido un poco, y después pasó las tres horas siguientes escogiendo las asignaturas del trimestre. Mientras recorría los majestuosos edificios de piedra color crema para llevarle a su tutor el impreso apropiado —las hojas de los árboles del parque de New Haven ofrecían los primeros atisbos de sus colores de otoño—, comprendió que estaba enamorada de la facultad.

Unas semanas después, cuando cenó con David y Hannah, ese amor había adquirido casi las dimensiones del éxtasis. Les contó que había leído a Proust en francés, y les habló de sus brillantes profesores de «Filosofías de la religión». Hannah y David simplemente sonrieron y asintieron ante ese insólito arrebatado de verbosidad por parte de su hija. Aquella noche, en la habitación del hotel, David le dijo a Hannah que durante la cena se había dado cuenta de que su hija realmente se había convertido en una universitaria y una mujer independiente.

Al final de la cena, mientras se despedían, Judith se puso a llorar.

—¿Qué te pasa, cielo? —le preguntó Hannah. Malinterpretando sus lágrimas, añadió—: Nos volveremos a ver el Fin de Semana de los Padres.

—No es eso, no es eso, es solo que... Quería daros las gracias por darme todo esto —les dijo.

—Nosotros no te hemos dado nada —dijo David—. Te lo has ganado tú.

—No, ya lo sé, pero... —comenzó a decir Judith, sin saber muy bien cómo expresar la gratitud que sentía.

Miró a sus padres, y se dio cuenta de que los veía, quizá por primera vez, no solo como padres, sino como personas: una pareja casada que llegaba al final de la mediana edad y visitaba a su única hija en la universidad; su padre tenía el pelo más gris que negro, las arrugas cada vez más profundas de su cara le proporcionaban una belleza duradera, de última etapa de la vida; su madre, que tenía el pelo un tanto crespo, vestía con sobria elegancia: un vestido de color claro con un chal morado en

torno a los hombros, porque esa noche hacía fresco. Aquella noche les esperaba un largo trayecto en coche hasta Boston, donde tomarían un avión a California a la mañana siguiente. Habían sacrificado un viaje mucho más fácil para poder visitarla y cenar con ella.

—Tengo la impresión de que todo lo que me habéis contado era cierto —dijo Judith.

Al día siguiente Judith se despertó a las siete y cuarto de la mañana, fue a correr y luego se sentó a la mesa de su habitación, repasando sus tareas de la asignatura de «Filosofías de la religión» para aquel día mientras bebía un poco de té verde. El despertador de Milim sonó a las ocho y media; las dos compañeras de habitación se desearon buenos días y Milim se fue a la ducha a eso de las nueve menos cuarto. Unos minutos más tarde Judith también se fue a la ducha. Cuando regresó a su habitación se fijó en que Milim se había ido, pero no le dio mucha importancia. Es posible que oyera gritar en el patio, delante de su ventana, mientras se vestía a eso de las nueve y cuarto. Alguien pasó corriendo junto a su puerta mientras colocaba los libros en la mochila. Abrió la puerta para ir a desayunar justo en el momento en que Milim entraba: unas toallas le envolvían el pecho y el pelo, tenía la cara mojada detrás de las gafas.

—Han estrellado aviones en Nueva York —dijo Milim.

Pasaron varios segundos antes de que Judith lograra descifrar qué quería decir.

Cuando llegó al vestíbulo, la mitad de los estudiantes de su planta se habían reunido en torno al televisor. Muchos lloraban; los que eran de Nueva York entraban y salían, intentando una y otra vez llamar a móviles que no funcionaban. Mientras el desastre se desarrollaba en la pantalla del televisor, Judith veía en ello algo plausible, comprensible. Ya había oído hablar antes de edificios que se incendiaban. Le parecía un problema de ingeniería, de logística: ¿cómo apagas un incendio de noventa plantas de altura? Imaginó que los helicópteros serían útiles. Entonces, a las 9.59 de la mañana, en medio de un chillido que llenó el vestíbulo y el patio exterior, la primera torre se derrumbó.

Por entonces ya habían informado de que uno de los aviones había salido de Boston rumbo a Los Ángeles. Pero solo cuando la torre se derrumbó, Judith volvió a su habitación, abrió el correo electrónico, y releyó el itinerario que su padre le había enviado la noche antes. Vio que sus padres habían reservado pasajes en el vuelo 11 de American Airlines. Imaginó que lo habían perdido. Miró el reloj, y vio que todavía quedaba un poco de tiempo antes de ir a clase de «Filosofías de la religión». Volvió a sentarse y acabó de leer el texto que el profesor les había señalado.

Mientras cruzaba el campus, el cielo estaba increíblemente despejado, el campus increíblemente desolado y vacío: la hierba, de un verde luminoso, y los edificios de piedra que la bordeaban parecían haber sido zarandeados para librarse de la gente, pero Judith era consciente de una especie de movimiento frenético en los flancos de esa desolación, como si más allá de su campo de visión la gente corriera hacia un

lado y otro. Cuando llegó al aula, no había nadie y las luces estaban apagadas. Miró su reloj. Comprobó que había llegado unos minutos antes de la hora. Volvió a repasar la lectura del día. Al final llegó un guarda de seguridad del campus y le dijo que tenía que marcharse: se habían cancelado todas las clases y se habían cerrado todos los edificios del campus.

Aquello le pareció completamente irracional a Judith: «una histeria indigna de una facultad del calibre de Yale» fue como decidió que lo formularía en su carta al *Yale Daily News*. Había estado pensando en hacerse columnista del *YDN*. Quizás esa carta podría formar parte del trabajo que les mostraría.

Milim seguía en el vestíbulo cuando Judith regresó a su planta. Cuando Milim la vio, se puso en pie de un salto y corrió tras ella al ver que entraba en su dormitorio: Judith no consiguió por poco cerrarle la puerta en las narices.

—¡Judith! —le dijo Milim—. Tu correo electrónico... te han llamado.

—Han perdido el avión.

—¿Que han perdido el avión? —Milim la miró preocupada y comenzó a negar con la cabeza muy despacio.

—Naturalmente que han perdido el avión —dijo Judith furiosa. Le costaba respirar. Tenía la sensación de estar cayendo. ¿Dónde estaba Dios?, se preguntó. ¿Dónde estaba Dios?—. Naturalmente que han perdido el avión... Han debido de perder el avión...

Resollaba. Vio que Milim ascendía hacia el techo. Por televisión había visto saltar a gente. ¿Dónde estaba Dios? Cerró los ojos. Sintió que algo le constreñía el pecho. En su habitación había un enfermero. Sonaba el teléfono. También había un tutor. Judith perdía y recobraba la conciencia... Dios... Hannah y David... mamá y papá. ¿Dónde estaba el mundo que ella conocía?

Pasó los días siguientes como alma en pena, y le pareció extraordinario que hubiera cosas que hacer. Resultó que nadie más podía hacerlas. Nunca se había parado a pensar en lo reducida que era su familia. Tuvo que devolver llamadas telefónicas. Tuvo que hablar con los abogados. Y toda esa actividad le parecía ridícula, dado que David y Hannah Bulbrook habían sido asesinados en su asiento: quemados vivos en un instante, si habían tenido suerte, y si no, sus cuerpos habían quedado aplastados y compactados por el acero, los huesos del cráneo partidos por algo que era más duro que el hueso y el cráneo. O a lo mejor habían caído. No podía evitar darle vueltas a estas posibilidades: su mente no lograba resistir la costumbre de considerar todas las posibilidades. Sin embargo, había que devolver las llamadas telefónicas. Según el correo electrónico que su padre había enviado, no se habían podido sentar juntos: el asiento de Hannah era el 27A, y el de David el 16B. Nadie podía saber si habían intercambiado los asientos, si habían pasado los últimos momentos separados, sin poder darse la mano. Sin embargo, tenía que firmar papeles. Tenía que hablar. Había

personas que se engañaban hasta el punto de creer que hablar seguía siendo necesario, que seguía valiendo la pena. Mandaban tarjetas, escribían correos electrónicos, iban a visitarla. Parecían no entenderlo, parecían no darse cuenta de que habían matado a Hannah y David lanzándolos contra el World Trade Center. Qué estúpidos habían sido, qué necios, y qué estúpida había sido ella. Qué estúpida, se dijo en el funeral, mirando aquel par de ataúdes delante de la bema, qué estúpida, mientras escuchaba al rabino y aceptaba lo que pasaban por condolencias, y permitía que la abrazaran todas las personas que la habían abrazado en su fiesta de graduación. Lo observaba todo desde detrás de la pálida máscara de su rostro, y cuando pronunció el *kadish* del doliente en el primer shivá de su vida, comprendió, por fin, que tenía un secreto que sobrepasaba todos los demás. Sus padres habían sido unos mentirosos y ella, una estúpida.

7. Pues tú, señor, has obrado conforme a tu beneplácito

Mientras Jonah quedaba abrumado por su visión, la regularidad de marea de la ciudad quedaba tan poco alterada como el océano por el apuro de un solo pez. Los trabajadores cambiaron el turno; comenzó la hora feliz; en Wall Street cerraron los mercados. Los autobuses cruzaron la ciudad con su paso cansino, rumbo al norte y al sur, en su interminable redistribución de viajeros. Los carteros —con la dignidad de los últimos indios americanos— abrieron los achaparrados buzones azules y vertieron los contenidos del día en unos tubos de plástico blanco. Los turistas terminaron su jornada de turista en la isla de la Libertad, la isla de Ellis, o la Zona Cero, y se subieron a un tren rumbo a Times Square, porque aquella noche había espectáculos que ver. Y, como era verano, el Great Lawn de Central Park estaba salpicado de mantas y de *frisbees* que volaban y de mujeres que tomaban el sol y de partidos de *softball* jugados con tan buena voluntad que parecía que nadie quisiera ganar. Becky también estaba en el parque aquel día, pues se había tomado el día libre para celebrar su compromiso: y el diamante de corte princesa que llevaba en el dedo relucía al sol con destellos rojos, púrpuras y azules. Estaba leyendo el *New Yorker* y vestía una falda y la parte superior de un bikini, exhibiendo más piel de lo habitual, pero sintiéndose orgullosa y exuberante ante la perspectiva de casarse. Mientras tanto, su prometido estaba en el trabajo, mirando sin expresión la pantalla de su ordenador, sin ver realmente la hoja Excel que tenía delante, y comprendiendo que la angustia del fin de semana no había desaparecido, sino que se había vuelto permanente. Los torniquetes del metro emitían su clic-clac, clic-clac; las puertas automáticas de las tiendas de ropa suspiraban al abrirse y al cerrarse, ofreciendo a los compradores de Nueva York todo el espectro en confección: en color, coste y tela, en atención a la moda, extravagancia y utilidad. Dolores recorría la acera con una bolsa de Macy's, en cuyo interior había ropa por valor de trescientos dólares que se había comprado con la tarjeta de crédito de su jefe, pues este era demasiado desorganizado y generalmente estúpido para comprobar sus propias facturas. En el despacho del alcalde, un dirigente sindical amenazaba de manera apenas velada con que los empleados del servicio de basuras podían continuar la huelga si no se descongelaban sus salarios. Philip Orengo, mientras escuchaba, apenas podía contener una risita, porque sabía que a los sindicatos ya solo les quedaba el nombre. Mientras tanto Patrick Hooper compraba por internet un guante de béisbol Hermès de quinientos dólares, y a continuación decidió encargarse dos. Y Aaron Seyler, en una oficina de Vesey Street, hacía cinta, intentando rebajar el tiempo en que recorría cinco kilómetros de seis minutos a más o menos cinco cincuenta. Su energía flaqueaba un poco al caer la tarde, que era cuando intentaba hacer ejercicio. Mientras corría, mantenía las cejas fruncidas, e incluso reconocía que había algo brutal en su concentración. El tráfico

comenzaba a acumularse en la FDR, y a la entrada del túnel Lincoln, y en los dos niveles del puente de George Washington, y debajo de los imponentes arcos neogóticos del puente de Brooklyn. Los taxis convergían en los aeropuertos de JFK y La Guardia y en el centro de Manhattan. Allí donde Hicks Street discurre en paralelo al caparazón de cemento de la Brooklyn-Queens Expressway, los conductores cerraban la puerta con pestillo mientras la mujer a la que Jonah había dado cuarenta dólares —el dinero hacía mucho que había desaparecido— caminaba tambaleante por la estrecha franja del bordillo. De vez en cuando se detenía para evaluar el avance del síndrome de abstinencia en su cuerpo, cómo se atenuaba el calor químico: inclinaba la cabeza y la dejaba inmóvil, como si escuchara una tormenta lejana, aunque el cielo estaba despejado, y la luz de final de verano era de un dorado azul que duraría horas, todo el mundo lo sabía: la gente decidía volver a casa andando y hacía planes para cenar fuera. Sylvia estaba contenta, porque la reunión con los inversores chinos y los arrendatarios americanos del campo petrolífero que estaban comprando y los ministros angoleños que gobernaban el país en el que estaba emplazado había ido bien. Acababa de tomarse un descanso de un cuarto de hora; Sylvia oía las voces de los hombres en el pasillo mientras se lavaba las manos en el cuarto de baño para mujeres, que estaba vacío. Y Zoey estaba sentada en su cubículo, contemplando el cuerpo desnudo de la actriz Katie Porter, que aparecía en la pantalla del ordenador que tenía delante. Katie Porter, de dieciocho años —era importante, desde una perspectiva legal, que no tuviera menos—, tenía la cámara del móvil en una mano, mientras con la otra se colocaba el pelo detrás de la cabeza y sonreía de manera lasciva, como en una película de porno blando. La página web para la que Zoey trabajaba había pagado mil dólares por esa imagen, con la promesa de otros cuatro mil si resultaba ser auténtica, y el trabajo de Zoey era estudiarla, examinarla atentamente y determinar si era verdadera.

Mientras ocurría todo eso, Jonah estaba escondido en un almacén subterráneo debajo de un restaurante de Lexington Avenue. La superficie no medía más de unos cuarenta metros cuadrados, y estaba abarrotado de cajas de cartón de productos de plástico, tarros y latas, cajas de vino y licor. El aire estaba viciado y bochornoso; un estrecha grieta entre las puertas metálicas que había en lo alto de una empinada escalera de madera que llevaba a la calle era la única fuente de luz, pero de todos modos Jonah tenía los ojos cerrados, solo por si acaso. Había visto que las puertas estaban abiertas y había ido corriendo: había bajado las escaleras trastabillando y cerrado las puertas detrás de él. Había sentido la necesidad de abandonar la calle, de alejarse de la gente. No podía con toda aquella desnudez.

Estaba encorvado contra una torre plateada de barriles de cerveza, con los brazos en torno al pecho. Una medialuna de sudor se le formaba en la frente y le bajaba por las mejillas, pero no hizo ademán de secársela. «Me estoy volviendo loco —se repetía una y otra vez—. Me estoy volviendo loco». Cuando pronunció por primera vez esas palabras, las consideró una admisión, una aceptación de algo, una breve concesión a

los hechos. Pero cuanto más las repetía, como si fueran un mantra, más comprendía que proporcionaban una forma de consuelo, un consuelo que disminuía a cada repetición. Si se estaba volviendo loco, podría asignar etiquetas clínicamente definidas a lo que le estaba pasando, y buscar soluciones con autorización médica. Podría asimilar lo que estaba ocurriendo de una manera que dejaría el mundo, tal como lo había conocido, intacto. El problema era que no creía estar volviéndose loco. No lo había creído después de la fiesta de Becky, ni lo creía en ese momento, y cuanto más intentaba convencerse de que lo creía, menos lo creía.

Un repentino zumbido llenó el almacén. Jonah se enderezó, se sobresaltó y se apretó contra los barriles de cerveza. Pasaron varios segundos de silencio antes de comprender que lo que acababa de oír era el zumbido de un mensaje de texto que había recibido en su teléfono. Sacó el móvil del bolsillo y se lo acercó a la cara. El mensaje era de Sylvia. «O.K. Bond St. Brett dice que quedemos para firmar lo antes posible. Mañana por la mañana? Llámame, te quiero». Se quedó mirando el mensaje, intentando calibrar su propia reacción. Al final no lo logró y devolvió el teléfono al bolsillo.

Mientras lo hacía, se le ocurrió que tenía un bolsillo, y que iba vestido: a lo mejor eso significaba que la visión había terminado. La verdad es que, mientras presenciaba la desnudez de los demás, no había considerado la suya propia. Un rasgo común en lo que había visto ese día y en lo que había visto en la fiesta de Becky era que ambas cosas parecían invertir su conciencia: de lo que era menos consciente era de sí mismo.

A lo mejor debería hablar con un rabino, se dijo. Pero ninguno de los rabinos que había conocido en sus experiencias con el judaísmo institucional le había resultado muy inspirador. Y mientras se imaginaba tecleando en Google «el mejor rabino de Nueva York», y finalmente visitando un despacho decorado con menorás y mezuzás y ediciones encuadernadas en piel del Talmud y reproducciones enmarcadas de Chagall, se imaginaba sentado delante del escritorio de roble de un rabino con barba y kipá de nariz generosa, explicándole que había estado teniendo «ya sabe, visiones» —si es que conseguía pronunciar esa palabra—, no se le ocurría una sola cosa que el rabino pudiera decirle que le consolara, que le ayudara a comprender. Tampoco es que necesitara consejo para prepararse para un bar mitzvá adulto.

Todo aquello era completamente injusto, se dijo, apoyando la frente contra la fría superficie de uno de los barriles. No era mala persona. Claro, tampoco era tan bueno como podría, pero en realidad era mejor que mucha gente: igual que todos los demás, en pocas palabras. ¿Por qué, entonces, él era la única persona que no podía caminar por las calles sin ver a toda la población de Nueva York desnuda?

Si hubiera existido algún mensaje perceptible, alguna intención en esas visiones, podría haberlas sobrellevado un poco mejor. Si tenían que afligirlo de este modo, ¿era mucho pedir alguna razón? Y si tenía que tener visiones, ¿por qué no podían ser un poco distintas? ¿Por qué no podía ver, pongamos, ángeles tocando el arpa sobre

nubes blancas y algodonosas, corderos ovillados junto a leones en alguna representación edénica de los Jardines Botánicos de Brooklyn? Demonios, eso hasta lo habría agradecido. ¿Quién no querría confirmación de la otra vida con una tarjeta de saludo y un poder superior de cara sonriente? Pero había algo espantoso en las escenas que había tenido ante los ojos. No podía precisar qué era tan espantoso; pero, fuera lo que fuera, resultaba tan poderoso que incluso recordar los detalles de lo que había visto —Nueva York reducido a un páramo, todo el mundo a su alrededor desnudo, igual e inalterablemente desnudo— le provocaba un nuevo sudor frío en la frente, y tuvo que aflojarse el nudo de la corbata y deshacerse el botón de arriba de la camisa porque se asfixiaba.

Se acordó del jasid del metro: su advertencia, su relato. Jonah no tenía miedo de ser engullido por una ballena, desde luego (aunque tenía que admitir que las presentes circunstancias se parecían a esa situación más de lo que le habría gustado). Pero la ballena, tal como el propio jasid le había explicado, no era lo importante, sino apenas un detalle. Jonah tenía la impresión de que estaba ocurriendo algo, y de que era algo bíblico. Y encontrarse atrapado en ese esquema mental, en ese orden de cosas, resultaba aterrador. Que no supiera cómo lo había reconocido, solo que había algunas experiencias que lo volvían inconfundible, únicamente servía para aumentar su miedo, hasta tal punto que aquel almacén, mientras miraba angustiado a su alrededor, adquiriría un aire sobrenatural e intimidador, igual que el interior de los armarios que miraba cuando era niño: su interior inidentificable y en sombras quedaba de repente imbuido de posibilidades siniestras y misteriosas.

De manera instintiva acercó la mano a la cajetilla de cigarrillos que llevaba en el bolsillo, pero al intentar sacarla, la cajetilla le quedó en horizontal, y al darle un tirón se le resbaló y cayó al suelo. Se inclinó para recuperarla, y entonces se golpeó la cabeza contra una estantería donde se alineaban tarros de mostaza, ketchup y encurtidos.

—Maldita sea —dijo, y dio un puñetazo a las estanterías, causándose otro estremecimiento de dolor en la palma de la mano—. ¡Maldita sea! —repitió, y comenzó a zarandear las estanterías, y cuando los tarros cayeron al suelo y se hicieron añicos, las zarandeo aún con más fuerza—. ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea, joder! —gritó, mientras derribaba la torre de barriles, arrojaba cajas al aire y rasgaba bolsas de todo lo que encontraba, arrojando latas de soda contra las paredes.

Cuando hubo terminado, se hundió en el suelo entre viscosos charcos y cristales rotos, con el traje manchado de un arco iris de colores, jadeando con la cabeza inerte.

—¿Qué voy a hacer? —dijo con una voz baja y afligida—. ¿Qué voy a hacer?

El paquete de cigarrillos se apoyaba en ángulo contra una lata mellada y burbujeante de Diet Pepsi. Se limpió un poco de mahonesa de los dedos con los pantalones, sacó un cigarrillo y lo encendió. Intentó concentrarse tan solo en la sensación de fumar: el filtro entre los labios, el humo cálido entrando y saliendo de la

boca. Intentó imaginar cómo la nicotina —apaciguadora, balsámica— era absorbida por los pulmones y el flujo sanguíneo, y le recorría todo el cuerpo. Y para cuando hubo terminado el cigarrillo, se sintió un poco más animado. Quizá todo pasaría, se dijo. Quizá simplemente desaparecería.

En aquel momento, en lo alto de la escalera las puertas metálicas del almacén se abrieron. Jonah levantó la cabeza mientras primero una hoja y luego la otra dejaron paso a una losa de luz que le inundó. Entrecerró los ojos y oyó que alguien hablaba español. Se puso en pie cuando un latino tocado con una gorra de los Mets, un delantal y unos pantalones cortos con muchos bolsillos apareció en lo alto de las escaleras. La cabeza del hombre formó un semicírculo de perplejidad cuando comprendió el desastroso estado en que había quedado el almacén, y al ver a aquel hombre en el centro salpicado de comida.

—¿Estás bien? —le dijo a Jonah en castellano.

Jonah intentó elaborar una respuesta por lo que podía recordar de las clases de español de secundaria, comprendiendo que solo quedaban unos momentos antes de que el hombre dedujera que él no era la víctima, sino el causante de aquel espectáculo post-lucha-con-la-comida.

—*Necesario... médico... con permiso...* —dijo en español, y a continuación subió corriendo las escaleras y pasó junto al hombre, que continuaba estupefacto.

Cruzó casi corriendo dos avenidas antes de estar lo bastante seguro de que el hombre con la gorra de los Mets no lo seguía. Y a continuación se dijo: una gorra de los Mets, una gorra de los Mets, y un delantal y unos pantalones cortos con muchos bolsillos. Se detuvo y miró a su alrededor: la gente que se cruzaba con él en la acera, entrando y saliendo de oficinas y apartamentos, iba completamente vestida. Sintió ganas de dejarse caer al suelo y llorar de alivio. De todos modos, tampoco podía estar seguro de cuánto duraría ese regreso a la normalidad, e ignoraba si en cualquier momento se vería enfrentado a alguna nueva forma de revelación metafísica. Se puso a caminar a toda prisa por la acera, mirando arriba y abajo en busca de un taxi.

En un semáforo que había al final de la manzana tuvo que pararse. Los demás peatones reunidos junto a él en la acera lanzaban miradas interrogantes a su ropa convertida en un Pollock. No les hizo caso y mantuvo la mirada fija en la calle, aún en busca de un taxi libre. Pero mientras permanecía allí esperando —contemplando los coches, atento al semáforo—, la solidez de todas aquellas cosas comenzaba a reafirmarse. Lo mundano de todo eso: los peatones arremolinándose en el mismísimo borde de la acera mientras esperaban a que cambiara el semáforo; un mastodóntico autobús de turistas de color rojo que doblaba una curva con gran dificultad mientras todos los coches que lo rodeaban hacían sonar la bocina; los carteles verdes con letras blancas que se unían en perpendicular en lo alto del poste de semáforo; aquella mundanalidad resultaba reconfortante y tranquilizadora. ¿Qué podía interrumpir todo eso o alterarlo? Tal vez, a fin de cuentas, había enloquecido. A lo mejor, si conseguía agarrarse a lo vulgar, a la energía y a la regularidad de lo que le rodeaba, todo iría

bien.

Divisó un bar al otro lado de la calle. Nadie podía dudar que merecía una copa después de lo que había pasado, se dijo. Cruzó la calle cuando cambió el semáforo, con todos los demás peatones, y siguió por la manzana hasta el bar. Era uno de esos falsos locales irlandeses populares en la zona: llamado O’Nosécuántos, con un neón publicitario de Guinness en el escaparate y un cartel en la parte de delante anunciando un partido entre los Yankees y los Red Sox a las ocho en pantallas de alta definición. No era uno de los barrios a los que solía ir; con Sylvia frecuentaban las coctelerías artesanales, con los compañeros de trabajo iban a lugares de categoría donde el alcohol era bueno. Aquel día, no obstante, ese lugar sin carácter, que podría haber existido en cualquier barrio de la ciudad —quizás en cualquier ciudad—, le parecía exactamente lo que necesitaba: un monumento a la banalidad fundamental de la vida.

Mientras abría la puerta, observó a un hombre saliendo de un taxi a menos de un metro. Era un hombre recio, con la frente alta y con manchas, que llevaba corbata y pantalones de vestir, y del brazo le colgaba la americana del traje; llevaba cruzada una abultada bolsa de ordenador, y un periódico asomaba de uno de los bolsillos exteriores. En la acera había dos grandes maletas con ruedas, y mientras Jonah lo miraba, el hombre introdujo el tronco por la portezuela abierta del taxi y comenzó a tirar de una bolsa de tamaño descomunal. Mientras el hombre tiraba, la americana le cayó al suelo, y comenzó a respirar pesadamente por la nariz y la boca sin hacer ruido. Agarró el asa de la bolsa con las dos manos y tiró otra vez. En la frente comenzaron a aparecerle gotas de sudor, la boca le formó una muestra de dolor.

—¡Ahhh! —gritó, y la bolsa seguía sin salir después de otro tirón.

Jonah mantenía abierta la puerta del bar con la palma de la mano mientras observaba. Al final el hombre consiguió sacar la bolsa, la colocó junto al resto del equipaje y negó con la cabeza de manera exagerada, como para demostrar su renovado autodomínio ante cualquiera que estuviera mirando. Recogió la americana de la acera y cerró la portezuela del taxi, y a continuación aspiró sonoramente — como si trazara una línea entre él mismo y lo que acababa de ocurrir—, se quitó la correa de la bolsa del ordenador del pecho y se cubrió con la americana. Mientras se arreglaba la caída de la chaqueta, se fijó en que Jonah lo estaba mirando desde la entrada del bar. Se quedaron mirándose unos segundos, y ninguno de los dos sabía en realidad cómo mirar al otro. El hombre levantó la barbilla, abrió los labios por un momento, como si creyera reconocer a Jonah, pero enseguida los rasgos se le endurecieron de una manera casi instintiva, y volvió a prestar atención a su equipaje, volvió a colocarse la funda del ordenador sobre el pecho, encaramó la bolsa sobre una de las maletas con ruedas —se derramó sobre los laterales— y comenzó a tirar de la carga calle abajo.

Jonah entró en el bar. Dentro había unas mesas de ébano y unos taburetes, una máquina de discos digital que tocaba *rock* clásico, un tablero de dardos y una hilera de grifos de cerveza a presión a lo largo de la barra, tal como había esperado. Sin

embargo, después de cruzar la puerta no avanzó más que unos pasos. Estaba pensando en el sonido que había emitido el hombre: aquel «¡ahhh!». Era un grito universal entre los neoyorquinos, gutural y visceral: lo oías en el metro cuando alguien no conseguía abrirse paso entre la multitud antes de que las puertas se cerraran; lo oías en la cola de la tienda de comestibles cuando a alguien se le caía la cartera al suelo de manera accidental. Era lo máximo que se permitían los neoyorquinos a la hora de reconocer que se sentían incómodos, o decepcionados, o avergonzados, en una ciudad que tanto valoraba que te comportaras como si lo hubieras hecho todo, lo hubieras visto todo y lo hubieras conquistado todo. Era el sonido de la desesperación, de perder la compostura, de agotar la paciencia ante las miles de insignificantes molestias imprescindibles de la vida en Nueva York, igual que en cualquier otra parte. Era, en muchos aspectos, un sonido espantoso.

Jonah dio media vuelta y salió del bar. Contempló su ciudad: su hogar. Si eso era su hogar, ¿qué era, para él, el hombre que acababa de ver? ¿Ese era el compañerismo que existía entre dos personas del mismo hogar? Tenía que haber alguna especie de compañerismo. ¿Acaso no había sido él ese hombre, miles de veces?

Entonces comprendió lo que era tan horrible de esas visiones, por qué lo aterraban y lo atormentaban hasta el punto de que de repente su vida parecía vacía: porque eran ciertas. Esa fragilidad que había visto, la mortalidad, la vulnerabilidad, estaban en todas partes. No suponía una gran revelación saber que todo el mundo estaba desnudo debajo de la ropa, que la ciudad y todo el mundo algún día acabarían reducidos a polvo... aunque en realidad sí lo era.

Debería haber ayudado a ese hombre, se dijo. Si eran parecidos en... debería haberlo ayudado.

Apretó los dientes y los puños hasta que las uñas se le clavaron en la piel de las palmas de las manos, deseando poner fin a esos pensamientos. No, se dijo. No, no, no. No era la clase de persona que espontáneamente ofrecía ayuda a un desconocido. No era esa clase de personas que reaccionaban a un «ahhh» sin otra cosa que gratitud por no haber sido él la persona que lo había proferido.

Veía que estaba perdiendo, que le estaban robando una capacidad esencial: la capacidad de mirar hacia otro lado. Resultaba que había ciertas cosas ante las que tenías que mirar hacia otro lado, muchas cosas, en realidad, simplemente para poder entrar en un bar y emborracharte, por no hablar de trabajar 17 500 horas en un bufete de abogados. Tenías que mirar hacia otro lado, por ejemplo, cuando estabas rodeado siempre de semejantes cuya vida poseía las mismas desesperaciones, grandes y pequeñas, así como una brevedad exactamente igual que la tuya, que la de cualquiera. Cuando perdías el anonimato de los demás, cuando ya no lograbas eliminar de manera automática la humanidad de los demás humanos, entonces ya no podías seguir adelante. Ya no pintabas nada. Jonah se sentía como si hubiera pasado años, quizá la vida entera, habitando —¡prosperando!— sobre la superficie más delgada de las cosas, y, tras haberse sumergido un momento bajo aquella superficie, ya no

pudiera salir.

Y eso, se dijo, no estaba bien.

Jonah volvió a enfadarse, no como la rabieta que había tenido en el almacén, sino que se trataba de una cólera más profunda, más autónoma, más indignada. Entrar en un bar a cualquier hora del día a emborracharse era un derecho de cualquier neoyorquino. ¿Por qué a él se le negaba? ¿Por qué no podía llevar su vida como quería, con tanta insensible indiferencia hacia los demás seres humanos como deseara?

Sintió el descomedido impulso de demostrar —ante sí mismo, ante quien (o Quien) pudiera estar observándolo— que era la misma persona que había sido siempre, y siempre lo sería, para bien, o para mal.

—*Non serviam*, capullo —murmuró entre dientes.

Más o menos a esa misma hora Zoey salía del trabajo. Sabía que no debería, pero de tanto mirar la foto digital de Katie Porter desnuda —de tanto estudiar los píxeles individuales que componían sus muslos perfectos, sus pechos perfectos, su pelo perfecto, su vientre perfecto, su esto y lo otro y lo otro perfectos— se había deprimido. Había reconocido que la imagen era más o menos auténtica desde el momento en que había aparecido en su pantalla. Parte de su trabajo consistía en verificar la autenticidad de docenas de fotos cada semana. Y realmente era muy triste que tuviera que ver eso, había pensado mientras la examinaba. Katie Porter era la celebridad con la que Zoey se había comparado en los últimos meses, puesto que, en teoría, tenían un físico muy parecido. Pues que le dieran a la teoría, se dijo desanimada. Cualquier parte de su cuerpo que comparara, era demasiado redondeada, o no lo suficiente, o le faltaba tono muscular, o era un tanto desproporcionada: Katie Porter constituía el ideal platónico. Zoey había considerado si la haría sentirse mejor compartir la foto con todos los adolescentes llenos de granos y los repugnantes hombres de mediana edad del planeta, pero decidió que no. El instinto de venganza no era muy poderoso en ella, y, además, detectaba en sí misma un anticipo de solidaridad por todas las demás chicas en sus cubículos que recibirían un RSS de *Glossified* y que estudiarían la foto con la misma atención masoquista que ella, hasta quedar igualmente consternadas. Así que al final cerró la foto y escribió un correo electrónico a su jefa, Anika: «A mí me parece falsa. Los ejecutivos de Disney pueden respirar tranquilos». Y salió de la oficina para ese día.

Estaba cruzando las puertas giratorias de su edificio y salía a la plaza de piedra del exterior. Su plan era llevar a cabo un regreso triunfal al gimnasio del que era socia y al que solo había ido una vez, el día que se apuntó. Comprobó el horario *online* y escogió una clase de yoga. Lo hizo para mantener una de las cláusulas del «contrato consigo misma» que su terapeuta, la doctora Popper, le había ordenado escribir y firmar durante su última sesión: «Haz más ejercicio y come mejor». Pero mientras

permanecía en la plaza a la luz del crepúsculo de verano, se sintió agotada tras haber pasado otro día en el purgatorio de las chicas-B, soportado sin poder contar con el consuelo de los cigarrillos («Deja de fumar AHORA» era aquí la cláusula pertinente). Metió la mano en el bolsón en busca del teléfono, y ya lo había sacado cuando recordó que no podía llamar a Evan para que cenara con ella, pues había roto con él el día anterior. Todo ello para cumplir con la tercera cláusula: «Sé dueña de tu bienestar emocional». La doctora Popper le había sugerido las palabras, pero el impulso había surgido de Zoey. Había comprendido que no sabía exactamente por qué estaba con Evan. Desde luego, era un chico que estaba en forma, y no había ambigüedad en sus sentimientos por ella (incluso había dicho «te quiero» antes que ella) y siempre se alegraba de ir a cualquier restaurante, cine o bar que Zoey escogiera. Pero, tal como le había dicho a la doctora Popper durante la sesión del viernes, en la que tanto había llorado: «¿Esto es todo lo que hay?». El hecho de que se hubiera olvidado de la conversación de cuatro horas en la que había roto con Evan le demostró de nuevo que entre ellos faltaba algo importante, al menos por su parte. Y aun así, mientras miraba el teléfono sin expresión, reconoció que no tenía a nadie a quien llamar, y se preguntó cuánto bienestar emocional había alcanzado realmente con esa ruptura.

Comprendió, además, y a su pesar, que estaba decepcionada porque Esa Persona no la hubiera llamado. A veces, justo después de haberla abandonado, él la llamaba para intentar recuperar su relación, para engatusarla al perdón y la reconciliación (emocional y física). Pero Zoey percibía que esta vez sería diferente, que había algo permanente en la última intención de ruptura de Esa Persona, y ese sentimiento había sido en parte la causa de las lágrimas y el contrato que había firmado con la doctora Popper el viernes. No podía eludir la solapada sospecha de que la próxima vez que lo viera sería en la página de «Compromisos matrimoniales» del *New York Times* dominical, sonriendo junto a *Schlampe*: esa *Schlampe* Ellis-Michaels rubia, con una copa C de pecho.

Zoey ya la había investigado en Google, naturalmente. Y, por supuesto, *Schlampe* era una Joven de Mucho Talento. Pero por lo que Zoey podía decir, eso parecía ser lo único. Y había algo tan decepcionante en ello, como si él ni siquiera se esforzara, como si su película preferida fuera *Titanic* o algo parecido.

Zoey se estaba mordiendo la uña del pulgar, a menos de un metro de donde estaba cuando él rompió con ella. Sabía que no podía ser objetiva en ese asunto. Y era la primera persona en reconocer que ella no era precisamente una persona fácil de tratar, y solo una clase de persona muy especial preferiría una chica-B asolada por la úlcera y llena de deudas a una Joven de Mucho Talento. La cosa era que ella siempre había pensado que Jonah era esa clase de persona. Y si no lo era, ¿quién iba a serlo?

De repente se imaginó su clase de yoga llena de *Schlampes*: en forma, flexibles, todas con camisetas de Harvard. ¿Qué sentido tenía someterse a eso? ¿No sería más conveniente para su bienestar emocional tomarse dos porciones de *pizza* y una ración

de Häagen-Dazs y pasar las siguientes seis horas mirando la tele por cable en su sofá?

Pero entonces, igual que había estado haciendo desde que comenzara la secundaria en Dalton —con mucho, los años más socialmente angustiosos de su vida—, se dio un discursito para levantarse la moral. Muy bien, se dijo, Katie Porter está mejor que tú desnuda. Pero es una estrella de cine, y su trabajo es estar mejor desnuda que la mayoría de gente. Además, hay gente que de vez en cuando necesita ingerir algo que no sea ensalada y Coca-Cola. En cuanto a Evan, no era justo para ninguno de los dos seguir saliendo con él, casi siempre lo encontraba un poco aburrido y quizá no demasiado inteligente. Y lo único que hacía Esa Persona al escoger a *Schlampe* era decantarse por un matrimonio desdichado y un infarto precoz. Y quizá todas las demás chicas de tu clase de yoga sean una versión rubia de Olivia Wilde, pero lo más probable es que todas se parezcan a esas chicas tan poquita cosa que van a tiendas vegetarianas a comprar ensalada de quinoa. Así que ánimo, y sí, puedes ir a Lululemon de camino al gimnasio y nadie te verá con la camiseta de la NYU ni con los pantalones cortos de gimnasio de Evan, que es lo único que tienes para ponerte.

Un cuarto de hora después, había entrado en la tienda. Sabía de manera objetiva que comprar ropa para hacer yoga era un error, teniendo en cuenta que acumulaba una deuda de más de 22 000 dólares en su tarjeta de crédito. Pero ya parecía beneficiarse del yoga por el mero hecho de escoger prendas deportivas y beber la infusión que le habían ofrecido al entrar. No corrigió la suposición de la vendedora de que practicaba yoga de manera regular, haciéndose pasar con éxito por alguien que comprende la distinción entre las palabras *ashtanga* y *bikram*.

Cuando salió a la calle con su bolsa de ropa nueva, se encontraba de un admirable buen humor. Entonces le sonó el teléfono. Intentó adelantarse a cualquier expectativa mirando de inmediato quién era: Anika, su jefa. «Buf», se dijo Zoey. Anika era la editora jefe de *Glossified*, sobre todo un monstruo: metro ochenta y ocho, facciones marcadas, cuerpo de estatua, probablemente la única mujer en la oficina o quizás en la ciudad que no tenía nada que temer al ver a Katie Porter desnuda, y que en general solo sonreía cuando alguna becaria lloraba.

—Hola, Anika —dijo Zoey, y forzó una tos—. Lamento haber tenido que irme. He pensado que podría...

—¿Qué cojones te ha hecho pensar que esa puta foto era falsa? —vociferó Anika—. Joder, ¿has visto la página de TMZ? —«Buf, buf, buf», se dijo Zoey—. ¡La teníamos en exclusiva hace dos horas, joder!

—El cuello parecía un poco raro...

—¡El puto cuello está perfecto, joder!

—Bueno, ya sabes, también me preguntaba si esa es la clase de material que queremos colgar.

—¿El material que atrae a la gente? ¿El material que nos hace salir en televisión? ¡Sí! ¡Sí, sí, sí! ¿Dónde cojones has estado trabajando los dos últimos años? ¿Eres la

editora adjunta o no, joder? La has cagado, Zoey, la has cagado.

Zoey supuso que a eso se referían cuando, al contratarla en *Glossified*, le habían prometido que tendría «una mentora». Sabía que solo había una manera de pacificar a Anika cuando le daba una de estas rabetas: arrancarse el orgullo y pisotearlo ella misma.

—Lo siento mucho —dijo Zoey—. Tienes toda la razón. La he fastidiado.

—¡Ya lo creo que sí, joder!

—Lo sé, no me lo puedo creer, lo siento muchísimo.

La conversación continuó en esa vena durante varios minutos: Anika soltando palabrotas y Zoey afirmando que estaba de acuerdo con todo lo que decía. Cuando finalmente se calmó un poco, Anika dijo en un tono glacial:

—TMZ se ha comido nuestro almuerzo de hoy. Espero que te moleste tanto como a mí.

No le molestaba, pero Zoey dijo:

—Te prometo que no volverá a suceder.

—Más te vale que no, joder, puedes creerme. —Y colgó.

De inmediato Zoey comenzó a pensar en todas las cosas que podía haber dicho o debería haber dicho en su defensa: si Anika no confiaba en ella a la hora de tomar decisiones, ¿por qué la había nombrado editora adjunta, para empezar? ¿No creía que Gavin, Isaac o Aliza harían un trabajo mejor? ¿Alguno de ellos había trabajado hasta medianoche durante dos semanas seguidas después de que tres de los redactores dimitieran porque Anika los había llamado maricones? Y si Anika realmente pensaba que Zoey era tan rematadamente estúpida, ¿por qué no la despedía? Casi todos los días Zoey se entregaba a la fantasía de que la despedía. Incluso había una cláusula del contrato que rezaba: «Dar los pasos necesarios para encontrar un trabajo más satisfactorio».

Pero, bueno, se dijo Zoey, ¿a quién estaba engañando? Vivía al día. Debía 22 000 dólares —ahora 22 350— a su tarjeta de crédito, y le quedaban dieciocho meses de un contrato de alquiler de dos años. ¿Qué iba a hacer, si la despedían? ¿Pedir dinero a sus padres? ¿Otra vez? Tenía más de treinta años, por amor de Dios (eso tampoco era un pensamiento reconfortante).

Miró a su alrededor, como si los demás transeúntes pudieran haber sido testigos de su humillación ritualista. Sabía que no le convenía estar en público cuando la asaltaba uno de esos estados de ánimo: incluso en alegres lugares comerciales como Union Square, la gente que la rodeaba parecía agrandarse, las sombras se oscurecían de manera preocupante. Paró un taxi y se fue a casa.

Cuando llegó a la puerta de su apartamento, se sentía muy deprimida. Vio que la mezuzá que había colgado, que había pertenecido a su abuela, se había soltado de uno de los clavos, y colgaba boca abajo sobre la jamba de la puerta. La levantó con desgana y observó que volvía a caerse y se quedaba balanceándose. Se había sentido muy orgullosa de colgarla ella misma. Pues a la porra también eso.

Abrió la puerta y entró. Como siempre, su sala de estar era un caos absoluto: había ropa limpia y sucia por todas partes, una botella de vino vacía sobre el sofá, la mesita baja era un pequeño vertedero de revistas y ceniceros llenos, y el portátil estaba en el suelo, sin batería. Sacó de la bolsa su ropa nueva de yoga y se la puso, pero solo consiguió sentirse ridícula, como si se hubiera intentado engañar respecto a algo.

Era consciente —gracias a la doctora Popper y a los predecesores de la doctora Popper— de la clase de pensamientos a los que acabaría entregándose: un pesimismo irracional y angustiado, contraproducente. Todos lograban diagnosticarlo, pero ninguno curarlo, a no ser que tomara psicoactivos, a lo que se negaba. Sin embargo, no los culpaba. Sabía que la doctora Popper tenía razón al afirmar que todo dependía de ella: gestionar sus pensamientos depresivos, enfrentarse a los reveses inevitables, atenerse a su contrato y hacer realidad la vida que quería. Pero un hombre la había abandonado y ella había roto con otro, y había pasado de tener un novio y medio el viernes por la mañana a estar soltera el domingo por la noche. Su jefa le había pegado una bronca de campeonato y había visto que las tías buenas de verdad estaban mucho más buenas que ella. ¿Acaso no tenía derecho a sentirse como una mierda durante un rato?

Se fue a la cocina y abrió la nevera. Se encontró con cajas de sobras de comida preparada de fecha indeterminada, recipientes medio vacíos de condimentos, y una Brita vacía. No se molestó en abrir el congelador. En un momento de fanatismo dietético, había tirado todo lo comestible que había en él. Miró en el armario y encontró un tarro de mantequilla de cacahuete. Lo abrió y extrajo una cucharada. Pero entonces se la quedó mirando, indecisa. ¿Acaso su vida podía ser algo más que eso?

Alguien llamaba a la puerta. Con el día que tenía, imaginó que sería un allanamiento de morada. Se dirigió a la sala de estar y observó por la mirilla. No era nadie con un pasamontañas, pero tampoco acabó de sorprenderle ver la imagen de Jonah deformada, como si lo viera a través de una pecera. Zoey abrió la puerta.

—Antes de nada, ¿me arreglarás la mezuzá de mi abuela? —dijo.

Jonah parecía perplejo.

—¿Por qué vas vestida así? ¿Y por qué llevas esa cuchara en la mano?

—Me voy a yoga, *Arschloch*. —Miró la cuchara y el pegote de mantequilla de cacahuete—. Y me estaba... —Pero no acabó la frase. Jonah también estaba muy raro: la corbata le colgaba sin anudar, tenía el pelo revuelto y la ropa cubierta de miles de manchas que no lograba identificar—. ¿Te han... atracado unos pintores? —preguntó.

—No —contestó él bruscamente—. Estoy bien.

Zoey lo estudió unos momentos más y al final se encogió de hombros. Volvió a la cocina y dejó la cuchara en el fregadero. Oyó entrar a Jonah y cómo cerraba la puerta y se sentaba en el sofá. De repente Zoey se sentía muy caliente —quizás era la

manera en que su aterrado cuerpo intentaba evitar ir al gimnasio— y se imaginó que ya se preocuparía por su bienestar emocional después de que él le comiera el coño. Zoey volvió a entrar en la sala, y al parecer él estaba pensando lo mismo, porque enseguida se puso en pie y comenzó a manosearla, un poco toscamente, por la cintura. Y ahí estaban, se dijo Zoey, besándose otra vez. Al cabo de diez años, él seguía besando igual: de manera un tanto torpe, pero con avidez, en serio, como si lo considerara algo importante. Y quizá de hecho había algo especial entre ellos —a pesar del escepticismo de la doctora Popper—, pues al cabo de diez años a ella todavía le gustaba besarlo, todavía la alegraba sin más complicaciones: aún la ponía caliente.

Sintió el sabor a tabaco en la boca de Jonah, y eso pareció alimentar y transformar su anhelo de nicotina. Lo siguiente que supo fue que había rodeado con las piernas a Jonah y que se había levantado del suelo.

—¡Yoga! —dijo riendo, y a continuación lo besó un poco más.

Su ropa también olía a cigarrillos —a cigarrillos y quizás a Tabasco—, pero cada sensación, cada percepción individual de los sentidos de Zoey alimentaba su excitación. El ochenta por ciento del tiempo el sexo no le preocupaba en absoluto, el diez por ciento lo encontraba vulgar y el otro diez por ciento la llevaba a una salvaje entrega y a orgasmos lacrimógenos. Por suerte, se dio cuenta de que en ese caso iba a ser uno de sus grandes momentos del último diez por ciento. Él la arrojó sobre el sofá, le arrancó la camiseta y el sujetador deportivo y de un tirón le bajó las mallas.

—Sylvia y yo nos vamos a vivir juntos —dijo Jonah al encaramarse encima de ella—. ¿Te das cuenta de lo horroroso que es? —añadió metiéndole los dedos—. Es horrible, horrible.

Resultaba extraño comentar eso durante el sexo, pero Zoey estaba demasiado ocupada con su pequeño orgasmo.

—Dime que estoy más buena que Katie Porter —dijo cuando él comenzó a morderle los pezones—. Dime que estoy mucho más buena que *Schlampe*.

—Estás mucho más buena que ella —dijo Jonah quitándose la americana y la camisa mientras ella le desabrochaba los pantalones—. Me voy vivir con ella y te voy a follar a ti. Me voy a casar con ella y te voy a seguir follando a ti.

Aquello ya era pasarse de rosca.

—A lo mejor más vale que dejemos de hablar. —Jonah se sacó los pantalones y los calzoncillos por los tobillos y volvió a colocarse encima de ella, y a Zoey, al sentir la presión del cuerpo desnudo de Jonah, no le costó nada perdonar la extrañeza de esa conversación—. Fóllame, Yonsi —le susurró al oído. En esos momentos ella solo decía palabrotas en inglés, solo en esos momentos le salían de manera natural. Cerró los ojos y esperó.

—Esto está muy mal —dijo Jonah con los labios junto a sus oídos.

—Sí, tienes razón, lo he pillado.

Zoey esperó unos momentos más, pero la sensación esencial no llegaba. Abrió los

ojos y vio a Jonah mirando su desnudez con un gesto atribulado. Zoey le tocó la picha.

—Joder, tienes que estar de coña.

Lo apartó con una pierna, y pensó en masturbarse, pero ¿podía haber una manera más patética de acabar el día? Se incorporó y se inclinó hacia delante. Jonah se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar, pero ella sentía una absoluta falta de lástima. Se quedaron así sentados, desnudos, el uno junto al otro, durante varios minutos. En cierto momento el teléfono comenzó a sonar, y él lo sacó del bolsillo sin mirarlo y lo arrojó sobre la mesita baja. Lo llamaba un tal Brett; Zoey observó vibrar el teléfono sobre el cristal de la mesa.

—Muy bien, ya sé que es una estupidez —dijo ella por fin—, pero no es porque no me he depilado, ¿verdad?

Ese comentario solo consiguió que Jonah llorara más fuerte. Ella volvió a la cocina, cogió de nuevo la cuchara y comió un poco de mantequilla de cacahuete. A continuación se dirigió al cuarto de baño y se puso el albornoz, tras lo cual regresó a la sala. Él se había puesto los pantalones y la camisa y fumaba un cigarrillo.

—No fumes aquí, ¿vale? —dijo Zoey. Él le lanzó una mirada un tanto escéptica, pero como ella no sonreía, apagó el cigarrillo en uno de los cuatro ceniceros que había sobre la mesa. Y como para dejarlo más claro, Zoey recogió su americana del suelo, la dobló sin miramientos y la colocó sobre el respaldo del sofá—. Por cierto, este traje apesta —le dijo. Jonah no contestó, simplemente se quedó mirando al frente, y a Zoey no le causó ningún placer insultarlo. Se daba cuenta de que aquel día no obtendría ningún placer—. ¿Qué haces aquí, Yonsi? —le preguntó con ganas de llorar—. Lo digo en serio, ¿qué haces aquí?

—Todos estamos desnudos, Zoey —contestó Jonah—. El cuerpo está vestido, pero...

De repente Zoey comprendió lo extraño que era todo: el estado de la ropa de Jonah, su aspecto agobiado, y que se presentara sin anunciar en su puerta.

—No ha ocurrido nada, ¿verdad? —preguntó Zoey preocupada. Se sentó a su lado en el sofá y le puso la mano en la rodilla—. Estás bien, ¿verdad? ¿No se ha muerto nadie ni nada parecido?

—Quería demostrar lo gilipollas que soy.

—¿Y quién ha dicho que necesitaras demostrarlo? —Lo dijo como una broma (bastante ingeniosa, a su juicio), pero la expresión de Jonah era tan desolada que de inmediato lo lamentó—. No eres ningún gilipollas, Yonsi.

—Solo... solo quería demostrar que nada había cambiado, ¿sabes?

Al oír esas palabras, Zoey cerró un poco más el albornoz sobre el pecho.

—No te preocupes, Yonsi —dijo—. Nada ha cambiado.

El teléfono de Jonah volvía a sonar, esta vez era *Schlampe* quien lo llamaba. Cuando dejó de pitar, Jonah le preguntó:

—¿Sigues guardando las herramientas bajo el fregadero?

Zoey asintió con la cabeza, la mirada fija sobre el montón de desperdicios que había sobre su mesita baja. Lo oyó levantarse y caminar por la cocina; lo oyó dirigirse al rellano y volver a colocar la mezuzá en su sitio.

Cuando volvió a la sala, Jonah dijo:

—Lo siento de verdad. No te molestaré más.

—Sí, ya me lo imaginaba.

—Estás mucho más buena que *Schlampe* —le dijo—. Y que Katie Porter. No ha sido porque no te hubieras depilado, ni por nada.

Él parecía a punto de marcharse, así que ella dijo:

—¿De verdad estas van a ser las últimas palabras?

Se miraron el uno al otro, como a través de un océano de recuerdos y oportunidades perdidas y arrepentimiento y —a pesar del escepticismo de la doctora Popper, a pesar del bienestar emocional— amor, pensó Zoey.

Tras una pausa, Jonah dijo:

—Quizás al principio. Quizás aquel septiembre. A veces pienso que de no haber sido por...

Eso los hizo llorar, y ella sollozó con toda la fuerza de los orgasmos que no había experimentado. Él se quedó en la puerta hasta que se le agotaron las lágrimas.

—No debería haberlo dicho —afirmó—. Lo siento de verdad. —Y se marchó.

Zoey tuvo la impresión de que podría haber defendido su necesidad de un cigarrillo ante cualquier neumólogo, defensor de la salud pública o superviviente de cáncer del mundo. Y por esa razón limpió un poco el apartamento y volvió a ponerse la ropa de yoga. Imaginó que nunca volvería a verlo. Luego se fue al gimnasio.

8. Judith agonista

Contrariamente a lo que todo el mundo recomendaba, Judith no se tomó unas vacaciones de la universidad. ¿Qué pensaba la gente que haría durante las vacaciones?, se preguntó. Toda su vida se había preparado —absurdamente, ahora se daba cuenta— para una sola cosa: ir a la universidad. El solo hecho de reconocer la falacia —esa ingenuidad— de toda esa preparación no significaba que supiera hacer otra cosa.

Pero el abogado que gestionaba la herencia de sus padres le dejó claro que era la única persona «autorizada» para tomar decisiones importantes, por lo que después del funeral Judith pasó varias semanas en su ciudad, aunque solo fuera para no tener que volver allí nunca más. Se alojó en un anónimo Holiday Inn a veinte minutos por la autopista: quería estar en un sitio donde no la reconocieran, no quería dormir en la cama de su niñez, y la idea de dormir en la cama de sus padres le parecía monstruosa.

Tampoco podía evitar la casa del todo. Tuvo que estar allí para la tasación, y tuvo que estar allí para indicar a los de las mudanzas qué había que transportar a un almacén y qué dejar para la venta de la propiedad, y tuvo que buscar los papeles en el archivador del despacho de su padre. Los detalles que había que atender parecían acumularse de manera incesante, multiplicarse grotescamente. Su tía Naomi podría haber ayudado con algunas de esas tareas, pero nada más terminar el funeral se marchó a California. Margaretha, su única prima, tampoco asistió. Su tía le informó de que le mandaba sus condolencias desde Ámsterdam.

Un domingo Judith se acercó a la casa y se encontró los tres ejemplares del *New York Times* dominical esperando en sus bolsas de plástico azul en la escalera de la entrada. Era lo único que quedaba de su pequeña excentricidad: un ejemplar del crucigrama del domingo para cada uno. Al contemplar los tres periódicos dentro de la funda, Judith comprendió que los Bulbrook habían sido más peculiares —más raros— de lo que ella había reconocido. Y Judith era la última. Aquel día, mientras recorría la casa —por todas partes había cajas de cartón, con la tapa abierta, en la sala de estar la porcelana estaba envuelta en plástico de burbujas, y habían tirado el colchón de la cama de sus padres, dejando solo el armazón de madera, y el silencio que había en todas las habitaciones hacía palpable la falta de ocupantes—, se sintió como si estuviera recorriendo los restos de alguna civilización desaparecida.

Gabe reapareció más o menos en esa época. No asistió al funeral, y posteriormente Judith no logró recordar si había llegado antes de la ceremonia y no había podido quedarse, o no había podido llegar a tiempo para asistir. Los días de su estancia forzada en su ciudad natal se confundían en su recuerdo, para ella todos eran igualmente fúnebres. Y, en general, tras la muerte de sus padres, cada vez le resultaría más difícil componerlos en una secuencia, dividirlos en días, meses y años discretos.

De todos modos, recordaba haber estado en casa recogiendo las joyas de su madre cuando volvieron a encontrarse. Ya había oscurecido, y hablaron en el porche delantero de la casa. En el jardín delantero ya habían colocado el cartel de «EN VENTA»; las moscas y las polillas rodeaban la única luz del porche. Ninguno de los dos hizo el gesto de abrazar al otro cuando se saludaron.

—Eran unas personas maravillosas de verdad —le dijo Gabe.

—Lo sé —contestó ella.

Por respeto a lo que habían compartido, Judith se ahorró la fácil sonrisa que había acabado dominando, y que tanto parecía apreciar la gente que decía esas cosas. Se figuró que si eran viejos amigos, antiguos amantes, no tenía por qué disimular el escaso consuelo que le proporcionaban esas palabras. Las llamadas que había recibido del rector de Yale, del rector de la universidad donde David y Hannah daban clases, del gobernador del estado y de los dos senadores; la carta que le llegó, firmada con tinta de verdad, de George W. Bush; el funeral en el que docenas de antiguos estudiantes de los profesores Bulbrook acudieron a presentarle sus respetos; los halagos que todos derramaban sobre sus padres cada vez que la veían, sus palabras de compasión meticulosamente expresadas: nada de eso le proporcionó ningún consuelo. De manera igual e inequívoca, todo aquello era No-Consolador. Aquellos días, su pesar le resultaba incontrovertible, e incluso estaba un poco sobrecogida por su magnitud.

—Sé que ellos... bueno, sé que te querían. —Judith asintió—. Sabes, todavía... —comenzó a decir, pero no acabó la frase. Judith se había acostumbrado a que la gente dejara frases sin acabar cuando hablaba con ella. Lo sentía por ellos, cosa que le parecía otra ironía triste y sin gracia.

—¿Cómo te va por California? —le preguntó Judith—. ¿Sigues escribiendo?

Gabe asintió, pero dijo:

—No tanto como antes... De hecho, estoy pensando en matricularme en la Facultad de Derecho. —Judith pensó que Gabe quería saber cómo reaccionaría ante esa idea (quizás incluso esperaba su aprobación), pero la verdad es que no tenía ninguna opinión. Al final Gabe dijo—: Tengo entendido que has elegido Yale.

—Me parecía una buena opción —contestó Judith: otra respuesta rutinaria, aunque esta era cierta.

Quedaron en silencio. Él la miró con pesar.

—¿Qué has estado leyendo? —le preguntó de repente, con auténtico interés, igual que a veces la gente le preguntaba si comía.

A Gabe se le veía mayor, se dijo Judith: un poco más corpulento, un poco más calvo. Pero en general, si hubiera entrado en su clase de literatura inglesa aquel día y hubiera leído un poema de Whitman, y ella hubiera sido otra vez una chica de quince años en Gustav, probablemente se habría vuelto a enamorar de él. Pero ya no era una chica de quince años, y él estaba evocando un mundo (el mundo del arroyo) que ya no existía para ella, si es que podía creer que había existido alguna vez.

—Todo fue un poco tópico, ¿no te parece? —le dijo Judith—. Lo nuestro. Una chica de secundaria y su profesor de literatura. Parecía... tan importante en aquel momento. Pero tampoco hicimos nada que no hubieran hecho miles de personas.

—Judith... —dijo Gabe.

—De todos modos, gracias por venir —le dijo Judith.

Él le puso la mano en el hombro.

—Ya verás como al final tu vida será maravillosa —le dijo.

También consideraba que esos sentimientos ofrecían más consuelo a quienes los expresaban. Le parecía que la gente tenía necesidad de pensar que al final todo le iría bien. Pero ¿qué significaba que todo fuera bien? Y en ese momento Judith le preguntó:

—¿Al final de qué?

Permanecieron allí un momento, con la mano de él en su hombro, algo que antaño habría significado mucho para ella, pero que de pronto, en su silencio y en su aflicción, carecía de la menor importancia. Entonces Judith se acordó de otra cosa: se fue a su habitación y regresó con la cartera de cuero que guardaba debajo de la cama.

—Estas son las cartas que me escribiste. Tengo que vaciar la casa, y no estaba segura de qué hacer con ellas. —Él cogió la cartera, la miró sin saber qué hacer—. Gracias por venir —repitió Judith, y se despidieron (de nuevo sin abrazarse), y esa fue la última vez que lo vio.

Guardó en un almacén tan deprisa como pudo todo lo que le pareció digno de guardar: sobre todo fotos y recuerdos que no soportaba mirar ni ver cómo tiraban. El resto lo liquidó, lo vendió. Y luego regresó a Yale.

El hecho de haber quedado rezagada unas semanas en sus clases fue un reto que agradeció, aunque sus profesores se desvivieron para facilitarle lo más posible las cosas. Pero Judith no aceptó facilidades: al igual que rechazó que la entrevistaran el *Yale Daily News*, el *USA Today*, o aparecer en los programas de televisión *Good Morning, America*, *Today Show* o en *Oprah* con otros huérfanos del 11-S; rechazó sentarse en un palco de lujo en el Yankee Stadium, rechazó asistir como invitada de honor a los funerales televisados de Nueva York o de Washington. No tenía intención de encarnar para el público a La Chica Cuyos Padres Murieron en el 11-S: vestida de negro, depositando una corona, valerosa delante de la tragedia. Aunque se considerara capaz de todos esos gestos, su horror instintivo al tópico —más fuerte que nunca, como había descubierto con Gabe— no se lo permitía.

Reanudó las clases de «Filosofías de la religión» con su brillante profesor, y retomó la lectura de *À la recherche du temps perdu*. Pero el éxtasis que había experimentado anteriormente con ambas cosas había desaparecido; solo encontraba una familiaridad un tanto consoladora en la diligencia, y en la satisfacción, ya sin importancia, de sacar también una A en Yale. Milim Oh, su compañera de habitación,

al principio parecía tenerle miedo, al igual que casi todos los estudiantes que conocía de antes. Al menos Milim Oh lo superó lo suficiente como para comportarse como una amiga, aunque en opinión de Judith su relación siempre había sido más de gestos externos de amistad que de verdadero afecto. Judith comprendía que para Milim era muy importante que siguieran siendo amigas, y eso era precisamente lo que imposibilitaba una auténtica amistad. El rabino del campus, Hillel, se puso en contacto con ella, pero su fe en Dios había desaparecido junto con sus padres. «Cualquier Dios en el que valga la pena creer no habría permitido que asesinaran a mis padres», le dijo al rabino. Sabía que esta opinión no era más que otro tópico, pero se lo perdonó porque no cabía duda de que era cierta.

Al comenzar la universidad, había pensado que su asignatura principal sería «Literatura inglesa». Pero leer literatura y escribir acerca de la literatura exigía algo que ya no podía ofrecer. Le bastó sacar una B en un trabajo sobre *Los cuentos de Canterbury* —su profesor justificó la nota afirmando que «no había conseguido implicarse de manera honesta con la obra de Chaucer»— para convencerse de que necesitaba otra asignatura en la que especializarse.

Lo que le hizo decidirse por la historia del arte fue una asignatura llamada «Arte americano y el mundo posmoderno». A los demás alumnos les costaba captar los rasgos del posmodernismo: las capas acumuladas de abstracción y lo escurridizo del contexto. Pero Judith descubrió que tenía un instinto para ello, a diferencia de sus compañeros de clase no la desanimaba la esterilidad ni lo abstruso. Y descubrió que contemplar el arte —contemplantarlo hasta que ya no veías más que una mera amalgama de influencias, intenciones, tendencias y reacciones a lo anterior— era algo que se avenía con su presente estado de ánimo: algo que podía hacer con honestidad.

Se esforzaba aún más que antes. Hacía todo lo que le mandaban en clase, leía toda la bibliografía del programa, e incluso leía libros que en su opinión también podrían haber recomendado. A veces iba directamente a la biblioteca nada más salir de la clase de la tarde, se sentaba en un rincón sin ventanas y no interrumpía su estudio hasta que el bibliotecario le decía que iban a cerrar el edificio, tras lo cual salía a la noche helada y rala en estrellas de New Haven. Y, de nuevo, le faltaba la pasión para los estudios académicos que había poseído antaño, pero su determinación había adquirido una fuerza nueva y sombría.

Y, poco después de su regreso al campus, Judith comenzó a mantener muchas relaciones sexuales. En los términos más burdos: el pesar la ponía caliente. Observó que, desde una perspectiva darwiniana, era una adaptación bastante útil. Si se permitía una visión menos reduccionista del asunto, sin embargo, tenía que admitir que se sentía profundamente sola; tenía que admitir que no sabía cómo sentirse bien. El sexo solucionaba esos problemas, aunque no durante mucho tiempo. Cuando los chicos sabían quién era —o, para ser más exactos, sabían cómo habían muerto sus padres—, por lo general también parecían tenerle miedo. Pero muchos no lo sabían, y había bastantes chicos. Judith descubrió que lo único que tenía que hacer era

permanecer lo suficiente en un bar o en las fiestas de las asociaciones universitarias, y al final alguno se le acercaba. Se convirtió en una de esas personas legendarias a las que les da igual dónde va a cenar el grupo: Judith estaba dispuesta a todo. No tenía ninguna inhibición por lo que se refería a las posturas o a las partes del cuerpo; se iba a la cama con chicos y sus novias; en una ocasión tuvo relaciones con dos miembros del equipo de *lacrosse*; le gustaba atar o que la ataran. La variedad de cuerpos y preferencias que descubrió le resultó sorprendente e incluso fascinante. Nunca podías prever cómo sería alguien sin ropa: dónde tendría vello, dónde se le plegaría la barriga cuando se girara o se incorporara, el aspecto que tendría un pene en relación al resto del cuerpo; cómo se comportaba alguien cuando tenía a su lado a otro ser humano desnudo, dispuesto a hacer con él lo que fuera. A veces pensaba que había una verdad esencial en todo eso, como si los cuerpos proporcionaran la plena y última revelación de una persona.

Durante un semestre salió con el profesor ayudante de su asignatura de «Arte etrusco»; fue quien la introdujo al sadomasoquismo. Judith regresaba del apartamento del profesor y se contemplaba en el espejo de cuerpo entero que había detrás de su puerta —contemplaba la piel blanca y pálida, las magulladuras, las señales de mordiscos y de correazos—, y se veía como desde muy lejos, como si estudiara su cuerpo desde el final de un túnel. Y se preguntaba cuál era la verdad que le revelaba su propio cuerpo. Y mientras quizá trazaba la circunferencia de una contusión en forma de huevo en el muslo, concluía que su cuerpo solo le decía lo que cualquier cuerpo podía decirle a alguien: que eso era lo que ella quería.

Había algunos chicos que, cuando se enteraban de lo que les había ocurrido a sus padres (ella nunca les daba información enseguida, pero nunca lo ocultaba) intentaban consolarla, curarla, salvarla. En lugar de caricias le ofrecían unos mimos supuestamente tranquilizadores, le proponían «hablarlo», le hacían preguntas sobre sus padres, sus sentimientos, la instaban a ir a un psicólogo. Aunque Judith sabía que todo eso era bienintencionado, siempre sentía vergüenza por ellos, ante la insustancialidad de sus palabras de consuelo y, más aún, le irritaba que no le dieran simplemente lo que quería.

—Eso es horrible —decían—. No me lo puedo imaginar. ¿Crees que deberías hablar con alguien?

Y cuando le insistían en que fuera a ver a un psicoterapeuta, ella siempre decía lo mismo:

—¿Qué me van a decir de mí que ya no sepa? —Sabía que se estaba ahogando en la autodegradación, la autocompasión y la desesperación. Pero creía que por fin había encontrado un estado de ánimo equivalente a sus voraces apetitos mentales.

Se graduó en Yale *summa cum laude*, con distinción en historia del arte, y en tres años, cumpliendo el plan trazado con sus padres. Milim, los padres de esta, e incluso su hermana adolescente asistieron al discurso de graduación de Judith, e insistieron en llevarla a cenar aquella noche, una amabilidad que al final decidió que merecía la

pena aceptar. Siempre recordaría el brindis que el padre de Milim —encorvado, setentón— pronunció en la cena. Habló en coreano, y la madre de Milim susurró la traducción al oído de Judith.

—Está orgulloso de ti... Espera que tú y Milim seáis grandes amigas... Sabe que tus padres también están orgullosos de ti...

Después de la cena, la madre de Milim sacó una foto de las tres jóvenes, sentadas una al lado de la otra. Judith había decidido seguir un programa de doctorado en Princeton; Milim había planeado asistir a la Facultad de Medicina en Cornell, después de graduarse al año siguiente. Así que los novatos acabarían ocupando su lugar, aunque a Judith, con solo mirar la fotografía que apareció en la pantalla de la cámara digital de la madre de Milim, le pareció que estaba claro que sus caminos habían sido muy distintos. Judith se había preguntado a veces, en la universidad, qué pensaban de ella los demás: qué imaginaban de esa chica que iba y venía de la biblioteca a horas intempestivas, o se quedaba sentada en silencio con las piernas cruzadas en la cama de sus compañeros de cuarto a la mañana siguiente; qué adivinaban de unos pensamientos tan ajenos a la persona con la que Judith hablaba o follaba. Le parecía que esa fotografía lo dejaba claro. Mientras que las sonrisas de Milim y su hermana eran radiantes y sinceras, la de Judith era distante y apagada; todavía llevaba el vestido color burdeos que se había puesto bajo la toga de la graduación, y su vivo color acentuaba la blancura de su piel; su pelo negro formaba una masa densa sobre su frente, y alejaba un poco la barbilla de Milim, con lo que destacaba aún más el lunar que tenía junto al ojo izquierdo. Judith tenía la impresión de que la pena estaba escrita sobre toda su cara, extraña y espectral, como si fuera la negrura misma de su pelo y su lunar. Tenía la impresión de que cualquiera podía darse cuenta, solo fijándose en aquella remota sonrisa, de que después del brindis había pasado los diez minutos siguientes escondida en el cuarto de baño llorando, en cierto modo agradecida. Habían pasado dos años y medio y aún sentía el dolor —aún lo veía en la foto— como si fuera nuevo: agudo, igual de intenso.

Tres semanas después de graduarse en Yale se había trasladado a Princeton, y el mismo verano había comenzado un proyecto de investigación para uno de los profesores. Había escogido Princeton por la reputación de su programa de historia del arte, y por el entusiasmo con que el departamento la había cortejado. «Contrariamente al resto de graduados, posees una capacidad insólita para criticar el arte no en los términos de aquello a que aspira, sino más bien en términos de lo que es», le había escrito el director del departamento en su carta de aceptación. Judith lo consideraba un elogio perspicaz y muy halagador. Princeton también la atraía porque en ningún momento, durante el proceso de admisión, nadie había sugerido que sería bienvenida a la facultad a causa de su relación con el 11-S. (Algo que sí habían manifestado Harvard, Columbia y la Universidad de Chicago).

Su vida en Princeton no tardó en ser tan parecida a la de Yale —semanas ocupadas por densos e indiferenciados periodos de clases, profesores, diapositivas,

lectura, investigación y sexo frenético pero indiferente— que a veces ni notaba la diferencia. Caminaba bajo una arcada de piedra pálida que daba a un patio, examinaba una hilera de libros en un anaquel, buscando un título, cruzaba una desordenada sala de estar en dirección a un estrecho dormitorio o a un futón, y al final se sorprendía al recordar que ya no vivía en New Haven. Se le ocurrió que todo lo que había cambiado para ella en esos tres años eran los nombres que había en las placas de las puertas, los números que figuraban debajo del título de las asignaturas del programa, la forma y las contorsiones de los cuerpos.

Sabía que debía dedicar un poco de tiempo a construirse una vida fuera de la universidad. Pero nada de lo que pudiera incluir esa vida la atraía especialmente. Hacía un posgrado porque tenía que hacer algo. Y al menos el hecho de estar allí permitía que la siguieran considerando brillante y diligente —así al menos la consideraban sus nuevos profesores—, al igual que en Yale y en Gustav, y sabía que así seguirían considerándola mientras siguiera en la universidad.

Comenzó a investigar para una tesis sobre los motivos de la arquitectura gótica en el arte contemporáneo, y obtuvo una beca para pasar el verano posterior a su primer año estudiando en la Sorbona de París. Había visitado la ciudad con su madre cuando tenía nueve años, y a fin de enfrentarse a las dolorosas asociaciones que conllevaba —para arrancar la tirita de un tirón, por así decirlo—, pasó su primer día en París rehaciendo la ruta que ella y su madre habían seguido entre las atracciones turísticas de la ciudad: el Arco de Triunfo y el Panteón; el Sacré-Cœur y la Sainte-Chapelle; el Louvre, el Pompidou, el Musée d'Orsay; la Torre Eiffel y el Jardín de las Tullerías. Lloró durante todo el trayecto: al doblar cada esquina, ante cada recuerdo, tal como había previsto. Pero descubrió algo hueco en la fuerza de ese llanto: le sorprendió que las lágrimas no fueron más violentas, y la pena más intensa. Comprendió que para ella no habría fantasmas ni visiones: la ausencia de Hannah y David era uniforme en todo el mundo. Ese pensamiento la hizo llorar con más fuerza, con la fuerza que parecía haber estado buscando.

En la Sorbona las clases eran en francés, y el personal docente tenía una actitud más exigente que en Estados Unidos, pero si algo de eso suponía un reto un poco mayor para Judith, no tuvo muchos problemas en afrontarlo. Ya tenía soltura: soltura con el francés y soltura en la vida académica. Cuando un profesor anciano que había sido amigo personal de Braque la elogió ante toda la clase por un trabajo que había escrito, Judith de repente se vio a sí misma como una especie de cazadora de alabanzas académicas: iba de continente en continente, tachando nombres de una lista de reconocido prestigio. Quizá podría hacer estudios posdoctorales en Oxford.

Durante su primer mes en París, Judith conoció en su programa a una chica llamada Claudette Laurent. Tenía el pelo rubio, muy corto, una nariz clásicamente francesa —se ensanchaba en el puente y se curvaba de manera elegante en las fosas —, unos ojos grandes y azules, y unos grandes pechos. La verdad es que era preciosa, y a Judith le recordaba a las bellísimas Ashleys y Beths con las que había compartido

la secundaria. Cuando ella y Claudette iban por la calle, Judith se daba cuenta de que todos los hombres se volvían, tanto daba lo que estuvieran haciendo. Claudette se comportaba como si no se diera cuenta. Estaba prometida con un hombre mayor que ella, un profesor de filosofía de Lyon, cuya hija no era mucho más joven que Claudette. Esta se reía tontamente, como una colegiala, cuando describía lo guapo que era su novio, su inteligencia y sus *talents au lit*. Judith lo vio solo una vez: alto, de barba entrecana, brillante y arrogante sin darle importancia, de una manera típicamente francesa. Tenía que admitir que comprendía a Claudette.

Claudette pareció sorprenderse al encontrar en Judith una americana tan inteligente y tan perspicaz en el arte. Y admitió que le intrigaba la religión en la que había nacido su nueva amiga, a pesar de que esta la hubiera abandonado; Claudette decía que Judith era la primera judía que había tenido oportunidad de conocer. A Judith eso le parecía un tanto increíble, y comprendía que, tras haber pasado la gran mayoría de su vida en el noreste de Estados Unidos, se había engañado pensando que había judíos por todas partes. Pero no era el caso, desde luego, sobre todo en Europa.

Por su parte, Judith también encontraba algo fascinante en Claudette... como casi todo el mundo. Además de ser realmente hermosa, era realmente inteligente, y era como si nadie se pudiera creer el milagro genético que representaba esa joven. Judith a veces veía a Claudette como un ave exótica, rara y maravillosa, y la manera en que los demás reaccionaban ante ella —la propia reacción de Judith— ya resultaba cautivadora. Era como si la combinación de belleza física y gracia mental tuviera el efecto de alterar la gravedad social de todo cuanto la rodeaba: los maridos interrumpían a media frase las conversaciones que mantenían con sus esposas cuando ella se presentaba en un cóctel; los profesores más austeros y egotistas no solo se dignaban hablarle, sino que incluso intentaban seducirla y hacerla sonreír. Y la propia Judith —que nunca había sido una persona muy sociable, y en los últimos años aún menos— se sentía innegablemente atraída por ella, hasta el punto de que incluso percibía cierto calor en el vientre cuando Claudette la llamaba o se sentaba a su lado en clase.

Cuando se hicieron buenas amigas, Claudette invitó a Judith a la pequeña población rural donde vivían sus padres, a cuarenta minutos de París. Claudette la acompañó por el camino de tierra que separaba la carretera de la casa, saludó a su anciana perra, *Maxime*, y *madame et monsieur* Laurent le sirvieron un almuerzo de cinco horas de duración compuesto de estofado de pato, pisto, espárragos frescos, Merlot de la zona, queso y pan casero. Los Laurent eran personas amables y de pelo gris: *monsieur* era maestro de escuela, y felicitaba sin cesar a Judith por su acento, mientras que *madame* había sido actriz de teatro, y su belleza ayudaba a explicar la de su *fille*.

Durante la vuelta a París tras el almuerzo, Judith le contó por primera vez a Claudette cómo habían muerto sus padres. Los ojos de Claudette se llenaron de pesar, y, frotando suavemente el brazo de Judith, la llamó: «*Ma pauvre petite orpheline*».

Fue en ese momento cuando Judith decidió seducirla. Ya había estado antes con mujeres, y ya había comprendido que su fascinación por Claudette pasaría a lo sexual. ¿Quién hubiera podido resistirse? Pero en ese momento de vacío consuelo —extrañamente cándido, extrañamente condescendiente— fue presa de un deseo que obedecía no solo a la mera atracción.

Fue vergonzoso, fue grotesco —Judith lo sabía—, pero utilizó su sufrimiento para seducirla. Y cuando Claudette sucumbió, se dijo Judith, acabó siendo, a pesar de su singular inteligencia, a pesar de su singular belleza, poco más que un lugar común: nada más que otra chica francesa excesivamente intelectual fascinada por un dolor que, en su vida, no era más que una abstracción.

Una noche, en el apartamento de Claudette, después de haber estado bebiendo vino toda la velada con sus compañeros de clase en el decimotercero *arrondissement*, con otra botella de vino vacía ante ellas sobre la mesita baja, Judith se permitió echarse a llorar. No resultaba difícil: solo tenía que pensar en sus padres y en lo que estaba a punto de hacer. Pero no pudo evitarlo. Su lujuria se había entretejido con los celos y con el resentimiento, formando un impulso demasiado imperioso para resistirlo. Cuando Claudette, también llorando de solidaridad, le cogió la mano a Judith, esta comenzó a acariciarle el pelo, descubriendo la etérea suavidad que había esperado. A continuación bajó la cabeza de Claudette, encontró la apertura de su boca con los labios y le puso la mano entre los muslos. Claudette se apartó un poco, pero solo un poco. Para Judith el sexo fue como un triunfo y como el tocar fondo de la desesperación. La verdad es que no pudo distinguir una cosa de otra.

La aventura duró casi todo el verano. A pesar de la sofisticación parisina que exhibía, Claudette resultó ser, para sorpresa de Judith, emocionalmente inmadura. Tal como Judith ya había aprendido, nunca sabías cómo era la gente debajo de la ropa. Claudette lloró al sentirse culpable por haber traicionado a su prometido, y lloró por la confusión que le provocaba sentirse atraída por una mujer. Le daban rabietas, se negaba a salir de la cama, bebía vino de la botella y luego le suplicaba a Judith que le chupara el coño. Pero todo se combinaba, en una simetría extrañamente parecida al amor, con el resentimiento y el odio que Judith sentía hacia sí misma por lo que le estaba haciendo a Claudette. Su sufrimiento compartido provocaba una armonía de gran carga sexual: lloraban y follaban. Y Judith no podía negar un inconfundible sentimiento de justicia —incluso de venganza— al ver la hermosa cara de Claudette o bien ahogada en sollozos o retorcida por el orgasmo, y sabía que ella era la responsable. Estaba aprendiendo que en el fondo de sí misma había sombras cada vez más oscuras y cautivadoras.

No fue consciente del terrible pecado que había cometido hasta que Claudette comenzó a decirle que pensaba confesárselo todo a su prometido y que quería regresar con Judith a Estados Unidos aquel otoño. En ese momento Judith comprendió —demasiado tarde, como siempre— que estaba destrozando la vida de esa muchacha inesperadamente frágil.

Se dijo, de manera poco convincente, aunque apaciguadora, que Claudette quedaría aliviada si salía de la confusión emocional de esa aventura, y que un breve rollete lésbico encajaría a la perfección en el idilio que componía la narración de la vida de Claudette Laurent. Años más tarde, Judith pensaría que había subestimado a Claudette: cómo, incluso entonces, la había considerado un simple lugar común.

La tarde que Judith había escogido para acabar su relación, Claudette estaba sentada a la mesa de la estrecha cocina del piso alquilado de Judith, escribiendo a sus padres una carta manuscrita, tal como era su costumbre. Aquello le pareció a Judith tan insensible, de una crueldad tan innecesaria que, en retrospectiva, probablemente fue más brusca de lo que hubiera debido. Claudette acababa de firmar la carta con tinta azul al pie del papel pautado, cuando Judith dijo en inglés:

—No quiero seguir con esto.

Claudette levantó la mirada, la miró con frialdad y contestó:

—No sé de qué me hablas.

—No puedo seguir contigo. No quiero.

Claudette dejó la pluma sobre el papel.

—*Es-tu lassée, ma reine?*

—*Non, j'étais lassée bien avant.* —La cara de Claudette adquirió una expresión tensa, como si fuera a echarse a llorar. Judith se preguntó por qué no podía dejar de hacerle daño a esa chica—. *Je ne t'aime pas* —dijo, intentando ser rápida y misericordiosa: arrancar la tirita de un tirón.

Pero, a pesar de toda su inteligencia, en ese momento Judith descubrió, una vez más, que había nacido sin ninguna inteligencia emocional. Claudette se puso en pie, y Judith comprendió que la tensión que había visto no era tristeza, sino una furia incipiente.

—*Quoi de plus normal de la part d'une pute juive comme toi?*

Para asombro de Judith, descubrió que seguía siendo una persona inocente, una niña. Ese era el primer comentario antisemita que le dedicaban, y, como atea confesa, se quedó estupefacta de lo fulminantemente humillantes que resultaron esas palabras. Echó la mano hacia atrás todo lo que pudo y abofeteó a Claudette en la cara. El sonido, como el de un zurriagazo, llenó la cocina; le escocía la palma de la mano.

Durante varios segundos Claudette permaneció doblada hacia delante, palpándose la mejilla, casi pensativa. Por un momento Judith se sintió victoriosa —una nueva forma de victoria, bárbara y melodiosa, que no había conocido nunca—, y pensó en Hannah y David Bulbrook. Y entonces se echó a llorar, y dijo entre lágrimas:

—Lo siento, Dios mío, Claudette, lo siento muchísimo.

Avanzó hacia ella, pero en ese momento Claudette agarró el frasco negro de vinagre balsámico de bordes cuadrados que había sobre la mesa de la cocina. No solo pretendía arrojarlo en dirección a Judith (o eso afirmó más tarde), sino que proyectando el brazo hacia delante lo aplastó en la nariz de Judith, que avanzaba hacia ella, rompiendo el cristal y el hueso en un batiburrillo de añicos y sangre. Y

mientras Judith se doblaba al sentir el dolor que se le expandía por todo el cuerpo, desde la nariz, lo único que pudo pensar fue: «Así que esto es lo que quería».

El doctor que la atendió en el hospital al que Claudette la llevó tenía la cara carnosa y con manchas rojas, un temblor clásico de parálisis en la mano derecha, y unos mechones desordenados de pelo gris le asomaban de las sienes y de las orejas. Mientras Claudette sujetaba a Judith por las canillas, el médico le recolocó la nariz, envolviéndola con un enorme vendaje y una tablilla. Judith sabía que estaba haciendo una chapuza, y el temblor de las manos le provocaba constantes oleadas de dolor. Pero se dijo que se lo tenía merecido.

Ella y Claudette se separaron en la calle delante del hospital, con la cara de Judith envuelta parcialmente en el vendaje.

—Esta noche puedes dormir en mi apartamento —dijo Claudette.

—No —dijo Judith—. Todo ha sido un error.

Claudette se echó a llorar: unas lágrimas desatadas y desesperadas.

—*Pourquoi tu m'as fait ça?*

Una buena pregunta, se dijo: ¿Por qué lo había hecho? Las razones se le agolpaban en la cabeza. Estaba sola, andaba perdida; era cruel, estaba desconsolada. Se había criado en un ambiente protegido, mimada, y no sabía enfrentarse a la vida cuando esta no era gentil y amable; después de tantos años, ni siquiera lograba asumir la muerte de sus padres. Lo había hecho porque quería destrozarse no solo la vida de Claudette, sino también la suya propia: la vida que podría haber llevado si sus padres no hubieran cambiado sus planes de viaje para visitarla y salir en avión de Boston la mañana del 11 de septiembre de 2001. Así de fina era la línea entre una Judith y una Claudette, así de estrecha, así de absurdamente trazada. ¿Cómo no iba a desear arrastrar a Claudette a su lado? Era adicta al sufrimiento, se aburría; no había encontrado la manera de llorar la muerte de sus padres, y no la había llorado. Estaba en las espirales de su ADN: en quién era. Lo había hecho por todas esas razones, y por mil más, o por ninguna. No sabía por qué, y no podía explicarlo en inglés, y mucho menos en francés: por qué ocurrían las cosas, por qué la gente hacía lo que hacía.

—*Le terrorisme* —dijo Judith.

Pasó el resto de la tarde deambulando por la ciudad, sin destino alguno, simplemente caminando mientras la nariz le palpitaba un poco a cada paso. Al final cruzó un puente hacia la Île de la Cité y se paró delante de Notre Dame, mientras el sol ya se ponía; y a veces, cuando se asomaba por la ventana de uno de los pisos superiores del casino del Coronel en Las Vegas, y observaba la Franja^[12] y su despliegue de espectáculos y el desierto y las montañas, y cómo se iban cubriendo de una luz entre rojiza y rosácea, se acordaba de la catedral como si estuviera pintada de ese mismo delicioso color rosa: las dos torres y el trío de pórticos, el rosetón y la

profusión de figuras labradas: santos, pecadores, reyes y ángeles. Aquel día, la plaza de Notre Dame estaba sorprendentemente vacía: los turistas que solían pulular con una cámara sobre el pecho, los grupos de visitas guiadas, el raro parisino devoto, todos se habían ido a casa o a su hotel.

Entonces se acordó de algo: un recuerdo que la había esquivado durante su primer día en la ciudad, sometida a las emociones. Se acordó de que, cuando su madre y ella visitaron Notre Dame, trece años atrás, Hannah había quedado tan conmovida que se había sentado sobre los adoquines que formaban una suave pendiente en la plaza y había escrito un poema. Posteriormente ese poema se había publicado en *Harper's*, y se había reproducido en uno de los libros de su madre. Pero ni aquel día, ni ninguno de los que siguieron, incluso años después, Judith logró recordar el título del poema, ni si lo había leído. Sin embargo, recordaba lo mágica que le había parecido su madre en ese momento: su actitud de maestro, de guardián de grandes secretos.

Pero de pronto, ante la catedral, supo que no había ningún secreto: su madre no era sino otra persona que tenía que morir. No había magia en el poema, ni en el acto de escribir, ni en la propia catedral, erigida para un Dios hundido en el que no creía. Judith también supo que había llegado el momento de abandonar la universidad. Había seguido la fe de sus padres todo lo que había podido, mucho después de haber dejado de creer en ella. Había mantenido los rituales de sus padres porque eran los únicos que tenía. Pero era una historia en la que ella ya no se reconocía: Judith Klein Bulbrook, tan prometedora, todas las grandes cosas que tenía que hacer en su vida. Al final, Judith Klein Bulbrook también había resultado ser una especie de terrorista.

Una monja apareció a su lado —diminuta y arrugada— y se quedó mirando extática la fachada de la catedral, con el griñón negro casi en la línea de los ojos. Judith se preguntó si alguna vez había visto una monja que no fuera vieja. Entonces se levantó un fuerte viento, que apretó el vendaje contra la cara de Judith con tanta fuerza que soltó un gruñido y volvió la cabeza. Cuando el viento amainó, y volvió a levantar la mirada, la monja la observaba con una pequeña sonrisa solidaria.

—¿Inglesa? —preguntó la monja.

—Americana —contestó Judith.

La monja asintió, como si eso lo explicara casi todo.

—Sufrimos tan poco por Él, que sufrió tanto por nosotros —dijo la monja para consolarla. A continuación se alejó con sus pasitos cortos.

Judith volvió la cara a la fachada de la catedral, mientras el rosa de la tarde daba paso a un rojo azulado, y pensó en aquella frase, y comenzó a aplicar su tan elogiado intelecto a analizar gramaticalmente las palabras. Al utilizar la primera persona del plural la mujer probablemente se refería a la humanidad; pero Judith había aprendido que el sufrimiento era individual, y cuando era colectivo, era mucho, no poco; en cuanto a Él... Ahí se detuvo. Apartó la mirada de la catedral y concluyó que la frase era exactamente lo que parecía: una chorrada.

9. Y agarrando a Jonás, lo tiraron al mar

Jonah se despertó en el suelo de su apartamento. La noche anterior había conseguido emborracharse lo suficiente como para quedarse dormido: de manera metódica había ido ingiriendo una botella de Jack Daniel's que había comprado volviendo de casa de Zoey. El teléfono sonaba en algún lugar de los cojines que había en el sofá. Mientras levantaba la cabeza pesada y palpitante, intuyó que llevaba sonando mucho tiempo. Lo cogió y miró quién era: Sylvia lo llamaba. El teléfono era inmisericorde —para él, para ella— al informarle de manera exacta de cuántas veces había llamado Sylvia, y de cuántas veces había llamado Brett, y de cuántos mensajes de texto y cuántos correos electrónicos le habían enviado los dos. El meollo de lo que leyó era que tenía que estar en las oficinas de Corcoran a las nueve de la mañana. El reloj de la pantalla del teléfono le indicaba que eran las ocho y media. Miró en dirección a las ventanas. Un luminoso sol amarillo canario se derramaba por el suelo del apartamento.

Se puso en pie tambaleándose, se dirigió al cuarto de baño, abrió el botiquín para no tener que verse en el espejo y a continuación el grifo del lavabo. Le sorprendió la pequeña cacofonía que provocaba el agua en el diminuto aposento, y se quedó unos momentos de pie, escuchándola ausente. A continuación se inclinó hacia delante, acercó los labios al frío chorro de agua, bebió un rato y luego se la echó por la cara. Si esperaba que eso le proporcionara un atisbo de claridad sobre lo que se suponía que tenía que hacer, se quedó decepcionado. Cerró el grifo y se fue al dormitorio, donde cerró la puerta: no tenía muy claro qué pretendía hacer allí, así que simplemente se sentó en el suelo.

La luz de la habitación era de un azul intenso y turbio, y entraba a través de las cortinas azul marino. No recordaba cuándo había corrido las cortinas, cuándo había estado por última vez en aquel dormitorio. Le pareció que los ritmos del tiempo que su vida había seguido anteriormente, los ritmos que seguían casi todas las vidas —despertarse, trabajar, dormir— habían quedado ahogados por otro tipo de tiempo más dominante. No lograba recuperar la cólera ni la autocompasión del día anterior. Comprendió que todo lo que había conseguido empapándose de esas emociones había sido humillarse, volver a engañar a Sylvia, y hacerle daño a la persona a la que menos quería perjudicar. Pero, de verdad, se preguntó: ¿qué más le faltaba por sentir?

La puerta de su armario estaba abierta, y antes de conseguir apartar la mirada vio, en el espejo de cuerpo entero de su interior, el reflejo que había deseado evitar de manera instintiva. Vio su cara agotada y envejecida. Todavía llevaba puesto el traje que Dolores le había comprado, o al menos casi todo: tenía la camisa moteada de manchas y abierta hasta el ombligo, había perdido la corbata y solo llevaba un zapato, mientras que el otro pie estaba descalzo. Y en sus hombros encorvados, en las bolsas rojo negruzcas de debajo de los ojos, en su inexpresión apática y medio boquiabierta,

le pareció ver —ver, como si fuera un aspecto de su apariencia tan literal y permanente como su nariz— hasta qué punto estaba hundido: de agotamiento, de los efectos físicos de tanto beber, de tanto fumar, de tanto discutir y mentir y regatear, que de repente le pareció lo único que había estado haciendo durante días. Cerró los ojos, esperó el sueño, pero el teléfono volvía a sonar.

Naturalmente, era Sylvia. Pero ¿qué podía decirle? ¿Que no podía vivir con ella en Bond Street porque...? ¿Por qué? ¿Porque era metafísicamente incapaz? ¿Porque simplemente no quería? Ignoraba que no quisiera. Solo sabía que sus deseos se habían vuelto difíciles de analizar, se habían llenado de riesgo y de ambigüedad. Quizás esa era la intención —el origen— de sus visiones: su mente intentaba decirle que no sabía lo que quería. No era una racionalización muy convincente, de todos modos: de hecho, una de las menos convincentes que se le habían ocurrido. ¿Acaso su mente no poseía rutas más directas para suministrar esa información básica, rutas en las que no se produjeran daños colaterales?

Había estado mirando la pantalla de su iPhone mientras tenía esos pensamientos, contemplando ausente el anuncio de la llamada de Sylvia, y cuando el anuncio hubo desaparecido, se encontró estudiando la pantalla con más atención, escrutando el pequeño mundo pixelado del dispositivo. Era tan curioso, tan pulcro y tan esperanzador a su manera: en la parte superior, la hora en una imperturbable tipografía helvética, los iconos de los mapas, los mensajes y los juegos: todo lo que pudiera necesitar a lo largo del día. Se le ocurrió que era otra versión del cielo de nubes algodonosas, con sus ángeles de mejillas sonrosadas, cuya imagen, creer en ella, tanto consolaba a la gente. Esa era la versión que lo había consolado.

Por tercera vez en muchos minutos, llamó Sylvia. Era razonable pensar que se preocupara por él. Era razonable que Jonah no causara más daño del que ya había causado. Y cuando todo lo demás fallaba —y todo lo demás parecía haber fallado en este punto—, al menos podía intentar no empeorar las cosas.

—Hola —le dijo al teléfono.

—Dios mío, Jonah —dijo preocupada—. ¿Dónde has estado?

—Trabajando. Fuera. No sé.

—Pero estarás en Corcoran dentro de veinte minutos, ¿verdad? Estoy yendo en taxi desde LaGuardia.

—Mira, Sylvia... —Pero no supo cómo acabar la frase.

—No me digas que no vas a estar, Jonah, no me lo digas. —Había una mezcla desconocida de preocupación y de cólera en su voz, tensa de una manera desesperada—. He cancelado una reunión con el presidente del Banco de China y el ministro de Finanzas de Angola. —El hecho de que acabara de divulgar quiénes eran los participantes del acuerdo en el que estaba trabajando sorprendió más a Jonah que sus cargos: significaba mucho para ella. ¿Y por qué Jonah no iba a vivir para los demás? Parecía que ya no se le permitía vivir para sí mismo.

—Bajo a coger un taxi —dijo Jonah.

Se tomó un poco de tiempo para cambiarse de ropa, y cuando salió del apartamento supo que debería haber dicho que llegaría un poco tarde para poder ducharse y afeitarse. Pero ¿qué más daba ya? Al menos debía llegar a tiempo, por ella.

Al final acabó llegando antes que Sylvia. Un recepcionista lo condujo a una sala de juntas decorada con mapas enmarcados de Nueva York en diversas fases de su historia, donde había una mesa alargada a la que estaba sentado Brett, que cuando entró Jonah estaba grapando el contrato con una grapadora eléctrica.

—¡Jonah! —dijo con previsible buen humor cuando este entró—. Me alegro de verte. —El aspecto risueño de Brett solo sirvió para agotar todavía más a Jonah. Se dejó caer en una silla giratoria en la otra punta de la mesa—. Jonah, ¿cómo estas? —preguntaba Brett, y su voz adquiría un tono de interés muy sincero. Probablemente debería haberse duchado, concluyó Jonah—. ¿Has dormido esta noche? ¿Has llamado al Gurú Phil? Te lo prometo, te pondrá en contacto con lo universal.

Jonah se frotó la frente con los pulpejos de las manos, aliviándose un poco el dolor de cabeza.

—No necesito un gurú para eso, Brett —dijo—. Cuando lo universal tiene algo que decirme, baja y me da una patada en las pelotas.

—Exacto —dijo Brett—. ¡Exacto! Parece que has tenido una epifanía.

—Eso es lo único que no he tenido...

—¿Sabes cómo me sentía cuando cerró Lehman?

—¿Como si te hubieran dado una patada en las pelotas?

—Como si me hubieran dado una patada en las pelotas.

Jonah levantó la cara y miró a Brett, sonriéndole de manera alentadora, como si supiera exactamente por lo que estaba pasando Jonah, y que no era tan importante. Decidió que lo que no soportaba era el rollo moralista.

—¿Sabes?, Brett, contribuiste a provocar un colapso económico global, por lo que quizá te merecías la patada en las pelotas.

Brett asintió.

—Es posible, Jonah, es posible. Pero lo que importa es lo que hacemos con esa patada. ¿Dónde te lleva esa patada? Sé dónde me llevó a mí.

Estaba claro que el optimismo de Brett era indestructible, tanto como el pesimismo de Jonah.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —murmuró, frotándose otra vez la frente.

—Claro —replicó Brett—. Echa un vistazo al mapa —dijo indicando uno situado cerca de donde estaba sentado Jonah. Estaba dibujado a mano en blanco y negro, llevaba por título *New Ámsterdam, 1660*, y en él se veía la punta de Manhattan con una modesta colección de embarcaderos y granjas, con barquitos dibujados a lápiz que zarpaban de la costa—. Muy pocos neoyorquinos aprecian la historia marítima de la ciudad, pero has de recordar que esta fue, ante todo, y durante toda su existencia, una ciudad portuaria. Ahora bien, lo que me resulta realmente interesante es que

comiencen a ver el sabor náutico de la arquitectura en muchas de las nuevas construcciones de...

—Lo siento, lo siento —dijo Sylvia, entrando apresuradamente en la sala—. Me ha tocado uno de esos taxistas que no saben conducir. —Llevaba su bolsa para pasar un día de impresionante eficacia, se la veía perfectamente conjuntada, como siempre: una chaqueta y una falda color tabaco y una camisa azul pálido, planchada y de cuello recto, tacones, y una melena corta organizada con precisión militar. En ese momento Jonah tuvo una epifanía: iba a vivir con esa mujer. Ella debía de haber captado algo en su mirada, porque correspondió con un ceño de perplejidad, que se agudizó al ver su aspecto general. Se sentó a su lado.

—Bueno, pues empecemos —dijo Brett. Deslizó el contrato a través de la mesa. Sylvia parecía esperar a que Jonah lo cogiera, cosa que lo sorprendió hasta que recordó que, ah, claro, era abogado. Como pasaron unos momentos y no lo cogió, Sylvia comenzó a leerlo—. No hay nada exótico en él —dijo Brett mientras ella leía—. Es el típico contrato de arrendamiento. Gastos de rescisión, restricciones para los animales domésticos, límites de responsabilidad. En cuanto lo firméis, el propietario lo contrafirmará y os mandaré a los dos una copia por FedEx, espero que mañana por la tarde. La fecha de la mudanza es el 1 de septiembre, pero el pago que hacéis hoy del primer mes, del último mes, y del depósito, os cubre hasta el primero de octubre. ¿Habéis traído la chequera?

Sylvia asintió, y volvió la mirada hacia Jonah. Dadas las circunstancias, tampoco se le podía culpar por haber olvidado ese detalle. Sylvia le dijo a Brett:

—Te extenderé un cheque por la cantidad total.

—Por nosotros, perfecto —dijo Brett.

—Jonah, ¿quieres echarle un vistazo? —le preguntó Sylvia, y le entregó el contrato. Jonah se lo miró y la miró a ella. Lo había estado evitando: ver sus ojos perplejos, frustrados y preocupados. Apartó la mirada.

Brett se dio unos golpecitos en los bolsillos del pantalón y dijo:

—¿Sabéis, chicos? Me he olvidado la pluma. Voy a buscar una.

Se puso en pie y se marchó. Jonah tenía que reconocérselo: moralista o no, Brett tenía un tacto increíble.

Jonah esperaba que de inmediato a Sylvia se le desatara la lengua sin tapujos, pero ella se volvió hacia él y le dijo en un tono inquieto:

—Cuéntamelo, Jonah.

—He tenido... No sé, Syl.

—Sé que ha sido duro estar separados. ¿Crees que yo no te echo de menos?

Él volvió a mirarla: la cara de Sylvia reflejaba más preocupación y apoyo. Sí, se dijo, podría vivir con esta mujer.

—Creo que he trabajado demasiado —dijo deprisa—. He estado estresado y he estado bebiendo y todo eso.

—Lo huelo perfectamente, Jonah.

—Pero ya sabes que yo no soy así.

—Lo sé —contestó Sylvia.

—Y que... que puedo ser lo que quieras que sea, creo, si trabajamos juntos.

Ella le cogió la mano y se la apretó.

—Mira, no te enfades —dijo Sylvia—. He estado hablando con Emily de, bueno, nuestros problemas. Ella y su marido también han tenido problemas matrimoniales, y fueron a ver a un consejero en Chappaqua, y por lo que me dijo... Creo que ese hombre podría ayudarnos, Jonah.

El padre de Sylvia era alcohólico: un mierda mezquino y misógino al que Jonah había conocido una vez y no tenía ningún interés en volver a ver. Había hecho a Sylvia, a su madre y a sus dos hermanas todo lo desgraciadas que había podido, y solo se había detenido ante lo estrictamente ilegal. Sylvia había huido a diversos internados, a Harvard, a Nueva York, primero a Wells Frago y después a Ellis-Michaels. Qué terrible debía de haber sido para ella entrar en esa sala y encontrarlo en ese estado. ¿Era ese el mensaje de todo lo que a Jonah le había pasado? ¿Que era otro mierda, igual que el padre de Sylvia? Muy bien, se dijo, lo he entendido. Cambiaré.

—Iremos a ver a ese consejero de Chappaqua —dijo, y al pronunciar las palabras, sintió un increíble arrebato de esperanza y de optimismo. ¡Sí, se dijo, el consejero de Chappaqua!—. Iremos cinco veces por semana si hace falta.

—Superaremos esto y comenzaremos una vida juntos —le dijo Sylvia. Lo besó y le puso la mano en el corazón.

En aquel momento regresó Brett. Jonah concluyó que o había cámaras en la sala o el sentido de la oportunidad de Brett era impecable. En cualquier caso, ese hombre tenía que ser el mejor agente inmobiliario de la ciudad. Volvió a sentarse, formal y con la espalda recta, con la ceremonia que debía de considerar digna del momento: le entregó a Sylvia un bolígrafo negro Vision (Micro).

Sylvia abrió el contrato y, sin soltar la mano de Jonah, estampó su firma. A continuación le deslizó los papeles y el bolígrafo a Jonah. «Sylvia J. Quinn», había escrito. Jonah levantó el bolígrafo. Había una fina línea negra donde tenía que firmar, y encima un espacio.

Observó las pulcras curvas del nombre de Sylvia. Se descubrió mirando la inicial del medio. Había escrito su primer nombre y el apellido en cursiva, pero la «j» con letra normal. Y hasta ese momento nunca le había visto incluir la inicial en la firma: ni en un cheque, ni en una carta, ni en nada de lo que le había visto firmar. Había algo tan conmovedor en la presencia de esa inicial, algo tan honesto y franco, como si en esa diminuta letra con sombrerito que se proyectaba hacia arriba se concentraran todas sus esperanzas, su lealtad hacia él, su deseo de estar juntos en Bond Street. Solo cuando vio la letra Jonah comprendió lo mucho que necesitaba un hogar.

—Te he engañado —dijo. No la miraba, no miraba a nadie, seguía mirando la firma con tinta negra, el enorme espacio vacío que había al lado, sobre la línea donde

tenía que estar su nombre. La sala estaba en silencio. Al parecer, ni siquiera Brett tenía suficiente tacto para eso.

—¿Con quién? —preguntó Sylvia por fin.

—Con Zoey.

—¿Cuánto tiempo?

—Meses.

—Eres tan estúpido —dijo simplemente Sylvia—. Eres tan tan estúpido. —Suspiró de manera audible. A continuación cogió la grapadora eléctrica que había en la mesa y la estampó contra la cara de Jonah—. ¡Eres tan estúpido, joder! —gritó mientras él casi se caía de la silla. Sylvia arrojó la grapadora sobre la mesa y esta explotó en una nube de grapas. Brett se protegió los ojos. Sylvia recogió el bolso y salió.

Había algo exquisito, algo tremendamente puro o absoluto en el dolor de la cara de Jonah. Sylvia le había golpeado en la nariz de plano: Jonah se llevó los dedos a la nariz, y cuando rozaron la punta, todo su campo de visión quedó engullido por un dolor blanco y agudo. Al mirarse los dedos, tenía gotitas de sangre.

—Muy bien —dijo Brett—. Mantengamos la calma. —Estaba de pie, muy pálido, subía los brazos y los bajaba hasta el codo, como un estudiante de teatro gesticulando en una obra escolar.

Jonah sabía que tenía la nariz rota.

Después de eso, Brett ya no fue de gran ayuda. Siguió insistiendo en la necesidad de mantener la calma, y finalmente tuvo que sentarse con la cabeza entre las rodillas. Desde esa posición, reveló que siempre se había mareado ante la visión de la sangre. La persona de más ayuda fue la recepcionista que había acompañado a Jonah hasta la sala. Había cursado un par de semestres en una escuela de enfermería, le dijo, y examinó su nariz de manera profesional y le confirmó que, sí, estaba rota, y sí, tendría que ir a un hospital. Poco después apareció un directivo con una especie de documento de renuncia para que Jonah lo firmara. Este no había perdido su conciencia de abogado, por lo que se negó a firmar nada mientras le sangrara la cara, aunque en un estado de ánimo distinto podría haberle asegurado al directivo que habría sido difícil que se sostuviera un caso por daños y perjuicios en presencia de una grapadora. El directivo se tomó a mal su negativa a firmar y le dijo algo grosero a Brett —a quien Jonah le había tomado un extraño cariño—, y cuando Jonah le dijo al directivo que debería dejar de ser un gilipollas con sus empleados, le pidieron que abandonara las oficinas de Corcoran. Antes de que Jonah se marchara, la recepcionista le entregó una hamburguesa vegetariana del congelador de la cocina, y Jonah se la apretó suavemente contra la nariz durante un rato, sentado en la acera.

Era media mañana de un bonito día de verano: cálido, pero no húmedo, el cielo era de un azul intenso y sin nubes. Jonah se acordó de cuando se sentaba en el porche de la casa donde se había criado, en Roxwood, y quizás a causa del frío de la hamburguesa vegetal, se acordó de cuando comía polos. No podía negar que sentía

una paz interior, sentado en aquella estrecha acera. Lamentó el daño que le había causado a Sylvia. En aquel momento parecía claro que el daño era lo único que podía ofrecerle, y viceversa. Al menos aquel daño había alcanzado su punto final, o quizá su clímax inevitable. En cualquier caso, había terminado.

Reconoció que si se había sentido obligado a hacer una confesión, debería haber esperado: haber encontrado un momento apropiado, una manera más suave de decirle la verdad. Cuando había llegado el momento, no le había parecido que tuviera elección. Era como si las visiones y todo lo que había seguido hubieran formado lentamente una marea, y en esa sala de juntas le hubiera parecido que ya no podía resistirla. Quizá ya nunca lograría resistirla.

Y eso, intuyó mientras se pasaba la hamburguesa vegetariana de una mano a la otra, era el verdadero origen de esa inesperada alegría. El alivio era algo más que la satisfacción al final de una relación extenuante. Era el alivio de ceder, de entregarse, de ser arrastrado por una corriente contra la que había luchado en vano durante tanto tiempo.

Miró a su alrededor: la calle era demasiado pequeña para ser algo más que un afluente del barullo y el tráfico de la ciudad; pasaban tan pocos coches que los oía llegar y alejarse uno a uno. El sol de finales de verano parecía tocarlo todo con el matiz más sutil del oro. Y mientras se iba fijando en todo eso, se preguntó: ¿por qué resistirse?

¿Por qué no reconocer, se dijo con un fervor creciente, esa sensación que había adquirido de formar parte de la humanidad? ¿Por qué no adaptarse a esa conciencia crónicamente afligida? ¿Por qué no ceder ante esos impulsos espásticos de ser mejor de lo que quería? ¿No era ese el significado, el sentido, en que se resumían todas sus experiencias recientes? ¿Por qué no renunciar y hacer el bien?

La sencillez y la claridad con que se le presentó esa idea fue tal que durante varios momentos se olvidó de la nariz, y se quedó sentado mirando al otro lado de la calle con la hamburguesa vegetariana sobre la rodilla. Entonces el teléfono —la sirena de niebla o la sirena del mundo que ni una calle tranquila ni un día soleado podían restringir— sonó en su bolsillo. Sacó el teléfono: lo convocaban a una reunión con Doug Chen aquella tarde. Recordó las circunstancias del caso de la BBEC: 5F-LUM6, Dyomax y Dale Compstock. Recordó el robo que había cometido la BBEC, y que su papel era ayudarlos a salir indemnes. Comprendió que era una explicación demasiado simplista de las cosas. Las complejidades morales que por suerte había observado en su análisis anterior todavía estaban vigentes, aun cuando de pronto deseara lo contrario. Pero eso no importaba. Se sometería a un criterio superior, era evidente que tenía que hacerlo. Tenía que pensar en los científicos cuyo trabajo se había echado a perder, o en la docena de personas o más que perderían su empleo, o en los inversores iniciales y los... Esos eran los únicos ejemplos, sin embargo, que se le ocurrían de individuos que sufrirían de verdad si la BBEC ganaba. Pero eran suficientes y, además, la cuestión era que ya no razonaba como antes, ya no

le parecía que las ambigüedades inherentes a una disputa entre una multinacional farmacéutica y una empresa de biotecnología le absolvieran de ninguna responsabilidad personal, ética y moral. Abrazaría esa responsabilidad. Correría hacia ella.

Descubrió que crear una nueva cuenta de Gmail en el iPhone era logísticamente un poco complicado, pero al final lo consiguió. A continuación hizo una búsqueda en Google News sobre la BBEC: encontró un artículo en el *Wall Street Journal* titulado «SE ACERCA LA FECHA DEL JUICIO DE BBEC CONTRA LA EMPRESA DE CAMBRIDGE». El uso de la expresión «se acerca» sugería que la reportera tenía alguna idea de lo que estaba ocurriendo. Jonah le escribió un correo electrónico desde su nueva cuenta ficticia, <BBECsource123@gmail.com>:

tengo acceso a documentos relacionados con bbec/dyomax... incluyen correspondencia interna de bbec entre altos directivos... debería ser de interés para el wsj... necesario 100% de anonimato... pf aconseje próximo paso...

Se dijo que quizás se estaba pasando de cauteloso con ese lenguaje críptico, con las minúsculas y las elipsis. Pero ¿por qué arriesgarse? Quería hacer lo correcto, pero tampoco quería sacrificar su carrera.

Cuando se puso en pie, descubrió que la tranquilidad había florecido hasta convertirse en dicha. Por fin se sentía libre de culpa, se sentía libre de la mentira, se sentía libre de la degradación moral que tan fácilmente había permitido que pasara a formar parte de su carrera, de sus relaciones y de su vida. Dejaría todo eso atrás, al igual que había abandonado la hamburguesa vegetal, ya llena de sangre, arrojándola al suelo.

Se metió en un taxi y le dijo al chofer que lo llevara al hospital Beth Israel. No era el hospital más cercano, pero parecía el más apropiado. Mientras iba en dirección norte, repasó los correos electrónicos, y vio que había recibido uno de Becky:

¡Hola Jonah!

Te he estado llamando, pero ¡no contestas! Supongo que estás hasta arriba de trabajo. Quería darte una noticia estupenda... El fin de semana Danny me propuso matrimonio!!! Naturalmente dije que sí. :-p De todos modos, veámonos pronto y te cuento toda la historia. (No te creerías lo nervioso que estaba). Estoy tan contenta de que nos viéramos el viernes y conocieras a Danny un poco mejor. ¡Tenemos que volver a vernos pronto!

Besos de tu prima recién prometida,

BECKY

Jonah se lo pensó un momento y contestó:

Hola Becky:

Me alegro de tener noticias tuyas. Hay algo que debería haberte dicho hace un par de días. En tu fiesta vi a Danny besándose con un tipo en la escalera. No pensaba decirte nada, pero ahora me doy cuenta de que no habría estado bien. Llámame y hablaremos.

Besos,

JONAH

Solo después, cuando ya era demasiado tarde, comprendería que un indicio evidente de que quizá no estaba pensando con demasiada claridad al escribir ese correo electrónico era el hecho de que había comenzado diciendo «Me alegro de tener noticias tuyas». Pero cuando apretó el botón de enviar, lo único que sintió fue que se liberaba de una gran carga, que reafirmaba aún más su manera de pensar, y —lo peor de todo, le parecería en retrospectiva— que se sentía orgulloso ante esa última prueba de su recién hallada integridad.

Cuando Jonah llegó a urgencias, su herida no se consideró crítica, o al menos no lo bastante crítica como para no tener que llenar los impresos del seguro y luego quedarse sentado durante una hora debajo de un televisor en el que se veía a todo volumen *El precio justo* mientras se apretaba una bolsa de hielo contra la nariz. Cuando por fin una enfermera pronunció su nombre, lo llevaron a una pequeña sala de tratamiento separada por cortinas, donde estuvo esperando veinte minutos. Al final llegó una doctora extremadamente agobiada: una india más o menos de su edad con bata blanca y gafas. La doctora le hizo algunas preguntas de rutina, al parecer sin escuchar las respuestas, y estudió su nariz desde diversos ángulos. Al cabo de más o menos un minuto, le inyectó anestesia en la cara y se ausentó de la sala durante otros veinte minutos. Cuando regresó, se puso de inmediato a manipularle la nariz, que ya estaba entumecida, y comenzó a moverla y a tirar de ella, sensaciones que Jonah solo sentía como si un fantasma le tirara del cuello.

—No necesita cirugía, y eso es bueno —dijo mientras le trabajaba la nariz—. Puede que quede un poco torcida, aunque para eso están los cirujanos plásticos. —Le colocó una tablilla sobre la nariz y comenzó a envolverla para que quedara inmovilizada—. No se la quite durante al menos veinticuatro horas —dijo—. Procure que no se le moje. —Hablaba con un acento precioso, inglés con inflexiones del sureste asiático, que a Jonah le recordaba a una corresponsal de la BBC—. Le recetaré algo para el dolor. ¿Alguna vez ha tomado analgésicos?

—No —contestó Jonah.

—Le pondré uno suave, entonces. La enfermera ha dicho que se ha golpeado con algo. ¿Una grapadora?

—Mmm.

—Debería presentar una denuncia —dijo de nuevo de manera rutinaria, y comenzó a escribir la receta.

Quizás era un poco fea, pero con su precisa elocución y las pequeñas gafas de montura plateada que llevaba tenía un innegable atractivo de bibliotecaria.

—¿De dónde es usted? —le preguntó Jonah.

La mujer levantó la mirada de la receta y frunció la frente detrás de sus gafas, como si no lo entendiera.

—De la India —contestó.

Una doctora era justo la clase de persona que necesitaba en su vida, se dijo Jonah. Y considerando el hecho de que desde esa mañana estaba soltero y sin compromiso, dijo:

—Sé que con la nariz así probablemente no tengo muy buen aspecto, pero cuando me quite esto, ¿cree que podríamos salir un día a cenar? —Ya lo creo que se sentía liberado.

La doctora lanzó una mirada mordazmente desinteresada. A lo mejor eso le ocurría a menudo.

—Estoy casada —dijo—. Tómese el Adonine una vez cada cuatro horas, no más. —Le entregó la receta y se marchó.

Jonah no se tomó el rechazo muy a pecho. Por lo que sabía, la mujer estaba casada de verdad y, además, con la nariz rota... En cualquier caso, estaba ejerciendo una nueva libertad, más que intentando ligar en serio con ella. Y si decidía que necesitaba compañía después de romper con Sylvia, siempre podía intentar recuperar la relación con Zoey. Quizás esta vez incluso funcionara.

Cogió la receta y se fue a casa. Se duchó con la cara vendada al otro lado de la cortina, se puso un traje limpio, se tomó un Adonine y se fue a trabajar. El día antes se había ido del trabajo temprano, y hoy llegaba tarde, pero esos dos hechos encajaban a la perfección en una sola mentira que había inventado en la ducha: la de que había resbalado y se había caído por las escaleras del metro, rompiéndose la nariz. Mientras subía en el ascensor hasta la planta veintinueve, pensó en los cambios que haría en su carrera. De ahora en adelante, trabajaría tan solo en procesos en los que los clientes intentaran, por ejemplo, protegerse en casos de violación de patentes, o para reparar robos evidentes de la propiedad intelectual, casos, en otras palabras, en los que Cunningham Wolf indudablemente ayudaba a un cliente afectado a obtener justicia. Desde luego, esos casos no eran muchos. Pero estaba dispuesto a aceptar una carrera más humilde a fin de adherirse a sus nuevos valores.

Mientras se abrían las puertas del ascensor, sintió una repentina punzada de angustia, y comprendió que al menos parte de sus pensamientos habían sido una negociación preventiva. Pero al salir del ascensor, la primera persona que vio fue un asociado con el que había trabajado los últimos meses, y que iba vestido con un traje gris marengo y los zapatos marrones lustrosos. El asociado le dijo hola a Jonah, y este le respondió con un asentimiento de cabeza *de rigueur*, y le alegró haber conseguido por fin volver con los buenos, y que sus sacrificios hubieran sido aceptados.

Entonces, mientras recorría el pasillo, su teléfono emitió la señal de un mensaje de voz de origen desconocido. Aquello le provocó una nueva aprehensión, pero lo achacó al efecto del analgésico que había tomado. Escuchó el mensaje. «Eres una persona horrible, Jonah», dijo el autor del mensaje, una voz masculina que no reconoció. «Eres una persona horrible, horrible. Pero algún día comparecerás ante Jesús y responderás por todo lo que has hecho». Eso era todo. Solo al escucharlo por tercera vez comprendió que era Danny.

Dedujo que la cosa se había puesto en marcha. Sin embargo, la reacción le sorprendió, aunque evidentemente no debería haberlo sorprendido. Pero de algún modo había imaginado que su correo electrónico, en fin, conseguiría que todo el asunto quedara olvidado. De todas formas, Jonah se recordó que el único responsable era Danny, y si Danny estaba enfadado, debería enfadarse consigo mismo. Jonah era tan solo el mensajero. Y en cuanto a Jesús, bueno, Jonah consideraba que él tenía más autoridad sobre el tema que Danny.

Con su bienestar así preservado, Jonah siguió andando hasta su oficina. Encontró a Dolores tras su mesa, que fingió estar muy ocupada tecleando cuando lo vio acercarse.

—Buenos días, Dolores —dijo Jonah. Ella no contestó—. Quiero disculparme por lo de ayer. —Pareció que Dolores tecleaba aún más fuerte. Le incomodó pensar que seguía enfadada con él, de modo que dijo—: Repito que lo siento de verdad, y no volverá a ocurrir. Te lo prometo. —Pero ella no se dio por enterada, y al final Jonah entró en su oficina y cerró la puerta.

Miró hacia el rincón donde antes se amontonaban los expedientes de la BBEC: habían desaparecido. Se volvió y comprobó que su escritorio también estaba vacío: el ordenador, los papeles y los libros que lo cubrían; no había nada. Durante un instante de terror se dijo que estaba teniendo otra visión, esta más minuciosa precisamente por lo que no mostraba, pero reconoció casi de inmediato que faltaba la sofocante intensidad de las demás visiones. Además, su teléfono seguía sobre el escritorio, y su diploma de la Facultad de Derecho aún colgaba de la pared. Pero el terror inmediato solo dio paso a un temor descorazonador, lo cual tampoco era un gran alivio. No precisaba de los instintos que había desarrollado a lo largo de 17 500 horas de trabajo para saber lo que estaba ocurriendo. En cuestión de presagios, una oficina desnuda no era el mejor. Abrió la puerta de la oficina, y se encontró con que Dolores también había desaparecido. La vio corriendo por el pasillo hacia el cuarto de baño.

—Vaya... —Y antes de que pudiera decir «joder», el teléfono de su mesa comenzó a sonar. Se le ocurrió no contestar, pero eso no haría cambiar la opinión de nadie, y no desharía lo que ya se había hecho—. ¿Diga? —le dijo al teléfono.

—Hola, Jonah, soy Scott Baker —dijo afablemente la persona que lo llamaba—. ¿Por qué no te acercas a la oficina de Doug Chen para que podamos hablar? —Scott Baker era uno de los socios, pero nunca cogía ningún caso, nunca se veía con los clientes, y nunca comparecía ante un tribunal. Era, como sabían todos los del bufete, quien se encargaba de solucionar los problemas internos de Cunningham Wolf. Una llamada de Scott Baker. Como presagio, no era de los buenos.

—¿Habrás algún representante de recursos humanos? —preguntó Jonah, y la nariz le empezó a doler de repente.

Scott Baker se rio.

—¿Lo dices en serio, Jonah?

—Lo que estoy preguntando es si necesito un abogado.

—Bueno, en el edificio hay a montones. A ver si alguien quiere acompañarte.

Comparecerás delante de Jesús y responderás por lo que has hecho, pensó al colgar el teléfono.

¿En qué cojones había estado pensando?

Habían pasado solo unos días desde que visitara por última vez la oficina de Doug Chen, y dentro no había cambiado nada: el Mondrian, la escultura de piedra, Doug Chen tecleando en silencio en su inmaculada mesa: todo prístino, sobrio y terso. La única diferencia —y, por desgracia, no de poca monta— era que Scott Baker estaba sentado sobre el alféizar de la ventana de Doug Chen, balanceando las piernas con despreocupación. Llevaba unos pantalones caquis, una camisa sin corbata y unas zapatillas de deporte. Tienes que ser muy muy buen abogado para conseguir librarte de la acusación de cargar decenas de miles de dólares en *strippers* en la tarjeta de crédito de tu empresa; pero has de ser todavía mejor abogado para ser socio de Cunningham Wolf e ir vestido de esa manera. Estoy jodido, se dijo Jonah.

Pero Scott Baker esbozó una sonrisa agradable cuando Jonah entró. Era un hombre de cara hinchada y complexión fofa, tenía las mejillas y la nariz muy rojas, como un desventurado hombre de mediana edad que siempre vuelve de las vacaciones quemado por el sol.

—Siéntate —dijo, señalando la silla que había delante de donde estaba Doug Chen. Jonah obedeció; Doug Chen siguió tecleando.

—Bueno, lo primero es lo primero, estás despedido —comenzó a decir Scott Baker balanceando las piernas. Jonah asintió con una expresión sombría. Tenía las manos cruzadas en el regazo, y tuvo que hacer un esfuerzo para no desplomarse en la silla—. ¿Qué te ha pasado en la nariz? —preguntó Scott Baker.

—Mi exnovia me ha golpeado con una grapadora.

Scott Baker soltó una risita solidaria, como si escuchara su historia tomando una copa en un bar.

—Jonah, hoy no es tu día. ¿Te han roto la nariz antes o después de que le mandaras un correo electrónico a Ashley Salomon del *Journal*?

Jonah suspiró pesadamente.

—Sí que ha ido rápido —dijo.

—La próxima vez que mandes un correo anónimo, hazlo desde un iPhone que no sea propiedad de tu jefe. Jonah, si tú hubieras sido Garganta Profunda, Richard Nixon seguiría siendo presidente. —Y volvió a soltar otra risita afable.

El teléfono, se dijo Jonah. Claro.

—¿De verdad seguís el rastro de todo eso?

—No sé muy bien a qué te refieres con «todo eso», pero si escribes «BBEC» en un correo electrónico y lo mandas al *Wall Street Journal*, entonces sí, le echamos un vistazo. Sea como sea, ¿has escrito el correo y luego tu novia te ha roto la nariz?

—Primero me ha roto la nariz, y luego he escrito el correo.

Por primera vez Scott Baker miró en dirección a Doug Chen, que seguía

tecleando como si su despacho estuviera en silencio. Scott Baker se volvió hacia Jonah.

—Y al final no has enviado nada, ¿verdad? Me refiero a que eso simplificaría mucho las cosas. —Jonah negó con la cabeza—. Nos lo figurábamos —contestó Scott Baker—. Con lo cual quiero decir que no hemos encontrado que faltara nada. No se pueden fotocopiar esos documentos, por cierto. Son de un papel especial. Tampoco pueden escanearse. ¿Te han dado algún analgésico?

—Adonine —contestó Jonah.

—¿Te has tomado uno y luego has escrito el correo?

—No, la verdad es que lo he escrito antes de... —Jesús, se dijo, mientras Scott Baker se volvía de nuevo hacia Doug Chen: ¿por qué no se declaraba culpable de romper el contrato en ese mismo momento?—. No creo que deba decir nada más.

Scott Baker hizo un gesto con la mano.

—Supongamos que no has enviado nada. Este es el punto más importante. —Se bajó del alféizar de un saltito, cogió una carpeta color manila que había tenido al lado hasta ese momento, y se la entregó a Jonah. Dentro había dos documentos grapados—. Así va la cosa —dijo Scott Baker—. En el primer documento juras que no has enviado ningún documento, de la BBEC ni de cualquier otro tipo, a ningún medio de comunicación, ni a nadie ajeno a los medios de comunicación, ya sabes, a nadie de verdad, y nosotros nos abstenemos de ir por ti con toda la artillería por violar los acuerdos de confidencialidad, que, por cierto, tienen sanciones económicas, y lo sé porque los redacté yo. Por supuesto, si resulta que has enviado algo...

—No he enviado nada —insistió Jonah, ofendido por esas palabras, y sin razón, reconoció, porque eso era exactamente lo que planeaba hacer.

—Como ya te he dicho, más o menos te creemos —contestó Scott Baker—. Pero firma esto y estaremos mucho más tranquilos. El otro documento es un cese laboral bastante estándar: tres meses de sueldo, no volver a pisar las oficinas, etc. Por nuestra parte preferiríamos no darte nada, pero ya sabes cómo funciona esto: es un poco más limpio y parece mutuo. Los jurados hacen cosas muy raras.

—No voy a demandaros —murmuró Jonah.

—No creemos que lo hagas, pero si firmas, esta noche dormiremos mejor —replicó—. Además, Jonah, esta es una de esas ofertas que esperamos que aceptes de inmediato. De lo contrario, bueno, digamos que esto ha llegado a algunas de las personas de más arriba del bufete, y esas son las últimas personas que quieres que te caigan encima con toda la artillería.

Jonah observó que Doug Chen había dejado de teclear: lo miraba fijamente, con su característica expresión desapasionada e inescrutable. Jonah sabía que al menos debería leer los dos documentos. Pero también sabía que lo mejor que podía hacer para salir de ese despacho sin ser objeto de un pleito que no podía ganar y tampoco se podía permitir sería firmar esos documentos lo más rápido posible. Sacó un bolígrafo que encontró en el bolsillo —y comprendió que era el Vision (Micro) de Corcoran—,

y, sin más consideración, firmó el documento de la BBEC. Pasó las hojas del documento de cese hasta la última página, y no pudo evitar hacer una pausa. Sus ojos habían vuelto a caer sobre el espacio en blanco que quedaba sobre la línea, donde supuestamente debía escribir.

—Si firmo esto, no podré volver a trabajar en ningún bufete de Nueva York, ¿verdad?

—¡No! —dijo Scott Baker alegremente, y de algún modo sin malicia—. Y tampoco me haría ilusiones de poder trabajar en Los Ángeles ni en Chicago.

Jonah levantó la mano, pero le temblaba. Ahí estaba: su carrera, cada una de las 17 500 horas —¡de su vida!—, todos sus planes.

—No puedo hacerlo —dijo.

—Pues yo creo que deberías —respondió Scott Baker.

Volvió a mirar aquella gruesa línea negra, sobre la cual temblaba ligeramente la punta de su bolígrafo. Se imaginó que esa era la misma dificultad que habría tenido si le hubieran pedido que se cercenara una de las extremidades con esos trazos de bolígrafo.

—¿Podemos...?

—Me temo que no —contestó Scott Baker—. Enviaste el correo.

De nuevo hizo ademán de firmar, pero la mano le temblaba de manera embarazosa. Intentó sujetarla con la otra mano, pero no sirvió de nada. Finalmente bajó el bolígrafo y lo apoyó sobre la parte superior del papel. Vio que Doug Chen todavía lo miraba.

—Ten en cuenta que el bufete ha invertido mucho en ti —dijo Doug Chen con su habitual falta de entonación—. Quizás, aunque reconocíamos que eras prometedor, no prestamos la suficiente atención a otras de tus cualidades. —Lo único que pudo hacer Jonah fue devolverle la mirada llena de estupor.

—Creo que la idea es que nosotros también lamentamos que esto haya ocurrido —dijo Scott Baker—. A fin de cuentas —continuó dibujando un círculo en el aire con el dedo, como si trazara el perfil de la cara de Jonah—, nos habíamos planteado hacerte socio.

—No obstante, en este momento lo que más te conviene es firmar —dijo Doug Chen—. En interés de todos.

Jonah sabía que tenía razón, y —en lo que comprendió que probablemente sería la última demostración de lo «prometedor» que había sido como abogado, capaz de ascender algún día a socio de uno de los mejores bufetes de Nueva York— entendió el argumento que le planteaban: era algo que les debía. Aspiró hondo y se cortó la pierna por la rodilla. Le entregó los documentos a Scott Baker y se echó a llorar. Las lágrimas eran muy puras en su tristeza y en su remordimiento: por segunda vez aquel día se sentía como un niño, esa vez como uno que se acurruca en la sala junto a una lámpara rota. A la humillación de todo aquello se añadía el dolor que sentía en la nariz a cada sollozo. Cuando hubo recobrado lo suficiente la compostura para

levantar la cabeza, Doug Chen volvía a teclear; Scott Baker se había vuelto a encaramar al alféizar y volvía a balancear las piernas.

—No te preocupes —dijo Scott Baker—. No se lo contaremos a nadie. Pero por curiosidad: ¿ibas a vender los documentos al *Journal*? Ellos no pagan por este tipo de cosas, no lo bastante como para que valga la pena, de todos modos. ¿O te imaginabas testificando ante el Congreso y saliendo en *60 Minutos*? Algunos lo consiguen cuando tienen tu edad. Tienen que demostrar que son mucho más listos que los demás.

—Yo solo... intentaba hacer lo correcto.

—¿Conciencia?! —gritó Scott Baker en una parodia de sorpresa—. ¿Es que no te la extirparon en la Facultad de Derecho? —Le lanzó una mirada a Doug Chen, pero este seguía tecleando. Scott Baker casi estaba decepcionado de que Doug Chen no se hubiera reído—. En cualquier caso, Jonah —continuó—, solo queda una cosa. ¿Sabes esa escena de las películas en la que el policía tiene que devolver la placa y la pistola?

—Sí —dijo Jonah, aunque no lo pillaba. Entonces cayó en la cuenta. Scott Baker asintió para confirmarlo. Jonah se metió la mano en el bolsillo, abrió la cartera, sacó la tarjeta de crédito del bufete y su identificación para el edificio, y las colocó sobre la inmaculada superficie de la mesa de Doug Chen.

—No has cargado nada raro en la tarjeta, ¿verdad? —preguntó Scott Baker.

—No. Quiero decir, no, mi secretaria se encarga de los recibos...

—Nadie te está acusando, es solo curiosidad. De todos modos, lo comprobaremos. —Hubo una pausa—. Y el teléfono —dijo Scott Baker. Jonah se metió la mano en el bolsillo y colocó el iPhone sobre el escritorio; vaciló un momento, y enseguida apartó la mano.

—¡Pues ya está! —dijo Scott Baker—. Y ahora, permíteme que te dé un consejo personal. Entre la nariz rota, el intento de difusión ilegal de documentos y que te han despedido, creo que te irían bien unas vacaciones. Tómate los tres meses de sueldo, vete de la ciudad, bébete unos mai tais, e intenta adaptarte a cómo son las cosas en lugar de querer cambiarlas. Y cuando te hayas vuelto a apretar los tornillos que se te han aflojado, a lo mejor puedes intentar otra carrera legal menos ambiciosa. Los federales siempre contratan gente.

Jonah seguía mirando el teléfono. Era como si la amputación que había imaginado antes se hubiera hecho real, y contemplaba con aire desamparado la extremidad abandonada.

—Lo siento mucho —dijo Jonah—. Lo siento de verdad. —Y tuvo que reprimirse para no llorar otra vez.

—Bueno —dijo Scott Baker—, recuérdalo la próxima vez que alguien te diga que hagas lo correcto. —Entonces se echó a reír, y quizás hasta la boca de Doug Chen se movió un centímetro.

Cuando Jonah regresó a su despacho, Dolores tampoco estaba. Imaginó que eso era lo mejor; se dijo que ella había llamado a Scott Baker o a quien fuera cuando

llegó, y no podía evitar considerarlo una especie de traición. Pero, naturalmente, ella no había hecho más que su trabajo, ¿y qué habían sido el uno para el otro, en realidad, aparte de dos personas que hacían su trabajo en el mismo lugar y que nunca se habían tenido mucho aprecio?

Alguien había colocado un póliz sobre su mesa. En él, con una letra que no reconoció, habían escrito: «Alguien le espera en recepción». Supuso que sería por algo de seguridad. Podrían haberse ahorrado las molestias. A fin de cuentas, ya habían vaciado su oficina; y él ya había estampado su firma en los documentos de castración, por los que les cedía todo lo relativo a su carrera en Cunningham Wolf que tuviera que cederles. ¿De verdad pensaban que después de lo que había firmado estaba con ánimos para montar una escena?

Repasó los cajones de su escritorio y no encontró nada que valiera la pena conservar, y tampoco vio de qué podían servirle los resguardos de esos supuestos billetes de la suerte de los Knicks, ni una almohadilla para el ratón. Se quedó mirando un momento su diploma enmarcado (Columbia, 2005), y decidió que sería demasiado patético salir con eso debajo del brazo. Cuando estaba a punto de marcharse, observó que tenía un nuevo mensaje en el teléfono de su despacho, procedente del número de trabajo de Sylvia. Con entusiasmo y una esperanza que posteriormente encontraría embarazosos, cogió el teléfono y escuchó el mensaje: «Hola, soy Linda, de la oficina de la señorita Quinn. La señorita Quinn me ha pedido que quede con usted para recoger los efectos personales que tiene en su casa. Si pudiera decirme una hora que le resulte conveniente, mandaré a...». Colgó. Había hecho llamar a su secretaria. No cabía duda de que era muy propio de Sylvia. A ella no le escucharía mensajes de voz llorosos ni confesiones nocturnas de remordimiento o de pesar. Si tenía que derramar lágrimas o expresar remordimientos era, para bien o para mal, demasiado orgullosa, demasiado fuerte y demasiado inteligente para compartirlas con él. Y de repente sintió un poderoso impulso de llamarla, de decirle que era la persona más fuerte que había conocido.

Incluso levantó el teléfono antes de darse cuenta de que sería inútil. No pasaría del buzón de voz, no pasaría de Linda. ¿Y qué le importaba a ella, de todos modos, que la considerara muy fuerte?

Procuró no cruzar la mirada con nadie mientras recorría el pasillo hasta los ascensores. Suponía que todo el mundo ya estaba enterado, y no se sentía con fuerzas para enfrentarse a las reacciones que pudiera encontrarse: no quería que la gente se sintiera incómoda por su culpa, no quería ver falsa comprensión, no quería leer satisfacción apenas disimulada en colegas que pensaban: un competidor menos, un rival menos. No quería verlos desnudos otra vez.

Recorrió el pasillo y abrió la puerta de cristal que comunicaba con la zona de recepción, preguntándose cómo lo abordarían los guardias de seguridad (¿con brusquedad?, ¿con deferencia?; nadie lo había echado nunca de un edificio), y cuando vio que no esperaba ningún guardia de seguridad, sino su prima Becky, con una

sudadera que le quedaba grande y con la capucha puesta, y los ojos cubiertos por unas grandes gafas negras, y su prometido, Danny, vestido con un elegante traje negro, las manos en las caderas, como para proyectar algo que —pensaba Jonah— ni siquiera sabía qué era, y la compañera de habitación de Becky, Aimee, que tenía un brazo alrededor del hombro de Becky y lanzó una mirada furibunda y desdeñosa en dirección a Jonah cuando este apareció. Era un retablo tan extraño que al principio no tuvo ni idea de qué decir. La mujer sentada en recepción lanzaba furtivas miradas de curiosidad al grupo y a Jonah, al parecer intentando averiguar cómo encajaban esas personas.

Pero tras su perplejidad inicial, Jonah comprendió perfectamente para qué habían ido, y en lugar de comenzar aquella conversación de inmediato, se volvió hacia la recepcionista y le dijo:

—Angelica, ¿verdad? —Era una joven hispana de ojos almendrados, de pelo negro y lacio que asintió a la pregunta un tanto confusa, a todas luces sorprendida de que, de entre todos los presentes, hubiera decidido dirigirse a ella—. Lamento no haber participado en tu regalo de cumpleaños.

—No pasa nada —dijo ella enseguida. En su mirada Jonah leyó que pensaba que podía estar loco. Se preguntó qué le habría contado Dolores, y enseguida se acordó del vendaje que llevaba en la cara.

Se volvió hacia los demás.

—¡Creo que merezco que me felicitéis! —De inmediato comprendió que era un chiste cruel, y, por si no lo hubiera comprendido, las expresiones que observó (abatida, indignada y colérica respectivamente) se lo habrían indicado. Pero se dijo que, en el mejor de los casos, era una situación de sainete, aunque evidentemente nadie más estaba dispuesto a verlo de esa manera, y no los podía culpar.

—¿Eso es para ti? ¿Todo esto no es más que un gran chiste? —comenzó a decir Aimee—. ¿Te das cuenta de que la gente tiene sentimientos? ¿Te das cuenta de que es parte de tu familia? Lo digo en serio. ¿Hay gente así en el mundo? ¿De verdad? Vaya. ¿Sabes? Vaya.

—Jonah —comenzó a decir Danny, con una voz severa pero que sugería que estaba dispuesto a ser razonable, algo que Jonah no se habría podido tomar en serio aunque Danny no hubiera mantenido las manos en las caderas—. Supongo que tenías una buena razón para contar la mentira que has contado —dijo—. Y quizá no tenías una buena razón para mentir, pero debes saber que tu mentira ha hecho mucho daño. —Si intentaba transmitirle la actitud que esperaba que Jonah adoptara, no estaba siendo muy sutil con su sutileza.

—Tu prima se ha pasado horas llorando —dijo Aimee—. ¿Es que eso no significa nada para ti?

Aún tenía el brazo por encima del hombro de Becky, que mantenía la cara y la vista en el suelo. Jonah había conseguido no mirarla detenidamente hasta entonces. Se fijó en que llevaba pantalones de pijama. Al verlo comprendió de repente lo

humillante que debía de haber sido presentarse así en el bufete, lo humillante que debía de haber sido todo para ella: recibir el correo electrónico, contárselo a Aimee y hablar con Danny. Era evidente que si las tentativas de bondad a Jonah le habían servido de poco, de menos habían servido para su prima.

—Becky, ¿puedo hablar a solas contigo un momento?

—No creo que sea buena idea —dijo Danny.

—¿De verdad? —dijo Jonah con evidente repugnancia. El tremendo remordimiento que sentía había accionado un desprecio equivalente hacia Danny por su papel en todo eso.

—Parece que te has lesionado —sugirió Danny—. ¿No habrás tenido una conmoción...? —añadió solícito.

—No, no tengo ninguna conmoción, tengo la nariz rota. —Se volvió hacia Aimee—. Concédeme solo cinco minutos.

Pero era evidente que Aimee y Danny estaban confabulados —conspiraban por el bienestar de una chica que, como Jonah creyó de repente al ver su cara cenicienta y abatida, durante una época se había autolesionado—, porque Aimee dijo de inmediato:

—Nadie quiere oír más tonterías tuyas. No sé si eres un sociópata o algo parecido, o si realmente tienes un sentido del humor muy muy enfermizo, pero lo único honrado que puedes hacer ahora es admitir que ese correo era una mentira.

Jonah estudió su cara: tenía las mejillas encendidas, la mirada iracunda y una actitud decidida. Si estaba actuando, lo hacía bien. Pero no, concluyó, probablemente Danny también la había convencido. O, mejor dicho, no había tenido que convencerla. Simplemente nadie le creía.

—Mira —dijo Danny—. A lo mejor el viernes por la noche ibas colocado, o a lo mejor te pasa alguna otra cosa, pero tienes que comprender que hacer cosas como lo que has hecho, sin venir a cuento, lo dijeras en broma o no, Jonah, es algo que no se puede hacer de ninguna manera. —Miraba a los ojos a Jonah mientras decía todo eso, y también ponía una expresión muy cercana al convencimiento. De no haber estado tan consternado, Jonah habría quedado impresionado—. Lo único que queremos, la única razón por la que estamos aquí —añadió—, es para que admitas que lo que has escrito en ese correo no era cierto, para que Becky lo pueda oír en persona, y podamos olvidarnos de todo esto.

Jonah le dirigió otra mirada a Becky, que aún tenía la mirada humillada, pero movía la boca y las mejillas como si se esforzara por no entregarse al sollozo que habían mencionado.

—Vamos —le dijo Aimee—. No seas tan gilipollas, ¿vale? —Con ese último interrogante, su expresión cambió, como si apelara a él de una forma distinta: de manera más seria y menos hostil. A lo mejor también estaba metida en eso, aunque Danny no lo supiera. A Jonah se le ocurrió que aquella escena poseía las capas superpuestas de engaño de un juicio amañado—. No dejaré de llorar, ¿vale?

—No podéis discutir todo esto aquí —decía Angelica desde la mesa de recepción. Quizá lo habría dicho antes, pero Jonah intuyó que se había quedado embobada mirando lo que ocurría—. Tendréis que marcharos todos.

—Pongámonos de acuerdo en olvidar todo esto —dijo Jonah.

Jonah le dirigió una última mirada a Becky. Era una verdadera lástima, se dijo, que no hubiera llegado a conocerla mejor.

—No ha sido más que un chiste cruel —le dijo—. ¿Por qué no lo olvidamos todo?

Aimee atrajo a Becky un poco más hacia sí.

—¿Vale, cariño? ¿Podemos irnos ya a casa?

Becky movió la cabeza de una manera que quizás indicaba que estaba de acuerdo, y Aimee enseguida apretó el botón del ascensor, una y otra vez. Jonah se dijo que veía en la cara de Danny un asomo de alivio, de gratitud —cierto reconocimiento de lo que ambos sabían que era cierto—, pero Danny apartó la mirada antes de que pudiera ir más allá de un asomo de algo. Probablemente había cosas que Danny no reconocía ni ante sí mismo.

Danny se había colocado detrás de las dos mujeres, de cara al ascensor, esperando. Al parecer, no había nada más que decir. Pero entonces Jonah lo comprendió: cuando has logrado el acuerdo que querías, no te quedas a esperar a que la otra parte cambie de opinión. Finalmente se abrieron las puertas del ascensor, pero cuando Aimee dio un paso al frente, Becky se quedó donde estaba, y a continuación volvió la cara hacia Jonah.

—Apártate de mi vida, Jonah —dijo. Entonces los tres entraron en el ascensor y se cerraron las puertas.

Jonah esperó unos minutos para darles tiempo a cruzar el vestíbulo y coger un taxi. Al cabo de unos minutos, Angelica preguntó:

—¿Era cierto?

Se volvió hacia ella.

—Sí —le contestó—. Era cierto.

Angelica asintió, comprendiendo la situación.

—¿Qué ha hecho...? —Sonó el teléfono de recepción—. Cunningham Wolf —contestó—. Mmm, mmm, al habla... No, en realidad, él está, mmm... —Apartó la mirada de Jonah. En voz más baja, añadió—: Está aquí mismo, de hecho, ¿quiere que...? Mmm, ¿está...? Muy bien, lo haré... ¿Señor Jacobstein? —dijo, dirigiéndose a él—. Tiene que irse ahora mismo, señor Jacobstein, de lo contrario nosotros...

Apretó el botón del ascensor, entró cuando se abrieron las puertas y bajó hasta el vestíbulo.

Ya era casi media tarde. Por muy suave que le hubiera parecido a Jonah la mañana, reinaba un calor de treinta y cinco grados, no mitigado por el viento ni adornado por

la humedad. El calor parecía reunirse en luminosos añicos y astillas de sol sobre todas las superficies metálicas —las bocas de riesgo, las bacas de los coches aparcados, las astas de bandera horizontales en las entradas de los edificios de la periferia del centro — para juntarse en una capa uniforme sobre las aceras y la calzada. Jonah se había quedado a menos de un metro de la entrada del 813 de Lexington durante varios minutos antes de darse cuenta de que el vendaje se le había empapado en sudor, y que le colgaba por las mejillas. Pero no hizo ningún movimiento para arreglárselo, y se quedó donde estaba. Cuando salió del edificio, miró a uno y otro lado de la acera, hasta que su mirada se perdió en un neblinoso punto de fuga. De repente se enfrentó a un dilema desconocido, un dilema que hasta ese momento no se le había presentado nunca: no tenía dónde ir.

«Nosotros», le había dicho Angelica. «Nosotros». No dejaba de pensar en ello, una y otra vez. Casi de manera instantánea, Cunningham Wolf se había convertido en «nosotros», y él en el señor Jacobstein, una persona ajena a la empresa, prácticamente un desconocido. Lo mismo había ocurrido con Becky, Danny y Aimee: era como si hubiera atravesado una especie de membrana permeable, y los demás se hubieran convertido en un organismo nuevo sin él, o quizás era algo parecido a lo que eran sin él: una familia. Danny y Aimee, ellos eran la familia de Becky. Y él era el gilipollas contra el que se habían unido.

¿Qué tenía que hacer ahora? ¿Volver a Roxwood? ¿Irse a vivir con su madre? Aparte de lo deprimente sin paliativos que le parecía la idea, sabía que a su madre no le haría ningún bien que su hijo adulto de repente se fuera a vivir con ella. Era una persona que sufría de ansiedad, y con la edad había empeorado. Le preguntaría continuamente si se encontraba bien, y cada vez que Jonah intentara explicar cómo coño había acabado allí, con poca sutileza lo achacaría a la influencia de su padre. La idea de mudarse con su padre tampoco le atraía mucho. No quería dormir en un sofá en el apartamento de su padre cuando este llevara mujeres a casa, y su padre tampoco le querría allí. La cuestión era que él y sus padres eran tres adultos que desde hacía mucho tiempo llevaban vidas separadas.

Junto a él pasaron dos hombres que reían y que entraron en el vestíbulo. Eran banqueros de las plantas superiores: Jonah lo sabía porque los había visto más de una vez corriendo desnudos alrededor del árbol del vestíbulo los días que anunciaban los bonos. Los observó con su maletín, su vaso de café y su teléfono: pasaron junto al árbol y entraron en un ascensor.

Cuando hubieron desaparecido, sus ojos se demoraron en el árbol. Como siempre, su follaje era de un verde resplandeciente, y su tronco grueso y retorcido evocaba una inamovible permanencia. Jonah, comprendió, siempre había visto el árbol como símbolo de algo, aunque no supiera exactamente de qué. No era algo que hubiera que admirar de manera necesaria, aunque tampoco era para desdeñarlo; pero había imaginado que siempre formaría parte de su vida. Al final se dijo que había tenido una especie de fe en el árbol, una fe depositada en algo que no lo merecía. Nunca

había imaginado la fragilidad de su lugar en el mundo.

Permaneció un buen rato delante del 813 de Lexington, hasta que por fin echó a andar, más obedeciendo al deseo de que sus antiguos colegas no lo vieran en ese estado de derrotada inmovilidad que por un impulso de ir a otra parte. Caminó sin rumbo ni destino, simplemente a la deriva por una avenida, y luego por la siguiente. Al final el azul del cielo de verano se oscureció; el sol se fue poniendo, las sombras se alargaron, el calor remitió y todo el mundo que tenía que estar en la calle sufrió un poco menos. En los cubículos, los empleados abandonaron sus cuentas y apagaron sus monitores; la estación de Pennsylvania y Grand Central y todas las estaciones del metro estaban abarrotadas de personas que volvían a casa; los más cautos decidieron que había llegado el momento de abandonar Central Park. Mientras Jonah se abría paso entre los carritos de venta ambulante que los vendedores enganchaban a la parte trasera de sus coches, y los grupos de gente que esperaban junto a la parada del autobús, un destino comenzó a fijarse en su mente, más firme a cada paso. Cuando llegó, la piedra de la plaza que había delante del edificio de Zoey había adquirido esos tonos levemente naranjas del crepúsculo neoyorquino: la amalgama de todos los faros de los coches, los fluorescentes de las ventanas de las oficinas, los cigarrillos encendidos, las luces de neón, grandes y pequeñas, y —en algún lugar más allá del horizonte, edificios, cerca de Hoboken, imaginó Jonah— el ocaso.

Mientras esperaba que apareciera Zoey, se sentó en una de las macetas de cemento que salpicaban la linde de la plaza. La maceta estaba caliente, y el borde era incómodo, pero Jonah estaba demasiado exhausto como para seguir de pie: le dolían las piernas, y la nariz gemía cada vez que respiraba. La habría llamado, naturalmente, pero el número de Zoey, todos sus números, habían quedado en su iPhone, que se encontraba en las oficinas de Cunningham Wolf, en un cajón del escritorio de Doug Chen, imaginó, un cajón como el que los profesores utilizaban para guardar las revistas y los caramelos que confiscaban. Lo único que podía hacer era esperarla.

Cuando el crepúsculo hubo cedido casi por completo a la noche, aún no la había visto. Al principio, mientras la gente volvía a su casa, sola o en grupos, el tráfico peatonal que cruzaba la plaza había sido constante, pero ya estaba prácticamente vacía. Cada vez le daba más miedo que se hubiera marchado sin que él se apercibiera, o que no se hubiera presentado a trabajar. Si tardaba más, tendría que ir a buscarla a su apartamento. Pero ¿y si estaba con Evan? ¿Y si se negaba a abrirle la puerta?

Entonces la vio: una figura delgada, reconocible más por su complexión y su paso característico que por lo que pudiera ver de su cara en lo que quedaba de luz. Zoey llegó más o menos al centro de la plaza, se detuvo y, a continuación, contrariamente a lo que él esperaba, no introdujo la mano en el bolso en busca de un cigarrillo. Se quedó inmóvil unos momentos, y luego se llevó la mano a la boca, justo debajo de la nariz, y la dejó ahí, la cara en una expresión de delicada concentración, como si intentara recordar algo, o estuviera en la playa, buscando las luces de un barco lejano. Jonah distinguió algo tierno y conmovedor en su pose, y sintió el impulso de

simplemente dejarla en paz, tal como había prometido. Pero pensó que si lo intentaban una vez más, quizá no fuera demasiado tarde.

Zoey bajó la mano y dio unos pasos más. La primera expresión que puso al verlo acercarse fue de terror, e incluso reculó; Jonah lo achacó a su cara vendada. A continuación Zoey lo reconoció, y la boca le dibujó una curva de preocupación, pero ella pareció apartar de sí esa expresión de manera consciente, y cualquier pensamiento que la hubiera inspirado, y su cara se convirtió en una máscara de notoria irritación. Comenzó a alejarse rápidamente.

—Espera... Zoey —dijo Jonah, y se puso a seguirla—. Tengo que hablar contigo. —Pero ella no se detuvo—. Por favor, Zoey —dijo procurando no quedar rezagado, pero caminar deprisa resultaba difícil, pues cada paso le repercutía en la nariz.

—Me imagino perfectamente cómo te has hecho eso en la cara —murmuró Zoey sin dejar de caminar.

—Por favor, dame solo un segundo —dijo—. Zoey, yo... yo... —Pero ¿cómo iba a convencerla de que esta vez sería diferente, de que no la cagaría, como había hecho siempre, como había dicho incluso el día anterior en su apartamento? ¿Cómo podía explicarle lo que había comprendido mientras caminaba hasta su oficina, al analizar lo que quedaba de su vida: que estaba enamorado de ella, que siempre había estado enamorado de ella, que todo lo que había ocurrido había ocurrido porque había roto con ella, pero que aún podía enderezarse, aún podía repararse?—. ¡Quiero casarme contigo! —fue lo que se le ocurrió.

—*Jesu Christo* —contestó Zoey sin aflojar el paso.

—¡Lo digo en serio! —exclamó Jonah. Ya habían cruzado el borde de la plaza, y él la seguía por la acera—. ¡Mi vida era un error, ahora me doy cuenta, pero puedo cambiar, quiero cambiar! Quiero ser lo que quieras, lo juro, quiero tener una familia, quiero tener hijos contigo. ¡Hijos judíos! Quiero que hagan el bar mitzvá, quiero que coman kosher, quiero que vayan de vacaciones a Israel, quiero... —Jonah sabía que estaba balbuceando, y se daba cuenta de lo grotesco de su aspecto por las miradas de incomodidad de mira-a-esa-momia-persiguiendo-a-esa-jovencita que le dirigían todos los que pasaban, pero siguió adelante: cada movimiento de la boca le redoblaba el dolor de la nariz, pero continuó. No veía que tuviera otra elección—. Viviremos en una casa. En las afueras. Nos iremos de Nueva York.

—Me gusta Nueva York —dijo ella sin mirarlo.

—En Yonkers —dijo Jonah—. Allí podría practicar la abogacía. O regresaremos a Larchmont, donde naciste.

—Vaya, ahora la cosa se pone romántica.

—¡Por favor, Zoey, por favor! —gritó Jonah, y algo en su tono (su desesperación, o lo absoluta y desinhibida que era esa desesperación) la hizo detenerse, por fin, aunque seguía sin mirarlo, mantenía la cara vuelta, los brazos cruzados sobre el pecho, y el bolso le colgaba de la mano. Zoey estaba debajo de una farola encendida—. Sé que he cometido errores —dijo Jonah. No sabía a qué errores se refería, pero

sin duda habían sido muchos—. Y quiero que sepas lo mucho que lo siento por todo. Zoey, yo nunca... nunca había comprendido... —Por su bien, ansiaba desesperadamente poder acabar la frase. Pero lo cierto es que tenía la impresión de que lo comprendía cada vez menos—. Quizá, quizá si al principio...

—Por favor, no —dijo Zoey, negando con la cabeza. Unas sutiles sombras proyectadas por la farola que había en lo alto le cruzaron la cara mientras la movía adelante y atrás, de manera que Jonah solo pudo distinguir las formas, intermitentes y borrosas: los labios, los ojos y la amada nariz.

—Podemos empezar otra vez —le dijo Jonah—. Puede ser como antes. —Ella seguía negando con la cabeza—. Por favor, Zoey —dijo—. Cásate conmigo. Eres mi última esperanza.

Zoey probablemente no tenía intención de golpearle exactamente la cara, pero su bolso era grande, el vendaje era grande, y también podría no haberle acertado. En cualquier caso, al momento siguiente toda la cara de Jonah estalló de dolor, y se encontró acuclillado en el suelo, con las rodillas contra el pecho, cubriéndose la cara con los antebrazos, como si fuera a lanzarse a la piscina tipo bomba.

—Lo... lo siento —dijo ella sin mucha convicción.

Jonah logró contestar:

—O sea, ¿que te lo pensarás?

Y ella soltó una carcajada. Parecía haber pasado mucho tiempo desde la última vez que la oyera reír, y comprendió que lo había hecho todo mal otra vez.

—Esto es lo que imagino —dijo—. *Schlampe* ha descubierto que eres un mujeriego y te ha golpeado con su Louboutin. Como estoy segura de que a partir de ahora mi nombre va a aparecer a menudo en vuestras conversaciones, y apuesto a que va a ser calumniado de manera inmisericorde, por favor, menciónale que siempre imaginé que era la clase de mujer que lleva zapatos bonitos.

»Por lo que a mí se refiere, he dejado de fumar, he comido col rizada a mediodía y ya no voy a ser la chica a la que acudes cuando tus relaciones de verdad se complican demasiado y necesitas alguien cuyas exigencias y expectativas sean exactamente cero. Y sí, para mí has sido esa persona cuando yo he querido, pero la cuestión es que ya no lo quiero, porque sé que no me conviene. Y si algún día alguien a quien amo me propone que me case con él y va en serio, ¿sabes lo que no dirá esa persona? No dirá: “Eres mi última esperanza”. Espero que lo recuerdes, Yonsi, a las chicas eso no nos halaga mucho. —Él levantó la cara para intentar responder, pero ella continuó—: La pura verdad es que he abandonado toda esperanza de que alguna vez dejes de intentar ser más gilipollas de lo que eres. Me refiero a que si lo único que deseas es ser un abogado que engaña a sus novias, ¿por qué iba a pensar que acabarías de otra manera? Y, desde luego, no eres la clase de padre que quiero para mis hijos judíos. Pero la verdad, si eso es lo que buscas, créeme, hay muchas *Schlampes* judías por el mundo. Y aunque es evidente que no quiero meterme en algo así, quiero decir que me niego en redondo a hacerlo, admitamos que por lo que se

refiere a los hijos judíos, nuestro barco zarpó hace diez años. —Jonah vio en su frente ese temblor familiar que indicaba que podía echarse a llorar en cualquier momento, pero no lo hizo, y siguió hablando—. Quiero decir que tanto da que al principio fuera estupendo. ¿Importa algo que estuviera más o menos enamorada de ti durante una década? No lo sé. A lo mejor en teoría. Pero en la práctica simplemente parece que... Parece que... —La fuerza que había impulsado su discurso la abandonó. En voz más baja, y con cierto asombro, como si lo que hubiera dicho la dejara perpleja, prosiguió —: Has dicho que querías casarte conmigo, Yonsi. Has hablado de tener hijos... Y me conoces mejor que ninguna otra persona del mundo. —Se echó a llorar, un llanto superficial, como no la había visto nunca: unas lágrimas finas y exiguas que le resbalaban por las mejillas.

Jonah se puso en pie; extendió el brazo para tocar el de Zoey, pero ella lo apartó bruscamente. Evitó mirarlo, y sus ojos quedaron clavados en un punto invisible de la acera delante de la punta de su zapato.

—He intentado cambiar —le dijo Jonah—. No tienes idea de hasta qué punto he intentado cambiar.

Con tristeza, Zoey negó con la cabeza en dirección a la acera.

—¿Es que no lo ves? No quiero que cambies. Nunca he querido que cambies, Yonsi. —Dejó de negar con la cabeza; suspiró por la nariz—. Es solo que ¿por qué tienes que ser tan egoísta? Eres tan condenadamente egoísta.

—Lo he intentado. ¡Quiero hacer lo correcto!

Al final Zoey lo miró con ironía, con pesar, con un cansino afecto y con desprecio.

—¿Esta era tu idea de lo correcto, Jonah?

Jonah no supo qué decir, e intuyó que no tenía nada más que decir. Y como si ella también se diera cuenta, se enjugó las lágrimas de la cara rápidamente con las puntas de los dedos y volvió a colocarse el bolso sobre el hombro. Pero aunque Jonah sabía que ella tenía razón —acerca de casi todo—, que esas fueran sus últimas palabras era más de lo que podía soportar.

—Te he visto en la plaza —dijo—. Me has parecido muy hermosa. ¿Qué estabas haciendo?

Ella esbozó una sonrisa.

—Estaba rezando —dijo Zoey—. No quiero estar asustada siempre. —Por un momento fue como si su sonrisa se transformara para que pareciera dirigida a él, y a continuación se alejó. Él la observó hasta que su coronilla, lo último que vio de ella, desapareció entre la multitud de peatones, como si se hubiera alejado tras el horizonte.

Ya era plena noche: Jonah miraba la calle y esta era un pergamino de luces, de taxis y de escaparates iluminados que se desenrollaba. Todo va a ir bien, se dijo. Va a ir bien.

No sabía por qué lo pensaba, ni tampoco imaginaba qué curso podían seguir los acontecimientos para alcanzar ese «bien». Ni siquiera sabía qué aspecto tendría ese «bien». Comprendía, con meridiana claridad, sin sombra de esperanza ni autocompasión —una claridad que, como sabía, rara vez se había permitido— que nunca le pedirían que regresara a Cunningham Wolf, que ya no volvería a trabajar en ningún bufete importante, que Sylvia nunca volvería a dirigirle la palabra, que había conseguido traicionar a Becky no una vez, sino dos, y que Zoey tenía razón al pensar que estaba mejor sin él. Y, de algún modo, todo esto había ocurrido en el espacio de tiempo comprendido entre el viernes y el martes. Y al enfrentarse a todos esos hechos, lo único que se le ocurría era esa certeza estúpida y carente de convicción: que todo iría bien.

Comprendió que ese pensamiento era una especie de consuelo reflejo, una última defensa: el solaz que ofrecías —le ofrecías a otro o te ofrecías a ti mismo— cuando ya no había otro consuelo que dar. Todo iba a ir bien: eso era un tipo de fe, una fe ciega, en que gracias a la cualidad inmutable de los acontecimientos, algo tolerable acabaría surgiendo. Era la fe de los afortunados, aquellos a quienes siempre les había ido todo bien. Era la fe de Aaron Syler, de Philip Orengo, de todos los que cada día pasaban junto al árbol que había en el vestíbulo del 813 de Lexington, la fe de los que no creían tenerla o no la necesitaban, exactamente porque, pasara lo que pasara, todo iba a ir bien o, más exactamente: iba a ir bien para ellos. En aquel momento Jonah descubrió que era una fe de la que ni siquiera eras consciente hasta que la perdías.

No, se dijo, las cosas no van a ir bien, o al menos, no iban a ir bien para él. Y mientras miraba a su alrededor, de repente vio la ciudad como a menudo se la habían descrito quienes no vivían en ella: inmensa y apabullante.

Se dio la vuelta y echó a andar en dirección opuesta a la que había seguido Zoey, y mientras caminaba oía, apenas al principio, pero cada vez más fuerte, un fragor, una tormenta desatándose bajo la acera, desatándose a través del cielo, roja y azul eléctrica y verde acuosa, sacudiendo arriba y abajo las fachadas de los edificios, sacudiéndole arriba y abajo la columna vertebral, tronando bajo las plantas de los pies, a través de las astillas de la nariz, y entonces vio la lluvia: fragorosa, cálida e incesante, algo que caía del cielo, borboteando en los sumideros y en las bocas subterráneas y estallando en las bocas de riego y saliendo a borbotones de las ventanas de los edificios, y todo el mundo quedaba atrapado en ella, empapado, chorreando, estuviera en su casa o en la calle, vistiera lo que vistiera, el agua contra la piel y el agua en los ojos, en los ojos de todo el mundo, y también los suyos, el fragor que no paraba de crecer, hasta que Jonah tuvo que taparse los oídos, pero al apretar las manos contra los oídos solo consiguió que sonara más fuerte, hasta que en mitad del fragor, una voz, tranquila y suave, en palabras que no pudo comprender, y luego palabras que comprendió:

יונה הנני

Jonah: Aquí estoy. Ve allí y ofrece las palabras inscritas en tu corazón.

Parpadeó para alejar las lágrimas: el pulso le martilleaba en los oídos y las venas del cuello. Se sintió caer y se agarró a una farola. Miró a su alrededor. Era una cálida noche de agosto en Nueva York. El bullicio era previsible, no tenía nada de particular: gente en los restaurantes, gente en los taxis; conversaciones en las aceras, conversaciones en los bares; aquel está contento, el otro está angustiado, aquel escucha los auriculares, el otro se encamina a su primera cita, o a un recital de piano infantil, o a un partido de béisbol, o al metro. Pero si escuchaba, aún oía el fragor: esa necesidad; si miraba atentamente, aún veía que todo el mundo estaba empapado, igual que él.

Jonah se echó a reír.

¿Ofrecer las palabras inscritas en su corazón? Se rio aún más fuerte, y la nariz le dolió aún más, pero no intentó reprimirse. De hecho, se regodeaba en aquella risa. ¿Tenía que ponerse a hablar de una tormenta implacable? ¿De una desnudez universal? ¿Con qué fin? El poco bien que había intentado hacer, aunque fuera por puro terror e interés propio, tal como había deducido Zoey, había destruido todo lo que había conocido en su vida, y quizá también había destruido la vida de unas cuantas personas más. ¿Se suponía que debía hacer más? ¿De qué? No, se dijo mirando a su alrededor, que les den a toda esta gente. Que les den a los árboles y a sus juicios amañados y a la desnudez, una desnudez que, de manera tan evidente, era mejor ignorar para ser feliz —mucho más feliz—, al igual que le había ocurrido a él. Que le den a todo, y que le den a la idea de que quizá tenía algo que ofrecer a alguien... significara lo que significara. Y, pensó, además, riendo de manera histérica, que le den a cualquier poder concebido como si fuera una buena idea, a cosas como la sabiduría o la justicia.

No, no ofrecería ninguna palabra inscrita en su corazón. Lo que haría sería beber unos mai tais o su equivalente, y adaptarse al mundo no como era, sino como todo el mundo quería que fuera.

Y Jonah decidió tomarse unas vacaciones.

II. «EN CASO DE PÉRDIDA, POR FAVOR, DEVOLVER A _____»

2/IX

Hoy he ido a correr. Por un camino desierto y en desuso que sigue un canal que cruza el bosque que hay al sur de Princeton. No me he encontrado a nadie. El sonido de mi respiración por la boca (todavía me duele la nariz) y las pisadas sobre la tierra. Agotada tras ocho o nueve kilómetros, me he detenido a recobrar el aliento. Apoyada contra un árbol, la palma apretada contra la corteza. El sol de última hora de la tarde se vuelve rojo entre las ramas de las copas, las hojas en sus colores de final de verano: amarillo rojizo, ocre y bermellón. Un delicado enfriamiento del aire, tan familiar que parecía hacerse eco del enfriamiento estacional de mi cuerpo. Me he acordado de algo: la universidad empieza pronto. He tardado varias respiraciones en comprender mi error. Esta mañana he enviado la carta formal solicitada por el decano, renunciando a todos los derechos y los privilegios. Recibí una carta de la oficina de alojamiento, solicitándome que abandone mi residencia estudiantil, pues ya no soy alumna. La expectativa de otro año en la universidad no ha sido más que una asociación mental engañosa: contemporánea de cierta cualidad del aire, la vida en mis primeros días universitarios. Necesito deshacerme, yo y mi sentido del tiempo, de los ritmos del año académico. Seguramente todo el mundo tiene que hacerlo, en cierto momento, hasta cierto punto. La vacuidad del bosque se ha vuelto ominosa, y la desaparición de la luz me ha intimidado. He dado media vuelta y he echado a correr hacia la calle, he recorrido corriendo toda Alexander Road, y el tráfico me ha sosegado. No estaba asustada de las cosas convencionales, nada tan concreto como un enemigo detrás de un árbol con un cuchillo. Era un miedo más básico, un sentimiento más nebuloso, como si me persiguieran.

3/IX

He empezado a recoger mis cosas. La incapacidad para las tareas prácticas de nuevo asoma su fea cabeza. Mientras llenaba una caja, he conseguido tapar con cinta todas las aberturas. (¿Un ejemplo apropiado de victoria pírrica?). Las habitaciones llenas de cajas de cartón me traen recuerdos desagradables de cuando recogí la casa en B. Los papeles de mamá rebosaban por el fondo de una caja demasiado llena. Esta tarde he repasado mis propios papeles. Exámenes, trabajos, hasta llegar a los años de la escuela elemental en Gustav. Qué raro comprobar que todo acaba aquí, en el presente. Supongo que asumía que en cierto momento serían de interés para otros (¿académicos?, ¿compañeros de clase?). Reconocer este narcisismo ha sido una auténtica lección de humildad. He abierto un boletín escolar cubierto por un plástico, la opinión de Judith sobre la batalla de Gettysburg en sexto. Papá estuvo paseándose por el campo de batalla aquella primavera. Llevaba unas botas de goma verdes, cubiertas de barro. Eso y un largo trayecto en coche. Interesante lo que flota en el mar de la memoria, cuando todo lo demás se hunde. En cualquier caso, pienso dejar casi todos los trabajos, etc.

Resisto fuertes impulsos de corregir las entradas que he escrito hasta ahora. No deben complacer a ningún profesor, en primer lugar, y en segundo, no quiero que este diario trate de mí escribiendo un diario. Tedioso, y de nuevo narcisista.

4/IX

He soñado con Claudette: nos cortábamos el pelo la una a la otra. No de un modo salvaje, ni *sexy*. De una manera extrañamente íntima. Es triste admitir que me aliviaba estar otra vez con ella. El hecho también tenía algo antinatural. A nuestros pies había grotescos montones de pelo. ¿Señal de que finalmente no soy bisexual, a pesar de que las pruebas apuntan a lo contrario? O, cosa más probable, el simple reconocimiento de que estar juntas era un completo error. Nos cortábamos a pedazos. Se casará con Gilbert, supongo. Y yo me pasaré el resto de la vida con un dolor desgarrador cada vez que estornude. Esto es justicia, *oui*? Me sorprende haberme enfadado tanto. Me sorprende todo. Y ella fue la última amiga que hice. Sobre el papel suena un poco melodramático, lo admito, pero, lector, ¿cómo conseguir amigos varones? Fuera de la universidad, quiero decir. Ahí fuera, en *le monde réel*. Miro a la gente y no sé cómo verla. Las universidades proporcionan un contexto. Afirman similitudes (filiaciones, intereses), clasifican las diferencias (por cursos, por asignaturas). Miro a la gente y veo en su cara la presión de mi mirada. No saben cómo devolverme la mirada. Y entonces me siento demasiado estúpida para saber qué decir. En los últimos tiempos empezar una conversación me parece una tarea épica. Entrar en comunicación con otra persona, cruzar ese... ¿golfo?, ¿brecha?, ¿distancia? Aparto la mirada, me escabullo. Abro este Moleskine y descubro que soy la última persona con la que puedo hablar, y con más autocompasión que elocuencia, como muestran estas páginas.

Esta mañana me he pasado una hora intentando alquilar una furgoneta. He llamado a seis números diferentes, y me han salido contestadores diferentes. Al final se me ha ocurrido mirar el calendario. Era el Día del Trabajo. Cada vez está más claro que al mismo tiempo que cultivaba un tipo específico de inteligencia, también alimentaba una estupidez específica. Quizá lo mismo sea cierto a la inversa, para aquellos que no se molestan en cultivarse; nunca han aprendido qué es el aoristo en la lengua griega, pero saben alquilar una furgoneta. Posteriormente, de camino a Small World para tomar un café, he pasado junto a una familia que salía de Labyrinth. La hija se veía increíblemente joven, aunque debía de ser una novata. Cargada de libros. A cada momento mostraba esa sensación embriagadora del que acaba de llegar. Te han admitido, formas parte del lugar. Sus padres iban cubiertos de naranja y negro con orgullo^[13]. He sentido un fuerte y repentino impulso de reprenderlos. De explicarles algo. Pero ¿el qué? ¿Que todo el mundo muere? ¿Que de una manera u otra acabas siendo un estúpido? En el fondo, probablemente solo quería que vieran lo desdichada que soy. Mientras los miraba cruzar la calle, me he mareado, me faltaba el aliento, se me cerraba la garganta como si tuviera sed. ¿Un ataque de pánico? Parecido a la sensación del bosque, pero con más inmediatez física. Me he vuelto sin el café. Me gustaría conseguir una botella de vino para esta noche, pero nunca logro sacar el corcho, acabo empujando algún cacho roto con un tenedor. Lector, ni siquiera sé emborracharme como es debido.

6/IX

Esta mañana he ido a correr. No me apetecía, pero no se me ha ocurrido nada mejor que hacer. He bajado por Stockton y he subido por Russell. He pasado junto a la Hun School, la escuela privada de *über* élite, incluso según el criterio de los Bulbrook. He visto algunos alumnos (tendrían unos ocho años) escarbando la tierra y plantando un jardín entre carteles con diagramas de la fotosíntesis. Creo que ahí me habría sentido a gusto. Se me ocurre que nunca he contemplado la maternidad. Siempre me identifico con los niños que veo. Imagino que si fuera freudiana podría identificar algún tipo de malformación psicológica. Mamá decía que hasta mi llegada ella también carecía de esa propensión, pero no estoy convencida de que sea algo análogo. Para mí la gestación es como sentir que mi interior está abarrotado, que hay otra persona nadando dentro de mí. Lo más próximo que puedo detectar a un instinto maternal en mí es que no me querría como madre. Y ahora me viene un pensamiento que me hace troncharme de risa. ¿No habría sido mucho mejor que me hubiera quedado embarazada en el instituto? Hubiera llevado a mi mocoso por los pasillos del supermercado mientras *Grand-mère* me miraba con gran decepción. Una extraña forma de hacerse vanas ilusiones.

He alquilado la furgoneta. Una pequeña victoria, que supone un reto mayor. A saber, ¿adónde iré con la furgoneta? Sí, hasta ahora había conseguido no pensar en ello. Así, pues, lector. ¿Dónde vivimos? ¿Cómo descubrimos dónde ubicarnos? De nuevo, problemas que imagino que los demás resuelven con facilidad. Pero ¿no es simplemente la autocompasión, la incompetencia mundana, lo que me hace pensar que estas cuestiones son especialmente difíciles en mis circunstancias? No tengo amigos íntimos. Ningún contacto con mi familia, aparte de algún esporádico correo electrónico de Margaretha. He llegado al extremo de coger un mapa para que me sirva de ayuda. Pero visto en retrospectiva, ha sido un fracaso predecible. Hay docenas de puntitos junto a lugares donde nunca he estado, que no puedo imaginar: Santa Fe, Milwaukee, Boise o Kansas City. Entre ríos, lagos, montañas y desiertos. Extensiones peladas de color a las que el cartógrafo ni siquiera ha prestado atención. Todo es más extenso que nunca. Francia cabría holgadamente en esa esquina que sobresale de Texas. Siento que me viene otro de esos ataques de ahogo y de mareo. Le he dado la vuelta al mapa. He mirado a mi alrededor y me he visto rodeada de cartón. Me he retirado al armario, y al final he encendido la luz para hacer esto. No sé cómo se podría caracterizar esto.

8/IX

Esta tarde he recogido los últimos libros, y he encontrado un ejemplar de los *Poemas escogidos* de Rilke que pertenecía a papá. El verso en alemán y el reverso en inglés. *Las elegías de Duino* (en alemán y en inglés) adornadas con marcas, círculos, breves anotaciones, todo ello de su puño y letra. Una cursiva inclinada de izquierda a derecha, curvas estrechas, estrellas junto a pasajes dibujadas sin levantar la pluma. Me había olvidado de su letra. Y al verla de nuevo, me he acordado de cuando la veía. Las notas que solía dejarle a mamá en la puerta de la nevera. Listas de lo que tenía que recoger para las vacaciones. Comentarios en los márgenes de los trabajos que me corregía. Y el nerviosismo peculiarmente optimista que yo sentía al leer esos comentarios. Cuánto cariño hay en esos recuerdos. Para no irme por las ramas: me han hecho feliz. Cuando he levantado la mirada del libro, ya eran las cuatro. Tampoco es que las cuatro supongan para mí gran cosa. Pero era como si el tiempo me hubiera engullido hacia el pasado, con dulzura.

Todo eso también provoca resaca. Qué solitaria me siento, avergonzada incluso, al volver a leer todo esto. Embobada delante del libro de un muerto. Lo único que puedo hacer es no arrancar la página.

9/IX

He terminado de recogerlo todo. Es evidente que he alargado la tarea, para llenar el tiempo. Ahora ya he terminado y mañana tengo que irme. Sigo sin tener destino. En un repentino arrebató de preocupación por este asunto, he mandado correos electrónicos a antiguos profesores y a antiguos compañeros de clase, preguntándoles si saben de algún trabajo. He intentado mostrarme como alguien que no tiene adónde ir mañana. Desde un punto de vista económico, no necesito trabajo. No tengo que pagar más tasas académicas y prácticamente no he gastado nada del dinero que mamá y papá me dejaron. Pero me doy cuenta de que un trabajo es lo que sostiene la vida fuera de la universidad. Es algo que te indica adónde ir cada día y qué hacer. Han pasado tres horas y nadie me ha contestado. Le doy al botón de actualizar como una de esas ratas a las que les dan cocaína.

Tres horas más, y todavía nada. ¿Qué esperaba? Gente con la que no me he dignado hablar en años. ¿Por qué suponía que iban a acordarse de quién soy?

He recogido la furgoneta puntualmente a las ocho. Luego he pasado horas subiendo y bajando escaleras, transportando una caja cada vez. No se me ha ocurrido contratar ninguna compañía de mudanzas, *bien sûr*. Al final, dos vecinos que no conocía se han ofrecido voluntarios para ayudarme. Dos estudiantes de posgrado, de ciencias políticas y de literatura comparada (en español), respectivamente. Me han dicho que eran amantes. El primero era lo bastante parlanchín como para superar mi intratable reticencia, y el segundo me ha dicho que estaba «obsesionado» con el contraste entre mi pelo y el tono de mi piel. Han manifestado una auténtica decepción por no haberme conocido hasta el día de mi marcha. He procurado que no descubrieran que casi tenía ganas de llorar, por la ironía absurda y hostil de todo ello. He ocultado también el impulso de descartar todos mis planes y quedarme porque los había conocido. Pero, en definitiva, no soy tan estúpida. Mi casi crisis nerviosa de Nassau Street ha sido prueba suficiente de que mi presencia aquí no solo es absurda y no bien recibida, sino también insana. Sus descripciones de sus trabajos doctorales me parecen infantiles y estúpidas. He tenido que morderme la mejilla más de una vez para no sonreír (aunque en retrospectiva habría sido una sonrisa que habría sentido curiosidad por ver). Los edificios de piedra color ceniciento del campus me han hecho pensar en mausoleos. Cuando veo a profesores, o a cualquiera de mi antiguo departamento, experimento una indescifrable vergüenza. Doy media vuelta y camino en dirección opuesta antes de dar explicaciones de mi presencia. No tengo adónde ir, pero al menos entiendo que no puedo seguir allí. Me veré obligada a navegar por desplazamiento. Ha llegado el momento de que Judith se ponga en pie, salga del armario y se marche.

20:02 según el reloj digital de la mesilla. Unos relucientes números rojos compuestos de trapezoides alargados unidos en ángulos rectos. Estoy en un Hyatt, creo que al sur de Nueva Jersey. ¿O quizá Delaware? ¿Maryland? Las cortinas y la colcha son de un tono berenjena, al mismo tiempo demasiado oscuras y descoloridas. Hay un ventilador de techo sobre una cama de matrimonio. La ventana da a un aparcamiento. Una mesita y una silla. Un cuarto de baño con mucha luz. Poco más. He elegido este hotel porque su nombre me evoca seguridad y limpieza. Reconozco el mérito de aquellos cuyo trabajo es crear tales connotaciones en mi cabeza. Comprendo que debería haber entrado al menos algunas de las cosas de la furgoneta, pero me ha faltado energía. Tampoco tengo sueño. He conducido hacia el sur desde Princeton con una sensación de... Lo siento, no puedo describirla. Mi madre era la poeta de la familia. Mi padre era ensayista y crítico, pero tenía un don para la prosa (vívida, ágil

y divertida) que no ha resultado ser hereditario. Comprendí hace mucho que mi escritura, a menudo elogiada por su claridad y su precisión, no tiene arte. De todos modos, nunca había sentido su deficiencia como ahora, al intentar describir cómo me sentía al marcharme de Princeton con todas mis posesiones terrenales, o todas las posesiones que había decidido guardar, sin la menor idea de adónde debía ir. ¿Debo decir que tenía miedo? ¿Que me sentía sola? ¿Debo decir que echaba en falta una sensación liberadora? ¿De empezar de nuevo? Y diga lo que diga, ¿cómo se puede tomar en serio, teniendo en cuenta lo ridículo que es todo? La estudiante de posgrado incompetente adentrándose en un «mundo real» desconocido e imponente. Lector, ha sido como un fracaso; es como un fracaso.

Y ahora solo recibo el giro final del cuchillo: leer esto otra vez, anotar lo que es el mañana. Pero ¿no es también un signo de narcisismo persistente considerarlo un ataque? La crueldad del universo. No es ningún giro del cuchillo, simplemente otra fluctuación del azar. Solo que da la casualidad de que la fecha es mañana.

23:14 No me duermo. El ventilador de techo gira sobre mi cabeza, silencio en las otras habitaciones. El aparcamiento que hay al otro lado de la ventana no produce ningún sonido. La sensación oblicua de que sería más fácil dormir si hubiera más ruido.

00:07 Me alegro de haber permanecido despierta. Habría sido peor despertarse y haberlo comprendido otra vez. Como entrar en el mismo día dos veces. Cuatro años. No desperdicias papel y tinta intentando explicar lo que el día «significa». Para mí siempre será mi tragedia. No pretendo conocer los contornos del dolor de los demás, mucho menos los de una ciudad o de una nación. Tengo mis dudas de que esas cosas se puedan sentir de manera colectiva. De repente me pregunto: ¿es esto lo que pretendían? Ellos, los terroristas. Cuatro años más tarde, una persona traumatizada y atrapada en la habitación de un hotel.

07:58 Un sueño superficial intermitente. A las cinco he abandonado la esperanza de que la cosa mejore. He mirado el correo. La bandeja de entrada inmutable como una piedra. Me he duchado y he ido a correr. Hay un bosque detrás del aparcamiento. No hay sendero, sentía dolor al empezar, pero de todos modos he corrido durante horas. El paisaje parecía no cambiar nunca. Pinos negros, agujas caídas y ramas rotas. Las rodillas, los pies, la nariz, todo me dolía al volver. He cruzado el vestíbulo cojeando. He vuelto a mirar el correo. Me he vuelto a duchar. Me he tumbado en la cama cubierta por una toalla.

12:18 He dormido un rato. Me he despertado, y nada había cambiado ni una pizca. El ventilador de techo. Las cortinas de ese morado mierda. El reloj digital con los números rojos y cuadrados. ¿Te lo puedes creer? Antes creía en los milagros. Es algo que también echo de menos.

16:27 Me he acercado a la recepción y he preguntado si había algún bar cerca, un taxi me ha llevado. Estoy tan sola que agradezco la menor compañía. El acompañamiento físico. Espero al menos conseguir eso. Me habría ido ya, pero, en un arranque de vergüenza, le he dicho al recepcionista que quería el taxi para las siete. Aún no había oscurecido en el aparcamiento. Es evidente que el recepcionista es la única persona a la que puedo impresionar. Pasaré el tiempo que queda preparándolo todo meticulosamente. Me he perfilado las cejas despacio con el lápiz, y he contado las veces que me pasaba el peine por el pelo.

20:32 El bar se llamaba Skybox. Un edificio chato, de ladrillo, aislado, que comparte aparcamiento con una lavandería automática. Dentro, por los altavoces retransmiten un partido. No estoy segura de qué deporte es. Me he sentado en la barra. Incluso yo sé que no tengo que pedirle una copa de vino tinto a la camarera (de mediana edad, con la frente arrugada de manera hostil). He pedido un *gin-tonic* y he esperado. He llevado a cabo un auténtico esfuerzo para seguir el partido, pero es difícil cuando no logras identificar el deporte, las reglas, los equipos ni los jugadores. Al final (y esa es la expresión adecuada, aunque no podían haber pasado más de diez o veinte minutos) un hombre ha ocupado un taburete junto al mío. De mi edad, o un poco mayor. Una gorra roja de béisbol al revés, pendientes en las dos orejas. Recio. Una sonrisa burlona al sentarse. Ha preguntado por mi vivo interés por ese deporte. He confesado mi ignorancia absoluta respecto a los deportes profesionales. Se ha reído como si le hubiera contado un chiste, y me ha propuesto invitarme a una copa. Al comprender que era el primer paso del ritual de copulación, he aceptado. Me he dicho: ¿es que no he venido para esto? La camarera nos ha colocado delante dos chupitos de un líquido amarillo. Sabor a limón, espeso. Ha sugerido que bebiera más deprisa, y le he obedecido. Han traído más vasos de jarabe de limón. Luego me ha preguntado si yo había «chocado contra una pared» y se ha vuelto a reír. A continuación ha expresado una sonriente contrición, asegurándome que tan solo «estaba de cachondeo». Me ha señalado la nariz. Lector, nunca lo he sabido, pero está tan torcida que los demás se dan cuenta. Me ha preguntado con una fingida compasión: «¿Tuviste un accidente o algo parecido cuando eras pequeña?». En ese momento se me ha ocurrido abandonar la empresa, pero me he acordado del reloj. Del ventilador. Incluso esto describe mi fracaso para mantener siquiera el contacto más efímero con otro ser humano. De nuevo en mi cabeza, como una respuesta mecánica: ¿es que no he venido para esto?

Continuando con los rituales de copulación tal como se practicaban en el siglo XXI en New Haven, Connecticut, he afirmado que estaba aburrida. He afirmado que quería salir de allí. Él ha sonreído como si se confirmara lo que había supuesto de mí. (Pero ¿qué había supuesto? ¿Y cómo?). He salido del bar detrás de él y hemos cruzado el aparcamiento. Todo el rato esperaba que se detuviera delante de algún coche y sacara las llaves. Pero se ha detenido detrás del edificio. Sensaciones visuales, olfativas y táctiles simultáneas: contenedores, orina, una lengua en mi boca. De nuevo, ¿es que no he venido para esto? La espalda contra un contenedor. Sin palabras, sin placer. Violento pero de una manera poco habitual. Indiferentemente violento. He comprendido que había sido lo bastante estúpida como para pensar que todos los bares eran un bar universitario, donde los chicos son tan respetuosos que tienes que pedirles que no lo sean tanto. Entonces ha terminado una furiosa respiración en mi oído. Se ha dado la vuelta al subirse los pantalones. Mientras yo me volvía a colocar las bragas, ha dicho algo de que necesitaba ver la novena entrada. «¿Quién te has creído que soy?», le he preguntado. Se ha encogido de hombros, sin interés, impaciente. Como si siempre hubiera oído esa pregunta en boca de alguna mujer junto a los contenedores. Ha reiterado la necesidad de ver la novena entrada. Ha vuelto a entrar en el bar varios pasos por delante de mí. He llamado a un taxi. He esperado. Y aquí estoy.

20:48, dice el reloj. Y la parte más dura, lector: tengo que hacerlo todo otra vez mañana.

Me he duchado y me he puesto delante del espejo. He intentado mirarme de forma honesta. Quizás estoy más delgada que nunca. Me asoman los huesos del codo. Mi dedo casi ha desaparecido hasta el segundo nudillo en la depresión que me forman el cuello y la clavícula. Los senos son una modesta irrupción de piel blanca sobre el pecho. El pelo de la cabeza y el del pubis solo difieren en escala. El mismo color, la misma textura. Y la nariz inconfundiblemente torcida, imposible no verla. Solo que de algún modo no la veía. Me he acordado de una broma que papá solía gastarle a mamá. «¡Cuando escogieron Klein, no se referían a la nariz!». He sonreído un momento pensando en ello. A continuación he visto cómo las puntas de la sonrisa se aflojaban, se me curvaban los labios y levantaba un poco la barbilla. He visto toda mi cara deformarse y contraerse en el llanto. Todos mis rasgos se han apiñado de manera espástica, como si buscaran calor. Un lustre acuoso en las mejillas. He llorado y llorado porque... Porque ya no tengo una nariz como la de mi madre, porque he mantenido una relación sexual humillante, porque vivo en un hotel sin razón para quedarme ni marcharme, porque desde hace cuatro años todo es tan jodido. Porque, porque, porque. Mis ojos se han posado en la maquinilla que utilizo para depilarme

las piernas, en el saliente de la bañera donde la he dejado. Es de plástico, roja, verde y azul. Me lo imagino, es tan fácil. Un golpecito en cada muñeca. Dejarse caer en el suelo del lavabo, ver la cascada de sangre. Y al cabo de poco, nada más. Ha sido como si el momento se prolongara y se separara en sus elementos constituyentes. El espejo. El lavabo. Los azulejos. El brillo de la luz fluorescente sobre el espejo. El peso de mi cuerpo distribuido entre las plantas de mis pies. Mis dos ojos parpadeando. Mis dos pulmones hinchándose. El latido del corazón. Las neuronas estimuladas. Todos esos hechos, toda esa disposición del mundo físico. Tan solo las neuronas les dan nombre y los organizan en un momento. He pensado en lo fácil que sería convertirme simplemente en otro aspecto de la habitación: un cadáver derrumbado en el suelo que encontraría la camarera. El mundo seguiría girando imperturbable en los segundos, en los eones posteriores a mi muerte. Entonces he salido del lavabo y me he sentado debajo del ventilador para registrar el sonido de parloteo que emiten las neuronas estimuladas. A lo mejor el tópico era simplemente demasiado aborrecible: una entrega plathiana a la desesperación, y en el aniversario, nada menos. Lector, no lo sé. No puedo decir si es valor o cobardía lo que hace que me aferre a algo sin tener ni idea de cómo hacerlo. Si es valor, no es más que el mismo valor que hace parpadear los ojos o girar el ventilador. Llamadlo preferencia: una pequeña pero irreductible preferencia por la vida sobre la muerte. Quizá tenga que ver con mi legado como judía. Esa permanente preferencia, esos seis mil años de aferrarse estúpidamente a la existencia, contra toda razón.

Y ahora un correo. Una chica que había estado en mi residencia universitaria en Yale. Trabaja en una galería de arte de Los Ángeles, me informa, y va a comenzar un curso de posgrado. Había empezado a buscar a alguien que la sustituyera cuando ha recibido mi correo. «¡Qué feliz coincidencia!», escribe. Solo la conocía tangencialmente, no he acabado mi posgrado, y no tengo experiencia con el arte comercial, ni me interesa. Así que dudo mucho que su entusiasmo tenga algo que ver con mis méritos como candidata al puesto. O con nada relacionado con la suerte. Tiene que ver con lo que ella cree que significa la fecha. Pero no estoy en posición de rechazarlo. A lo mejor el mundo espera que seas una persona concreta, y todos los esfuerzos por no ser esa persona resultan vanos. En cualquier caso, es algo que no puedo eludir. He apagado las luces de la habitación. Escribo con la luz del aparcamiento. Ahora cerraré las cortinas. Convertiré la habitación en algo oscuro y estrecho. Luego me iré a dormir. Y por la mañana dejaré todo esto atrás en la medida de lo posible. Todas las personas que habría sido o debería haber sido. Las dejaré aquí, como una reunión de fantasmas. Y a ti también, lector. Dejaré de contemplar mi vida y de llorar por ella. La aceptaré tal como sea, y haré virtud de sus carencias. Y nada más.

III. ÁMSTERDAM, O EL VIENTRE DE LA BALLENA

Mientras vivía en Ámsterdam, Jonah se veía asaltado por un sueño recurrente. El sueño tenía lugar en una sala de banquetes de extraordinario lujo: arañas de luces que se extendían como brazos de pulpo, de los que caían diademas centelleantes sobre una sala recubierta de paneles de nogal con molduras; sobre las mesas se disponía una cubertería de oro, platos de porcelana, jarrones de cristal coronados de rosas rojas y rosas, todo ello con un esplendor que Jonah creía que se había hundido con el *Titanic*, por así decirlo; unos camareros de corbata negra circulaban con botellas de champán de color verde o con bandejas de caviar y colas de langosta colocadas sobre las puntas de cinco dedos enguantados. Los invitados al banquete iban vestidos de manera imaculada, con esmoquin y trajes de noche, y Jonah se encontraba sentado a una mesa con Doug Chen, Aja Puvvada y otros socios de Cunningham Wolf. Sylvia estaba sentada a su lado, resplandeciente con un vestido verde pálido brillante, sonriendo con calidez y satisfacción.

En la parte delantera de la sala había una tarima, y al cabo de un rato aparecía Lloyd Davis Cooper en persona: el director ejecutivo de Cunningham Wolf durante las dos últimas décadas, vestido con un esmoquin blanco y llevando en la mano un sobre grande y atado con unas cintas que solo podían augurar algo bueno. «Ha llegado el momento de anunciar quién será nuestro nuevo socio», declaraba, con ese acento absurdamente circunspecto de club masculino de Boston con el que Jonah estaba familiarizado gracias a los discursos que Cooper pronunciaba en las fiestas de las vacaciones anuales del bufete. Nada más pronunciar estas palabras se atenuaban las luces, y unos ojos comenzaban a recorrer la sala, como si buscaran al asociado ungido.

En ese momento a Jonah se le ocurrió que se trataba de una manera muy insólita de anunciar quién era el nuevo socio del bufete. Pero ese pensamiento solo provocó ondas en la superficie del sueño —no lo hizo añicos—, ni tampoco le impidió sentir una euforia que le dejó sin aliento y lo estremeció cuando Lloyd Davis Cooper abrió el sobre y leyó: «¡Jonah Jacobstein!». Mientras los focos lo rodeaban y los aplausos llenaban la sala, unas lágrimas de felicidad brotaron en los ojos de Jonah, en el sueño y allí donde dormía en la vida real: en el sofá de la parte de atrás de una casa flotante.

Los socios se levantaban y le dedicaban una prolongada ovación, y Doug Chen asentía en señal de aprobación. Sylvia ponía una sonrisa radiante, y Jonah la besaba en los labios. A continuación se ponía en pie y se dirigía al escenario. Lloyd Davis Cooper sacaba una chaqueta verde y la colocaba sobre los hombros de Jonah. (Este último detalle, al parecer extraído de tanto ver los resúmenes de los partidos de golf en SportsCenter, le resultó especialmente desconcertante a Jonah fuera del sueño). Ocupaba su lugar en la tarima, triunfante, reconocido, dispuesto a dar las gracias a todo el mundo: a sus padres, a sus colegas, a sus profesores de la Facultad de Derecho, a sus maestros en la escuela primaria, a sus amigos, a Sylvia, a todo el mundo: gracias a todos sinceramente.

Y en ese momento, al fondo de la sala, distinguía la presencia de un judío

jasídico, que le dedicaba una sonrisa demoniaca. Aquel hombre no se parecía tanto a un jasid en concreto como a la idea de un jasid cualquiera: poseía las características distintivas de un jasid, pero de una manera exagerada, casi caricaturesca, como el disfraz que Jonah se había puesto en octavo para interpretar a Abraham el Librero en la representación teatral de la escuela de *El violinista en el tejado*. Iba vestido todo de negro —chaqueta negra, sombrero negro, botas negras que le quedaban grandes—, y la barba también era de un llamativo azul carbón, y los payos le colgaban formando unos rizos descontrolados. Cuando Jonah lo miró a los ojos, el jasid movió un dedo en dirección a él, se dio unos golpecitos en la nariz, y volvió a mover el dedo, afilando su sonrisa demoniaca. Jonah se aclaró la garganta, y volvió a observar a los demás invitados. La luz de los focos parecía más intensa; comenzaba a tener calor.

—Solo quiero decir... —comenzó. Y su mirada regresó nerviosa al fondo de la sala, pero el jasid se había desvanecido. Aliviado, Jonah continuó—: Solo quiero decir que he aprendido que si os esforzáis mucho, os entregáis a una meta y...

¡Pam! Algo le había golpeado la mejilla: algo redondo, blando y un tanto viscoso. Miró a su alrededor, pero solo vio las caras expectantes de los socios.

—Si os entregáis a una meta y os comprometéis con...

¡Pam! ¡Otra vez! Y esta se trataba de una esfera color hueso que goteaba grasa: después de rebotar contra su frente había ido a parar a la tarima, y Jonah vio lo que era: le habían lanzado una bola de matzo.

Enseguida se limpió la grasa de la frente, mirando preocupado en dirección a su mesa. Sylvia fruncía el entrecejo; Doug Chen levantaba y bajaba la mano decepcionado.

—Lo que quiero decir es que convertirme en socio ha sido para mí una ambición durante largo tiempo, y si crees que puedes conseguirlo...

¡Pam!

Esta le había dado en la nariz.

Divisó al jasid escondido detrás de una mesa de la derecha, con su sonrisa malévola.

—¡Seguridad! —gritó Jonah—. ¡Este hombre me está atacando!

Los invitados comenzaron a murmurar, y Jonah comprendió que se trataba de los murmullos de incomodidad de un público que pierde la fe en el orador. ¿Es que nadie más se había fijado en el jasid? ¿Nadie más había visto las bolas de matzo? Se abalanzó en dirección al jasid.

—¡He trabajado muy duro para esto! —afirmó.

¡Pam!

Jonah recorrió la sala frenéticamente con la mirada: no se veía al jasid por ninguna parte.

—Porque yo —prosiguió, limpiándose a toda prisa la cara. Divisó al jasid ejecutando una danza rusa folclórica con mucho levantamiento de pierna y con una botella en equilibrio sobre la cabeza—. ¡Ese hombre! —gritó Jonah, señalándolo.

Lloyd Davis Cooper puso la mano en el hombro de Jonah.

—Creo que será mejor que me devuelva la chaqueta, joven —dijo.

—No, no es necesario —dijo Jonah. Se arriesgó a mirar hacia su mesa. Sylvia estaba recogiendo sus cosas para marcharse; Doug Chen negaba con la cabeza de manera perceptible. Jonah se alejó un paso de Lloyd Davis Cooper de manera cautelosa—. Si me permitiera...

Con sorprendente agilidad para un hombre que ya frisaba los setenta (en la oficina se sabía que continuaba siendo un magnífico jugador de tenis), Lloyd Davis Cooper se abalanzó sobre él y agarró la solapa de la chaqueta.

—¡Nuestra chaqueta, joven! —dijo, tirando de ella.

—¡No es necesario! —exclamó Jonah, mirando a su vez.

Y mientras los dos estaban inmersos en aquel tira y afloja, por el rabillo del ojo Jonah vio al jasid asomando la cabeza por encima del borde del escenario y, a continuación, con un capirotazo, lanzó una bola de matzo bajo los pies de Jonah. Este resbaló y, trastabillando, cayó de la tarima y fue a parar al suelo.

Cuando se incorporó, la multitud ya la había tomado con él. Los socios avanzaban hacia él con aire amenazante, decididos a quitarle la chaqueta, y en ese momento aparecía Scott Baker, sonriendo amigablemente mientras agitaba un contrato por encima de su cabeza como si fuera un biello. Jonah luchó por ponerse en pie y correr, y el público se lanzó en una frenética persecución.

Cuando Jonah salió de la sala, se encontró con que bajaba corriendo una escalera, que acababa en un ascensor, que le llevó a otra escalera, que le llevó a otro ascensor, y así sucesivamente, y Jonah nunca conseguía alejarse de sus perseguidores. Al final entró en una especie de vestíbulo: inmenso y desierto, delante del cual había muchos pisos de ventanas de cristal. Corrió hacia las puertas giratorias que había a la salida del edificio y las empujó.

Fuera era de noche, y Jonah reconoció una concurrida calle de Nueva York que daba justo a Central Park, del que, a esa hora, solo se veían las primeras hileras de árboles. Sus perseguidores habían comenzado a llegar al vestíbulo. Jonah corrió en dirección al parque, esquivando los taxis mientras cruzaba la calle, saltó un murete de piedra que rodeaba el parque y comenzó a correr a ciegas por la hierba. Al final se refugió detrás de un árbol, jadeando. Por un momento todo quedó en silencio. Ya no oía las exigencias, ni las quejas, ni los gritos de decepción de los que le perseguían. Levantó la mirada y vio estrellas que titilaban en lo alto (en el sueño, el cielo era diferente del de Nueva York, pues estaba libre de contaminación lumínica). Por un momento creyó que había escapado, tuvo una sensación de alivio, de liberación de...

¡Pam!

¡El jasid lo había seguido! ¡Había conseguido encontrarlo! Echó a correr otra vez a través del parque, todo lo deprisa que pudo, pero el jasid era igual de rápido. Jonah corrió y corrió, de manera desesperada y frenética, soportando continuos impactos de bolas de matzo, gimiendo en el sueño, sintiendo la débil flotabilidad de los tablones

del suelo de la estrecha casa flotante de techo bajo cuando se despertó, respirando con dificultad...

Con un estornudo, Jonah se incorporó de golpe y se quedó sentado, mirando a su alrededor. Se fijó en la otra punta del sofá en el que había estado durmiendo, y en la sábana con que se había cubierto convertida en un amasijo a sus pies; se fijó en las cortinas finas y rojas, de un rosa pálido por la luz, en un trío de portillas en la pared de enfrente. Pasaron varios instantes más de agitación antes de que lograra recordar dónde estaba y cómo había llegado allí. Llevaba varias semanas en Ámsterdam, y su mente todavía no acababa de comprenderlo. Incluso cuando no se despertaba crispado por el sueño del jasid, abría los ojos en la oscuridad y extendía un brazo, y la mano buscaba una mesilla de noche y un iPhone que no encontraba.

Recordando por fin que se encontraba en una casa flotante en un canal de Ámsterdam —y cómo había llegado allí—, volvió a dejarse caer contra los cojines del sofá y su respiración se normalizó. Cada vez que tenía ese sueño, las emociones que le provocaba proseguían al despertar, como telas de araña: la alegría embarazosa al ser nombrado socio, la angustia al ver al jasid desde la tarima, el pánico y la desesperación de la huida. Todo eso se disipaba bastante deprisa, aunque daba paso a un sentimiento más duradero: la amarga irritación por haberlo soñado otra vez. Debería haberse acordado de colocarse antes de irse a dormir.

Levantó una pierna y luego la otra y se sentó en el sofá; se puso en pie de un empujón. Había dormido vestido, lo cual no era insólito. Recogió la chaqueta del suelo, subió la estrecha escalera en espiral que había en un rincón del cuarto —la única salida o entrada— y desembocó en la cubierta de la embarcación. Unas nubes de un gris papel de periódico flotaban bajas y espesas. Comprendió que había llovido, pues la madera de la cubierta estaba resbaladiza y oscura por la humedad. Intuyó que debía de ser media tarde, aunque era difícil saberlo con certeza con aquel cielo sin nubes; aún no había superado el *jet lag*, y fumar hierba cinco veces al día le había desbaratado la regularidad del sueño.

La casa flotante estaba amarrada (no se había movido desde que Jonah vivía allí) en un canal llamado Brouwersgracht, en un barrio tranquilo y en su mayor parte residencial que quedaba al noroeste del centro de Ámsterdam. A ambos lados del canal se veían casas de tres y cuatro plantas del característico estilo holandés: estrechas y de tejado puntiagudo, con los postigos abiertos y pintados, muy apretadas, como casas de muñeca cubriendo una estantería. Aunque todavía no era otoño, el aire era frío y acuoso. Jonah se puso la chaqueta y se la cerró sobre el pecho. Había encontrado la chaqueta en el Albert Cuyt Market, un sábado, entre puestos de esos que venden camisetas de fútbol europeo pirateadas, cacharros de cocina esmaltados y descoloridos. Era una chaqueta de la marina rusa, le había dicho el hombre que se la vendió, en un inglés con mucho acento: era gruesa, azul oscuro, con diez botones

dorados en la pechera, cada uno decorado con una diminuta ancla. Jonah no se había traído ropa de abrigo de Nueva York —no se le había ocurrido algo tan práctico como hacer la maleta para el clima que tenía en mente mientras sacaba brazadas de ropa de los cajones y la metía en una maleta—, y aunque comprendía que le hacía parecer un extra en una película de submarinos de bajo presupuesto, había comprado la chaqueta de todos modos. Le evocaba la robustez y la competencia de la vida militar, y le gustaba pensar que se la transmitiría cada vez que se la pusiera.

Llevaba barba —había dejado de afeitarse al irse de Nueva York—, y era una barba oscura, crecida y moteada aquí y allá con algún pelo gris. Era consciente de que la barba acrecentaba su impresión de ser un teniente en una película de serie B, pero esa masa de pelo facial también le proporcionaba una sensación de competencia. Y cualquiera que le hubiera conocido en Nueva York de inmediato se habría fijado en que su nariz había adquirido una curva hacia la parte inferior, como si formara un cierre de interrogación. Pero la única persona que lo conocía antes de su llegada a Ámsterdam era Max, y si Max lo había notado, no se lo había dicho.

En uno de los bolsillos de la chaqueta, Jonah encontró una cajetilla de cigarrillos que no recordaba haber comprado. Vaciló, y a continuación sacó uno y lo encendió. Había intentado dejarlo, pero fumar tanta hierba solía menguar su autodisciplina. De todos modos, como por la noche había tenido el sueño recurrente, un cigarrillo era perdonable. Ayudaría a eliminar las telarañas.

Fumó el cigarrillo hasta el filtro, e hizo ademán de arrojar la colilla al canal de un capirotazo. Pero se reprimió, y la colilla quedó entre el pulgar y el índice: una de las causas fue el sentimiento de culpa que le habían imbuido de niño en Roxwood si ensuciaba la calle. Miró en dirección al canal; las aguas tenía una cualidad caleidoscópica: se veían marrones, verdes o azules según la hora del día y la luz del cielo; a mediodía adquirían una franja luminosa en el centro a causa de la luz del sol, y por la noche eran extremadamente negras, y en los bordes aparecían trazos del ámbar de las farolas. Al final apagó el cigarrillo con la suela del zapato, miró a su alrededor con irritación buscando algún lugar donde dejarlo, y acabó sumergiéndolo en el bolsillo.

Rodeó la casa flotante hasta la proa, y sintió una nueva irritación al ver a Max aparecer por la pasarela que venía de la calle, apoyado contra la barandilla. Jonah había conocido a Max, la persona que le alquilaba la casa, en la universidad. Era de complexión recia, tenía el pelo rubio rojizo y alborotado, la boca grande y muy expresiva, y una nariz juvenil de punta redondeada; aquel día vestía tejanos y un cardigan amarillo desabrochado. Extendió un papel de fumar sobre la palma de la mano izquierda y con la derecha comenzó a desmenuzar cogollos de marihuana.

—Todas las grandes preguntas ya han sido contestadas, rabino —dijo Max—. Y resulta que no hay grandes preguntas. La moralidad no es más que egoísmo con otro nombre, un truco que practicamos con nosotros mismos para dar a nuestros genes las mejores posibilidades de reproducción. El arte es energía sexual sublimada, lujuria

depositada erróneamente en arcilla, partituras musicales, y qué sé yo. El amor es más energía sexual y reproductiva en busca de su propio provecho, ni siquiera vale la pena discutirlo. La propia humanidad no es más que un accidente, el resultado de fuerzas físicas desinteresadas que actúan de la única manera que pueden. ¿Y Dios? Bueno, ahora que IBM ha perfeccionado el arte de crear ordenadores cuya única función es demostrar lo tontos que somos, nos aproximamos rápidamente al momento en que un robot abra los ojos, oiga hablar de Dios y se tronche de risa porque nos hayamos aferrado a un concepto que surgió porque nuestros antepasados prehistóricos no podían explicar el trueno.

»Por suerte, ahora podemos explicarlo todo. Nuestra manera de comportarnos es darwinismo, lo que pensamos es psicología, la realidad está toda en la mente, que es toda sustancias químicas, que son todo ADN. ¿Y por qué estamos aquí? Bueno, hay un número infinito de universos, así que teníamos que estar en alguna parte.

Mientras hablaba, Max había empezado a enrollar la hierba desmenuzada en un inmenso porro.

—Esta es una época maravillosa, rabino —continuó—. Y con ello quiero decir que no es nada maravillosa. Todos los mitos se han disipado, se ha arrojado luz sobre todas las supersticiones, todos los misterios se pueden explicar hasta la mismísima secuencia genética concreta de donde surgieron. Es como el final de un episodio de *Scooby-Doo*, cuando le arranca la máscara al monstruo: lo cierto es que nunca fue un monstruo, porque los monstruos no existen, ni nada parecido. El temor que Descartes expresó en su «Primera meditación» de que exista un dios demonio que engañe a su razón ha quedado completamente olvidado, pues, no hace falta decirlo, ya no hay dioses de ningún tipo, ni demoniacos ni nada. *Scooby* y la pandilla, bajo la forma del pensamiento materialista racional, han arrancado la máscara de Dios para revelar un mecanismo de control social que encajaba de manera conveniente con un miedo colectivo a la muerte.

»Naturalmente, en nuestra época existe cierta melancolía. Por supuesto que echamos de menos a Santa Claus. Por supuesto que echamos de menos la aventura de lo inexplorado, lo desconocido, el monstruo del lago Ness, la transustanciación, la alegría del Buda que ríe, formular un deseo ante una estrella fugaz, etc. ¿Te acuerdas del horario de máxima audiencia, rabino? ¿Te acuerdas de cuando ponían buenos programas? Ahora podemos grabarlo en un disco duro. Y sí, nuestra generación tenía videocasetes, pero ¿quién sabía hacerlos funcionar? El tiempo ahora es irrelevante, no es más que otro aspecto del mundo físico que hemos conquistado y puesto completamente a nuestra disposición, como el fuego.

Lamió el porro a lo largo y prosiguió.

—Pero incluso aceptando que sentimos nostalgia de la fe, y añadiré que somos la última generación que la sentirá, incluso aceptando eso, rabino, estamos mucho mejor. Estamos mucho mejor sabiendo que no hay nada más ahí fuera. ¿Quién quiere pasarse la vida escrutando el cielo en busca de langostas y de ranas? ¿Quién quiere

mirar cada noche debajo de la cama para ver si hay monstruos?

»Y no me malinterpretes —dijo, meneando el porro ya terminado para dar énfasis—. Concedo que no andamos faltos de monstruos. Soy el primero en admitir la barbarie de la humanidad, su crueldad innata, su insaciable sed de sangre. Pero al menos le hemos dado al problema la actualidad de un tópico: el enemigo somos nosotros, el mayor depredador del hombre es el hombre, la culpa no es de nuestros astros, sino de nosotros mismos, etc. Cuando consideramos los ciclos del genocidio, los memorándums de la tortura y los terroristas suicidas, ¿no es mejor saber que simplemente somos nosotros? ¿Que todo lo hacemos nosotros? Por no mencionar las calamidades del mundo físico, los *tsunamis*, las hambrunas y las pandemias africanas. ¿No es preferible saber que no nos enfrentamos a la maldad, sino a la simple indiferencia? ¿Que el volcán que arrasa nuestro pueblo tiene más malicia que la gravedad?

»No, lo que da miedo, lo que resulta realmente aterrador es pensar que podría haber algún poder superior que lo permite. ¡Un poder superior que lo desea! —Encendió el porro, dio una buena calada, y la cara le quedó del todo inmóvil durante varios segundos, hasta que echó el humo por la nariz—. Es el peor miedo, rabino. Es el viejo miedo cartesiano. Debajo de todo: el emoticono de Dios guiñando el ojo.

Negó con la cabeza a toda prisa, como si quisiera disipar ese pensamiento.

—Rabino, tus creencias son como ese tío viejo y repugnante de las reuniones familiares que todo el mundo desea que se muera pronto. La idea de que existe un Dios. La idea de que debajo de la máscara del monstruo hay un monstruo de verdad. De que existen enormes extensiones de la existencia de las que no tenemos ni idea. Es aterrador, es antidemocrático y es antihumanista. De verdad, es ofensivo. El balance final es que eres un traidor a tu propia especie. Decir que hay cosas que no sabemos, cuando todo el mundo sabe que lo sabemos todo... —Volvió a negar con la cabeza, esta vez con vergüenza—. De verdad, rabino, ¿quién te crees que eres?

—No me llames «rabino» —murmuró Jonah, sabiendo que sería ignorado, como siempre.

Jonah a menudo pensaba que si había cometido algún error al llegar a Ámsterdam había sido contarle a Max, al poco de su llegada, las circunstancias por las que había abandonado Nueva York. En aquellos primeros días estaba destrozado: a ratos se sentía frenético, otros se ponía a llorar, o estaba furioso o abatido. Al final necesitaba a alguien con quien hablar, y Max era la única persona que conocía en la ciudad.

En la facultad no habían sido amigos del todo. El carácter de Max era casi siempre escurridizo, hasta el punto de que Jonah lo encontraba un poco molesto. En Vassar, Max había tenido reputación de ponerse a debatir a gritos con sus profesores en las asignaturas más banales («Español I», «Introducción a la ingeniería estructural»); de corear eslóganes con entusiasmo en las protestas estudiantiles, y de pronto unirse a las filas contrarias coreando con el mismo entusiasmo. Desde que acabara la universidad, se decía que Max había recorrido el circuito Annapurna en

Nepal, había trabajado en una *start-up* de Silicon Valley, recientemente había ganado una beca Fulbright para estudiar a Spinoza en Ámsterdam, con la cual financiaba su vida en la casa flotante, pero nada de eso le sugería a Jonah que Max se tomara las cosas más en serio en su existencia de posgraduado. Sin embargo, en su época habían mantenido unas cuantas largas y memorables conversaciones en la habitación de su residencia estudiantil, y cuando Jonah se puso en contacto con Max, este le dijo que podía vivir en la habitación de atrás de su casa flotante.

Jonah no le había contado todos los detalles de lo que había ocurrido en Nueva York. Aunque hubiera querido describir los pormenores de lo que había visto, y todo lo que lo había llevado hasta allí, a la hora de contarle estaba demasiado borracho y colocado como para formar un relato coherente. Pero Max había captado lo esencial: visiones, voces y hebreo. Al menos había respetado la petición de Jonah de que no se lo contara a nadie más, aunque desde luego no había respetado su decisión de no sacar el tema a cada momento: lo llamaba «rabino», se embarcaba en monólogos discursivos sobre la religión y *Scooby-Doo* y todo lo que se le pasaba por la cabeza, y en general se metía con él y le pinchaba para sacarle... Jonah no sabía exactamente qué. Era posible que Max tampoco lo supiera.

En cualquier caso, nada de lo que Jonah dijera en respuesta a esas provocaciones conseguía satisfacer a Max, así que había dejado de intentarlo.

—¿Puedo darle una calada a eso? —preguntó, señalando con la barbilla en dirección al porro.

Max dejó escapar un predecible suspiro de decepción y dio una calada.

—¿Por qué simplemente no maldices a Dios y mueres?

—¿Y perderme estas pequeñas charlas? —contestó Jonah.

Max sonrió. Luego, animándose un poco más, dijo:

—Esta mañana he tenido suerte en el Museo Van Gogh, rabino. Unas estudiantes de educación física de California. —Max a menudo se paseaba por las atracciones turísticas más populares de Ámsterdam en busca de mujeres americanas, frecuentemente con gran éxito—. De verdad, con estas universitarias americanas es tan fácil que incluso tú te lo podrías montar. No tienes más que mencionarles que sabes dónde fuman los de la ciudad y ya están a punto para quitarse sus chaquetas North Face y sus cinturones con el dinero e ir al grano debajo de *La resurrección de Lázaro*.

—Deberías contarle en la web de TripAdvisor.

—¿Por qué no vienes hoy conmigo, rabino? —le propuso Max—. Estoy seguro de que mi amiga podría conseguir alguna amiga en el albergue. Comeremos en De Bolhoed, y luego vendremos aquí a colocarnos. —Sonrió y dijo—: ¿Qué me dices, rabino?

Hacía ya tiempo que Jonah había observado que la cara de Max poseía una insólita capacidad para formar dos expresiones al unísono: una expresión y un comentario sobre su expresión, como si la expresión de sus ojos verdes pudiera

matizar la expresión de su cara con una nota al pie. La sonrisa que le ofrecía a Jonah en ese momento era inmediatamente lasciva y sugerente, pero también conseguía ser una caricatura de esa sonrisa, como si se burlara de las sonrisas que los hombres intercambiaban para indicar sus intenciones hacia las mujeres.

Pero a pesar de cómo uno se tomara la sonrisa, la invitación no le resultó atractiva a Jonah. Últimamente no tenía interés en conocer mujeres, ni en ligar con ellas, ni siquiera en el sexo: descubrió que había desarrollado una fuerte aversión a ver desnudo a cualquier desconocido. En una de las pocas ocasiones en que había cedido y había acompañado a Max en sus encuentros con turistas, y lo habían emparejado con una amiga de su amiga, se había sentido incómodo todo el rato, cada vez más desanimado, sobre todo porque una de las mujeres siempre le recordaba inevitablemente a Sylvia, o a Zoey, o a las dos.

—Creo que pasaré —dijo.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Jonah se encogió de hombros.

—Pensaba fumar, y luego quizás ir a ver el jardín botánico. —No se le había ocurrido ir a visitar el jardín botánico, pero se encontraba en la imprecisa lista de posibles actividades que en su vida representaban lo más aproximado a un plan.

Con aire reflexivo, Max dio unos golpecitos al porro para quitar la ceniza.

—¿Quién podía imaginar que te interesaba la horticultura?

—Tienes razón, sería mejor que me pasara el día persiguiendo chicas delante de la fábrica de Heineken —contestó Jonah, irritado.

—Ese sería un buen lugar para hacerlo —reflexionó Max. Dio otra calada y de repente preguntó—: Rabino, ¿te acuerdas de la asignatura de «Historia de la filosofía occidental», con el profesor Marquez? La semana que estudiamos a Nietzsche, prácticamente estabas loco de indignación. Era como si te tomaras de manera personal todo ese rollo de la voluntad de poder. No lo soportabas. Incluso Marquez se quedó impresionado con tus diatribas contra Nietzsche. —La verdad es que Jonah no lo recordaba: no recordaba ninguna diatriba, y apenas recordaba nada de Nietzsche—. ¿Te acuerdas de cuando te subías a la barra en el Mug y preparabas un submarino tras otro? Preparabas submarinos con mucha convicción, rabino.

Max ponía una expresión casi nostálgica. Lo único que se le ocurrió a Jonah fue:

—¿Qué coño tiene que ver eso con que vaya al jardín botánico?

Max abrió la boca para contestar, pero acto seguido hizo como si cambiara de opinión acerca de lo que iba a decir.

—Nada. Naturalmente que nada. A tu bola, rabino —dijo—. Fúmate tu hierba y pásate entre árboles exóticos. ¿Acaso eso le ha hecho daño a alguien? En cuanto a mí, voy a prepararme para enseñarle mi querido y sucio Ámsterdam a una joven señorita de California. —Con despreocupación dejó caer lo que quedaba de porro en el canal, luego abrió la puerta de proa que daba a las escaleras y entró en la casa.

Jonah se quedó en cubierta, tirando inquieto de uno de los botones de su

chaqueta. Sacó otra cigarrillo y lo encendió: esta vez para calentarse, se dijo. El problema era que nunca podías seguir con precisión la trayectoria de las insinuaciones de Max, su ironía. Pero eso era intencionado y táctico: él no quería que supieras adónde coño quería llegar. Y eso inevitablemente te desarmaba, aunque no tuvieras motivo para ello.

Además, siguió pensando Jonah, había un motivo de preocupación bastante evidente, aparte de todo lo que Max había dicho, aparte incluso de haber tenido el sueño: aquel día aún no se había colocado. Cuando se fumaba de una manera tan regular como hacía él en los últimos tiempos, la sobriedad resultaba inevitablemente un poco incómoda: sus percepciones eran un poco demasiado agresivas, demasiado afiladas. No estaba orgulloso, pero al menos la solución era simple. A diez minutos andando de donde se encontraba había una docena de *coffeeshops*, cada uno con su propia carta, donde figuraban las mejores variedades de marihuana del planeta. No pensaba pasarse la mayor parte de lo que le quedaba de vida colocado, pero mientras quisiera, esa era la mejor ciudad.

Así pues, se dijo, hierba, pero primero desayunar; una buena manera de empezar cualquier día, y, de hecho, así empezaba todos los días.

Se abrochó la chaqueta y a continuación cruzó la pasarela de la casa flotante hasta la calle adoquinada que discurría en paralelo al canal. Las calles del barrio siempre estaban apacibles, pero sobre todo a esa hora de la tarde, con aquel tiempo. Solo de vez en cuando pasaba alguien en bicicleta; aparte de alguna anciana transportando bolsas de la compra sobre un puente en media luna, canal arriba, no vio caminar a nadie. Se oía el gorjeo de los pájaros —todavía un sonido agradablemente inusual para él tras tantos años viviendo en el centro de Manhattan— y el lejano mugido de la sirena de una barcaza.

En Lindengracht se desvió y se dirigió a su panadería preferida, la de toledo rojo, donde entró y le pidió a la mujer de mediana edad y de mejillas sonrosadas que había detrás del mostrador; había ido suficientes veces para que ella lo reconociera, y la mujer siempre sonreía con una nebulosa simpatía cuando Jonah intentaba pedir un café y un cruasán en holandés. No ignoraba que su acento era terrible, y que esas cuantas palabras eran prácticamente todo lo que sabía del idioma, pero incluso así le parecía un gran logro que ella le entregara el vaso de papel humeante y la bolsa con el cruasán caliente en su interior. Jonah lo cogía y se lo comía, como siempre, apoyado contra una farola que daba al canal.

La experiencia de Ámsterdam era muy distinta de la de su visita anterior, cuando había recorrido Europa con mochila al acabar el tercer curso en la universidad. En aquella época él y sus amigos se habían pasado el día emborrachándose y colocándose en los ruidosos *coffeeshops* que había cerca de la estación de tren, paseándose por el Rijksmuseum colocados de setas alucinógenas, mirando boquiabiertos a las prostitutas en los escaparates iluminados en rojo del barrio chino y riéndose. Esta vez había decidido ir a Ámsterdam imaginando que encontraría esa

especie de olvido provocado por la droga. Pero había encontrado una resistencia mucho más pacífica: vivir en el sofá de la parte de atrás de esa casa flotante, colocarse solo y en compañía, y dedicar los días a hacer todo lo que se le antojara, lo que normalmente significaba no hacer gran cosa: sentarse en el Vondelpark y escuchar a los Toots and the Maytals, hacer el KenKen del *International Herald Tribune* o, como aquel día, visitar el jardín botánico. Seguía siendo un olvido impulsado por la droga, solo que mucho más tranquilo. Y —a pesar de los sueños y de los soliloquios de Max— creía que su versión de Ámsterdam había resultado ser justo el refugio que necesitaba tras los desastres de Nueva York.

Tampoco era tan solo un refugio contra las visiones lo que había encontrado. Era un refugio contra toda su vida en Nueva York. De hecho, desde la perspectiva de comerse un cruasán a una hora indeterminada de la tarde, mientras contemplaba, como en ese momento, a un par de patos chapoteando en el canal, aquella vida le parecía absurda: levantarse todavía de noche para trabajar dieciocho horas en Cunningham Wolf; dormir en el suelo delante de su escritorio para despertarse tres horas más tarde y hacer lo mismo; encontrarse con Zoey durante una hora en su apartamento, ducharse y coger un taxi para llegar a tiempo a cenar con Sylvia la misma noche. Incluso se le había ocurrido que las visiones habían sido simplemente la manera con la que su cerebro sobrecargado se había dado por vencido. El hecho era que, desde su llegada a Ámsterdam, no había tenido ninguna visión. Tampoco creía que hubiera podido tener ninguna. Le parecía que la hierba poseía un efecto supresor, y, sobre todo, que la atmósfera de Ámsterdam no parecía propicia a esa suerte de implacable desenmascaramiento que las caracterizaba. Allí todo parecía menos apremiante, menos trascendente: los canales, los adoquines, los prolongados crepúsculos del norte, las uniformes jardineras debajo de cada ventana. Percibía una especie de amabilidad, una seguridad, incluso en las raras ocasiones en que no estaba colocado. La misma situación de Ámsterdam reforzaba esa idea: arrumbada, por así decir, en un rincón del norte de Europa.

Tampoco planeaba quedarse allí para siempre, desde luego. Calculaba que en algún momento regresaría a Estados Unidos, reemprendería su carrera, saldría con alguna chica, etc. Pero lo cierto es que esos planes no eran más concretos que los que había tenido para aquel día cuando se había ido a la cama la noche anterior. A veces imaginaba que se construía una nueva vida en San Francisco, una ciudad que también tenía reputación de ser amable. Tampoco había ninguna prisa en decidirse. Cada dos semanas su cuenta corriente engordaba con otro depósito directo procedente de Cunningham Wolf. En Ámsterdam podía vivir un año con lo que ganaba en un mes —fácilmente—, y sin siquiera tener que tocar sus ahorros. Era soltero, no tenía trabajo, no le debía nada a nadie. Podía seguir colocándose en Ámsterdam todo el tiempo que quisiera. Tal como había dicho el propio Max: ¿acaso le hacía daño a alguien?

Arrojó la bolsa vacía del cruasán y el vaso vacío de plástico en la papelera de la

esquina (cada día en la misma papelera), y desde Lindengracht se encaminó hacia el este, hacia el Anillo de Canales: el cuarteto de canales que se proyectaban desde el centro de la ciudad en forma de lágrima. Hacía más frío; una neblina llenaba el aire. Se levantó la chaqueta y se la apretó.

Rumbo al sur, por Herengracht, llegó a un *coffeeshop* llamado Amnesia. Ocupaba la planta baja de un estrecho edificio situado en la esquina de la manzana: las puertas y los marcos de las ventanas estaban pintados de negro, y las ventanas y un cartel que había sobre la entrada mostraban el nombre del local grabado en majestuosas letras doradas. Un lugar así en Nueva York habría estado en el West Village, habría vendido zapatos a medida; Jonah siempre había apreciado la sofisticada circunspección de la fachada, en contraste con la de muchos otros, que pretendían atraer a los turistas con neones y logos de caricaturas de animales.

Había estirado la mano para abrir la puerta cuando salió un grupo de gente. Los identificó como un impreciso grupo de expatriados a los que Max le había presentado; a menudo aparecían por la casa flotante para pasarse la tarde fumando con una pipa de agua, jugando al ajedrez y escuchando hip-hop alternativo. Era una pandilla sociable y de trato fácil, más o menos lo que Jonah había esperado de una gente que llevara no semanas, sino años colocándose cada día. Mientras se saludaban con un surtido de despreocupados qué tal y golpecitos en la espalda, Jonah descubrió que se alegraba muchísimo de toparse con ese grupo de compatriotas.

—¿Qué haces por la calle con esta mierda de tiempo? —preguntó uno, que se llamaba Rafik, mirando ceñudo el cielo neblinoso. Era turco, más o menos de la edad de Jonah, y llevaba la cabeza afeitada y un león con melenas rastas tatuado en la nuca.

—Iba a comprar un gramo de algo, y luego me lo pensaba fumar en el jardín botánico —contestó Jonah.

Rafik expresó sus dudas con una risita.

—¿En medio de la lluvia, tío? —A Jonah no se le había ocurrido que, de hecho, era muy mal día para visitar el jardín botánico.

—Creo que habrá invernaderos y toda esa mierda —murmuró.

Se les unió otro miembro del grupo llamado Geoff: un inglés aspirante a cineasta con una mata de pelo castaño y rizado que le hacía parecer un año o dos más joven de sus veintipocos.

—Max ha estado aquí antes —le dijo Geoff—. Iba con una chica. No estaba mal.

—Solo una americana iría a Ámsterdam y ligaría con el primer americano que se encontrara —gruñó Rafik. Tenía diversas (y, en opinión de Jonah, no del todo coherentes) quejas contra Estados Unidos. En una ocasión le había revelado sus orígenes: se había ido de Turquía rumbo a Suecia con su hermano cuando era adolescente, había ido dando tumbos por Oslo, Copenhague y Londres, y durante una breve temporada había ocupado un cargo regional en el Partido Verde alemán, y en cierto momento había decidido irse a Ámsterdam—. De todos modos, las chicas

americanas solo miran a los blancos —añadió.

—Sí, pero yo también soy blanco, joder —contestó Geoff, y él y Rafik se rieron.

Circularon los cigarrillos. Jonah se alegró de tener una excusa (la sociabilidad) para fumar otro.

—Olvídate de los putos jardines —dijo Rafik, con el cigarrillo en un gesto en dirección a los demás, que se encontraban cerca del canal—. Paul tiene un poco de coca. Mucha coca. Buena coca. —Paul, un americano que hacía poco que había comenzado a dejarse caer por la casa flotante, en aquel momento rondaba el borde del grupo de gente que le había indicado Rafik, y vestía una sudadera manchada de grasa y unos pantalones rotos con muchos bolsillos. Era un tipo larguirucho y nervioso, y manifestaba una inquebrantable fidelidad perruna; pero quizás era un poco demasiado amistoso, y su actitud un poco demasiado perruna; carecía de la pátina de tíos enrollados de los demás, como Jonah, casi nunca tenía un céntimo.

—Me alegro de haberme encontrado contigo, de hecho, Jonah —dijo Geoff de una manera no demasiado espontánea—. ¿Qué te parece el nuevo borrador de *La búsqueda* que os dejé?

La búsqueda era la película que (al parecer) había ido a rodar a Ámsterdam; Jonah ya había aceptado leer las dos versiones diferentes del guion de ciento setenta y cinco páginas, y sabía que esperaba una tercera en algún lugar de la casa. La película contaba, con gran detalle, la historia de un joven británico que viaja por Europa, y su búsqueda del amor, el nirvana, o algo; había mucho sexo, y muchas descripciones de atardeceres. Los demás del grupo mostraban mucho entusiasmo por el proyecto —a todos les habían prometido un papel en el rodaje cuando llegara el momento—, pero Jonah no podía evitar sentir escepticismo acerca del futuro de *La búsqueda*. Por lo que sabía, el guion no estaba acabado del todo, y del reparto solo se habían elegido las actrices.

—La verdad es que todavía no lo he mirado, he estado... —comenzó a decir Jonah, pero la verdad es que no podía afirmar que hubiera estado ocupado.

—Vale, vale, cuando tengas tiempo —dijo Geoff, asintiendo enérgicamente a cada palabra. Jonah había observado que tenía el frágil ego de un artista de mucho más talento.

—¿Cómo ha conseguido Paul coca buena? —preguntó Jonah, intentando cambiar de tema.

—Ha vendido la bicicleta —dijo Rafik con una risita.

Paul, como si intuyera que estaban hablando de él, se alejó de los que estaban junto al canal y se acercó al trío. Cuando levantó la mano para saludar, dejó caer el cigarrillo que llevaba. Rafik dejó escapar otra risita. Paul sonrió dócilmente, mirándolos de uno en uno, y se agachó para recuperar el cigarrillo.

—Estamos hablando de que esta noche nos vamos de fiesta, hermano —dijo Geoff.

Paul esbozó una amplia sonrisa.

—¿Te lo han contado, Jonah? —preguntó Paul. Jonah asintió—. Nos vamos a casa de Marcus y nos liquidaremos la coca que he comprado en, no sé, unas tres horas. Vienes, ¿no?

Jonah había tomado coca un par de veces cuando estaba de pasante en el bufete, siempre que alguien le ofrecía en alguna fiesta. Le había gustado bastante, aunque ese subidón hiperenérgico que te hacía zumbar la cabeza en aquel momento no le atraía lo más mínimo. Pero además, pensaba mientras observaba la impaciente sonrisa de Paul, había algo que le inquietaba en toda aquella situación.

—Procura guardarte un poco para ti, ya que la has pagado —fue lo que se le ocurrió.

No era un grupo propenso a silencios incómodos, pero era evidente que Jonah había conseguido crear uno con ese comentario. Rafik cruzó los brazos y enarcó las cejas; Geoff le dirigió una mirada de abierta hostilidad. Por su parte, Paul pareció casi ofendido.

—¿Por qué iba a hacer eso? —le dijo a Jonah—. Son mis amigos.

—Sí, claro, lo único que quería...

Lo rescató de tener que acabar la frase el hecho de que uno del grupo que estaba junto al canal los llamara.

—Eh, tíos, callaos y escuchad. —Había hablado una mujer; tenía la piel pálida, el pelo rubio, largo y sin lavar, y llevaba una camiseta de los Melvins demasiado grande—. Escuchad, escuchad —insistió. Mientras seguía su mirada por el canal (una mirada que poseía esa displicente fijeza del que va colocado), unos mechones de pelo grasiento le cayeron delante de la cara, y Jonah no pudo evitar pensar que no existía ninguna mujer más diferente de Sylvia, que era casi una parodia de Sylvia. Pero ¿por qué demonios estaba pensando en ella?, se preguntó. En alguna parte Jonah escuchó un ritmo de sintetizador, un piano melódico y una rítmica voz masculina.

—El rap de las multinacionales americanas —anunció Rafik.

—A Tupac lo mataron a tiros, ¿cómo va a estar en una multinacional? —contestó otro miembro del grupo, y todos rieron.

—No, calla, calla, me encanta esta canción —dijo la doble de Sylvia.

Cerró los ojos, sonriendo plácidamente e inclinando la mejilla hacia el canal, en la orilla opuesta del cual, como comprendió entonces Jonah, sonaba música de una radio atada a la parte trasera de una bicicleta. El ciclista se había detenido por algún motivo, pero en aquel momento volvió a montar a la bici y comenzó a pedalear otra vez a sus anchas. La rubia seguía el paso del ciclista con la música, y comenzó a bailar en un lento círculo, con los ojos cerrados. Los demás también se rieron de eso, y unos cuantos comenzaron a bailar —Paul daba saltos por la calle como si fuera la danza de la abeja—, mientras que los demás empezaron a cantar el estribillo.

Y mientras los veía a todos cantar y bailar junto al canal, Jonah se preguntó de repente: ¿quién es toda esta gente? Un bravucón rastafari izquierdista turco; un aspirante a cineasta que se pasa la vida podando los diálogos de su mastodóntico

guion, y Paul, una persona muy amable que, en su amabilidad, acababa de vender la única posesión de valor que tenía a cambio de una noche de coca. Era como si todos hubieran sido arrastrados hasta la orilla de la ciudad, hasta la ribera del canal: refugiados, náufragos. Y no, ni una película ni ninguna otra cosa tangible saldría del tiempo que pasaran aquí. Pero ¿qué les importaba? Esa pizca de Ámsterdam — circunscrita a esa calle, esa tarde, esa diversión— era suficiente. Y Jonah se sentía celoso viéndolos bailar.

El ciclista no tardó en tomar una calle secundaria, y el grupo dobló una esquina en dirección opuesta y desapareció. Jonah se quedó sentado mirando hacia Herengracht durante un momento. Luego se volvió hacia la puerta del *coffeeshop*.

¡Y entonces lo vio! ¡El jasad! De pie en la cubierta de una barcaza que pasaba, dándose golpecitos en la nariz y agitando el dedo. Jonah dio un paso hacia delante. Pero no, no era él... naturalmente que no era él. No era más que un hombre vestido con un abrigo oscuro, que fumaba un cigarrillo mientras la barcaza desaparecía por debajo del puente.

Como siempre en esos momentos, Jonah miró a su alrededor un tanto avergonzado para ver si alguien había observado su angustia. Pero en ese mismo momento, comprendió que él era la única persona que había captado su bochorno, y la perturbación, y el miedo, y esa cortina de futilidad que parecía haber quedado colgando en el aire como la niebla.

No, en Ámsterdam no había tenido visiones. Pero cada vez que tenía el sueño, el día después, e incluso, para ser honesto, varios días después, a veces veía al jasad: distinguía su diabólica sonrisa entre la multitud que esperaba el tranvía, o lo veía en la ventana de una lejana casa holandesa, sujetando una bola de matzo, con aire burlón y provocador. Siempre desaparecía al cabo de un instante, y casi en el momento mismo de la percepción resultaba ser otra cosa. Sin embargo, eso no impedía que Jonah, en un acto reflejo, creyera que volvería a verlo, ni que sintiera inexplicables instantes de sorpresa cuando resultaba que no era el jasad lo que había visto.

Buscó un cigarrillo en el bolsillo, pero comprendió que ya tenía uno entre los dedos. Dio una calada hasta que comenzó a toser: una tos superficial y rasposa. No sabía cuándo le había entrado esa tos de fumador.

Había momentos en Ámsterdam —cuando sin pensar sacaba monedas de dos euros del bolsillo, identificándolas por el peso, sin encontrar en ellas nada ajeno ni exótico; cuando se fumaba el segundo porro de la noche en la parte trasera de un *coffeeshop*, y se oía una canción de Bob Marley, que se integraba en su colocón justo en el momento adecuado— en que Jonah lograba creer que ocupaba su vida de una manera tan plena y natural como cualquiera de los que acababa de ver bailar junto al canal. Lograba creer que se había alejado de todo aquello de lo que quería escapar.

Pero entonces volvía a ver al jasad; observaba el reloj y restaba seis horas y se imaginaba lo que estaba ocurriendo en ese mismo momento en Nueva York. Y en aquellos instantes —que poseían la fuerza de una lucidez no buscada— comprendía

que no había demostrado nada, ni huido de nada, simplemente se había escondido allí en medio: se había escondido en un lugar tan frágil, tan tenue y tan ajeno a sí mismo que solo era cuestión de tiempo que todo se derrumbara a su alrededor. No sabía qué aspecto tendría ese derrumbe: más visiones, visiones más profundas; o se entregaba al remolino de emociones que había acompañado a la pérdida de Sylvia, de Zoey y de su carrera, a toda la catástrofe. Fuera lo que fuera, sin embargo, le llegó de repente, con una ominosa inminencia, mientras estaba en aquella calle húmeda.

¿Cómo acabará todo eso?, se preguntó.

De todos modos, cuando le asaltaban esos estados de ánimo solo podía hacer una cosa, solo había una manera de calmar sus nervios, de recuperar lo que pasaba por paz de espíritu: colocarse. Naturalmente, a eso se disponía en aquel momento, pero comprendió que también podías cansarte de tus propios placeres. Todavía le gustaba fumar hierba de una manera sencilla. Pero tener que colocarse para defenderse, necesitar hacerlo para poder sentirse mejor, le resultaba bastante deprimente. Pero para bien o para mal, colocarse ayudaba a mitigar esas sensaciones. Al cabo de un par de caladas, lograría convencerse de que el jasad no era más que otro síntoma típico intolerable de sus pesadillas habituales, algo que podía ocurrirle a cualquiera. Se reafirmaría en que le gustaba estar allí, en que tenía sentido. Al final, acabaría yendo al jardín botánico.

Tenía una mano en la puerta del *coffeeshop* cuando se dio cuenta por segunda vez que se había olvidado del cigarrillo que estaba fumando. En los *coffeeshops* no se permitía fumar cigarrillos, una regla cuya lógica podía apreciar, pero que en la práctica le parecía completamente absurda. Dio las últimas e impacientes caladas, y unas gotas de lluvia gruesas y frías comenzaron a caer sobre los adoquines, en el canal y sobre su nariz. Levantó el brazo para arrojar el cigarrillo, pero se apoderó de él la misma arraigada renuencia de antes. Dejó escapar un audible gruñido de frustración, supuso que ante el hecho de no poder huir de sí mismo. La lluvia empezó a caer con más intensidad. Vio que unas puertas más allá había un hueco que era la entrada de un hotel, y corrió a refugiarse.

Mientras se acurrucaba en el hueco, la lluvia comenzó a caer con tanta fuerza que el agua parecía formar un gran arroyo ininterrumpido desde el cielo hasta la calle. El chaparrón le estaba mojando el abrigo y la cara, y apretó la espalda aún más contra la pared. Alguien apareció apresuradamente en el mismo hueco y permaneció junto al cristal de las ventanas del hotel, más o menos a un metro de él: una mujer alta y de pelo rubio corto, que llevaba una gabardina con cinturón y un bolso azul que Jonah reconoció (pues lo habían arrastrado a Saks trepientos domingos) como muy caro. La mujer apartó un poco de agua de la parte superior del bolso con el dorso de la mano, a continuación lo abrió y sacó una fina guía que llevaba un título en inglés: *Museos y galerías de Ámsterdam*. Abrió la guía hasta dar con un mapa ilustrado de las calles principales de la ciudad, lo estudió durante unos momentos y luego levantó la mirada, el entrecejo fruncido con un aire meditabundo, como si intentara descifrar

algo en el muro de lluvia que tenía delante.

De no haber sido por la guía inglesa, Jonah habría imaginado que la mujer era sueca u holandesa, pues sus rasgos poseían una cualidad precisa y bien modelada que asociaba con las caras nórdicas. Cuando volvió a dirigir la mirada al mapa, vio el lunar negro en su mejilla, como una diminuta mancha de ceniza.

Se le ocurrió que la estaba mirando con descaro, y en ese momento ella también se dio cuenta, y por un momento volvió hacia él una mirada antipática. Pero no apartó la vista, y se lo quedó mirando como si sospechara que la conocía de algo. Jonah comprendió que era esa misma sospecha la que había despertado su interés por ella, aunque con las diversas peculiaridades de su cara —el pelo tan corto, el lunar y los ojos negros—, se dijo que la habría recordado.

La mujer volvió la mirada al mapa. A continuación, sin levantar los ojos, dijo:

—*Ihre Nase war gebrochen.*

—Lo siento, no hablo... —contestó él.

Ella volvió a mirarlo un momento.

—Tienes la nariz rota —dijo con una cuidada dicción y un desinterés vagamente académico.

Sin duda, era una manera extraña de entablar una conversación, y quizás, al ser tan inusual, él replicó con inusual franqueza:

—Sí, hará cosa de un mes.

—A mí me pasó lo mismo —dijo ella, estudiando el mapa. Jonah se lo tomó como si le diera permiso para estudiar su nariz con más detenimiento, y mientras lo hacía, ella dijo—: Me hice una rinoplastia.

Era esa nariz, dedujo Jonah, lo que otorgaba a su cara ese aspecto preponderantemente sintético que había observado: una rectitud de regla, una simetría matemática.

—¿Cómo ocurrió?

Tras titubear un momento, la mujer dijo:

—Alguien me golpeó con un objeto.

—Sí, a mí también —contestó él, y la coincidencia también le pareció extraña. Ella había vuelto la atención hacia la calle que tenían delante—. ¿Adónde quieres ir? —le preguntó Jonah—. La verdad es que vivo en Ámsterdam...

Ella volvía a titubear. Metió la mano en su bolso tan caro y le entregó un papelito con una dirección escrita.

—Eso está en la otra punta de la ciudad —le dijo Jonah.

—Pensaba que si seguía Herengracht...

—Debes de haber tomado la dirección equivocada. —La mujer asintió y volvió a mirar el mapa con cierto antagonismo. La lluvia había amainado un poco, el cigarrillo estaba consumido casi hasta el fin: pronto podría entrar en el *coffeeshop*. Pero, por otra parte, aquel día no tenía nada urgente que hacer; no tenía nada urgente que hacer durante el futuro inmediato. Y ya fuera porque era americana, o por sus narices, o por

la peculiaridad del encuentro, sentía cierta afinidad con ella, aunque, se dijo, solo hasta el punto de preferir no fumar su primer porro del día mientras la imaginaba perdida bajo la lluvia—. No está muy lejos, si quieres, te puedo acompañar —se ofreció.

La mujer paseó repetidamente la mirada de la calle al mapa y del mapa a la calle, y a continuación apartó la manga del abrigo para mirar el reloj: elegante, con una correa naranja, y también a todas luces caro. Estaba a punto de decirle que a él le daba igual si aceptaba su ayuda o no, cuando la mujer por fin exclamó:

—Sí, me ayudaría mucho, gracias.

Aún llovía lo bastante caudalosamente como para que tuvieran que esperar unos cuantos minutos antes de ponerse en marcha. Permanecieron el uno al lado del otro, contemplando la calle inundada por la lluvia, como quien espera a que se abran las puertas del ascensor.

—¿Así que vas a una galería de arte? —le preguntó Jonah.

—Mi prima tiene una galería de arte por aquí —dijo la mujer—. He trabajado en el mundo del arte durante muchos años, y quiero ver algunas piezas mientras estoy de visita.

—¿Ya no trabajas en eso?

—Trabajo en el sector inmobiliario en Las Vegas —contestó ella de manera mecánica, como si fuera una respuesta que había ensayado.

La respuesta supuso otra sorpresa, aunque en ese punto Jonah no estaba seguro de qué esperaba. En cierto modo, los detalles del aspecto de la chica, su comportamiento, no resultaban coherentes con la personalidad que le imaginaba. Pero al mismo tiempo seguía habiendo algo agradablemente familiar en ella.

La lluvia ya no era más que una ligera llovizna.

—Bueno, si tienes prisa, a lo mejor quieres ponerte en marcha.

—Sí —dijo ella—. Vámonos.

—Por cierto, me llamo Jonah.

—Judy —respondió ella.

Salieron del portal y él la guio hacia Herengracht. El aire seguía siendo húmedo, y los adoquines estaban resbaladizos. Judy mantenía los ojos en el suelo y caminaba con sus tacones altos con cierta aplicación, ni con torpeza ni con elegancia, y la gabardina le caía bruscamente por la pendiente de sus hombros delgados. Jonah todavía llevaba la colilla entre los dedos, y al final apagó las últimas ascuas en uno de los postes metálicos que demarcaban la acera, y se la metió en el bolsillo. Judy observó la operación, pero no dijo nada.

—Lo siento, pero durante un momento me ha parecido que te conocía de algo —dijo Jonah—. ¿Has ido a Vassar?

—A Yale —contestó ella, y parecía observar cuál era la reacción de Jonah. Era un tic que él había observado en muchos graduados de la Ivy League, sobre todo en los alumnos de Yale y Harvard.

—Bueno, estoy bastante seguro de que no fuiste a ningún campamento de verano judío —continuó Jonah.

Pero ella sonrió ligeramente y contestó:

—Al campamento Ramah, de hecho.

—¿En serio? Yo fui tres veranos a Tel Yehudah.

—Yo pertenecía a la B'nai B'rith.

—Y yo a la BBYO^[14].

Habían llegado a la Raadhuisstraat, la calle principal del lado occidental de la ciudad. Solo tenía un par de carriles de tráfico y un par de vías de tranvía, pero seguía siendo la calle de esa parte de Ámsterdam que a Jonah más le recordaba a Nueva York. Esperaron a que pasara el tranvía; luego, mientras continuaban por Herengracht, Judy dijo:

—¿Tu rabino no os contaba cuentos del folclore yidis? Y pasara lo que pasara, ¿no terminaban siempre de manera completamente ambigua?

—Sí, a mi rabino le encantaban. «Y en ese momento el rabino Ben Shmuel miró su asno, y ya salía el sol. Fin».

Ella ensanchó la sonrisa.

—Era divertido, ¿verdad?

Se acordó de cuando se metió en un saco de dormir con Shira Friedburg en la acampada de iniciación de la BBYO. Sí, pensó: era divertido. Pero por la expresión meditabunda que apareció en la cara de ella, comprendió que pensaba en un tipo de diversión diferente.

—Cuando eres joven, consiguen que sea más sencillo, ¿verdad?

—Más sencillo ¿el qué?

—La sensación de formar parte de algo, supongo —dijo al cabo de un momento—. La fe. Todavía no tienes que preguntarte por qué las experiencias más poderosas de la vida hacen que lo que ellos te cuentan sea menos creíble, no más. —Pareció reconsiderar con cierto azoro lo que acababa de decir—. Lo siento. Generalmente no tengo la oportunidad de hablar con...

Jonah supuso que quería decir «otros judíos», pero la conversación se acercaba a temas que él no tenía ningún interés en tratar. Cruzaron un puente en el que Herengracht era atravesado por una calle de este a oeste, Huidenstraat, y Jonah comprendió que se encontraban a solo un canal al este de un callejón donde estaba su *coffeeshop* preferido de la ciudad: un espacio de tres mesas y suelos de madera, con el techo de madera abovedado y una iluminación tenue; la impresión general recordaba una de esas acogedoras posadas del siglo XIX. A unos pocos pasos, al final del callejón, había una panadería que tenía *Stroopwafels* recién hechos: gofres finos y crujientes dentro de una capa de caramelo, una especie de barra Twix gastronómicamente superior; en el extremo opuesto del callejón se abría una pequeña plaza de piedra, rodeada de tiendas y cafés, que nunca estaba abarrotada, con bancos y palomas y una librería que vendía revistas y periódicos en inglés. Podías pasarte

horas, días enteros incluso —Jonah lo había hecho—, fumando en ese *coffeeshop*, comiendo *Stroopwafels* calientes, leyendo una revista en la plaza, mirando las palomas, volviendo al *coffeeshop* y vuelta a empezar. El impulso de hacer eso se le manifestó como algo físico, como si el callejón hubiera asumido la física de un agujero negro. No se encontraban lejos de la calle que ella buscaba, sería difícil no encontrarla desde allí; la lluvia había cesado, la luz que asomaba detrás del cielo abovedado de nubes era incluso un poco más viva. En otras palabras, sería un lugar razonable donde despedirse.

Pero Jonah decidió seguir acompañándola, y antes de poder preguntarse por qué, se recordó que no necesitaba ninguna razón.

El canal que seguían se curvaba suavemente hacia el este, girando como una segunda manecilla que recorriera la parte inferior de un reloj en dirección contraria.

—¿Qué haces en Ámsterdam? —preguntó Judy.

—Bueno, ahora mismo me estoy tomando una especie de... año sabático —contestó Jonah, escogiendo la expresión que había utilizado para explicarles lo mismo a sus padres.

—¿Eres profesor? —preguntó Judy.

—No, soy abogado. Quiero decir que era abogado. Bueno, no es que me hayan inhabilitado ni nada parecido, lo que quiero decir es que era abogado en Nueva York. Pero ahora estoy... tomándome un año sabático. —Reconoció lo incómoda que sonaba esa explicación, pero si la respuesta le pareció extraña a Judy, no lo demostró. Y así, casi como una prueba (para ver si podía), se lo contó—: Mi vida se fue a la mierda no hace mucho. También mi trabajo. Fue el mismo día que me rompieron la nariz, no te lo creerás.

—Me lo creo —replicó ella con toda naturalidad, como si la pregunta no hubiera sido retórica, como si realmente se lo hubiera preguntado.

Y a él no le entró ningún sudor frío, y tampoco se sintió obligado a ir derecho al *coffeeshop* del callejón. Era una buena señal que hubiera logrado compartirlo, se dijo, aunque fuera con una desconocida. Demostraba que ya estaba aterrizando. Pero no se arriesgó más de lo previsto, y cuando enfilaron Nieuwe Spiegelstraat —la calle cuyo nombre ella llevaba escrito en el papel que le había enseñado—, Jonah ya estaba dispuesto a regresar a sus consuelos habituales.

La puerta a la que se encaminaban era metálica y sin ninguna marca, y se hallaba entre una hilera de tiendas y de galerías de arte en la columnata de un edificio de ladrillo que ocupaba casi toda la longitud de la breve manzana. Se detuvieron delante de la puerta, sin hablar. Era uno de esos momentos que siempre se hacen incómodos, aunque a Jonah no se lo pareció así: todo consistía en encontrar una manera de resolverlo.

—Gracias por acompañarme —dijo ella por fin.

—Sí, encantado de hablar contigo —contestó Jonah con sinceridad. Lo cierto es que en Ámsterdam no hablaba con nadie, reconoció, al menos no de una manera

significativa: desde luego, no con el grupo de expatriados, y en muchos aspectos sus interacciones con Max eran lo opuesto a una auténtica conversación. Pero se recordó que eso tampoco era algo accidental—. Que te vaya bien por Las Vegas.

—Gracias.

Y, se imaginó Jonah, eso sería todo. Todo lo que iba a ganar o a perder no volviendo a verla nunca lo ganaría o lo perdería entonces. Se dirigiría al *coffeeshop* de la esquina y posteriormente al jardín botánico, pensó sin mucho entusiasmo. La única consecuencia de su encuentro sería que él procuraría colocarse antes de irse a dormir.

—Supongo que el arte no te interesa —dijo ella de sopetón. Y para gran sorpresa de Jonah, ella se sonrojó: se sonrojó con su expresión decididamente neutra, a través del maquillaje que, observó de pronto Jonah, le cubría las mejillas.

Jonah se quedó impresionado por el valor que, como sugería ese sonrojo, había necesitado Judy para expresar esa media propuesta, y en un arrebato de solidaridad se le acercó de un salto para acompañarla el resto del camino.

—Por supuesto que sí, ¿a quién no? Me encantaría ver lo que hace tu prima.

Y entraron.

Inmediatamente detrás de la puerta había un hueco cubierto por pesadas cortinas, y más allá todo estaba oscuro: las luces estaban atenuadas hasta no ser más que un brillo poco definido, y las paredes estaban pintadas de negro. Alrededor de aquel espacio en penumbra colgaban Polaroids, cada una iluminada por un solo foco. Por el sistema de megafonía una voz de mujer hablaba con voz queda, y al cabo de unos momentos Jonah comprendió que la voz recitaba versículos bíblicos. Al fijarse más de cerca, Jonah vio que sobre las Polaroids habían dibujado motivos de iconografía religiosa estilo grafiti: halos, cruces, un Jesús de caricatura, etc. La primera foto que había estudiado de cerca mostraba a un grupo de chicas jóvenes sonriendo mientras bailaban sobre la mesa de un club, cada una adornada con un par de alas de ángel.

Se habría sentido todavía más incómodo de no haberlo considerado tan rematadamente malo. No pretendía entender nada de arte moderno, y se imaginaba que aquella exposición quizás era brillante por algún principio estético del que no tenía ni idea. Pero para él, aquello era malísimo, y esa opinión le proporcionó una especie de seguridad mientras se desplazaba por la galería. Pasó junto a un huerto de manzanas con serpientes enroscadas en los árboles, y una Taylor Swift rodeada por un halo mientras tocaba la guitarra en un escenario.

Judy se desplazaba más despacio por la sala, prestándole más atención a cada Polaroid. Si aquellas fotos las hubiera sacado su prima, se dijo Jonah, a lo mejor habría hecho lo mismo. Pero le asaltaban pensamientos que intentaba evitar: le había mandado a Becky una docena de correos electrónicos desde que se había ido de Nueva York, y la había llamado las mismas veces. Ella no había respondido ni a los correos ni a las llamadas. El padre de Jonah le había dicho que, por lo que él sabía, le iba bien... aunque a saber lo que eso significaba.

En aquel momento se le acercó una joven enfundada en un vestido azul marino: en la coronilla se le apilaban los cabellos teñidos de rojo cereza, y tenía los dos brazos recorridos por una mezcla de tatuajes de vivos colores.

—¿Quieres un poco de vino? —preguntó la joven en un inglés sin acento, deduciendo que él no era holandés.

—No, estoy bien —contestó Jonah.

—Muy bien. Muchas gracias por venir —dijo la joven con una sonrisa leve y sincera.

—Ah, tú eres...

—Soy la artista. Margaretha Klein van Dijk.

—Ah, vale. Sí, esto es... realmente impresionante.

Ella se encogió de hombros sin darle importancia.

—Tampoco es gran cosa. Lo sublime y lo mundano o lo que sea. Mi padre lo ha pagado. Se siente culpable por todo.

Jonah no sabía cómo debía responder a eso, así que dijo:

—He venido aquí con tu prima, Judy.

La joven se quedó un momento perpleja, y a continuación separó los labios al comprenderlo.

—Me dijo que la gente la llama así. No se me ocurrió que pudiera ser cierto.

—Claro —dijo Jonah.

—Tampoco es que pueda comprender lo que hay debajo de su pelo. Y no sé cómo habrá ido todo el proceso.

—Yo acabo de conocerla.

La joven le lanzó una mirada amable.

—Me alegro. Tienes un aura preciosa.

—No, no —aclaró Jonah rápidamente—, de verdad que acabamos de conocernos, no somos... nada.

Pero Margaretha se había vuelto hacia donde estaba Judy —o como hubiera que llamarla— estudiando una de las Polaroids.

—Nunca superó lo que les pasó a sus padres. Por eso tiene el pelo tan jodido. —Volvió la mirada hacia Jonah—. No le digas que yo lo he dicho, ¿entendido? —Jonah asintió. Quería que ella pensara que él sabía de qué le estaba hablando, para que así no le explicara de qué estaba hablando—. Lo único que aprendí en rehabilitación es que la gente cartesiana es la que se toma peor estas cosas. ¿Lo sabías?

—Ajá —dijo Jonah, esperando de nuevo que el hecho de darle la razón le impidiera desarrollar la idea.

—Sé que no podéis quedaros mucho tiempo. Voy a despedirme. Pero le diré que tienes un aura buena. —Volvió a sonreír y se acercó a su prima.

Jonah presenció cómo intercambiaban algunas palabras; Margaretha le dio a Judy un abrazo entusiasta y con todo el cuerpo, al que esta correspondió un tanto rígida. Si existía algún parecido familiar, era difícil verlo, aun suponiendo que sus narices

hubieran sido semejantes antes de la rinoplastia: parecían completamente distintas en su manera de ser y en sus gestos. Margaretha, por ejemplo, habría encajado perfectamente con el grupo de expatriados, mientras que Judy... ¿dónde coño podía encajar ella? A Jonah le dio un ataque de su tos de fumador. ¿Cómo había acabado en esa galería de arte? Se dirigió hacia la puerta para ahorrarse a todo el mundo la perturbación.

—Vosotros, los que pasáis por el camino —dijo la voz incorpórea por los altavoces cuando Jonah salió.

Fuera, la humedad lo permeaba todo. El agua goteaba de la fachada de la columnata, y los arroyos diminutos iban a parar a charcos más grandes al borde de la calle. La tos de Jonah remitió. Encendió un cigarrillo, porque... porque le salía de los cojones. Se apoyó contra uno de los pilares de la columnata mientras fumaba. Se sentía cansado de una manera inconcreta... cansado de todo.

Unos minutos más tarde oyó abrirse la puerta a su espalda, y apareció Judy. Una de sus manos formaba un puño junto a su cadera, y, con maquillaje o sin, su cara había adquirido una evidente palidez.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jonah.

Ella se volvió y lo miró como si hubiera olvidado que podía estar allí, y al recordarlo hubiera preferido que no estuviera.

—No hacía falta que me esperaras —dijo fríamente.

Y Jonah descubrió que estaba dispuesto a responder con la misma frialdad.

—Sí, bueno —dijo, y mostró el cigarrillo.

El silencio que siguió fue incómodo, y era una lástima que su encuentro tuviera que acabar así, se dijo Jonah. A fin de cuentas, habría sido preferible algo estéril y amistoso, lo que hubiera ocurrido de haberse despedido en el callejón.

Ella contemplaba un extremo de la calle, y volvió la cabeza para mirar hacia el otro extremo. A continuación le dijo a Jonah:

—¿Antes me has preguntado a qué me dedicaba? —Jonah asintió—. Trabajo para una empresa fantasma que compra en secreto propiedades en el centro de Las Vegas para uno de los promotores de casinos más importantes del país.

—¿Así que compras, por ejemplo, condominios en bancarrota? —preguntó Jonah al cabo de un momento.

—En este momento estoy comprando una iglesia —dijo Judy.

Jonah frunció el entrecejo.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque quiero que sepas lo que realmente soy.

Jonah estudió su cara concienzudamente serena, y entonces comprendió algo nuevo de ella, algo que dudaba que fuera lo que ella había pretendido, o supuesto. Las características que hasta entonces le habían parecido extrañamente incongruentes —el peinado agresivo, los accesorios lujosos y la nariz extraordinariamente vulgar— de repente encajaron. Llevaba un disfraz: iba vestida de inversora inmobiliaria de Las

Vegas.

Avanzaba la tarde: el aire era más frío y el ambiente más húmedo. Jonah vio que Judy había comenzado a temblar un poco.

—¿Estás segura de que no nos conocemos? —preguntó Jonah.

—No, Jonah —dijo ella—. No nos conocemos. —Añadió—: Tengo que volver al hotel a por mis cosas. Dentro de poco salgo para el aeropuerto.

Jonah supuso que Judy lograría encontrar el camino de vuelta al hotel. Pero ¿por qué se sentía tan reacio a preguntárselo? De cualquier modo, ella desaparecería de su vida en veinte minutos. Se lo acababa de decir: tenía que coger un avión.

—¿Sabes por dónde ir?

Judy movió los dedos que le formaban un puño a un costado.

—Mi hotel está cerca de la estación del tren.

—Si quieres, te acompaño.

Y al cabo de un momento, ella contestó:

—De acuerdo. —(En meses posteriores, de vuelta en Las Vegas, Judy se preguntaría por qué había aceptado esa oferta, hecha tan a desgana por parte de él, y aceptada con tan poco entusiasmo por parte de ella. Al final supuso que había sido por un rechazo mutuo que todavía no estaba dispuesta a reconocer, aunque ese rechazo llegaría pronto).

Jonah la acompañó hasta Prinsengracht, el canal exterior del Anillo de Canales, y pusieron rumbo hacia el norte. No era el camino más directo hacia la estación, pero Jonah se dijo que ya que la acompañaba, podía tomar el camino que más le gustaba. Los árboles, con el follaje todavía verde, se alineaban a ambos lados del canal; botes de remo de vivos colores y lanchas motoras cubiertas con una lona estaban amarradas formando largas hileras en el borde. Caminaron en silencio mientras desandaban el camino por la esfera del reloj de la ciudad, aunque el silencio se había vuelto más cómodo. Comprendieron que los dos sabían disfrutar de ese paseo por una encantadora calle holandesa de la manera más sencilla, y pudieron disfrutarlo porque ambos sabían que acabaría pronto.

Cruzaron Westermarkt, la prolongación occidental de Radhuisstraat, y cuando volvieron a tomar rumbo noreste a Jonah comenzó a dolerle la nariz. Ya no le ocurría a menudo, excepto cuando el tiempo era así: frío y húmedo. Podría haberle preguntado a Judy si la nariz también le dolía, incluso después de haberse operado, pero le pareció que no valía la pena romper ese silencio para averiguarlo. Ella caminaba, igual que antes, con la cabeza gacha, los brazos cruzados delante del pecho, y un puño apretado en el hueco del otro brazo.

Pasaron por un puente que cruzaba el Bloemgracht, un canal que se ramificaba hacia el oeste. Una vez en lo alto del puente, Judy se detuvo, y, mirando al lado opuesto del agua, le preguntó:

—¿Qué es eso?

Él volvió la vista.

—La casa de Anne Frank.

Era un edificio anodino; bonito, pero del mismo estilo que todos los demás edificios de la calle: tres plantas de ladrillo oscuro, grandes ventanas de dos hojas blancas y negras. Habría sido difícil distinguirlo de no ser por la larga cola de turistas que había fuera, todos con sus guías de viajes y sus paraguas; delante había un grupito con impermeables a juego. Jonah nunca había entrado en la casa: no había entrado durante su viaje de estudios, y tampoco le veía ningún provecho a entrar ahora. No estaba lejos de la casa flotante, y pasaba por allí con bastante frecuencia, por lo general sin prestarle mucha atención. No era más que otro lugar al que Max iba a ligar. Pero Judy parecía interesada, y se acercó a la barandilla metálica del puente para estudiarlo. Jonah contempló cómo su cabeza seguía la cola de turistas que llegaba hasta la esquina.

—¿Qué crees que buscan? —dijo Judy.

Jonah sintió la tentación de no contestar, pero al final comprendió lo que quería decir.

—Ya sabes cómo es, la mitad de los turistas solo viajan para poder decir que han estado ahí —dijo—. Vas, sacas un par de fotos, y tachas el nombre de la lista. Recuerdo que después del 11-S, veías turistas posando para la foto delante de los escombros de la Zona Cero cuando todavía humeaba. Incluso sonriendo.

—¿En aquella época vivías en Nueva York? —preguntó Judy, todavía con la vista a través del agua.

—Sí, pero vivía a cincuenta manzanas —dijo—. Aun así, fue una mierda. ¿Dónde estabas tú?

—En la universidad —contestó Judy.

Entonces ella era joven, o ni siquiera joven, solo más joven que él. Él acababa de salir de la facultad, estaba saliendo con Zoey por primera vez. Ella vivía en Christopher Street, tan al sur que lo olías en el aire: cables quemados y Dios sabía qué más. Delante de la parada del metro de Zoey, uno de los vendedores ambulantes que habían aparecido en la ciudad como por generación espontánea, que vendía baratijas y pegatinas conmemorativas, recogía sus cosas. «¡Recuerden! ¡Recuerden! ¡Un dólar! ¡Recuerden!», repetía el vendedor, como un sonsonete, mientras Jonah subía las escaleras del metro. Y luego él y Zoey pasaban las cinco horas siguientes discutiendo y gritando, mientras por televisión mostraban como en un bucle las torres ardiendo, las torres cayendo o la gente saltando, algunos agarrados a una sábana, como si esperaran poder salir volando. Había otro tipo de pensamientos que no le gustaba evocar, ni en ese momento ni mucho menos cuando estaba sentado a su mesa en el piso veintinueve del 813 de Lexington. Sí, pensó: qué mierda.

Jonah comenzó a estudiar la cola de turistas: los bullangueros estudiantes, posible o probablemente colocados; el grupo de turistas chinos agrupados detrás de una mujer que sujetaba un paraguas morado. Quizás el sentido de visitar esos lugares era no tener que recordar, o mejor dicho, convertir la memoria en algo manejable y finito.

Llevabas a cabo la visita, pasabas allí media hora, y a continuación te permitían dirigirte al siguiente lugar; vivías como si esas cosas ya no ocurrieran: pertenecían a otra época, a otro lugar.

¡Entonces lo vio! ¡Al final de la cola! Sonriendo. Dándose golpecitos en la nariz.

Pero no era más que un hombre con atuendo jasídico, un jasid normal, por así decirlo, avanzando lentamente para llenar el hueco de la cola que tenía delante. Jonah comprendió que se había agarrado a la barandilla, como si estuviera a punto de saltar del puente o temiera que una ola pudiera arrastrarlo. Se le cayó el cigarrillo que estaba fumando, y enseguida se puso a hurgar en los bolsillos buscando otro, se le cayó la cajetilla y los cigarrillos se derramaron por el canal y se alejaron flotando.

Sentía la mirada de Judy. Pero también se sentía tan angustiado y avergonzado por lo que acababa de ocurrir que no podía volver la mirada. Esperaba que ella hablara. Pero lo único que ella dijo fue:

—¿Por qué no seguimos? —Y a continuación se puso en marcha. Él la siguió al cabo de un momento, mientras los turistas de la cola continuaban entrando uno por uno en la casa de Anne Frank.

Se habían levantado unas ráfagas de aire regulares, que hacían volar el agua de los árboles y zarandeaban los botes del canal contra el muelle. Ella volvía a temblar.

—Ya no queda mucho —le dijo Jonah—. Cruzaremos en Heren-straat y la estación de tren está al final de la calle. —Judy asintió—. Mira, en cuanto a lo que ha ocurrido en el puente —comenzó a decir Jonah, al identificar de repente algo no deseado en sus silencios—. Es solo que... a veces tengo pesadillas.

—¿De qué tratan? —preguntó Judy.

Jonah oyó cómo a ella le castañeteaban los dientes.

—Alguien me persigue.

—Freud dijo que todos somos los personajes de nuestros sueños.

Jonah lo reflexionó.

—Creo que en nuestra pubertad, Freud y yo tuvimos experiencias muy diferentes.

Y ella soltó una carcajada, sin contenerse, por primera vez desde que la conocía: clara, sorprendentemente suave, de *mezzosoprano*, como su voz.

Pasaron junto a un banco situado al borde del canal, delante del cual no había amarrado ningún bote.

—¿Podemos sentarnos un momento? —preguntó Judy.

—¿No tenías que ir al aeropuerto?

—Me sobra un rato.

Se sentaron, el viento rizaba las aguas del canal. Jonah aún oía el suave castañeteo de los dientes de Judy. Se desabrochó la chaqueta y la colocó sobre los hombros de Judy. Ella vaciló y, a continuación, cerró las solapas en torno al cuello, pellizcando una con el pulgar y el índice del puño cerrado.

—Gracias —dijo Judy. Pero entonces pareció sentir la necesidad de recobrar la compostura: se incorporó un poco en el banco y enderezó la chaqueta sobre el pecho

—. Probablemente te sientes decepcionado porque no tendremos tiempo para follarse ella lacónica.

Jonah se la quedó mirando, perplejo, incluso ofendido.

—¿Crees que eso es lo que quería? ¿Es lo que querías tú?

—¿Qué otra cosa podría haber sido esto? —contestó Judy.

Jonah pensó en lo que su prima había dicho de ella, que nunca lo superaría; de pronto lo consideró una advertencia. Pero de todos modos le preguntó:

—¿Cómo acabaste en Las Vegas?

—Todo el mundo acaba en alguna parte, ¿no? —contestó ella al cabo de un momento—. Y tú, ¿cómo acabaste en Ámsterdam?

Y Jonah quería contarle toda la historia, no la versión desesperada y trunca que le había contado a Max: quería que ella lo supiera todo, al detalle. Pero entonces le pareció que era demasiado, no estaba seguro de tener tiempo suficiente, y le preocupaba que ella no le creyera. Le dolía la nariz y tenía las manos casi entumecidas. Las metió en el bolsillo de los tejanos. Vio que Judy, incluso con la chaqueta encima, seguía temblando, como si ni siquiera entre los dos hubiera calor suficiente para uno. Jonah se inclinó hacia delante, y pasó a verla por el rabillo del ojo. Jonah se preguntó a qué estaba esperando, de qué se estaba escondiendo.

Volvió la cabeza para mirarla y le sorprendió verla tan pequeña: su cabecita rubia asomaba sobre la chaqueta, que le sobresalía en pliegues vacíos alrededor del torso. Un leve azul le teñía los labios. Detrás del banco Jonah divisó una panadería, no muy distinta de la de Lindengracht que visitaba.

—¿Qué te parece si voy a buscar dos cafés? —le propuso—. Nos calentarán un poco para el resto del camino. —Ella asintió y Jonah cruzó la calle apresuradamente.

Cuando se hubo marchado, Judith apretó los codos contra los costados, cruzó las piernas por los tobillos y las encogió debajo del banco. Le pareció una extraña acusación haber viajado tan lejos de donde vivía y haber conocido a alguien tan fácilmente reconocible justo allí: era inteligente, había ido a una buena facultad, era judío y se había educado en el noreste. Alguien que no le resultaba extraño. Más aún: le gustaba. Pero ¿a quién quería engañar?, se dijo. Él había sido amable con ella, y en aquella época no necesitaba nada más.

Judith sacó el puño del abrigo: desdobló la Polaroid hecha un ovillo que había arrancado de la pared donde se exponía la obra de Margaretha, y la alisó lo mejor que pudo sobre el muslo. Margaretha probablemente había supuesto que Judith había sacado la foto y se había marchado furiosa porque la había incluido en la exposición. Pero no había sido eso. La sorpresa había sido que la primera vez que vio esa imagen de una joven con un vestido blanco, de pie sobre un césped crecido —a la que Margaretha había añadido un crucifijo al fondo y una corona de espinas en torno la cabeza de la chica—, no se había reconocido como la muchacha de la foto.

Al mirarla por segunda vez, experimentó una segunda y pasajera incredulidad, como una nube que por un momento lo oscurece todo. Pero sabía que era ella: de pie, en el césped de la casa donde había crecido, durante la fiesta de graduación de secundaria. Ese vestido blanco tan poco favorecedor, la guirnalda de gardenias en el pelo, antes negro e hirsuto, su nariz antes tan grande e intacta: todo lo que ella era cuando Margaretha había sacado la cámara del bolso de punto aquella tarde de junio de 2001.

Se acordó de la habitación del hotel de Nueva Jersey, donde se alojó después de dejar Princeton: las promesas que se había hecho para poder salir de esa habitación: ahora los septiembres pasaban sin que se diera cuenta; no sufría tanto por no tener a nadie con quien compartir la vida; incluso había hecho una buena carrera profesional, primero en las galerías de arte de Los Ángeles, y en los últimos tiempos dedicada a actividades muy distintas. Había que reconocerle el mérito a esa chica de haberlo dejado todo en aquella habitación. Lo único que deseaba era haber conservado el diario que había llevado entonces. Le habría gustado encontrarse con aquella chica, al menos una última vez. Sabía que no quedaban muchas de esas Judiths fantasmas con las que encontrarse.

Se chupó el pulgar e intentó borrar algunos de los estúpidos añadidos de Margaretha. Consiguió difuminar los colores de la frente bajo la tosca corona de espinas. Pero aun así: en la cara de esa chica —formal, un tanto rígida, mirando a través de un océano de años— veía y sentía la textura de la memoria que suscitaba, no solo el inmediato orgullo del momento, ni la esplendorosa gratitud que la chica sentía por todo lo que rodeaba su vida, sino lo más potente de todo: la promesa que ya percibía en todo su futuro, la incuestionada fe de que, más allá de aquella tarde, más allá de la efímera incomodidad de posar para esa foto, le esperaba mucho más...

Jonah salió de la panadería con dos tazas de café; en el bolsillo llevaba dos sobrecitos de azúcar, por si ella quería. Mientras se acercaba al banco, vio que ella temblaba de manera violenta; al principio pensó que eran escalofríos, pero luego reconoció que eran sollozos.

Ahí estaba: todo lo que ella no había superado. ¿Y no le pasaba lo mismo a todo el mundo? Rasca cualquier superficie, y te lo encuentras, lo ves: qué necesitados estamos.

Y entonces Jonah vio la calle ante él, Ámsterdam, envuelta en un sol abrasador, sintió el terrible calor en la cara, el sol que quemaba la humedad del aire, el calor que se alzaba en oleadas de los adoquines, los guijarros de las azoteas humeando, el canal seco, su lecho de piedra agrietado, los botes volcados en su interior, las maromas amarrándolos impotentes. Y ella sentada en medio de todo eso, con los ojos hundidos, la lengua hinchada, los labios entreabiertos y agrietados, la cabeza repleta de moscas, tan delgada que el abrigo parecía plegarse sin forma contra ella, zarandeado a cada

sollozo sin lágrimas. Percibió que había otras, escondidas en desvanes, acurrucadas debajo de los puentes, pero solo la veía a ella, las olas ondulantes de calor se alzaban de los adoquines más gruesas y más rápidas, distorsionando todo lo que veía, ella estaba allí, se había ido, era blanca como una columna de sal, y antes de que pudiera volver a respirar, ella había desaparecido, se había vuelto imperceptible entre el calor que se alzaba del suelo y el sol achicharrante. Entonces la luz se mitigó un poco, se debilitó dentro del gris de las nubes, el canal se volvió plácido y de un verde oscuro, y vio gente entrar en la panadería que tenía detrás, gente que con sus paraguas cruzaba los puentes en media luna. Y ahí estaba Judith, llorando.

La recordaba, la conocía. La había visto antes, en la fotografía de una de las estanterías del apartamento de Becky, la noche de la fiesta de Becky. Era la mujer en que pensaba cuando todo comenzó. Esa era Judith.

Sabía que podía haber sido cualquiera: un apocalipsis podía ocurrir en cualquier vida, dos vidas cualesquiera se podrían encontrar en un portal. Pero ella era la chica que había visto, la que estaba sentada en un banco, llorando, esperándolo. Ve, se dijo. Ve allí y ofrécele... algo. ¿Acaso ella, a su manera, no se estaba empapando, igual que él?

Comprendió que había vuelto a llegar a ese punto: de nuevo se le planteaba ese salto. Dejó caer los cafés y echó a correr calle arriba.

Y en el único ejemplo de juicio moral de todo el periodo de lo que se podría llamar su profecía, Jonah concluyó que si el pecado existía, entonces había pecado.

Se había puesto a llover otra vez cuando Jonah llegó a la casa flotante. Oyó música en la parte de abajo mientras bajaba las escaleras hacia la proa, risas. Entró en el habitáculo principal: una sala rectangular de techo bajo, ocupada casi hasta las paredes por una gran mesa central de madera toscamente labrada. Max estaba sentado a la mesa con dos jóvenes que Jonah no reconoció, y aunque una de ellas no hubiera estado hojeando abstraída un ejemplar de *Lonely Planet Europe*, aunque ninguna de las dos hubiera llevado una chaqueta North Face (roja y azul, respectivamente), consideró que no le habría costado identificarlas enseguida como turistas americanas. Detectaba esa lozanía claramente americana, esa impaciencia, esa franca belleza en el rostro, en el pelo recogido hacia atrás con una intención práctica, incluso en los pósts de alegres colores que sobresalían de la guía.

—¡Rabino! —exclamó Max amigablemente. Él y la joven que estaba más cerca de la mesa (de cara redondeada, el pelo negro con reflejos rubios, la que llevaba la chaqueta roja North Face) jugaban a cartas, y entre ellos había un cenicero con dos porros encendidos. Sobre la mesa, un iPod con amplificador llenaba la habitación de algo ligero y pop—. Porros y Uno, rabino —dijo Max—. ¿Qué más se puede pedir? ¿Quieres jugar?

La mujer con la chaqueta North Face roja miró a Jonah con aire divertido.

—No es un rabino de verdad, ¿a que no? —preguntó.

Max le dirigió a Jonah una mirada ceñuda de preocupación.

—Hoy no te has dado ningún baño ritual en el canal, ¿verdad? ¿Qué le ha pasado a tu chaqueta de *El acorazado Potemkin*?

Jonah bajó la mirada para verse. Llevaba el jersey y los tejanos empapados; se tocó la barba y sintió el agua que le goteaba. Debía de haber llovido más de lo que pensaba.

—Yo... —comenzó, pero sabía lo que pretendía decir. Se dio cuenta de que le temblaban las manos. Se dejó caer pesadamente en una de las sillas que rodeaban la mesa, y metió las manos debajo de los muslos.

—De todos modos no es un rabino de verdad, ¿o sí? —oyó repetir a la de la chaqueta North Face roja mientras él clavaba la mirada en el grano de la mesa de madera, en las ondulaciones y las espirales de las líneas más oscuras sobre la superficie.

—En un sentido estricto no —contestó Max—. Pero sufre de una singular dolencia. Cree en Dios.

—Yo creo en Dios —dijo la North Face roja.

—No, no —la corrigió Max—. Él no cree en esa cálida sensación que te rodea después de hacer yoga. Él cree en Dios a la manera antigua y obsoleta: un anciano blanco, de larga barba blanca.

—Muy bien, así que es, bueno, tradicional de verdad —dijo la North Face roja, satisfecha. A continuación añadió en un sonsonete—: Robo dos, te toca.

Jonah quería coger uno de los porros, pero sentía que las manos, incluso debajo de las piernas, le temblaban de manera violenta. ¿Cuánto tiempo se quedaría ella sentada en el banco? ¿Todavía estaba allí? Se acordó del callejón: el *coffeeshop*. Pero pasar un día colocado, comiendo *Stroopwafels*, sin nada más que hacer que mirar las palomas de la plaza: todo eso parecía una idea ajena de cómo pasar el tiempo, diversiones extraídas de otra vida. Era como si en ese momento llamara a Sylvia y le dijera que, después de todo, quería vivir con ella en Bond Street.

—Se encuentra bien, ¿verdad? —preguntó la mujer con la chaqueta North Face azul, levantando la mirada de la guía.

Jonah había tenido la esperanza de que no observaran su agitación, o al menos no se fijaran en ella. Naturalmente, era una ilusión. Y luego sintió ganas de llorar, apretó los dientes para reprimirse, porque si bebía *whisky* hasta que se desmayase en el suelo de su apartamento, si se avenía al matrimonio de Becky y al final de su carrera, si pasaba semanas (¡semanas!, de pronto le pareció increíble) escondido en una nube de humo de marihuana en Ámsterdam, todo era lo mismo: racionalización sobre racionalización, el miedo atando nudos de miedo hasta que lograba creer que se trataba de otra cosa. Todo era ilusión. Al final, esas visiones —el jasid, Judith— siempre acababan encontrándolo.

—¿Deberíamos prepararle, no sé, un té o algo? —añadió la North Face azul.

—Estoy seguro de que se recuperará —contestó Max, quizá por una vez sintiendo algo de lástima por Jonah—. Está acostumbrado a lo duro de la vida religiosa. ¿Qué estás aprendiendo de Europa en tu guía?

—Solo busco lugares de Alemania que no sean demasiado turísticos —contestó la North Face azul.

—Lo último que quiere un turista es estar con otros turistas —dijo Max—. Es una pena que todos utilicen las mismas guías para decidir dónde no ir.

—Ja, ja —replicó la North Face azul, sin que le hiciera gracia.

Pero Max no era de esos que se arredran porque a los demás no les guste que les hagan bromas, así que preguntó:

—¿Y qué lugares no turísticos vais a visitar después?

—Ya hemos estado en Inglaterra, España y Francia —contestó la North Face roja, dejando las cartas sobre la mesa y señalando el aire, como si indicara un mapa invisible—. Dentro de dos días cogeremos un tren a Alemania, y luego a Suiza, Italia, y toda Europa Oriental. Luego iremos a Turquía, Israel y quizás Egipto, ya sabes, depende.

—Por supuesto —dijo Max.

—En invierno volaremos a la India y el sudeste asiático, Tailandia y Vietnam, y luego a Australia, Nueva Zelanda, algunas islas del sur del Pacífico, Hawái, y finalmente de vuelta a California. —Recitar esa lista pareció crear un impulso de alegría en su interior, y cuando acabó se echó a reír.

Y Jonah se imaginaba a las dos jóvenes en todos esos lugares: en una góndola en Venecia; paseando por la plaza de la Ciudad Vieja de Praga; posando delante del Taj Majal; en un *tuk-tuk* por Bangkok; subiendo a Angkor Watt; haciendo *rafting* por Nueva Zelanda, y llevando bikinis a juego —rojos y azules, naturalmente— en la playa de Fiji. Viajar era todo un rito de paso para los americanos de su generación y, al final, ¿adónde te llevaba? ¿Hasta dónde había tenido que viajar Judith para acabar sollozando otra vez? ¿Hasta dónde había ido él para acabar allí?

—Todo consiste en tener experiencias —dijo la North Face roja—. Y eso es lo que siento en este mismo momento, ¿sabes? Esta es una de esas locas experiencias que siempre recordaremos.

La North Face azul cerró la guía.

—¿Quieres ir al cuarto de baño, Bonnie? —le preguntó a su amiga.

—¿Mmm? Vale, sí, de acuerdo —contestó, poniéndose en pie.

—Es la puerta de la izquierda, aunque quizás os parecerá un poco estrecho para charlar —les dijo Max. Las dos muchachas se fueron. Max sonrió plácidamente a Jonah—. Esta es la conversación de «Si vas a hacerlo, entonces hazlo ya, porque me estoy aburriendo». El hecho de que tú seas un acompañante terrible puede que actúe en mi favor, rabino.

—¿Quieres dejar de llamarme así de una puta vez? —dijo Jonah, con las manos aún temblándole bajo las piernas.

—¿Qué te ha pasado hoy? —preguntó Max—. ¿Han intentado ahogarte por bruja? ¿O de manera accidental le has dado un bocado a un sándwich de jamón y queso y del torbellino...?

Con repentina ferocidad, Jonah gritó:

—¿Qué cojones quieres de mí? —Se abalanzó hacia Max, y levantó las dos manos para dar un golpe sobre la mesa, aunque solo consiguió que chocaran contra la parte inferior. El dolor solo le intensificó la cólera, mientras repetía, esta vez casi chillando—: ¡Dime qué cojones quieres de mí!

Max puso una cara como si algún olor desagradable se hubiera colado en la sala. El arrebato de furia desapareció; Jonah se dejó caer hacia atrás lentamente y se sentó sobre las manos.

Max tardó un momento en volver a colocar los barajados mazos de cartas. Por una vez pareció que no sabía qué decir. Pero como era de prever, eso no podía durar mucho.

—¿Sabes?, rabino, como King Kong le dijo a Fay Wray: tenemos mucho en común —comenzó—. La misma facultad, prácticamente los mismos amigos. Y diría que los dos vemos algunas cosillas más que la mayoría de la gente. La diferencia es que yo nunca me he podido creer todas las tonterías que tú te crees. Y la verdad, rabino, es que te envidio. Crees de verdad que de los miles de millones de personas de este planeta, Dios te ha elegido para susurrarte al oído: «Aquí estoy». ¿Sabes cuánta gente desearía poder pensar algo tan ridículo? Así que la verdad es que me repugna tu manera de pasearte a hurtadillas por esta ciudad con tu tela de saco y tus cenizas, envuelto en la cobardía de tus convicciones.

Lo dijera en serio o no, a Jonah se le ocurrió que él también siempre había envidiado a Max por lo cómodo que se le veía en su camaleónica piel.

—Sí, lo verías de manera distinta si la situación fuera la contraria —murmuró a modo de réplica.

—Nunca lo sabremos, ¿verdad? —contestó Max—. Me gustaría haber sido creyente durante un minuto o dos. Pero no me sale. Todos sufrimos lo que nuestra fe nos exige, rabino. O, si no, sufrimos por la falta de fe. ¿O te crees que eres la única persona del planeta que no tiene ni puta idea de cómo vivir? —Oyeron regresar a las North Face por el pasillo—. De todos modos, procura no joderme esto: llevo dos horas jugando al Uno.

Las dos mujeres volvieron a entrar en la sala. La chaqueta North Face azul se sentó junto a la guía, pero la North Face roja se quedó en la puerta.

—Hace frío en este barco —dijo.

Max sonrió.

—¿Te gustaría dar una vuelta?

—Claro, sí, sería estupendo.

Max se puso en pie despacio (procurando que todos vieran que saboreaba el momento), le guiñó el ojo a Jonah y salieron. Bueno, se dijo Jonah: esta chica va a

tener por fin una experiencia.

Jonah y North Face azul estuvieron unos momentos sin hablar. Al final ella dijo:

—No debería sentirse tan orgulloso de sí mismo. Ella lo hace continuamente.

Era morena, de tez olivácea, cara estrecha y con pecas, párpados caídos en unos ojos muy hundidos, lo que le daba un aspecto soñoliento. Hubo algo en esa cara que sorprendió a Jonah, aunque no pudo decir el qué; si se trataba simplemente de la especificidad de cualquier cara, una especificidad que hasta entonces había ignorado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Jonah.

—Lindsey —dijo ella—. Mira, no me iré a la cama contigo ni nada parecido, si ese era el plan —añadió—. No es nada personal, es solo que, bueno, en este viaje no quiero liarme con nadie.

—¿Por qué? —preguntó Jonah.

—Ya sabes —contestó ella, alisándose con la mano la cola de caballo—. Una mala ruptura.

—¿Qué pasó?

—El muy gilipollas me engañó —dijo ella—. Bonnie vino al rescate con este viaje, y yo probablemente no habría venido si eso no hubiera ocurrido. Así que imagino que todo ha sido para bien.

No se imaginaba a Sylvia diciendo algo así; aunque sí se imaginaba a Zoey. ¿Todo había sido para bien? Lo dudaba. No cuando podía haber sido mejor de muchas maneras.

—Lo siento —dijo.

—No es culpa tuya. Es algo que hacéis todos los tíos, ¿no? —dijo encogiéndose de hombros—. Y a ti, ¿qué te pasa? ¿Eres una especie de... lo siento, es una pregunta estúpida, de judío ortodoxo?

—No, no soy un judío jasídico —respondió con cansancio.

—Entonces ¿por qué te llama «rabino»?

Pero Jonah ya no tenía energía —no lograba encontrar la voluntad ni la razón— para seguir negándolo.

—Tengo visiones —dijo. La confesión no le produjo ningún alivio; solo pareció reafirmarlo de alguna manera nueva.

—Visiones... —dijo ella, como si hubiera sospechado que estaba loco, y de pronto estuviera segura. Entonces le preguntó—: ¿Cómo son? ¿Qué ves?

—Se supone que he de ofrecer... algo... para ayudar... a alguien.

—¿Y por qué no lo haces?

—¿Que por qué no lo hago? —preguntó en tono de burla—. ¿Por qué no lo hago? —repitió con desesperación—. ¿Por qué no me entrego a algo totalmente demencial, a esos ridículos...? Lo que quiero decir es: ¿te parezco un judío jasídico? ¿Te parezco la clase de persona que iría por ahí y... y...? Y no es por nada, pero ¡estoy furioso! ¡Estoy furioso, furioso de cojones! ¡Esto me ha pasado a mí! Y ahora se supone que tengo que abandonar y... ¿y qué? Te lo pregunto en serio, ¿qué cojones se supone

que tengo que hacer? ¿Qué tengo que ofrecerle... a nadie? ¡Mírame! ¡Mira cómo he acabado! ¡Y la nariz de los cojones me está matando! —Ella lo observaba preocupada; tenía las manos en la mesa, como si pensara que quizá tuviera que salir por piernas. Pero a Jonah las palabras le salían como una avalancha—. Nada de todo esto tenía que ser así —dijo, con las lágrimas pugnando por salir—. ¡Yo tenía que ser un tipo con éxito! ¡Tenía que conseguir cosas! ¡Hacer cosas! ¡Cosas importantes! Y en lugar de eso... en lugar de eso soy... Nada de todo esto tiene sentido —dijo sollozando—. Nada de esto tiene puto sentido...

La chica se levantó de la mesa. Jonah se imaginó que se marchaba... ¿y por qué no iba a marcharse? Tenía sus propios problemas, sus propias decepciones, sus propios fracasos y sus propias pérdidas, como cualquiera. La habían dejado plantada, la habían engañado, y aún sufriría por cosas peores. Solo era cuestión de tiempo.

La chica rodeó la mesa, se inclinó hacia él y lo abrazó. Apretó la cara contra su hombro, y al cabo de un momento comprendió que ella también estaba llorando.

—Todo irá bien —la oyó decir.

En Nueva York había estado seguro de que esas palabras significaban muy poco, servían para muy poco, y tenían escaso valor. ¿Qué podían hacer incluso ante las tragedias más insignificantes? Pero mientras se abrazaban —dos extraños en una ciudad extraña, llorando por sus propios motivos, o por la misma razón—, Jonah comprendió que ella no lo había dicho porque pensara que todo iría bien, ni porque tuviera una buena razón para pensarlo: solo para que él supiera que ella también quería que todo fuera bien. Había algo irreductible en eso. Algo que podías llamar sagrado.

Se quedaron abrazados unos momentos más, y luego ella se incorporó y se retiró, y se secó los ojos y él se secó las lágrimas de los suyos. Y eso fue todo.

En el crepúsculo de Ámsterdam, silencioso e inmóvil, el banco estaba vacío, tal como había sabido Jonah. Había corrido todo el camino, como si lo hubieran escupido de la casa flotante, pero ella estaba en el aeropuerto, de vuelta a Las Vegas. La vacuidad del banco era tan absoluta que se podía creer que nunca había estado allí, pero Jonah sabía que había estado allí. El sol del ocaso proyectaba franjas rojas a través del blanco y el azul carbón de las nubes, y se imaginó que veía en esos pliegues de luz la totalidad no solo del cielo, sino también de la ciudad, y todas sus gentes, toda la gente que Jonah conocía, y la que nunca conocería: sus padres, Zoey y Sylvia, Philip Orenge y Aaron Seyler, Becky y Danny, Brett y su gurú, Doug Chen y Scott Baker, Rafik y Geoff, Lindsey y Bonnie, y Max, y Judith, y también él...

Y con nostalgia y miedo, Jonah dijo:

—Sí, iré, veré el bien que puedo hacer allí.

IV. NÍNIVE, LAS VEGAS

1. Judith y el rey

Antes de trasladarse a Los Ángeles desde Princeton para empezar a trabajar en la galería de arte, la experiencia de Judith en las grandes ciudades se limitaba a su breve estancia en París, y allí, claro está, era estudiante. Jamás habría imaginado que una ciudad de tantos millones de habitantes le proporcionaría tanta intimidación, e intimidación era lo que buscaba (o, en cualquier caso, era una palabra que se le podría aplicar a lo que buscaba). Descubrió que en Los Ángeles la gente no se preocupaba por ti. Cada día iba en coche a trabajar, y cada día se quedaba atascada en el tráfico, y todos los que la rodeaban, dentro de sus coches, mantenían la vista al frente. Solo ella lanzaba una breve mirada a las caras suspendidas junto a la suya, hasta que aprendió a no hacerlo.

Las galerías en las que trabajaba se concentraban en el centro, entre edificios de piedra blanca que relucían uniformemente bajo un sol uniforme. Al entrar por las mañanas, levantaba la vista y veía a lo lejos el cristal azul pálido de la Torre de la Compañía del Gas, vertical y reluciente como un espejo. Llevaba a cabo su trabajo de manera competente, lo que parecía distinguirla de sus colegas, y pronto obtuvo elogios por su «buen ojo», pues había aprendido que el truco de conseguir que una exposición tuviera éxito no consistía en identificar lo que era realmente bueno, sino más bien en identificar lo que consideraban bueno las personas que compraban arte en el centro de Los Ángeles. La ascendieron; la contrataron las galerías de la competencia. Su éxito la satisfizo, hasta cierto punto, pero comprendió que lo que realmente la complacía era la familiaridad, el eco de otros elogios, de otros éxitos que habían significado mucho más.

En el mundo del arte de Los Ángeles, la existencia de una figura silenciosa y solitaria no era tan insólita, resultó que tenía mucho en común con sus colegas más jóvenes, muchos de los cuales habían huido a la ciudad a raíz de algún problema en su infancia, ya fuera trágico o banal (o, como en su caso, se dijo, ambas cosas). Pero esa similitud en cierto modo provocaba que sintiera aún menos deseos de relacionarse con ellos. Soportaba las recepciones y las inauguraciones a las que se veía obligada a asistir, y si aceptaba ir a tomar una copa después del trabajo lo hacía con incomodidad e impaciencia.

Los hombres y las mujeres se le insinuaban, de vez en cuando le pedían una cita. Cuando iba al instituto, había imaginado que el claroscuro de su aspecto algún día quizá sería apreciado, y en el ambiente artístico de Los Ángeles lo era. Cuando aceptaba salir con alguien la cosa acababa habitualmente en la cama —ella quería que acabara así—, pero jamás aceptaba una segunda cita, y ni siquiera un segundo polvo. Las personas con quienes pasaba la noche no protestaban mucho cuando eran rechazadas. A la gente, la actitud de Judith en ese aspecto les resultaba familiar y

aceptable.

Durante los años que vivió en Los Ángeles, alquiló un apartamento de una habitación en un complejo ubicado en un barrio indefinido al este de Fairfax, que durante una larga tarde amuebló en Ikea. Se le olvidó comprar un cesto para la ropa sucia, pero después de seis meses de amontonar la colada al pie de la cama, se le ocurrió que, a fin de cuentas, tampoco lo necesitaba. No conocía a ninguno de sus vecinos, y estos no parecían conocerse entre sí: uno de ellos ponía una atronadora música tecno los fines de semana; otro fumaba marihuana, y la olía cada vez que pasaba junto a su puerta.

Y pasó el tiempo. Su vida adquirió un ritmo determinado, de obligaciones diarias, de una tarea tras otra, y un día que vio una guirnalda colgada de una puerta comprendió que era diciembre; un día llegó a la galería y la encontró cerrada, y un día más tarde le dijeron que habían cambiado la hora. Cuando tenía un día libre (otra razón por la que le iba tan bien en el trabajo era que nunca pedía ninguno), corría por algunas zonas del Camino Costero de California, desde la parte norte de Venice Beach hasta más allá de Santa Mónica. Cuanto más lejos corría, menos gente veía, y a veces se detenía en una extensión desierta de arena, sucumbía a los trillados alicientes de la contemplación —el lejano horizonte, las olas que rompían y se recogían— y hacía un repaso de su vida. Ya no pensaba mucho en el pasado —cosa que consideraba un alivio, una especie de libertad—, y tampoco pensaba mucho en el futuro. Y en cuanto al presente: Judith se consideraba satisfecha.

Cuando se mudó a Las Vegas, reconsideró ese sentimiento de satisfacción. No lo veía como algo superficial, ni pensaba que se hubiera estado engañando. Lo que le pidió a la vida en Los Ángeles, esta se lo dio. Pero debía de faltarle algo, debía de sentir alguna necesidad no satisfecha, porque al Coronel le pareció muy fácil sacarla de esa vida y colocarla en otra nueva, como el que recoge una moneda del suelo y se la mete en el bolsillo. (Judith observó que el Coronel lo hacía con mucha gente). La mejor explicación que encontró fue que se debía a su celo: ese antiguo e insaciable deseo de algo, lo que fuera, todavía asomando en su interior sin que ella fuera consciente, indiferente a los límites que había prescrito para su modesta existencia, esperando fijarse en cualquier objeto que pudiera inspirarlo.

La tarde en que Judith conoció al Coronel, estaba sentada a su mesa del fondo de la galería donde trabajaba entonces, escribiendo un comunicado de prensa, una de sus ocupaciones. El tiempo era soleado y despejado; la mañana había pasado entre labores rutinarias. En otras palabras, era un día cualquiera, y más tarde pensaría que si algún presagio había anunciado la entrada del Coronel en su vida, se le había pasado completamente por alto o lo había olvidado. (Aunque, por supuesto, no era de las que creían en presagios).

El comunicado de prensa anunciaba la próxima exposición en la galería de

retratos a tinta y a lápiz de estrellas de cine estadounidenses. Y fue justo en el momento en que intentaba encontrar las palabras para decir que esas obras poseían una legitimidad artística debido a que Andy Warhol también había utilizado a famosos como tema —y todo el mundo sabía quién era Andy Warhol—, aunque sin decirlo realmente, cuando apareció alguien en la galería que le llamó la atención. Iba vestido con un traje a medida oscuro, una camisa abierta en el cuello, y un pin con una pequeña bandera estadounidense brillando en la solapa: llevaba la cabeza afeitada y una pulcra perilla color caoba. Lo acompañaba una joven que Judith pensó que debía de estar un poco enferma, pues a pesar del calor de la tarde llevaba una chaqueta con la cremallera hasta el cuello, una gorra de béisbol y una gafas de sol.

En aquella época Judith era directora adjunta de la galería; Sonya, su subalterna, era responsable de hablar con los que entraban, y de sondear con la mayor delicadeza posible si tenían alguna intención de comprar. A veces llamaba a Judith para cerrar la venta, o para hablar con alguien que demostraba algo más que un pasajero conocimiento del arte. Judith carecía de las habilidades sociales asociadas con un buen vendedor, pero poseía lo que uno de sus empleados había denominado una vez «*gravitas* artística»: los compradores se la tomaban en serio, cosa que Judith atribuía al hecho de que no sonreía.

Sonya hablaba con la mujer abrigada y, mientras observaba, a Judith se le ocurrió que no era que aquella mujer estuviera enferma, sino que era famosa. Así vestían los famosos en el centro de Los Ángeles: llamaban la atención en su intento de pasar desapercibidos. Tenía sentido, por tanto, que Sonya se concentrara en ella. Era típico de esas parejas que la modelo, la actriz o lo que fuera se decidiera por algo que deseaba —basándose en el color, si es que había alguna razón—, y que el hombre bien vestido que la acompañaba sacara la tarjeta de crédito. Era frecuente que ninguno de los dos se quitara las gafas de sol. Pero Judith descubrió que quien le llamaba la atención era el hombre, y cuanto más lo miraba, más intrigada estaba, cosa que en sí misma ya era intrigante, pues Judith se enorgullecía de lograr formarse un juicio acertado con una sola mirada de todos los que entraban en la galería.

Era un hombre grande y musculoso: la redondez de su torso era poderosa, como un tronco. La piel de la cara carecía de rasgos, desde la coronilla de su cabeza afeitada hasta la fina mancha de sus cejas oscuras, pasando por su amplia frente; tenía la nariz grande, aplastada y carnosa, como el hocico de un toro. Lo que más atraía a Judith, sin embargo, era su manera de moverse por la galería: la recorría a zancadas largas y sin prisa, con los ojos pequeños y redondeados girando despacio a izquierda y derecha, prestando más atención a los aspectos físicos del espacio que a las obras que colgaban de las paredes —con la mirada siguió hasta el techo una viga de apoyo, y repasó los conductos de ventilación—, con una leve sonrisa sardónica en los labios, como si viera en todo eso algo que le divertía. Y aunque no hizo mucho más que pasearse por la galería y examinarla con esa expresión de burla sutil, consiguió transmitir cierta autoridad con esos gestos, como si, por el simple hecho de ocupar el

espacio, fuera el propietario.

Era evidente que la tapada estrella de cine también lo encontraba lo más interesante de la galería; regularmente apartaba la mirada del lienzo que Sonya le explicaba para mirarlo. Y Judith tuvo la peculiar sensación de que, fuera lo que fuera ese hombre, era poderosa e inconfundiblemente americano: en la anchura de su paso, en la manifiesta seguridad en sí mismo de su cara, en la indiferencia hacia todos los que estaban en la sala; todo eso se combinaba para convertir en superfluo el pin con la bandera estadounidense que llevaba, y esa superfluidad también le pareció a Judith una característica un tanto estadounidense. No eran esos los únicos rasgos que ella asociaba con su país natal, desde luego, pero había observado que eran muy relevantes, sobre todo después de su periodo en Francia. Los franceses recorrían las galerías de arte de manera muy diferente, con cierta reverencia, aun cuando acabaran desdeñando lo que veían. Lo que ese hombre manifestaba era lo contrario de la reverencia.

En aquel momento su mirada recayó en Judith; se acercó al escritorio, y le dirigió la misma expresión de repaso burlón con que había estudiado los conductos de ventilación. Había algo perturbador en sus ojos, se dijo Judith: hundidos, casi perfectamente circulares, de un azul oscuro que, a través de unos tonos de añil, palidecían en las pupilas. Su mirada carente de vergüenza provocó a Judith una agitación casi física, pero, quizá por esa misma razón, no apartó la mirada. El hombre le dirigió una sonrisita de suficiencia, como si eso le impresionara, y el borde de su boca rodeada de perilla se proyectó de manera brusca hacia la mejilla.

—¿Tiene una lista de precios? —preguntó.

Ella le entregó las dos páginas grapadas. El hombre echó un vistazo a la primera página, pasó a la segunda, y las dejó caer sobre la mesa.

—¿Cuánto costó hacerlos?

—¿Perdón?

—Estos cuadros. ¿Cuánto costó hacerlos?

Judith vaciló; nadie se lo había preguntado antes.

—¿Al artista?

—Exacto, empecemos por ahí.

Los cuadros eran óleos sobre lienzo no figurativos: remolinos y olas y arcos de color que sobresalían, ejecutados con pegotes, en líneas finas como salpicaduras, en trazos curvos de pintura de medio centímetro de grosor. En el catálogo de la exposición, Judith había escrito que las obras «transmitían el caos y la confusión de la emoción humana con una belleza sutil y perceptiva». Fuera cierto o no (Judith tenía sus dudas), era consciente de que habían sido ejecutados rápidamente, con un descuido intencionado —eso le había dicho el artista radicado en West Hollywood que los había pintado—, y por lo que se refería a los materiales, lo más caro eran sin duda los marcos.

—Dos o tres mil dólares, supongo —dijo Judith, y sabía que estaba siendo

generosa.

—¿Por cada uno?

—Por todos —admitió.

El hombre soltó un bufido por sus anchas fosas nasales.

—Un gran margen de beneficio, considerando que vende el más barato por veinte mil. Hace que uno se pregunte por qué los llaman «artistas muertos de hambre». —Se quedó mirándola, al parecer esperando su respuesta—. ¿No va a decirme que no se puede poner precio al arte?

—Acaba de ver la lista de precios —contestó ella.

La sonrisa de suficiencia del hombre se volvió más acusada, y apretó los ojos, como si la estudiara bajo una nueva luz.

—La podrían despedir por hablar así. —Judith se encogió de hombros, porque percibía que también era un reto, y no quería que la vieran echarse atrás—. Muy bien, pues —añadió el hombre—. Dígame por qué alguien iba a pagar un margen de beneficio del diez mil por ciento por una de estas... obras de arte. —Y anudó esa última frase con un perfecto lazo de escarnio.

Unos pensamientos a medio formar se agolparon en la mente de Judith: explicaciones de la estética del arte abstracto; la historia de la pintura estadounidense después de la segunda guerra mundial; una defensa más general del arte no figurativo como manera de retratar las dimensiones inmateriales de existencia. Pero cuando levantó la mirada hacia los ojos escrutadores del hombre, hacia su persistente sonrisita, que parecía contradecir de manera preventiva cualquier cosa que ella pudiera afirmar, incluso hacia el pin con la bandera estadounidense —compuesta, como comprendió en ese momento, de diminutos zafiros, rubíes y diamantes—, no logró que esos pensamientos formaran una réplica convincente. Echar un vistazo a los cuadros tampoco ayudó: siempre le habían parecido un tanto innecesariamente confusos. Era evidente que se requería más destreza, si no arte, para crear el pin que llevaba en la solapa. Lo cierto era que no le gustaba casi ninguna de las pinturas que vendían. Se le ocurrió que el hombre había puesto el dedo en la llaga.

Al ver que ella tardaba un momento en responder, el hombre soltó una sonora carcajada en *staccato* que pareció golpear y rebotar contra las paredes de la galería. Sonya y la presunta famosa se habían quedado mirándolos, y al parecer habían perdido el interés en su propia conversación. Sin embargo, a Judith le desconcertó la facilidad con que él había conseguido pillarla con el pie cambiado en un entorno que a ella le resultaba tan familiar, y le pareció que al menos tenía que plantear alguna defensa.

—Esto no es una ferretería —dijo—. No se trata del precio de los materiales.

—¿Ah, no? ¿Y de qué se trata, entonces?

—Pues se trata de... —Pero de nuevo, bajo la fuerza de aquellos ojos, de la sonrisita, del brillo del pin... se le fue el santo al cielo.

Era evidente que él disfrutaba viendo cómo Judith se sumía de nuevo en el

silencio, y la dejó sumida en él unos segundos antes de decir:

—Exacto, sé exactamente de qué se trata. —La sonrisa desapareció y su voz se volvió más áspera—. Se trata de dar a sus clientes lo que quieren comprar. Si no es caro, no podrán presumir en las fiestas, no podrán colgarlo en las paredes para recordarse que son la clase de gente que paga veinte de los grandes por algo que quizá solo cuesta doscientos pavos fabricar. Por eso les alegra pagar cualquier margen de beneficio que usted decida cobrarles. Les vende algo que les dice quiénes son.

Judith intuyó que tenía que objetar algo, le pareció que debía objetar algo. Sin embargo, lo único que se le ocurrió fue:

—Los precios incluyen los gastos de la galería.

—Oh, lo sé —contestó él con desdén, dando a entender que podía expresar las razones de Judith y refutarlas al mismo tiempo—. Los gastos generales: tiene que pagar el alquiler de una galería en el centro con un techo de seis metros. Tiene que pagar a la chica que se sienta a la mesa y le entrega un papelito a la gente. Dígame una cosa: ¿a qué universidad fue para aprender a hacer esto?

Judith experimentó una desacostumbrada sensación de calor en las mejillas.

—A Yale —contestó.

El hombre juntó las palmas en un manotazo y volvió a reír triunfante.

—¡Yale! Magnífico. Sus padres pagaron ciento cincuenta mil dólares para que usted pudiera sentarse aquí y hacer un trabajo...

—Lamento no tener pins horteras para venderle, pero si no ve nada que le guste, ¿por qué no se marchan usted y su amiga, por favor?

Hasta ese momento, le había divertido un poco que el hombre consiguiera hacerla sentir tan incómoda. La cólera había sido tan repentina y tan contundente —como si hubiera ocupado su lugar sin que el rubor de las mejillas ayudara a detectarla— que habló casi en el mismo momento en que fue consciente de ella. Tan deprisa como había surgido, la cólera se desvaneció, dejando a Judith estupefacta por ese arrebato, lo bastante avergonzada como para que finalmente no pudiera seguir sosteniéndole la mirada al hombre.

Cuando ella apartó los ojos, la sonrisita del hombre era más pronunciada que nunca, como si eso fuera un resultado que le agradara.

—Está claro que en Yale una de sus asignaturas principales no fue el *marketing* —dijo el hombre. Y añadió—: ¿Y quién ha dicho que no me gusta nada de lo que veo?

—Coronel —dijo la estrella de cine desde el otro lado de la galería—. ¿Vas a comprar alguno de estos cuadros o...?

—Son horribles —replicó sin volverse hacia ella—. Son todos horribles. Incluso la chica lo piensa. —Pero ¿cómo lo había sabido?, se preguntó Judith.

La mujer suspiró detrás de las gafas de sol. Y en aquel momento el hombre dirigió una abierta sonrisa a Judith: expandiendo los labios para revelar dos hileras de dientes blancos y pequeños. Aquella sonrisa tenía una cualidad ominosa —con el

tiempo aprendería que todas las sonrisas eran ominosas—, y eso la fascinó todavía más.

—¿Tiene una tarjeta? —Judith sacó una de la bandeja de plata que tenía sobre el escritorio y se la entregó. El hombre la estudió—. Judith Klein Bulbrook —dijo—. Mucho nombre para tan poquita cosa. —Se metió la tarjeta en el bolsillo de la americana—. Imagino que no sabe quién soy. —Ella negó con la cabeza—. Vaya alguna vez a Las Vegas y pregunte a quién pertenece esa torre de cien plantas. Ese soy yo. —El despreocupado orgullo que exhibió al manifestarlo, sin que lo diluyera la menor ironía, le resultó más impresionante a Judith que el hecho en sí. Se dio la vuelta para marcharse, y a continuación volvió la cabeza para añadir (de una manera todavía más ominosa, y que Judith encontró aún más fascinante)—: Me encanta hacer que se sonroje. —El hombre salió por la puerta de la galería, seguido por la mujer de las gafas de sol.

Cuando se hubieron marchado, Sonya se acercó inmediatamente al escritorio de Judith y le dijo:

—¿Podemos hablar de esto? Ella era esa actriz, ya sabes, la que está siempre en *topless* en esa serie de la HBO. Y él es un magnate de los casinos o algo así. —Al ver que Judith no contestaba, preguntó—: ¿De qué habéis hablado?

—De nada —le dijo Judith—. De nada interesante. —Le sorprendió haber dicho eso, porque sabía que era mentira. Era la conversación más interesante que había mantenido en años.

A la mañana siguiente, mientras estaba en su apartamento, Judith recibió una llamada telefónica de Edgar, el propietario de la galería.

—Judith —comenzó a decir Edgar un tanto incómodo—. Me temo que... Bueno, hoy no hace falta que vengas.

—¿Por qué no? —preguntó Judith.

—Judith, la cuestión es... Ya no te necesitaremos más.

Judith ya se había vestido para salir: tenía el teléfono en la mano mientras estaba en mitad de su sala de estar en forma de caja, con el bolso colgando del hombro.

—No te entiendo —dijo, confusa.

—Y esta es la buena noticia —dijo Edgar, alegrándose—. ¡Hemos vendido toda la exposición de Knauer! ¡A un solo comprador!

Judith se sentó en el sofá y colocó el bolso en el regazo. Ya no estaba confusa.

—Entiendo —dijo.

—Ya sabes cómo es el mundo del arte —añadió Edgar—. Los compradores son siempre tan... excéntricos. ¡Así es el negocio! Estoy seguro de que no pretendías decir nada insultante. Quiero decir que naturalmente que no. Pero el comprador fue muy insistente. Lo entiendes, ¿verdad?

—Lo entiendo.

—¡Eres un gato con siete vidas! —dijo Edgar para tranquilizarla—. ¡Caerás de pie! No es más que... ¡no es más que arte, cielo!

—¿Recibiré mi comisión por la venta? —No le importaba el dinero, pero sentía curiosidad por lo que Edgar diría.

—Vamos, Judith, entiéndelo —respondió—. El comprador lo dejó muy claro... Es evidente que... tú no ayudaste precisamente a vender los cuadros...

—Desde luego.

—Lo entiendes.

Judith colgó el teléfono. Comprar toda la exposición había costado unos cien mil dólares. Y descubrió que además de estar pasmada, desconcertada y furiosa —y sí, fascinada—, también se sentía halagada.

Varios días más tarde un mensajero llamó a su puerta. Judith firmó un recibo y le entregaron una cajita envuelta en papel color marfil y atada con una cinta negra. Se sentó en el sofá y la abrió. Dentro, sobre un cojincillo de terciopelo, había una mariposa dorada que colgaba de una fina cadena de oro: el estilo era *art nouveau*, muy elegante, precioso, con las alas salpicadas de rubíes de un intenso carmesí. Debajo había una tarjeta en cuyo centro se veía un nombre grabado, todo en mayúsculas: «CORONEL HAROLD FERGUSON». Judith le dio la vuelta a la tarjeta; al dorso, con una letra puntiaguda, estaba escrito: «Algo menos ortera para usted. —C.». Había escrito mal «hortera», pero Judith captó el mensaje.

Mientras Judith sujetaba la mariposa en la palma de la mano, sintiendo su inesperado peso, se le ocurrió que debía de haber comprendido algo de la manera de pensar del hombre, porque lo que estaba haciendo era muy claro: seducirla. Y, se dijo mientras volvía a colocar suavemente la mariposa sobre el cojincillo de terciopelo y lo ponía sobre su mesita de Ikea, que él también debía de haber comprendido algo de ella: porque descubrió que estaba dispuesta a dejarse seducir.

Al día siguiente recibió una llamada telefónica —y al responder se dio cuenta de que la había estado esperando— de una mujer que se identificó como «la secretaria ejecutiva del señor Ferguson». Le informó de manera bastante seca de que aquella tarde mantendría una reunión con el Coronel «en el club del señor Ferguson». Judith se puso el vestido negro que utilizaba para las inauguraciones, su único par de zapatos de tacón, y el collar con la mariposa. Mandaron un coche a recogerla, que la condujo hasta un edificio rectangular de fachada de cristal situado en Sunset Boulevard, cuya arquitectura era de un estilo moderno remozado que se consideraba muy a la última en la época. El ascensor la llevó a la planta treinta y dos; salió a una zona de recepción que entretejía más modernidad remozada con el estilo recargado del viejo Hollywood: revestimiento de madera oscura, butacas tapizadas con un estampado de cebra, espejos de marcos dorados: todo ello también muy a la última, decididamente *au courant*.

Le dijo a la previsiblemente joven y encantadora recepcionista con quién se iba a encontrar. La recepcionista efectuó una breve llamada telefónica y a continuación le

pidió a Judith que esperara. Durante la hora siguiente permaneció sentada en una gran butaca de cuero de respaldo alto, cuyas dimensiones la hicieron sentirse como una encogida Alicia. Detrás del mostrador de recepción había una pared cubierta de fotografías y de cuadros, en la que divisó al menos una pieza que había vendido en su galería. Entraban y salían miembros del club: Judith vio muchos pómulos prominentes y muchas marcas de lujo. A una estrella de cine muy famosa la recepcionista le permitió fumar un cigarrillo mientras esperaba el ascensor.

Al final, salió una mujer de la zona de recepción: metro ochenta sobre unos tacones altos, ataviada con un traje chaqueta gris brezo, probablemente en torno a los cuarenta y cinco años, pero con el tono físico de una persona mucho más joven, con las cejas depiladas en forma de arco que dibujaban en su cara una expresión de permanente desdén. Saludó a Judith con un mínimo asentimiento, seguido de un casi imperceptible repaso de arriba abajo.

—Soy la secretaria ejecutiva del señor Ferguson —dijo—. Hemos hablado por teléfono. Puede seguirme. —(Esa interacción resultaría ser el punto culminante de su relación: la animadversión de esa mujer hacia Judith no remitiría nunca, y se tornaría progresivamente más severa. Judith averiguaría que eso era algo típico de la manera en que los empleados del Coronel se trataban los unos a los otros).

Mientras guiaba a Judith por una escalera de mármol blanco —otra espiral del ADN del antiguo Hollywood—, le dio algunas instrucciones:

—Recuerde que Coronel es el nombre de pila del señor Ferguson. No posee ninguna graduación militar. Aunque resulta apropiado que sus empleados se refieren a él como «el Coronel» al hablar de él o como «Coronel» al hablar con él, usted debe llamarlo señor Ferguson, o señor. Si él la invita a llamarlo Coronel, entonces llámelo Coronel. —Esa última orden fue el primer indicio (y habría muchos) de que aquella mujer consideraba que Judith era increíblemente estúpida.

Salieron a un jardín situado en la azotea, con paredes de cristal que daban a Hollywood Hills, una zona de color verde y salpicada de mansiones. Había mesas y sofás estampados que se desperdigaban bajo las ramas frondosas de los olivos; en el centro del espacio había una barra circular, detrás de la cual un camarero rallaba jengibre sobre un trío de vasos de martini. Una versión *house* de una canción de los Rolling Stones sonaba muy fuerte. Allí donde mirara Judith, veía cabellos rubios coronando una piel lustrosa. Tuvo la sensación de que la escoltaban hacia las profundidades de los nueve círculos de «estar a la última».

El Coronel estaba sentado a una mesa junto a la pared del lado occidental de la azotea. Iba vestido igual que en la galería, con un traje a medida sin corbata, y el pin con la bandera estadounidense en la solapa. Hojas de cálculo, mapas y planos cubrían la mesa que tenía delante; con una mano se sujetaba el teléfono junto a la oreja, y con la otra agarraba un lápiz rojo, con el que de vez en cuando apuntaba un número o trazaba una línea en algún papel. Lo cierto es que se le veía demasiado grande para la silla sin brazos en la que estaba sentado, y por los bordes de la mesa colgaban los

extremos de algunos papeles, pero el efecto era el de un hombre que desbordaba su entorno, más que de un hombre fuera de lugar. Judith descubriría que era un hombre que redefinía los espacios que lo rodeaban.

Siguiendo las indicaciones de su guía, Judith esperó en silencio mientras él hablaba por teléfono, sin que el Coronel se diera por enterado de la presencia de ninguna de las dos.

—¿Y cómo sabemos cuántas de esas unidades están ocupadas?... ¿Cuándo, más o menos?... Bien. Debes saber que sé que tiene vínculos con la Junta de Control del Juego de Nevada, y puedes decirle que sé por qué. Dile que todo lo que hay entre esa parcela y la vía de acceso a la Interestatal 215 ya es mío, y ahora sé que es cuestión de tiempo... Si nos da largas bajaremos hasta dieciocho. Quiero que todo esté acabado a finales de año... Exacto. Lo sé. —Colgó—. Puedes llevarte todo esto —le dijo a su secretaria, que comenzó a recoger los papeles delante de él—. Siéntate —le dijo a Judith, dirigiéndole apenas una mirada. Judith se sentó—. Stephanie, a ver si puedes traerme un poco de café. —Su secretaria asintió y se dirigió hacia la barra. Entonces el Coronel dirigió la mirada hacia Judith y la estudió con detenimiento—. Veo que te has puesto el collar —dijo por fin—. ¿No te parece demasiado hortera?

Ella contestó:

—Sí, quería disculparme por...

—No seas tan creída —dijo interrumpiéndola bruscamente—. No te he traído aquí para que te disculpes, y no he hecho que te despidan porque hubieras herido mis sentimientos. —Le dirigió una de sus sonrisas siniestras y cautivadoras—. ¿Qué te parece este sitio? —preguntó, abarcando con la mano la totalidad del jardín, todos los que estaban en él, y quizá también las vistas de las colinas que había abajo—. ¿Esto también te parece hortera?

Judith se tomó su tiempo para mirar a su alrededor, percibiendo que había una respuesta correcta a la pregunta, y no quería equivocarse. De los olivos colgaban unos faroles de mimbre redondos; en un rincón, detrás del Coronel, había una estatua de Buda de un metro veinte de alto —sonreía sereno con las manos juntas—, una pieza bien hecha con pintura dorada envejecida.

—Yo no diría hortera —contestó Judith—. Aunque, desde luego, no es mi sitio.

Judith pensaba continuar, pero él soltó una carcajada que resonó como un obús.

—Por supuesto que no es «tu sitio». «Tu sitio» es una sala oscura y pequeña en alguna biblioteca. Esa no es la cuestión.

—¿Cuál es la cuestión, entonces? —respondió ella bruscamente. Comprendió que ya había conseguido herir su orgullo, y estaba decidida a no permitir que esa interacción acabara como la primera. Pero descubriría que él también tenía su manera de definir las interacciones —y a la gente incluso— para que se adaptaran a sus propósitos.

—La cuestión —contestó el Coronel, recostándose en su butaca y adoptando una pose abiertamente profesoral— es que este lugar y tu galería son dos versiones

distintas de lo mismo. Cuadros de veinte mil dólares o dos mil al año por el privilegio de sentarte aquí arriba y beber un cóctel de dieciocho dólares. Diferentes embalajes para clientes distintos, pero el mismo producto y por la misma razón.

Su secretaria regresó con el café.

—¿Les digo que cojan el coche, Coronel? —preguntó la secretaria mientras colocaba la taza y el platillo sobre la mesa, dirigiéndole a Judith una mirada de desdén apenas disimulada.

—Baja y diles que esperen —contestó—. Tengo que hablar con ella. —Judith observó cómo la secretaria encajaba esas palabras como un golpe (aunque, por supuesto, no protestó) y se marchaba.

El Coronel estudió la cara de Judith con más calma, como si examinara por separado sus labios, sus mejillas, su frente y su nariz. Mirarlo fijamente a los ojos no disminuyó la incomodidad del proceso: era como si ese color que iba perdiendo intensidad —el azul oscuro de las esferas exteriores iba adquiriendo tonos más suaves hasta alcanzar una especie de blanco alrededor de las pupilas— les otorgara una profundidad cóncava desorientadora.

Al final el Coronel la liberó de la tiranía de sus dos ojos, dio un sorbo de café, levantó un maletín que tenía junto a la silla y sacó una carpeta sencilla de color manila. La abrió y examinó ostentosamente su contenido.

—Judith Klein Bulbrook —comenzó a decir—. Nacida el 8 de junio de 1983. Entre los cinco y los dieciocho asistió a la Academia Femenina Gustav. Fue la mejor alumna de su curso, además de todo lo típico. Fue a la Universidad de Yale, donde se graduó *summa cum laude* —destrozó la pronunciación— y escribió una tesina titulada «Motivos arquitectónicos del arte sagrado y la mentalidad artística moderna», que apuesto que es tan apasionante como suena. Sus padres, David Bulbrook y Hannah Klein Bulbrook, ambos profesores de literatura inglesa del Evans College, murieron en el 11-S. Mi más sincero pésame, por cierto —murmuró con los ojos aún en la carpeta. (Eran las únicas ocasiones en las que se le veía incómodo: cuando tenía que mostrar, o fingir, algo parecido a la compasión)—. Abandonó un programa de doctorado en Princeton —prosiguió— y seis semanas después se trasladó a Los Ángeles. Votante demócrata registrada desde abril de 2001, pero al menos no ha votado nunca. No tiene ningún historial médico interesante, aparte de que le arreglaron la nariz en un hospital francés —levantó la mirada—, sin cirugía estética, por su aspecto. —Pasó una página—. Casi todos los cargos que hay en su tarjeta de crédito son de comestibles y comida preparada, de manera que no le falta el dinero, aunque le aconsejaría que no guardara sus 876 342,39 dólares en una sola cuenta corriente de Citibank que solo le da un 0,05 de interés anual. Pero es evidente que ignora completamente los detalles de sus finanzas, considerando que ha gastado casi ochenta mil dólares en el alquiler de un piso de una sola habitación junto a Highland Avenue. Qué más... —Pasó otra página—. Tiene una tía que trabaja en un centro de yoga bikram en Denver, pero no hay ninguna razón para pensar que lo sepa, pues

lleva años sin hablar con ella. Tiene una prima en Europa con la que a veces intercambia algún correo electrónico, pero esa es toda su familia digna de mención. No tiene amigos íntimos ni nadie a quien llame de manera regular. Ahora está sin empleo —en ese momento puso su sonrisita—, pero eso no es culpa suya. Antes de eso tenía un historial laboral coherente, aunque nadie con quien haya trabajado tiene gran cosa que decir de usted personalmente, ni bueno ni malo. Sexo aquí y sexo allá, pero solo sexo, y solo aquí y allá. —Cerró la carpeta y la dejó caer sobre la mesa—. Mi impresión es que su vida consiste en cenar sola en un apartamento de mierda, un trabajo que acaba de perder y que era la única razón por la que se levantaba por la mañana, sexo pongamos seis veces al año, y que si mañana la atropellara un autobús solo habría una persona o ninguna en su funeral, dependiendo de si su tía podía tomarse un día libre en su centro de yoga. ¿Esta es su vida?

Judith había encontrado fascinante oír cómo explicaban su vida de ese modo. Sus ojos se habían posado en la carpeta que el Coronel había dejado caer sobre la mesa. Toda su vida había cabido en esa carpeta. Pasó otro momento antes de que ella levantara la vista y le contestara.

—Sí, esta es mi vida.

—Lo que demuestra lo que vale un título de Yale —dijo en tono burlón.

Judith no sabía si antes había logrado resistir su mirada, pero le pareció que cedía a ella de una manera nueva.

—No sabía qué otra cosa debía hacer —le dijo.

El Coronel asintió con su cabeza afeitada, como si admitiera algo en su fuero interno. A continuación cruzó las manos sobre su considerable vientre y le dijo:

—Le contaré algo de mí. Mi padre trabajó en un matadero avícola de Denton, en la parte occidental de Texas. Era un borracho, y murió antes de que yo cumpliera ocho años. Mi madre se hizo cristiana renacida e intentó ganarse la vida cantando música religiosa. Pasé mi infancia en la parte trasera de un Chrysler Sedan, yendo a festivales religiosos y a pícnicos de la iglesia, a cualquier sitio que nos dieran comida gratis. Cuando tenía doce años me fui a vivir a California con mi tía, que tenía un bingo en el que habían doscientas personas. Y a pesar de la tragedia y la terrible pobreza en la que me crie, conseguí entrar en el negocio del juego. Cuando el estado de Misisipi, sabiamente, legalizó el juego en el condado de Tunica en 1990, abrí una sala antes de que los casinos de Las Vegas pudieran encontrar el lugar en el mapa. Los ingresos del juego en Tunica pasaron de diez millones al año cuando yo empecé a los mil millones de hoy en día. Es un beneficio que incluso alguien con tu limitado entendimiento de la economía puede apreciar. Hoy en día soy el dueño del edificio más alto de la Franja de Las Vegas, y le lleva unos veinte pisos al segundo, además de otros diecinueve casinos entre Nueva Orleans y Michigan. Tengo cinco casas, mi propio reactor, un caballo que va a correr el Derby de Kentucky, y un yate de treinta metros. En dos ocasiones he logrado reunir más de cien mil dólares para la campaña de George W. Bush, he dormido en la Habitación Lincoln, y me he sentado en tantas

juntas directivas, consejos de administración y asociaciones industriales que incluso Shelly Adelson tiene que besarme el culo en las fiestas. Y milagrosamente he conseguido todo esto sin pasar ni un solo semestre en Yale.

»Así, pues, dígame, señorita Summa-Como-Se-Diga, señorita Hija-de-Dos-Doctores-en-Literatura que acabó repartiendo papelitos en una galería de arte. ¿Cuál de los dos sabe más de la vida? ¿Usted o yo? —Al ver que ya no contestaba de inmediato, el Coronel sonrió con satisfacción—. Exacto. Y si escucha con atención, le explicaré algo. —Esa orden era innecesaria: Judith escuchaba atentamente.

»Todo el mundo vive según una idea —declaró—. Y se lo demostraré. —Metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó una chequera y una pluma. Con unos pocos trazos, extendió un cheque y se lo entregó—. Es un cheque por dos millones de dólares a nombre de Judith Klein Bulbrook. ¿Lo ve? —Judith lo vio: con la misma letra del dorso de la tarjeta que le había enviado, había escrito su nombre y debajo las palabras “Dos millones de dólares y 00/100”, firmado Coronel Harold Ferguson. Tuvo que admitir que era una imagen atractiva: un cheque a su nombre y por esa cantidad de dinero—. Simplemente voy a suponer que ya ha entendido que soy sincero. Voy a suponer que entiende que si le entrego este cheque, podría ir a su Citibank y depositar los dos millones en esa triste cuenta corriente que tiene. Lo entiende, ¿verdad? —Judith asintió—. Muy bien. Le entregaré este cheque si se pone debajo de la mesa y me chupa la polla. No se preocupe, nadie se lo impedirá. El propietario quiere construir uno de estos en mi casino. Le pagaré dos millones de dólares para ver cómo su cabecita rellena de cultura sube y baja en mi regazo mientras yo estoy aquí sentado. ¿Qué dice?

A Judith se le ensombreció la cara.

—No —contestó.

Él soltó una de sus carcajadas, dio una palmada en la mesa en una especie de furioso deleite y rompió el cheque en dos partes casi iguales.

—Exacto. ¡Exacto! Porque usted vive según una idea. Y su idea es que está triste. Está usted tan tan triste que cree que el dinero no le importa. 876 000 dólares o 2 876 000, le da igual porque sus padres han muerto. —Se inclinó hacia delante—. Bueno, ¿sabe qué? Que les den a sus padres. Que le den a David, y que le den a su esposa Hannah. —Judith sintió que se ponía a temblar mientras él decía esas cosas; la inmediatez, lo físico de su reacción la asustó—. Como ya le he dicho, soy sincero —dijo el Coronel; lo dijo no como disculpa, por supuesto, sino como explicación—. Y le voy a decir lo que están pensando todas las demás personas de esta sala y de esta ciudad. A ellos David y Hannah también les importan una mierda. ¿Dos desconocidos que murieron hace casi una década? Les dan igual. ¿Sabe qué le importa a esa gente? Los cócteles de dieciocho dólares. Los cuadros de veinte mil dólares. Que te hagan una mamada, o que te asciendan, o conseguir otro gramo, u otro más, u otra pulgada de aquello de lo que han decidido que no pueden prescindir. Porque así funciona el mundo. —Judith observó que la coronilla se le había puesto roja—. A todos sus

amigos de la Ivy League y a sus colegas de las galerías de arte les gustaría pensar que hay mucho más que eso, pero de hecho es todo muy sencillo. El mundo gira basándose en un principio y solo uno: la acumulación. Conseguir Más. Tener Más. Eso es lo que hace girar el mundo. —La rojez de la coronilla se le propagó por la frente—. Olvídese de sus pinturas de nada, olvídese de la tristeza que cree deberle a sus difuntos padres. Todo son chorradas. Deje que le diga una cosa: su jefe la echó por las buenas. —Chasqueó los dedos con fuerza—. No me preguntó nada, ni siquiera tuvo que insistir. ¿Cuánta gente en su vida cree que no intentaría joderla por un par de cientos de miles de dólares? ¿Cree que su tía no lo haría? ¿O su prima, la que vive en Europa? ¿Hasta qué punto les importa que sus padres murieran? ¿Cree que en realidad le importa a nadie más que a usted? —La rojez se le había propagado por la cara, oscureciéndole la nariz sobre el amplio hueco de las fosas—. No mucha gente tiene el valor de vivir según mi idea. Prefieren contarse cuentos de hadas: la gracia de Dios, la fraternidad universal o la bondad humana. Apuesto a que sus padres eran grandes creyentes en la bondad humana, justo hasta el momento en que las cinco personas más devotas con las que tuvieron la mala suerte de toparse estrellaron su avión contra un edificio. Creo que ahí tiene todo lo que necesita saber de la gracia de Dios en nuestro mundo. Al final, mi idea es la única que importa. La única que cuenta. ¿Y quiere saber cómo lo sé? —Colocó un dedo sobre la mesa, la taza de café tembló sobre el platillo—. Yo estoy aquí porque no me da miedo cómo funciona el mundo; me he hecho a mí mismo tal como funciona el mundo.

Se recostó en la butaca y volvió a juntar las manos sobre el vientre. La rojez de su cara fue disminuyendo. A continuación sus ojos volvieron a estudiar la cara de Judith.

—La admiro por tener el valor de vivir según su propia idea —prosiguió—. Equivocada, por supuesto, pero de todos modos hace falta valor. Y hoy en día no te encuentras con mucha gente valiente de verdad. —En ese momento Judith sintió cómo se sonrojaba, de una manera intensa y desinhibida, porque que ese hombre te llamara valiente le pareció la respuesta a un problema que la había acompañado toda la vida—. Y sé lo que puede conseguir una persona que tiene la fuerza suficiente para dedicarse plenamente a una idea, siempre y cuando sea la idea correcta. Siempre y cuando sea mi idea. Siempre y cuando —dijo— le interese.

Un destello cerca de los círculos pálidos de sus pupilas le sugirió a Judith que él sabía que estaba interesada, más que interesada: fascinada. Pero parecía necesario —a él, a ella— que Judith lo dijera. Los ojos de esta se posaron sobre la estatua de Buda que había detrás del Coronel: los ojos serenos, sin pupilas, la túnica, la sonrisa serena e indiferente. Volvió la mirada hacia el Coronel.

—Sí, estoy interesada.

El Coronel volvió a abrir el maletín, sacó una sola página plastificada y la colocó sobre la mesa, entre ambos, casi con suavidad. Era evidente que allí había cosas que le inspiraban veneración. Sobre la página se veía la representación digital de una torre: más ancha en su base, se alzaba en plantas circulares que se iban estrechando,

cada planta estaba cubierta por ventanas negras en arco; el color crema de la fachada en la parte inferior se intensificaba hasta convertirse en un rojo sangre en lo alto, sugiriendo un impulso creciente en su ascenso. En torno a la torre se agrupaban varios edificios más pequeños: una sala de conciertos, un centro comercial y un estadio deportivo, como averiguaría Judith. Justo delante de la torre había un lago, salpicado de diminutos veleros.

—Este es el Centro Babilonia —le dijo el Coronel—. Casi dos millones de metros cuadrados de juego, entretenimiento, tiendas y viviendas. Será el proyecto de construcción más grande de la historia de Las Vegas, una ciudad dentro de la ciudad: mi ciudad. Hoy en día en el centro de Las Vegas no hay más que casas de empeños, antros para fumar metanfetamina, solares vacíos, y propiedades municipales de las que no saben cómo librarse. Voy a convertirlo en esto. —Dio unos golpecitos sobre la página—. Todos los que se dedican a mi negocio ponen pies en polvorosa o se van a Macao. Yo no. Yo me quedo. Yo construyo. La gente no parece darse cuenta de que nos estamos quedando sin América. Ya no queda mucha. Y el momento de hacerse con lo que queda es cuando lo puedes comprar a treinta centavos el dólar.

—Dios mío —dejó escapar Judith en voz baja; no por ningún aspecto de lo que había visto u oído, sino por todo ello: por la escala de esa creación *ex nihilo*.

—Lo que le ofrezco es una oportunidad —le dijo el Coronel—. Puede seguir alimentando su tristeza secreta hasta que acabe como una de esas ancianas que compran comida de gato para toda la semana porque no les gusta salir de casa. O puede contribuir a construir una ciudad.

No es que Judith no estuviera dispuesta, pero se le presentaba un problema práctico.

—Pero yo no sé nada de... la industria de las apuestas. ¿Qué tendría que hacer?

—En primer lugar, es la industria del juego —la corrigió bruscamente—. Las apuestas son algo que lleva la mafia, y puede acabar con los pulgares rotos si se dedica a ellas. El juego es diversión para toda la familia, y en el futuro, nunca tendrá que decirme nada de la larga lista de cosas que ignora. Soy perfectamente consciente. Para empezar —añadió—, comprará arte para mis casinos. Puede que al final consiga sacarle provecho a su título de ciento cincuenta mil dólares, lo crea o no. Aunque solo sea porque algunos tratantes se quedan impresionados al oír el sonido de la palabra «Yale». Después —dijo encogiéndose de hombros—, ya veremos. No todo el mundo tiene estómago para el negocio inmobiliario de Las Vegas. Pero tengo la impresión de que usted podría tenerlo. —Sabía manejar con astucia los hilos de sus emociones, empujándola con un insulto, atrayéndola con un cumplido, enfrentándola a sí misma. Y también ella era consciente de lo que el Coronel estaba haciendo, pero descubrió que no tenía armas para resistirse—. Para empezar, voy a sacarla de ese apartamento de un dormitorio de Highland y la voy a trasladar a una de mis propiedades en Las Vegas. Uno de mis asistentes personales trabajará con usted para crearle un aspecto que no recuerde a una galleta Oreo. Si va a representarme, su aspecto ha de ser caro.

También le encargaré a un asesor financiero que haga algo de verdad con el dinero de sus padres. Incluso le pagaré un sueldo. Pero lo que voy a proporcionarle en realidad es una educación. No la que obtuvo de su profesor de historia de no sé qué cojones moderno, ni de sus padres. Una educación de verdad. Considérela un aprendizaje.

El Coronel recogió el papel y lo devolvió a su maletín; se puso en pie, y ella también. Volvió a mirarla de arriba abajo, esta vez de manera definitiva: de pie en el jardín de la azotea, con el collar de la mariposa que le había regalado al cuello, después de aceptar ir a Las Vegas y trabajar para él.

—Poca gente habría rechazado el trato que le he propuesto —le dijo, y una sonrisa se le extendió por la cara—. Incluso muchos hombres habrían intentado al menos negociar un poco. A lo mejor usted cree que eso demuestra algo. Pero algún día me chupará la polla gratis. Porque así funciona el mundo. Y cuando eso ocurra, le recordaré esta conversación. —El Coronel le tendió la mano, ella se la estrechó; procuró rodear su mano completamente con la suya—. Me alegro de tenerla conmigo —le dijo. Ella se estaba sonrojando otra vez cuando le soltó la mano. Él recogió el maletín y se fue.

Judith se quedó en el jardín un buen rato, sentía la necesidad de pagar dieciocho dólares por un cóctel. Se sentó a la mesa hasta que el sol comenzó a caer detrás de las selectas propiedades inmobiliarias de Hollywood Hills, y observó la luz del ocaso sobre la cara del Buda: un centelleo anaranjado y rojizo que se iba retirando ante la llegada de la sombra. A continuación se puso en pie y se marchó. No había logrado resolver la cuestión que se había planteado, y en ese momento no podía resolverla, ni cuando le volvió a la cabeza en los meses siguientes: ni mientras contemplaba sus pertenencias empaquetadas una vez más en cajas de cartón, esta vez embaladas por la compañía de mudanzas que había contratado para su traslado a Las Vegas; ni mientras volaba en el reactor privado del Coronel a Berlín, a Hong Kong y a la Art Basel en Suiza, a fin de comprar arte para él; ni mientras estaba sentada en la sala de espera antes de que le operaran la nariz —le hicieron comprender que se trataba de algo imprescindible en su trabajo—, ni cuando la transportaban en la silla de ruedecillas en la peluquería para que viera su nuevo peinado en el espejo. No sabía la respuesta la noche en que se acostaron juntos por primera vez, ni cuando se despertó para verlo desnudo delante del espejo de cuerpo entero, contemplándose con un rigor casi salvaje. Y no la sabía cuando regresó de Ámsterdam y aterrizó en el aeropuerto McCarran y sintió una ráfaga del aire seco del desierto al salir, y se metió en el coche que la esperaba: había dejado la Polaroid arrugada en el bolsillo del asiento que tenía delante en el avión.

En ninguno de esos momentos, ni durante todo el tiempo que trabajó para el Coronel, Judith consiguió tener la certeza de si aquello que había aceptado se parecía más a un cautiverio o a una liberación.

2. Jonah sobre la tierra seca

Montañas color ceniza, agrestes, recortadas y apacibles, alzándose a lo lejos ante un cielo sin nubes de un azul diluido. Desde esas montañas, desplegándose como una alfombra o buscando el primer plano como un océano la orilla, había kilómetros y kilómetros de valle sin cultivar, de un color verde y amarillo turbio, interrumpidos en algún lugar poco digno de mención por el bordillo más alejado de la ciudad, agrietado e inclinado, la última alambrada que representaba el límite exterior de la extensión explotada de Las Vegas antes del desierto. Y varios kilómetros de asfalto y de Franja, y una extensión de casas idénticas estilo rancho y un mecánico de automóviles y un club de *strippers* sin ventanas y un cartel (mercadillo de armas, restaurante, abogado especializado en divorcios), y en el interior de todo eso estaba la esquina en la que se encontraba Jonah. Un poste telefónico en el cual habían pegado con cinta un cartel escrito a mano sobre papel amarillo, donde leyó un número telefónico y las palabras «¡COMPRAMOS CASAS! ¡EN EFECTIVO!».

Calle abajo desde la parada del autobús en la que se había apeado, pasó junto a varios indigentes, encorvados en la acera, o de pie, casi en mitad de la acera, entre bolsas de plástico llenas a rebosar. Los indigentes solían agruparse en esa parte de la ciudad, como si fuera donde estuvieran situados la mayor parte de servicios municipales destinados a ellos: los comedores benéficos, los refugios y los bancos de alimentos. Por esa razón el barrio era llamado Pasillo de la Esperanza, aunque Jonah no se podía imaginar a quién quería alentar o impresionar ese epíteto.

Aquella mañana había llegado a la iglesia que era su destino. Antes de ir a Las Vegas, había considerado que las iglesias eran algo tan recargado como las catedrales europeas, o que eran esos pintorescos edificios con campanario de Nueva Inglaterra, o esas iglesias de lujo chabacano de California. La Iglesia Nadie Tiene Mayor Amor era un edificio de hormigón pintado en rojo de una planta y en forma de L que rodeaba un aparcamiento vacío, y alrededor de la cual había una verja de hierro forjado, y cuya puerta principal se mantenía abierta gracias a un bloque de hormigón ligero. Jonah apretó el botón de la verja; al cabo de un momento oyó que se abría con un chasquido. Empujó, cruzó el aparcamiento y entró.

Había aprendido a no esperar largas hileras de bancos de madera, ni un altar tras una cruz flanqueado por vitrales de colores. El interior era completamente blanco — paredes pintadas de blanco, techo blanco, suelos de vinilo blancos—, y había luces fluorescentes, y unas cuantas hileras de sillas plegables que llegaban hasta la parte delantera, y en un rincón había más sillas plegables amontonadas. Se veía una cruz, pero puesta casi por obligación: dos listones de metal pulido atornillados a la pared. El efecto general le hizo pensar en la sala de espera de un dentista, aunque había visto cosas peores. Antiséptico, limpio.

Al entrar, una mujer hispana —baja, regordeta, con un jersey turquesa y pantalones— apareció por una puerta de la parte delantera de la sala.

—Lo siento —dijo Jonah, aunque no estaba seguro de por qué se disculpaba, pero siempre se sentía incómodo cuando entraba por primera vez en esas iglesias—. Busco al pastor Keith, llamé ayer...

—¿El señor Jacobs?

—Jacobstein.

—Llamó y habló con el pastor Keith —afirmó la mujer.

—Sí, fui yo.

La mujer le dirigió una mirada a la que Jonah ya estaba acostumbrado: desconcertada y curiosa, esa mirada de «¿cómo ha acabado este hombre aquí?». Tampoco es que no le recibieran bien en las iglesias que visitaba; de hecho, a menudo lo saludaban con un sincero apretón con las dos manos y la afirmación de que «todo el mundo» se alegraba de que hubiera ido. Sin embargo, Jonah comprendía que no encajaba en el perfil de la típica persona que entraba en una iglesia del centro de Las Vegas y pedía hablar con el pastor. Y, para ser justos, si la mujer se preguntaba qué estaba haciendo en su iglesia un exabogado joven, blanco, vestido de manera conservadora y perfectamente afeitado, bueno, él también se lo preguntaba.

La mujer lo acompañó hasta el sótano de la iglesia, un espacio mucho más acogedor, en opinión de Jonah: los suelos de vinilo eran de color madera, y las paredes estaban empapeladas de naranja. La mitad de la sala estaba ocupada por muebles cubiertos con telas, estanterías en las que se apilaban devocionarios gastados, y una nevera que zumbaba con un sonido metálico. Al otro lado había una puerta, y un trozo de cinta adhesiva pegada con las palabras «Despacho del pastor Keith» escritas en rotulador rojo. La mujer llamó y habló rápidamente en español; una voz masculina le contestó en español, y la mujer abrió la puerta, sonrió y le hizo una seña a Jonah para que entrara.

La sala en la que entró Jonah era tan pequeña que sospechó que se había construido como armario. En el suelo se amontonaban los folletos, los fajos de papel sujetos con una goma, y más devocionarios con el lomo roto. La pequeña mesa metálica que había al fondo también estaba abarrotada de cosas, y había un ordenador que no tendría menos de diez años. En la pared que había detrás de la mesa colgaba una pancarta de tela morada en la que se habían bordado las palabras «¡JESÚS SALVA!».

El pastor Keith se puso en pie cuando entró Jonah. Era un robusto afroamericano, encorvado, con unas gafas de culo de vaso, vestido con corbata y un chaleco, que llevaba un móvil sujeto al cinturón. Rodeó la mesa para estrecharle la mano a Jonah.

—Bienvenido —dijo.

—Gracias, le... agradezco que me dedique su tiempo —contestó Jonah. Percibió un intenso olor a flores en la habitación: una elevada dosis de ambientador.

La mujer que estaba en la puerta intercambió con el pastor unas cuantas palabras

más en español, y a continuación salió y cerró la puerta.

—Tiene que perdonar a Fernanda —dijo el pastor—. Pronto comenzaremos el servicio diario de reparto de comida. —Tenía una áspera voz de bajo y pronunciaba las palabras lentamente, como si estuviera acostumbrado a hablar con gente que quizá no comprendía lo que estaba diciendo. Señaló dos sillas plegables que se apoyaban contra la parte delantera de su escritorio—. Nos sentaremos aquí —dijo. La habitación estaba tan abarrotada que cuando se sentaron sus rodillas casi se tocaban—. ¿En qué puedo ayudarle, hijo? —dijo el pastor.

—Espero que pueda ayudarme a encontrar a una persona —contestó Jonah.

Después de las muchas semanas en Las Vegas, después de las muchas iglesias que había visitado —grandes y pequeñas, ricas y (la mayoría) pobres—, después de todas las conversaciones parecidas que había entablado, había descubierto que esa era la manera más eficaz de comenzar. La petición no sonaba extraña a los cabeza de congregación de Las Vegas.

—¿Y quién es esa persona? —preguntó el pastor.

—Es una amiga, y sé que trabaja en el sector inmobiliario en Las Vegas.

—¿Y cree que podría ser feligresa nuestra?

—No, pero sé que trabaja en un acuerdo inmobiliario que concierne a una iglesia. —El pastor asintió—. Es alta, metro setenta o setenta y cinco, tiene el pelo rubio y corto. Es más bien... reservada. Se llama Judy, o Judith... —El pastor esperaba que continuara. Y Jonah se sentía ridículo cada vez que llegaba a esa exigua descripción de Judith, pero después de tantas semanas buscando, eso era más o menos lo que sabía de ella. No había conseguido averiguar nada, de hecho, aparte de lo que había averiguado en Ámsterdam. Era como si aquel día, al dejar el banco, hubiera cerrado una especie de puerta a su espalda.

—¿Sabe el apellido de su amiga? —preguntó el pastor.

—No —admitió Jonah.

El pastor se acercó las gafas a los ojos.

—Me temo que no puedo ayudarle.

—¿Usted no trabaja con ninguna empresa inmobiliaria ni nada parecido?

—Lo siento, hijo —replicó el pastor con una amable voz de consuelo.

Por entonces Jonah ya no se sentía decepcionado cuando los pastores, los sacerdotes, los doctores o los reverendos (había más formas de dirigirse a ellos de las que había imaginado; y también muchas más iglesias en la zona metropolitana de Las Vegas) le decían que no sabían nada de ella. Y la verdad es que tenía la impresión de que no esperaba oír otra cosa.

—Sabía que la posibilidad era muy remota —murmuró.

—¿Solo ha venido a vernos porque sabía que esa mujer estaba intentando comprar una iglesia? —Jonah asintió, plenamente consciente de lo inverosímil que sonaba—. ¿Por qué esta iglesia y no otra?

—También he probado en otras —dijo.

El pastor lo miró con detenimiento.

—Esa mujer debe de ser importante para usted.

—Bueno... es importante para mí encontrarla.

—¿Qué busca realmente, hijo? —le preguntó el pastor en un tono benevolente—. ¿Qué espera encontrar en esta mujer?

El olor sintético a flores le hacía cosquillas en las fosas nasales; Jonah se frotó con cuidado la nariz todavía sensible. Esa era la parte de la conversación que siempre procuraba evitar: la cuestión del porqué. Pero había descubierto que era tan inevitable como la parte en que le decían que ninguna Judy o Judith con esa descripción había puesto jamás el pie en esa iglesia.

—Solo quería disculparme con ella.

—¿Le hizo daño?

—Sí, es posible, eso creo. Pero la verdad es que lo único que...

—¿Y quiere que ella le perdone?

—Mire, es muy complicado —le dijo al pastor.

—No, hijo, no lo es. —Con uno de sus dedos carnosos señaló la pancarta de «¡JESÚS SALVA!»—. Busca el perdón aquí, y todo te será perdonado. ¿Se portó mal con ella? ¿La metió en la droga, el alcohol o el juego? ¿Le pegaba? ¿No ha hecho de padre para el niño que tiene con ella?

—La verdad es que solo la vi una vez...

—Jesús le perdonará por todo. —El pastor se llevó las manos a los muslos y se inclinó hacia delante en la silla—. El amor que busca es el amor de Cristo.

Jonah había considerado ponerse la estrella de David para ir a esas visitas, para proclamar desde el principio que era judío y que por tanto no estaba interesado en el lote de Cristo Redentor. Pero si la evangelización le parecía fatigosa e incómoda, también percibía —al menos en ese caso— que había algo sincero en ella. Aquel hombre quería ayudarle, y esa era la mejor manera que conocía. Por desgracia, era una ayuda equivocada para el problema equivocado—. Mire, la verdad es que solo busco a esta mujer. ¿Judy, rubia? —intentó por última vez—. Habla alemán y...

El pastor se quitó las gafas y se las limpió con un pañuelo que sacó del bolsillo.

—Me temo que no puedo ayudarle —repitió.

Sin las gafas, tenía una expresión de cansancio: unas gruesas bolsas debajo de los ojos, más oscuras que la piel. Había descubierto que muchos líderes eclesiásticos tenían ese aspecto. Jonah casi quiso disculparse por no mostrarse más receptivo a la evangelización.

—Como ya he dicho, agradezco que me haya dedicado su tiempo. —Fue lo máximo que pudo ofrecerle—. ¿Puedo dejarle al menos mi número y mis señas de contacto, por si...? —Pero «por si» ¿qué? En caso de que Judith apareciera por allí con el deseo de comprar una segunda iglesia, ¿en nombre de quién la compraría? De todos modos, procuró no considerar fútil esa búsqueda. Sí, había muchas iglesias en Las Vegas, pero Judith tenía que tener alguna conexión con alguna de ellas—. Bueno,

solo por si acaso —remató.

El pastor volvió a ponerse las gafas.

—Por supuesto —dijo. Cogió un papel de su mesa, lo miró un momento, y se lo entregó a Jonah. Parecía ser una de las páginas de en medio de un sermón, presumiblemente (y ojalá) pronunciado mucho tiempo atrás. Jonah anotó su nombre al dorso, su correo electrónico y dónde se alojaba. A continuación le devolvió la página al pastor.

—Me necesitan en la cocina —dijo el pastor, doblando perfectamente el papelito y colocándoselo en el bolsillo de la pechera del chaleco—. Será un placer acompañarle a la salida.

Salieron del armario-despacho y cruzaron la sala blanca de la iglesia. Mientras pasaban junto a las sillas apiladas de la esquina, el pastor dijo en un tono un tanto embarazoso:

—Los domingos ya no hay tanta gente como hace cinco años. Hace diez éramos muchos más.

Sorteando el bloque de cemento que había en la entrada, salieron al exterior. Jonah parpadeó ante la luz del sol. En Las Vegas le parecía más luminoso, y el aire del desierto más translúcido. Cuando las pupilas se le hubieron adaptado, vio que se había formado una cola de gente en torno a la cerca que rodeaba la iglesia; doblaba la esquina del lateral del edificio, donde debía de encontrarse el comedor benéfico. Casi todos eran hombres, aunque también había algunas mujeres, en una variedad de razas y de edades, sin embargo casi todos eran de mediana edad o mayores. Había un hombre de labios y mejillas rojos y bulbosos, cuyo pelo le sobresalía de la cabeza en curvas grasientas, que miró con suspicacia a Jonah y al pastor; otro hombre tenía un aspecto casi jovial, llevaba una camiseta de baloncesto azul y naranja, una mochila al hombro, y daba unos saltitos enérgicos sobre un pie y luego sobre el otro; otro hombre llevaba una sudadera amarillo maíz y tejanos, las manos hundidas en los bolsillos, y farfullaba con los ojos cerrados. Jonah no vio a Judith entre ellos, aunque tampoco esperaba verla. Sin embargo, comprendió que mientras estudiaba aquella cola, había buscado algo que todas aquellas personas pudieran tener en común. Pero aparte de que todos iban vestidos con ropa sucia, no vio nada, a excepción de que hacían cola delante de un comedor benéfico.

—Servimos a más de cien personas al día —dijo el pastor, observando cómo Jonah contemplaba la cola—. Aunque solo tenemos medios para cincuenta. Pero aquí no rechazamos a nadie.

—¿Cómo lo consigue? —preguntó Jonah.

—Fernanda —contestó el pastor—. Los buenos cristianos la aprecian. ¿Sabe?, perdió un hijo en las calles. Pero aquí obra milagros cada día. Dios se manifiesta a través de la gente, hijo.

Jonah no estaba seguro de que la cola que tenía delante fuera una prueba de ello. Él y el pastor contemplaron cómo una familia entera se colocaba al final de la cola:

un hombre de mirada penetrante y flaco como una escoba; una mujer que llevaba a un niño de la mano y a otro en brazos, este vestido apenas con una camiseta y pañales.

—Casi siempre ves las mismas caras, claro —dijo el pastor con el mismo azoramiento con que le había explicado por qué había tantas sillas apiladas—. En los últimos años hay más gente haciendo cola que asistiendo al servicio. Hago lo que puedo para animarlos. Sin embargo, es difícil predicar a un hombre hambriento. Un hombre hambriento quiere comida, aunque al final eso no le salve.

—Sí, pero está claro que el trabajo que hace es muy importante —respondió Jonah, sin estar del todo seguro de a qué fin quería apaciguarlo con esas palabras.

—Ahí fuera hay mucha gente que hace lo que puede para sus hermanos y hermanas —contestó el pastor—. El Ejército de Salvación un poco más abajo, las Organizaciones Benéficas Cristianas en Owens... —Volvió a acercarse las gafas a los ojos—. El doble de gente ahí fuera, y la mitad dentro de las iglesias —murmuró. Su expresión de fatiga parecía haber aumentado, o quizás era que al sol resultaba más perceptible. Señaló con la barbilla la cadena montañosa que se alzaba sobre los edificios de techo plano y una sola planta del barrio—. El desierto se acerca —declaró. A continuación añadió, sin que Jonah comprendiera a cuento de qué—. Llevo en la iglesia desde que tenía ocho años. —A Jonah solo se le ocurrió asentir—. Al menos puede tranquilizar mi conciencia prometiéndome que no le desea ningún mal a esa mujer que intenta encontrar —dijo el pastor, volviéndose hacia Jonah.

—Le diría que lo que le deseo es todo lo opuesto al mal —contestó Jonah.

—Entonces rezaré para que la encuentre. Y si está en el plan de Dios, seguro que la encontrará.

Jonah se mostró escéptico, pues tenía sus propias ideas acerca de lo predecibles que eran las intenciones de Dios.

—Bueno... gracias —dijo.

—Que Dios lo bendiga, hijo —dijo el pastor.

—Eso, lo mismo le deseo —murmuró Jonah, que aún no tenía muy claro cómo responder a esas palabras, aunque las oía en cada iglesia. Lanzó una última mirada a la cola de gente, que ya rebasaba la fachada de la iglesia y llegaba a la gasolinera cerrada con tablones que había al lado. Y al final se fue calle abajo, de vuelta a la parada del autobús donde había empezado.

Jonah subió a un autobús que iba en dirección sur, hacia Las Vegas Boulevard, la Franja. Podía medir el avance del autobús por la creciente frecuencia de moteles y de capillas de bodas rápidas visibles desde la ventanilla. En la Franja cambió de autobús y decidió que regresaría al apartamento que había alquilado. A veces visitaba dos iglesias en un día, pero el efecto era siempre muy desalentador, doblemente desalentador, por así decir.

Se apeó del autobús delante del Wynn, uno de los casinos más sofisticados de la

zona: una suave curva de cincuenta pisos de cristal dorado y marrón. Eso casaba más con Las Vegas que había visitado durante su estancia anterior, con algunos compañeros de la universidad: un oropel gestionado con esmero, caros restaurantes y clubs nocturnos, la pérdida de varios cientos de dólares del dinero de sus padres: litros de alcohol. Uno de los primeros indicios de hasta qué punto había subestimado el tiempo que estaría en Las Vegas fue su decisión de, recién llegado de Ámsterdam, buscar alojamiento en la Franja, tal como había hecho en sus vacaciones anteriores. Buscó habitación en el Mirage, un complejo turístico con un turbio oasis y de temática polinesia (más o menos), solo de una categoría inferior al Wynn. Después de menos de una semana de regresar de sus frustradas visitas a las iglesias al incesante jolgorio del casino, se deprimió profundamente. Jonah descubrió que existía un número limitado de veces que podías pasar junto a un bar vacío donde sonaba *Don't Stop the Music* antes de que quisieras darte con la cabeza contra la pared más cercana. El complejo de apartamentos donde estaba viviendo también era bastante deprimente a veces, pero al menos suponía un descanso del cuento de hadas de los casinos.

Comenzó a caminar hacia el sur, hacia la parada de su próximo autobús. Pasó junto a la variedad humana habitual de la zona: los latinos con sombrero enseñando sus tarjetas satinadas con fotos satinadas de prostitutas; una despedida de soltero con camisetas a juego, provistos de bebidas en originales vasos de plástico; un grupo de turistas de pelo gris, mirando embobados y contentos a derecha e izquierda; y residentes de cara impertérrita que simplemente intentaban ir del punto A al punto B, igual que cuando él vivía en Nueva York y cruzaba Times Square.

Durante sus primeros días en Las Vegas, intentaba estudiar todas las caras que pasaban, pensando que encontrar a Judith sería algo tan simple como toparse con ella. (En aquella época tenía mucha confianza, el impulso de una gran fe). Pero todo ese escrutinio infructuoso resultó ser descorazonador y agotador. También lo dejaba atónito la variedad y la combinación de posibilidades que descubría de narices, ojos, pelo, dientes y mejillas; y en cada cara se veían grabadas sus propias ideas, su propia historia, su propia concepción de sí misma, y cada una, de manera terca y total, no era Judy. Y en un lugar como la Franja había tal densidad de coches, de bares, de restaurantes, de casinos, de ascensores, de escaleras mecánicas, de centros comerciales, de tiendas, de puestos de venta y de salones de juego —todo ello un hervidero de gente— que por cada cara que veía percibía que se estaba perdiendo una docena: grupos que desaparecían dentro del restaurante, nucas de pelo rubio subiendo por unas escaleras mecánicas, peatones por un puente demasiado lejano para distinguirlos claramente. Lo peor de todo eran las falsas alarmas: momentos en que de repente estaba convencido de que la había encontrado, sentía una mezcla adrenalínica de dicha y de terror, pero en el momento en que estaba diciendo «Judith» ya sabía que no era ella. La sucesión de decepciones era peor que una docena de infructuosas visitas a iglesias. Al final decidió ahorrarse esa búsqueda tan literal de

una cara en la multitud, aunque cada vez que se acercaba alguna chica delgada y rubia, aún no podía resistir mirarla con una esperanza decaída y efímera.

Era finales de noviembre, y en la Franja habían comenzado a colocar las decoraciones navideñas. Pasó junto a un hombre vestido de Santa Claus que se sacaba fotos con los turistas por un dólar; habían envuelto los troncos de las palmeras de las medianeras con ristras de luces; al otro lado de la Franja, la pantalla de vídeo de quince metros que había delante de Treasure Island anunciaba inscripciones gratis en la sala de póquer para el torneo de Nochebuena, con cien mil dólares en premios. Pero (al igual que en casi todo lo que sería la Franja, en opinión de Jonah) había cierta irrealidad en todos esos toques navideños. El detalle fundamental es que resultaba muy difícil tener un espíritu navideño cuando fuera estabas a veinte grados y el aire era tan seco que casi todas las mañanas se despertaba con la nariz sangrando.

Se acordó de los rituales navideños de Nueva York que comenzaban en esa época: la serie de fiestas en la oficina donde corría el alcohol, la elaborada decoración de los escaparates de los grandes almacenes y las listas de regalos que apretaban manos enguantadas. A lo mejor también había algo artificioso en esas tradiciones, pero consideraba que la Navidad siempre conseguía infundir a la ciudad y a sus residentes una *joie de vivre* estacional y de mejillas sonrosadas, o lo más parecido a la *joie de vivre* a la que podían aspirar los neoyorquinos.

Se daba cuenta de que sentía añoranza. Pero al detenerse en un semáforo —esperó junto a una mujer que empujaba un cochecito con un bebé vestido con un *body* en el que se veían los números 7-7-7— se le ocurrió que no sabía muy bien qué añoraba realmente. Lo cierto es que no deseaba reanudar su vida en Nueva York tal como había sido antes, y sabía que, incluso si hubiera querido, no podría. Desde luego, no deseaba regresar a Roxwood, ni tampoco a la casa flotante para vivir con Max (que había llegado al extremo de reprimir las lágrimas cuando Jonah se marchó). Aún recordaba con cariño a Zoey, pero le parecía que haberla dejado en paz en los últimos meses era quizá la única decisión indudablemente correcta que había tomado. Cuando cambió el semáforo y cruzó la calle —observó cómo la mujer que empujaba el cochecito subía con torpeza a la acera—, se dijo que lo que realmente añoraba era una vida que le resultara familiar: que le resultara natural, normal. La mitad del tiempo que pasaba en Las Vegas le parecía absurdo; de hecho, era una locura.

Pero no es que no hubiera intentado encontrar a Judith de una manera más sencilla. El día después de encontrársela en Ámsterdam, había regresado a la galería de arte de Margaretha, pero estaba cerrada, y el día siguiente habían inaugurado una exposición diferente. Al final se puso en contacto con el propietario del lugar, que tenía una dirección de correo electrónico de Margaretha, pero esta no contestó a ninguna de sus súplicas solicitando información de su prima. Dudaba que Margaretha fuera una de esas personas que están pendientes del correo, y reconoció que era posible que, aunque hubiera visto sus correos, Judith le hubiera pedido que no contestara, le hubiera dicho que no quería saber nada de él. En cuanto a su otro (y

tenue) vínculo con Judith, Becky seguía sin dirigirle la palabra, y Aimee no había contestado a las notas que Jonah le había enviado a través de su blog sobre comida. Comprendía que si todos le tomaban por un repugnante gilipollas, solicitar que le pusieran en contacto con una mujer a la que apenas conocía tampoco iba a ayudar mucho.

No había logrado encontrarla en Facebook ni en LinkedIn, ni en ninguna de las otras páginas que al parecer utilizaban todas las demás personas del planeta. Resultó que en septiembre de 2001 se habían matriculado muchas Judiths en Yale; y todavía eran más las que habían ido al campamento Ramah la década anterior. Y lo cierto era que a lo mejor había encontrado su nombre durante sus horas de búsqueda en Google, lo había tenido ante las narices, pero sin una foto, ¿cómo podía saberlo?

Al final había probado todos los métodos razonables que se le habían ocurrido, y, en ese punto, ya no veía más opciones. Lo único que sabía de la vida de Judith en aquel momento era que residía en Las Vegas y que trabajaba para una empresa inmobiliaria que estaba comprando una iglesia. Así que se fue a Las Vegas y comenzó a repasar la lista de iglesias en las páginas amarillas. ¿Cuánto tiempo podía llevarle?, recordaba haber pensado. De nuevo, en aquella época gozaba de una gran convicción.

Pasó junto a un bar al aire libre en el que un hombre con el pelo engominado y peinado para atrás y con un pendiente le gritaba a un micrófono: «¡Hoy tenemos kamikazes a tres dólares todo el día!». A continuación Jonah llegó a otro cruce y tuvo que doblar la esquina para llegar a unas escaleras mecánicas que ascendían hasta un puente peatonal que permitía cruzar la calle. Una de las (muchas) cosas que había acabado desagradándole de la Franja era que no podías caminar en línea recta de una punta a la otra: para recorrerla tenías que pasar por un laberinto de pasarelas, escaleras mecánicas y pasillos rodantes, de manera que, aunque creías que estabas caminando por la Franja, en cualquier momento podías acabar, a mitad de camino de un puente cubierto, en la entrada de Harrah's, y esa, naturalmente, era la intención.

Sobre el puente peatonal, un hombre con un pañuelo negro y una harapienta cazadora de motero, que tenía la frente salpicada de costras y unos ojillos poco más abiertos que una rendija, estaba sentado en cuclillas al sol sobre una toalla sucia con la bandera estadounidense, junto a un cartón en el que se leía: «¡UNA AYUDA, POR FAVOR! VETERANO DE VIETNAM. DIOS BENDIGA A ESTADOS UNIDOS». Mientras visitaba las iglesias, Jonah se encontraba con gente de una pobreza extrema con bastante regularidad, y el hecho de verlos una y otra vez no le ayudaba a acostumbrarse. En muchos aspectos, el efecto era el opuesto. Dudaba mucho que ese hombre fuera veterano de Vietnam. Siendo generoso, probablemente habría tenido unos doce años cuando acabó la guerra. Pero Jonah sabía que en verdad no importaba. Sacó un dólar de la cartera y lo dejó en el arrugado vaso de plástico que el hombre tenía a sus pies. Mientras este murmuraba un «Gracias, hermano» con voz ronca, Jonah se acordó de repente de la mujer del metro a la que le había dado

cuarenta dólares aquella tarde que iba con Sylvia. Era difícil creer que los cuarenta dólares le hubieran hecho ningún bien, ni que ese dólar fuera a hacerle ningún bien a ese hombre. Y había personas así sentadas en cada puente peatonal de la Franja, y en muchos otros lugares. Recordó algo que había dicho el pastor, y que en aquel momento le había parecido absurdo: «El desierto se acerca».

Jonah había sentido el impulso de hacer de voluntario en algunas de esas iglesias y en otras organizaciones benéficas; daba dinero cada vez que alguien insinuaba que su institución necesitaba fondos; todo aquello le parecía, de una manera visceral, lo correcto. Incluso acordó con un pastor proporcionar asesoría legal gratis a su comunidad local. En teoría, ese era el servicio más valioso que podía ofrecer, aunque no había dado ningún fruto: sencillamente no podía hacer gran cosa para alguien que no tenía ninguna identificación con foto, ni certificado de nacimiento, ni tarjeta de la seguridad social y cuyo coche, en el que vivía, había sido incautado de manera ilegal. Jonah no había aprendido a ayudar a alguien en esa circunstancia. Lo único que sabía hacer era ayudar a la BBEC.

Lo que le frustraba era saber que objetivamente tenía mucho más que gran parte de las personas con las que se encontraba: más dinero y más formación, estaba más familiarizado con la ley, el gobierno, el mundo laboral y todo lo demás. Sin embargo, no conseguía hacer casi nada por ellos, poco más de lo que había logrado dándole un dólar a ese falso veterano de guerra. Y, además, ¿cuánta gente se le había pasado por alto mientras se inclinaba para dejar el dólar en el vaso? ¿Cuántas podrían haber sido mujeres, y cuántas rubias?

Subió las escaleras mecánicas que salían del puente y llegó a la entrada del Venetian, un complejo gigantesco de arcos y de columnas color crema en un estilo del alto Renacimiento (más o menos), delante del cual había un canal exterior de un azul piscina, en el que unos hombres vestidos de gondoleros que iban en góndola cantaban ópera (¡auténtica!). Para sortear todo aquello tuvo que subir de inmediato otra escalera mecánica que le llevó a otro puente peatonal. Pero decidió entrar en el casino. Tenía hambre, y cuando menos, la Franja ofrecía muchos lugares donde la comida era buena. En algún lugar del Venetian había un sitio de comida preparada en el que había estado una vez donde podía comprar un sándwich digno de Nueva York.

Pasó debajo de un arco y llegó a las puertas de la entrada del casino, de cristal incrustado y tintado para proteger a los que estaban dentro de la luz, la oscuridad o cualquier cosa que ocurriera en el exterior. Por un momento vio su reflejo en el cristal oscurecido, y quizá se vio un poco ojeroso, incluso un poco delgado, y su nariz le pareció una especie de instalación de arte abstracto en mitad de la cara. Ya era noviembre: en julio había pasado el fin de semana del 4 con Sylvia y Philip Orengo y unas cuantas parejas más en una casa que habían alquilado en los Hamptons. Habían comido caldereta de langosta de encargo en la playa, y Philip le había presentado a Georgina Bloomberg. Se había emborrachado más de lo que debería, y por ese motivo al día siguiente Sylvia y él se habían tirado los trastos a la cabeza. Él acababa

de reconocer que no estaba en posición de quejarse de su calidad de vida, pero, aun así, Jonah no podía evitar sentirse un poco... disminuido... al ver su reflejo. Abrió las puertas y entró.

Se encontró con un árbol de Navidad de quince metros adornado con ángeles de cerámica de mejillas regordetas al estilo de Rafael, bombillas ornamentales doradas y plateadas, y una versión instrumental de *God Rest Ye Merry Gentlemen*. Mientras bajaba la escalera mecánica que había detrás del árbol hacia la planta del casino, la música orquestal fue reemplazada por el incipiente tintineo de las máquinas tragaperras, salpicado por los gritos regulares y grabados de: «¡Ha vuelto a ganar!» y «¡La rueda! ¡De! ¡La fortuna!». De manera instintiva recorrió con la mirada los callejones que formaban las tragaperras. Dudaba mucho que Judith fuera jugadora, aunque se imaginó que, si lo era, jugaría a las tragaperras. Pero mentalmente se replicó de inmediato que también podía estar jugando a las tragaperras en cualquiera de los otros veinte casinos que se encontraban en un radio de un kilómetro y medio. Valía la pena mirar, se recordó.

Comenzó a recorrer los pasillos de las tragaperras: se basaban en programas de televisión, películas o deportes; o el tema eran las islas, la fantasía o los dibujos animados; y algunas no tenían tema: simplemente eran máquinas que te permitían apretar un botón y quizá ganar algo de dinero. Ya había dado media vuelta intentando encontrar la tienda de comida preparada. El diseño de aquella zona era el mismo que gobernaba la Franja: si conseguían que te perdieras, podían conseguir que jugaras.

Mientras caminaba, a su alrededor todo tipo de gente metía dinero en las máquinas, y estas lo recibían alegremente con un sonoro golpe. Había un hombre obeso con un andador; una mujer vestida de novia y su pareja de esmoquin; vio a una asiática de unos dieciocho años, quizá diecinueve, ataviada con un vestido de noche muy corto, que sonreía desde la otra punta del casino, sentada en una máquina, sin jugar. A veces alguien ganaba; como mucho levantaba los brazos y lanzaba un grito de alegría, pero solo duraba un momento. Lo más frecuente era que la persona que acababa de ganar apretara el botón de «apuesta máxima», el mismo que apretaba cuando perdía.

Finalmente Jonah se sentó delante de una máquina en cuya parte superior había una pantalla digital que mostraba a Rodolfo el Reno de Nariz Roja, que sin ninguna razón iba armado con una metralleta y masticaba un puro. Jonah se sentía agotado, como si hubiera absorbido toda la fatiga que había visto en la cara del pastor. ¿Qué estaba haciendo allí?, se preguntó.

No había tenido ninguna visión desde que se fuera de Ámsterdam. Tampoco ningún sueño. No había visto al jasid asomando detrás de algún doble de Elvis ni escondido en un bar. Tampoco tenía la impresión de estar evitándolas, como le había ocurrido en Ámsterdam; más bien parecía que habían desaparecido. Al principio lo había tomado como la confirmación de que por fin iba por el buen camino, de que por fin estaba haciendo lo que debía. Pero la sospecha de que era al contrario era cada vez

más fuerte: el hecho de haber dejado de tener visiones significaba que una vez más había acabado entendiéndolo todo mal. A lo mejor las visiones no le señalaban a Judith; a lo mejor ni siquiera le señalaban nada. Incluso había intentado rezar, pero sus oraciones, que ya al pronunciarlas le parecían desmañadas, no habían sido atendidas: tan poco atendidas y escuchadas como las que había pronunciado antes, como las de todo el mundo, supuso.

De pie junto al banco vacío de Ámsterdam había estado seguro. Pero ese momento de lucidez había resultado ser tan breve que había comenzado a desvanecerse casi en el mismo instante en que lo percibió. Al cabo de poco, fue lo único que pudo hacer para no dudar de su existencia; lo único de lo que estaba completamente seguro, tan seguro como lo había estado entonces, era de que Judith lo necesitaba, y de que él la había decepcionado.

Pero ¿acaso los hombres no se decepcionaban los unos a los otros cada día?

Mientras escrutaba el inmenso mar de tragaperras en el que nadaban todos los jugadores, le pareció obvio: nunca encontraría a esa mujer. Había dicho que trabajaba para una empresa fantasma, y la premisa fundamental de su empleo era el secreto y el engaño. Aunque encontrara la iglesia que buscaba, el pastor, el sacerdote o lo que fuera a lo mejor no sabía que ella estaba involucrada en la venta, y a lo mejor ni siquiera sabía que había una venta en marcha. O aun cuando él hubiera sabido que Judith se encontraba en el Venetian en ese mismo momento —si el jasid se le hubiera aparecido, se habría dado unos golpecitos en la nariz y se lo habría asegurado—, sus opciones de encontrarla habrían sido casi cero. El hotel tenía docenas de pisos, decenas de miles de metros cuadrados de casino, todo un centro comercial adosado, y la ciudad estaba llena de lugares así, y llena de gente como ella que continuamente abría lugares nuevos. ¿Por qué incluso suponía que lograría reconocer a alguien a quien había visto tan poco? ¿No era posible que hubiera pasado junto a ella una docena de veces y no la hubiera reconocido?

Volvió a mirar a su alrededor. Se preguntó cuántas de esas personas que estaban jugando a las tragaperras eran ludópatas, cuántas de ellas tiraban dólares que necesitaban desesperadamente para comer, para pagar la hipoteca o para pagar la pensión de alimentos de sus hijos. ¿Y cuántas jugaban, igual que él había hecho en la universidad, sabiendo que solo podía ganar, que en el fondo no tenía nada que perder? No sentía ningún tipo de superioridad moral sobre los que veía jugar: no los condenaba, no los compadecía por sus errores. Lo que experimentaba era esa compasión general y ajena a su voluntad que de algún modo había adquirido: hacia los indigentes que hacían cola para conseguir comida, hacia los jugadores de póquer que transportaban su cojín bajo el brazo, hacia los niños a los que sus padres llevaban a los bares de la Franja, incluso hacia los padres que los llevaban. Cuando miraba a su alrededor en el casino del Venetian, se veía a sí mismo en Nueva York, apretando botones en Cunningham Wolf, ¡con tanta ambición!; también se veía a sí mismo deambulando por Las Vegas, buscando a alguien que había visto una vez durante

menos de una hora. ¿Quién era más iluso: la pareja que pretendía ganar un bote progresivo de dos millones de dólares el día de su boda, o él intentando encontrar a Judith?

Se llevó la mano a la cara y se frotó los ojos; se pasó la mano por la nariz con mucho cuidado. Déjalo, se dijo. Olvídalo. Y sin embargo, y sin embargo...

Siempre había un «Y sin embargo». Había visto cosas tan reales y tan vívidas que no podía alejarse de ellas así como así. No podía abandonar la esperanza sin más.

—¿Puedo ofrecerle una copa, señor? —Se le había acercado una camarera de cócteles. Llevaba una falda corta dorada y plateada, y sobre la palma de la mano, por encima del hombro, mantenía en equilibrio una bandeja con una docena de copas vacías. Y estaba embarazada: su vientre tenía más o menos el tamaño de un globo terráqueo de la escuela primaria.

—Mmm... Tomaré solo un café —le dijo Jonah.

—¡Un café, no hay problema! —dijo la camarera, decididamente alegre—. ¿Nata y azúcar?

Era de un rubio fresa, debía de frisar los treinta, y tenía la cara delgada y chupada; su sonrisa parecía intentar empujar todos los demás rasgos de su cara.

—¿Qué está haciendo aquí? —no pudo evitar preguntar.

La chica arrugó la nariz en un gesto de vacilación y la sonrisa se le aflojó un poco. Pero Jonah se la imaginaba: una *stripper*, o una prostituta, o simplemente la novia de alguien, que se había quedado embarazada, y como no podía seguir haciendo de *stripper*, ni de prostituta, ni seguir siendo la novia de ese alguien, la habían colocado de camarera de cócteles. No era una historia poco frecuente.

—Espere —dijo la muchacha, frunciendo el ceño a modo de disculpa—. Señor, si no está jugando, no puedo...

—Olvídelo, no pasa nada... —Y entonces sacó la cartera y colocó un billete de cinco dólares en la taza que llevaba sobre la bandeja. La chica se lo agradeció efusivamente y se alejó, con el vientre sobresaliéndole al menos unos quince centímetros.

Jonah se puso en pie y siguió dando vueltas por el casino: pasó junto a las tragaperras, las mesas de dados y de ruleta, los bares y la sala de póquer. Estudió todas las caras que pudo, pero al cabo de un rato ya no buscaba a Judith —o al menos no solo a ella—, sino otra cosa, y algo de sí mismo y de todos ellos que le aterraba perder.

3. Judith del Mojave

Judith encendió la cámara de vídeo de la pantalla del ordenador que tenía sobre el escritorio para poder ver la imagen digital de sí misma, y la utilizó como espejo mientras se pintaba los labios de rojo. Le parecía un truco bastante inteligente hasta que vio que alguien lo hacía en una película que pasaban por televisión y que ya tenía cinco años. Otra manera de recordarle que había llegado tarde al mundo laboral. Apretó los labios, los introdujo entre los dientes, y los frunció como si se diera un beso a sí misma. Se miró la cara desde una perspectiva más general. Nunca se había considerado exactamente guapa con la nueva nariz y lo demás, pero a partir de las reacciones de gente que antes no le hacía ningún caso (hombres mayores, y jóvenes borrachos en los bares) se daba cuenta de que su aspecto había alcanzado una cualidad distinta. «Bien conjuntada» era quizá la descripción más idónea en ese momento.

Llamaron a la puerta de su despacho. Cerró el monitor de vídeo cuando un hombre asomó la cabeza.

—¿Estás preparada para echar el resto, Judy? —preguntó el hombre con una sonrisa típicamente empalagosa. Se llamaba Jerry Steadman; era uno de los abogados del Coronel.

Entró y cerró la puerta a su espalda. Tenía la boca de un vivo rojo y con una expresión desdeñosa, las mejillas gruesas, y una media corona de pelo castaño rojizo.

—No me acostumbro a verte detrás de una mesa —dijo con una risita. Giró la cabeza ciento ochenta grados, desde la pared desnuda que quedaba a la izquierda del escritorio de Judith hasta la pared desnuda de la derecha, pasando por la alfombra gris beige, y comentó—: Para haber sido decoradora, la verdad es que tu despacho no está muy decorado. —Ella podría haberle corregido diciéndole que no había sido decoradora, sino encargada de comprar arte, pero él ya lo sabía—. Contigo nadie se ganaría la vida pintando cuadros, eso seguro —añadió. Se acercó a su escritorio y le entregó una carpeta de plástico repleta de contratos—. No los pierdas, encanto. Y lo más importante, devuélvelos firmados. De hecho, si no los traes firmados, no vuelvas.

Como todos los abogados del Coronel, aquel hombre le parecía detestable, hipócrita, vengativo, hablador, mezquino y malvado. Judith se lo había comentado una vez al Coronel, después de pasar una noche con él: le preguntó cómo podía confiar en esa gente. El Coronel estuvo completamente de acuerdo —y de manera entusiasta— con su dictamen, y le explicó:

—No hace falta confiar en alguien que te cobra hasta la décima parte de una hora. Solo tienes que pagarle, y le dará por el culo a quien tú le digas.

Judith también comprendía que, para que el Coronel pudiera actuar de la manera en que lo hacía —y lo mismo se podía decir de cualquier promotor inmobiliario que

operara en Las Vegas a gran escala—, necesitaba abogados como Jerry Steadman: personas que no se dejaban intimidar por las zonas legales ambiguas, sino que incluso disfrutaran con ellas.

Steadman se quedó delante del escritorio de Judith, tamborileando en el borde con los dedos.

—¿Todo preparado, pues? —le preguntó—. ¿Te has depilado las piernas, te has puesto medias limpias y le has dicho a tu compañero que no te espere levantado? —Le guiñó el ojo—. Metafóricamente hablando.

Por desgracia, Judith tenía que tolerar su condescendencia, su sonrisa misógina y sus insinuaciones apenas disimuladas. El Coronel le había encargado a Steadman que vigilara el «día a día» (una expresión bastante ingeniosa dado el nivel del argot corporativo, según Judith) del Downtown Las Vegas Development Group, la empresa inmobiliaria para la que ella en teoría trabajaba.

—No preveo ningún problema —dijo Judith.

—Mira, Judy, no te voy a mentir —dijo Steadman, uniendo las manos ceremoniosamente a la espalda—. Todos sabemos que al Coronel le gusta divertirse, pero ya no estás escogiendo cuadros para la *suite* de derrochadores del Golden Goose de Jackson, Misisipi. Para todos nosotros es un misterio cómo has acabado aquí. —Para ser justos, también era un misterio para ella por qué el Coronel la había escogido para ese proyecto en concreto. Deseaba con todas sus fuerzas creer que no era simplemente porque el Coronel pensara que la manera en que sus padres habían muerto le otorgaba una especie de credibilidad moral que resultaría útil a la hora de tratar con el cabeza de una iglesia—. Te das cuenta de que este es un negocio de miles de millones, ¿verdad? ¿Y que nadie quiere que todo se quede colgado por una puta iglesia?

—Ya está de acuerdo en firmar —contestó Judith.

—Ah, muy bien, con eso y con un trozo de papel de váter ya te puedes ir a cagar —dijo él con una carcajada—. La firma cierra el trato, cariño. Supongo que eso no lo aprendes en las clases de arte de Yale. —En el círculo del Coronel, todo el mundo estaba al corriente de sus antecedentes; incluso era posible que Jerry Steadman hubiera sido el que había compilado el *dossier* que abarcaba toda su vida.

En ese momento Judith se levantó.

—Gracias por los contratos. El coche me espera.

Jerry Steadman suspiró de manera dramática, resignado a su destino.

—Hazlo a tu manera —dijo Steadman—. Pero de un judío a otro, no quiero que la cagues. Detestaría ver a Judy Brooks, vicepresidenta del Downtown Las Vegas Development Group, convertirse de nuevo en la Judith Klein Bulbrook de antes. —Le sonrió con absoluta falsedad, pues eso era exactamente lo que deseaba. Algo del desdén que Judith sentía debía de asomarle en la cara, porque Steadman dijo—: Esa es mi chica. Ahora empiezas a parecer alguien que trabaja en el negocio inmobiliario de Las Vegas.

Cuando Steadman se hubo marchado, Judith se puso la chaqueta, cogió el bolso y los contratos, se dirigió el ascensor, y salió del anónimo edificio de oficinas de Henderson donde el grupo tenía la sede. El primer atisbo del fresco de la tarde ya tocaba el aire. Se abrochó la gabardina y se ciñó el cinturón, aunque no del todo por el frío.

El conductor del sedán que la esperaba le abrió la portezuela; Judith entró, colocó el bolso a un lado y los contratos sobre el regazo. Los aspectos comerciales de la industria inmobiliaria y de la industria del juego (nunca de las apuestas) habían resultado ser relativamente fáciles para ella; de hecho, para su sorpresa, los temas le parecieron fascinantes. Descubrió una atención casi talmúdica en la manera en que el Coronel había construido sus casinos. El Coronel había investigado el número exacto de pasos de los clientes desde el ascensor hasta las mesas de juego que maximizaban los ingresos; el tiempo medio, con la precisión de un minuto, que un jugador de tragaperras permanecía sentado delante de la máquina basándose en su perfil sociodemográfico y las prácticas específicas (la visita de un empleado del casino, un cupón de cinco dólares para el bufet) más eficaces para prolongar esa media. Lo que a ella más le costaba dominar, sin embargo, eran las dimensiones sociales del mundo laboral en que se había encontrado: la política, las maniobras y ese saldar cuentas a diario. No sabía cómo aprovechar la empalagosa amenaza de Jerry Steadman, ni el implacable desdén de la secretaria del Coronel; y en muchos aspectos eso parecía más importante que si tenía alguna idea o no de cómo se construía un casino.

Colocó las manos sobre la carpeta de plástico mientras el sedán salía a la I-515, rumbo al norte, hacia el centro. Sí, había llegado tarde al mundo laboral, pero nunca había sido lenta en aprender. La motivaba que aquel día hubiera tanta gente esperando su fracaso. Su éxito les demostraría algo.

El coche salió al North Las Vegas Boulevard, y desde ahí solo había un par de manzanas hasta la iglesia. Por cada manzana que pasaban ocupada por una tienda de licores tremendamente blindada, o un inhóspito almacén industrial, había otras dos en las que solo se veía un edificio de ventanas cubiertas con tablas o simplemente vacío. Casi toda la gente que veía en la acera eran indigentes, que permanecían en las esquinas en una actitud de espera, aunque Judith fingía no tener ni idea de qué esperaban. Gran parte de esa zona había sido oficialmente clasificada de ruinosas, y el Coronel pronto conseguiría los derechos para construir por la vía de la expropiación en interés público. Conseguir que esa zona se declarara ruinosas había constituido una tarea jurídicamente ingente —en la que ella no había participado—, pero le parecía bastante claro, con solo asomarse por la ventanilla, que algo en este barrio había fallado. Le había preguntado al Coronel si la comunidad había intentado impedir la construcción del Centro Babilonia. La satisfecha respuesta del Coronel había sido: «¿Qué comunidad?».

El coche llegó a las puertas de la iglesia. El conductor salió, llamó al timbre, y entró con el coche.

—No sé cuánto tardaré —le dijo Judith al chofer cuando salió.

—No pasa nada, señora Brooks —contestó el conductor con un fuerte acento ruso.

Judith cruzó el metro aproximado de aparcamiento que la separaba de la entrada de la iglesia, apretando los contratos contra el pecho. El cabeza de la iglesia, el pastor Keith D. Tolson, poseía autoridad legal para ceder la propiedad de esa iglesia y sus tierras: Jerry Steadman y su cohorte se habían asegurado. El comité directivo de la iglesia no se había reunido en una década, y en tales circunstancias el pastor poseía todos los derechos de disposición, según los estatutos de la iglesia. De todos modos, tan solo para asegurarse, habían obtenido discretamente firmas de los miembros supervivientes del comité directivo, que vivían en lugares tan lejanos como Delray Beach, Florida, y Hackensack, Nueva Jersey. El Downtown Las Vegas Development Group poseía los recursos para ser concienzudo. Judith empujó la puerta, sorteó el bloque de hormigón ligero y entró en la Iglesia Nadie Tiene Mayor Amor.

Judith ya había estado en la iglesia media docena de veces, y, como siempre, su impresión era de sorprendente vacuidad, una vacuidad que parecía retumbar contra todas las superficies blancas y desnudas. Se sentó en la primera hilera de sillas plegables y esperó. El pastor tenía un despacho en el sótano del edificio, pero no consideraba apropiado que estuvieran allí los dos solos.

—Quizá cuando esté usted casada —le había dicho el pastor, en una forma más suave de sexismo que la de Jerry Steadman, pero sexismo al fin y al cabo, se había dicho Judith.

Estaba nerviosa mientras esperaba, pero se dijo que eso le gustaba. Jerry Steadman era un hombre reprensible, pero no se equivocaba: había mucho en juego, para ella y para el Centro Babilonia. Aunque aquello no fuera más que una pequeña porción del inmenso proyecto de adquisición —que implicaba la expropiación en interés público de diversas propiedades, la compra directa de otras y la compra furtiva de bastantes más por parte del Downtown Las Vegas Development Group y otros testaferros—, la iglesia tenía su importancia. Al pastor le había llevado tiempo aceptar la idea de vender: y el tiempo apremiaba. Unos cuantos periodistas y unos cuantos políticos locales ya habían comenzado a observar que alguien se estaba apoderando de la propiedad inmobiliaria de la zona, aunque aún no se habían hecho a la idea de hasta qué punto ni de quién la estaba adquiriendo. Si había más demoras, las intenciones del Coronel serían conocidas por todos, y si eso ocurría antes de que él se asegurara toda la tierra que se había propuesto comprar, todo el proceso sería más difícil, y muchísimo más caro. El Coronel deseaba que la iglesia y todos los que se resistían quedaran tachados de la lista antes de final de año. Así que ella tenía que cumplir con su papel... a la hora de construir una ciudad.

Judith paseó la mirada por los listones que componían la cruz metálica de la pared. De niña siempre le habían gustado las iglesias, hasta el punto de que le preocupaba que pudiera haber algo sacrílego en ello, dado que entonces se

identificaba con el judaísmo. Su madre la había tranquilizado: podía admirar la serenidad de un lugar, e incluso compartir la silenciosa reverencia que imponía en aquellos que entraban sin traicionar su propia religión. Su madre había sido una mujer que lo aceptaba todo, toleraba cualquier pensamiento y cualquier emoción que Judith expresara. Pero, claro, era poeta, reflexionó Judith.

En los últimos tiempos había descubierto que podía pensar así en sus padres: serena, a distancia, incluso con ironía. Así lo había hecho desde que regresara de Ámsterdam. Tampoco es que le hiciera sentirse orgullosa, aunque sí más fuerte. Estaba metida en un negocio de miles de millones, y sus colegas eran malvados y se aliaban contra ella, pero Judith podía enfrentarse a todos. Y lograr reducir esa cruz de la pared, esa iglesia —que ya no respiraba demasiados sentimientos, ni en un sentido ni en otro— a la nada. Había otro cambio que había observado desde su regreso de Ámsterdam. A veces sentía un ansia de venganza, una venganza que no tenía ningún objeto específico que pudiera identificar, pero que parecía apoderarse de ella, o ella sabía dominarla, mientras perseguía sus objetivos.

—Veo que está mirando esa cruz, señorita Brooks —dijo el pastor, de pie en la puerta de entrada, con su voz rasposa. Siempre llevaba uno de sus tres chalecos de lana, y le pareció que lo llevaba con sorprendente dignidad. (El Coronel había considerado esa idea tronchante cuando ella había intentado explicársela)—. Bienvenida —la saludó el pastor mientras le estrechaba la mano.

—Me alegro mucho de estar aquí —contestó ella, cosa que no era del todo falsa, reflexionó.

El pastor se sentó a su lado en la primera hilera de sillas.

—«Al que tenga sed, yo le daré del manantial del agua de la vida gratis», dice el señor, señorita Brooks.

—Ya le he explicado que soy atea.

—No he olvidado lo que me dijo —contestó él, suspirando por la nariz. Judith tenía que reconocerlo: ella nunca aflojaba, pero él siempre lo intentaba. El pastor se dio unos golpecitos con aire ausente en el semicírculo de pelo negro que le quedaba en torno a la nuca. Le habría sorprendido averiguar que ella una vez había tenido el pelo muy parecido al suyo.

—Tengo los contratos —dijo Judith, levantando la carpeta de plástico de su regazo—. Tardaremos un poco en repasarlos todos, así que quizá más vale que empecemos. —Él no contestó, se ajustó las gafas. Era propenso a reflexivos silencios; Judith había descubierto que lo mejor era esperar a que concluyeran solos.

Aunque el pastor ya sabía algunas cosas de Judith, era ella quien poseía un *dossier* de él. Había nacido en Carolina del Norte, era hijo de un ministro baptista, y había pronunciado sus primeros sermones de niño; a los veinte años ya era cabeza de su propia iglesia en Fayetteville. Se había casado y tenía dos hijos, pero había surgido alguna desavenencia con su mujer —los detectives privados no habían logrado descubrir los detalles; alcohol o adulterio, especulaban—, y se habían divorciado, y

ya no se hablaba con ella ni con sus hijos. Después de su matrimonio había ido a Las Vegas para ponerse al frente de la Iglesia Nadie Tiene Mayor Amor, y ya llevaba allí treinta años. Vivía en una casa en la esquina, no se había vuelto a casar ni tenía novia, no bebía —si es que había bebido alguna vez—, pasaba todo el tiempo en la iglesia y entre su menguante grey de parroquianos: visitando a quienes no podían salir de casa, consolando a los afligidos, y ayudando a las madres a escribir cartas a las juntas de libertad condicional de sus hijos. Incluso había aprendido español para poder impartir una clase semanal de inglés como segundo idioma, que tenía lugar en el sótano para los escasos asistentes. «Es un auténtico creyente», había dicho el Coronel mientras le entregaba el *dossier* a Judith. «El último mohicano», había añadido con una sonrisita burlona.

Pero Judith había terminado cogiéndole aprecio. Era una persona reflexiva y gentil, incluso cuando ella rechazaba su proselitismo: era un hombre decente en el mejor sentido de la palabra. Y había momentos en que ella le compadecía por el hecho de que pronto se quedaría sin una iglesia que constituía gran parte de su vida. Pero esa compasión no se convertía en culpa por lo que estaba haciendo. Los hechos no lo justificaban; la verdad era que la Iglesia Nadie Tiene Mayor Amor agonizaba: la asistencia había ido decayendo sin cesar durante más de una década, el edificio mismo estaba excesivamente endeudado incluso con los estándares de Las Vegas, y los activos de que disponían eran consumidos poco a poco por el comedor benéfico, que funcionaba con grandes pérdidas. Dejando aparte algún golpe de suerte extraordinario, como por ejemplo que algún feligrés ganara la lotería, la iglesia no podía durar más de un año, y probablemente ni llegaría. Los beneficios de esa venta eran lo mejor que el pastor podía obtener en ese momento, tal como Judith le había explicado, con toda la delicadeza que había podido, muchas veces. El pastor había dicho que su intención era donar el dinero de la venta a diversas iglesias y organizaciones benéficas de la zona, pero el contrato también le proporcionaba una pensión (por alguna razón, el Coronel había insistido en ello). La renta no sería mucha, pero sí suficiente. En una ocasión el pastor había mencionado la posibilidad de trasladarse a Virginia, donde tenía unos primos. Incluso se podía decir que sería un final feliz para él, si se quería ver así; o si no feliz, sí al menos... suficiente.

—Antes teníamos un maravilloso programa de música —dijo el pastor. Judith también se había acostumbrado a que este rompiera sus silencios con comentarios que aparentemente carecían de contexto.

—¿De veras? —preguntó Judith.

—Hubo una época en que éramos conocidos por eso. Cuando toda una congregación alaba al Señor unida, señorita Brooks, es algo impresionante.

—Me lo imagino —respondió Judith, aunque los aspectos musicales del judaísmo nunca habían sido sus preferidos.

El pastor se ajustó las gafas y esbozó una leve sonrisa.

—Es usted una joven muy educada —dijo—. Comprendo que hoy tiene otras

cosas que hacer aparte de escucharme perorar sobre los buenos tiempos. Los tiempos cambian y siguen cambiando, ¿verdad, señorita Brooks?

—Desde luego. —Judith volvió a dejar la carpeta sobre el regazo y sintió cómo se le hacía un nudo en el estómago; de impaciencia, se dijo.

—Quiero que sepa que he rezado por lo que le ocurrió a sus padres —dijo el pastor—. He rezado muchas veces. —La excitación, o lo que tuviera en el estómago, se desvaneció de repente; colocó los contratos sobre las rodillas. Así que tendría que aguantar eso otra vez—. Veo en su cara que no quiere hablar de ello —le oyó decir—. Su cara dice que hay muchas cosas de las que no quiere hablar. Pero yo llevo mucho tiempo en la iglesia. Sé que me ha contado lo que me ha contado por alguna razón. —Sí, se dijo Judith: porque me ordenaron que se lo contara a fin de ganarme su confianza. Y ha funcionado. El Coronel también había insistido mucho. Sin embargo, Judith no podía evitar la sensación de que había algo terrible en utilizar esa información para aquello. Y si su cara había mostrado infelicidad cuando el pastor había sacado el tema, la razón era esa: Judith se había sentido culpable—. El Señor tiene un plan —dijo el pastor. Ella asintió sin comprometerse—. No nos corresponde a nosotros conocer los motivos ni los fines.

—Sí, he oído decir cosas parecidas.

—Pero de vez en cuando el Señor nos revela una pequeña parte de su plan. Y después de mucho rezar, he llegado a creer que esta mañana ha compartido parte de sus planes conmigo. —Introdujo la mano en el bolsillo de la pechera de su chaleco, sacó un papelito doblado y se lo entregó. Ella lo cogió con repentina preocupación. ¿Era la carta de un periodista? ¿De otra compañía inmobiliaria? ¿Alguien que había descubierto sus intenciones y quería estropearlo todo? Se quedó aliviada cuando comenzó a leer y descubrió que no era más que una página de un sermón: «De la fuerza de Daniel en la guarida del león. ¿Cuántos de nosotros caminamos a diario con leones? No parecen leones, hermanos y hermanas. Llevan ropas de...».

—Al otro lado, señorita Judith —le dijo con paciencia.

Judith volvió la página y negó con la cabeza, confusa.

—No sé quién... —El acto de comprensión pareció retroceder desde sus pupilas: sintió una especie de cosquilleo en las comisuras de los ojos, cómo se le apretaba la mandíbula, y una oleada de sangre hacia la nuca. ¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible?

—Entonces conoce a ese joven —dijo el pastor.

—Muy poco —dijo ella cortante. Y, sin embargo, aunque lo conocía poco, él había conseguido herirla tan profundamente que incluso de pronto Judith sentía la rabia propagándosele por la piel. Él la había abandonado, y en el momento en que ella se había permitido ser más vulnerable al abandono.

—Veo que está usted furiosa —decía el pastor—. No voy a preguntarle por qué. Pero puedo decirle que lamenta sinceramente lo que le hizo.

¿Cuánto tiempo se quedó sentada en ese banco? Con la esperanza, entonces

todavía con la esperanza, de que alguien la rodeara con el brazo, como si fuera una niña boba que esperara algo.

—Vaya —contestó Judith.

—Pone todo su empeño en... —Judith había levantado el papel y estaba a punto de hacerlo pedazos cuando le oyó decir al pastor con acritud—. ¿Quiere que firme los papeles? —Ella se lo quedó mirando: en la expresión del pastor había aparecido algo duro y acerado—. Entonces no rompa esa página en mi iglesia. —Judith dobló el papelito y lo metió en su bolso—. Detestaría verla desesperada, señorita Brooks —dijo en un tono más amable. Judith lo había subestimado... o había subestimado algo.

—Lo siento —dijo Judith.

—No tiene de qué disculparse —la apaciguó el pastor—. Y quiero que sepa que no le he contado a nadie lo que estamos haciendo. He tenido que faltar a la verdad para ello, pero sé que hay mujeres que están mejor sin que las encuentren. —Se ajustó las gafas—. No soy ningún estúpido, señorita Brooks. No le he pedido que los suyos continúen con el comedor benéfico ni conserven ninguna de las otras obras en la comunidad. Los negocios son los negocios, y sé por qué está usted aquí. El desierto se acerca, y no hay nada que ni yo ni nadie podamos hacer. Pero también sé que nadie entra por esa puerta si no necesita algo. Y el hecho es que he acabado preocupándome por usted, señorita Brooks. Voy a pedirle que intente perdonar a ese joven. Voy a pedirle que lo escuche. Voy a pedirle que intente introducir más amor del que puede en su corazón y que le perdone, aunque él no se lo merezca. Si me promete que lo hará, entonces puedo firmar sus papeles en paz.

—Entonces se lo prometo —dijo Judith. Y con esa promesa y un trozo de papel de váter, te puedes ir a cagar, se dijo Judith.

Cuando Judith salió al exterior, el sol ya se había puesto, y el cielo que había sobre las montañas era de un rojo brillante. El conductor salió del coche y le abrió la puerta mientras se acercaba.

—Todavía no hemos terminado —mintió Judith—. Esperaba que nos trajera algo de cenar.

—No hay ningún problema, claro.

Judith escogió un restaurante en la otra punta de la ciudad, y observó cómo el coche se alejaba de la iglesia. No le hacía muy feliz engañarlo de este modo, pero dudaba que hubiera aceptado dejarla sola allí. Y ella quería estar sola. Además, ¿acaso no podía mandarlo a la otra punta de la ciudad si lo deseaba? Le pagaban por horas, con lo que ¿cuál era el problema?

Empujó la verja de la iglesia y salió a la calle. Pasaron unos cuantos coches, pero por lo demás las calles estaban vacías, más por desiertas que por tranquilas. Lo cierto es que allí no había gran cosa: una gasolinera cerrada a la derecha, y a la izquierda una casa de una sola planta y de techo bajo, con unos tablones cubiertos de grafitis en

las ventanas; y justo delante de ella una casa de empeño rodeada de un imponente muro de piedra. Y, detrás, la Iglesia Nadie Tiene Mayor Amor, que se iba a pique. Tuvo la visión de que todo aquello desaparecía —demolido, arrasado, pavimentado— y quedaría sustituido por el Centro Babilonia. Si el Coronel se salía con la suya, ese trecho de calle donde se encontraban se convertiría en el vestíbulo de una sala de conciertos. Sí, trabajaba con gente censurable, pero ¿acaso no iban a conseguir algo... espectacular?

Habían pasado semanas desde la última vez que había visto al Coronel, en su despacho del Olympus, un casino situado en la punta sur de la Franja. Su capitel ahuesado y de color verde esmeralda asomaba como un cuchillo por encima de los edificios que lo rodeaban, lo cual suponía para él una gran fuente de orgullo. El Coronel, que no era dado a sutilezas, tenía su despacho en el piso superior, y toda la pared oeste eran cristalerías. Desde esa altura, la ciudad de Las Vegas parecía una simple decoloración del desértico valle: una mancha de tinta, confusa en los bordes.

Aquel día había ido directamente después de su primer encuentro con el pastor: estaba nerviosa cuando se sentó delante del Coronel. Este mostró interés en hablar con ella —o, más exactamente, en hablarle a ella—, pero sus encuentros se habían vuelto cada vez más esporádicos, y lo más habitual era que Judith solo tuviera noticias suyas a través de su secretaria o de Jerry Steadman.

El hecho era en parte atribuible a la necesaria confidencialidad, ya que ocupaba un cargo en el Downtown Las Vegas Development Group, aunque solo en parte, reconoció. El Coronel era un hombre voluble e impredecible en su trato con todos los que trabajaban para él. El hecho de que mantuvieran relaciones sexuales simplemente añadía otra dimensión a ese capricho. A veces escogía acostarse con ella; a veces se comportaba como si nunca lo hubiera hecho. El sexo tampoco conducía nunca a ninguna intimidad (aunque poseyera otras satisfacciones), y ella había llegado a comprender que él se acostaba con muchas de las mujeres a las que contrataba, y siempre de la misma manera inconstante.

Judith no estaba segura de si todo aquello era una manipulación calculada, o el reflejo de alguna auténtica incapacidad para mantener una relación (el Coronel tampoco tenía amigos, que ella supiera, y solo hablaba de sus difuntos padres con desdén). Pero Judith sabía que no importaba, porque el efecto de ese comportamiento era el mismo: creaba en ella, en sus acólitos —sobre todo, observó Judith con tristeza, en las mujeres—, un estímulo constante para obtener nuevas pruebas de que gozaban de su favor. Pero quizás el mayor atractivo de su trabajo era que alimentaba en ella una devoción muy imperiosa. Y si esa devoción era por el trabajo mismo —por ese inmenso proyecto de crear una ciudad— o por la persona del Coronel Harold Ferguson, se trataba de una distinción que Judith no se molestaba en hacer.

El Coronel se recostó en su butaca mientras la escuchaba relatar su encuentro con el pastor: ojos redondos y estriados clavados en su cara, el inevitable pin con la bandera estadounidense en la solapa. Cuando Judith hubo terminado, el Coronel

quiso más detalles: cómo había comenzado la conversación (con una sincera bienvenida y una exhortación a Cristo); quién había hablado primero después de que ella le explicara lo que quería (ella, lo cual, le dijeron, había sido un error); si habían hablado de dinero (no, lo cual, le dijeron, era una buena señal); cómo vestían los dos (fue entonces cuando el Coronel se rio de la dignidad del chaleco de lana); si ella había seguido sus instrucciones y le había hablado al pastor de sus padres (no lo había hecho, aunque repitió su promesa de que lo haría cuando encontrara la oportunidad).

Cuando el Coronel por fin quedó satisfecho de lo que había oído, le preguntó:

—Entonces, ¿firmará o no?

Judith vaciló. Naturalmente, quería decirle que firmaría, pero consideró más importante ser precisa en su evaluación.

—Creo que sí —contestó por fin—. Creo que se da cuenta de que... ya no sintoniza con la gente.

El Coronel asintió.

—Eso es bueno —dijo—. Eso es muy inteligente. —Judith había conseguido no ruborizarse ante el elogio y la crítica, aunque seguía considerándolos tan contundentes como siempre—. Parece lógico que los dos os entendáis —añadió el Coronel—. Al fin y al cabo, los dos sois indios.

Fue notoria la satisfacción del Coronel al ver que su comentario la había dejado estupefacta. Y ella sabía que él estaba lanzando un cebo, pero ¿por qué fingir que lograba resistirse? El hecho de que estuviera sentada allí, ¿no era una prueba suficiente de su subyugación?

—¿A qué te refieres? —preguntó.

El Coronel reconoció esta última claudicación dedicándole su sonrisita de suficiencia durante unos momentos antes de contestar.

—En el mundo hay dos clases de personas —comenzó—. Los indios y los vaqueros. Los vaqueros quieren toda la tierra que puedan conseguir. Los indios no quieren que la consigan. No es que los indios quieran la tierra para ellos. Esa no es su manera de pensar. Simplemente no quieren que los vaqueros la consigan, porque para ellos el mundo lo componen los espíritus y los antepasados y el Gran Espíritu y toda esa mierda. A los vaqueros les importa una mierda el Gran Espíritu. Solo quieren la tierra para sus vacas. Sus vacas, sus pozos de petróleo y sus casinos.

»Verás, la historia de mi familia no es muy distinguida —añadió, pasándose la palma de la mano por la coronilla hasta la nuca de su cráneo afeitado—. Pero llevamos generaciones matando indios. Yo tuve un tío bisabuelo que fue soldado en la batalla de Wounded Knee. Uno de mis abuelos fue un agente de Pinkerton que rompió las huelgas del ferrocarril. Incluso mi padre mató a unos cuantos comunistas en Corea. Y me gusta pensar que yo he cumplido con mi parte, ayudando a combatir contra los islamistas en Oriente Medio y a los adoradores de la tierra de la Agencia de Protección Medioambiental.

»El caso es que, de todos modos, ya no quedan muchos indios. Hoy en día casi

todo el mundo quiere ser vaquero. Por suerte para mí, generalmente no tienen lo que hay que tener. Pero es difícil encontrar un indio de verdad. Sobre todo en esta ciudad. Un organizador comunitario. Un pastor que se aferra a su iglesia. A veces el sindicato de hostelería cuela a alguien en mi casino. Las últimas bocanadas de una raza que se extingue. Dentro de una generación solo quedarán vaqueros.

»Lo que nos lleva de nuevo a ti —añadió, repasando brevemente la cara de Judith, una cara que él había remodelado en muchos aspectos—. Te criaron los indios. Te leían poemas, rezaban a espíritus invisibles. Pero siempre has tenido alma de vaquero. Por eso ahora estás sentada aquí. Por eso aceptaste ese nombre de hombre blanco que te puse. Puede que pienses como una india, pero eso nunca será suficiente para ti. Siempre querrás más.

»Y así, Judy —concluyó, pronunciando su nombre con deleite—, no me sorprende que tú y el pastor Keith hayáis disfrutado fumando juntos la pipa de la paz. Tú eres una simpática chica judía del Noreste, y él es un negro del sur, pero los dos pertenecéis a la misma raza. Judith del Mojave —dijo, y formó una O con la boca y se dio unos golpecitos con la mano—. Uou, uou, uou, uou.

El poder de esas homilías no residía en su lógica, y desde luego no en la coherencia de cada una con la posterior. Aquel día todo eran indios y vaqueros; al día siguiente serían cazadores y recolectores, lobos y ovejas. No, lo que resultaba convincente de sus palabras —y ella todavía las encontraba convincentes, después de tantos meses, después de todo lo que había aprendido de él— era la fuerza de las ideas mismas, su violencia: cómo se empujaban la una a la otra, cómo se fracturaban; reimaginaban y reestructuraban el mundo que rodeaba al Coronel sin atención al matiz ni al detalle. Además, todo eso era inseparable, en su poder, del personaje que las pronunciaba, un personaje que él había cultivado con gran esmero: el magnate en su alta torre. Como señalaba a menudo el Coronel, esa era la mejor demostración de que lo que decía era verdad.

En aquel momento el Coronel dirigió la atención a un montón de planos que había en su escritorio.

—Volveremos a hablar en cuanto te hayas encargado de la iglesia —le dijo a Judith—. Siempre he pensado que tienes mucho que ofrecer. Ahora averiguaremos si tenía razón.

Judith esperó a que continuara, pero, naturalmente, había terminado. Al final ella se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Pero cuando estaba a punto de salir, el Coronel dijo:

—Tienes que conseguir que el anciano pastor Keith comprenda que está en el lado equivocado de la historia. Y si no te cree, pregúntale a quién pertenecía todo el país antes de que los vaqueros como yo aparecieran.

De pronto, mientras Judith se encontraba delante de la Iglesia Nadie Tiene Mayor Amor, consideró todo lo que había dicho el Coronel: el movimiento de la historia al que había aludido y el nombre de «hombre blanco» que le había puesto: Judy Brooks.

No le había dado muchas razones cuando le había ordenado que se lo cambiara, solo que era más fácil de pronunciar para las «minorías étnicas». Pero Judith comprendió que tenía más que ver con su compulsión de rehacerlo todo: separar a la gente de su pasado y volver a crearla a su imagen y semejanza. Lo había hecho con ella, lo haría con la calle en la que se encontraba en ese momento. Así obraban los vaqueros. Y esa era el alma que, según él, ella también tenía.

Dio unos pasos por la acera y luego se detuvo. Era evidente que había sido imprudente al despedir al chofer. Se hacía de noche, y todo su trabajo se basaba en la premisa de que el barrio era una ruina, peligroso e indeseable. Metió la mano en el bolso para sacar el teléfono, pero sacó un papelito. Leyó «de la fuerza de Daniel en la guarida del león. ¿Cuántos de nosotros caminamos a diario con leones? No parecen leones, hermanos y hermanas. Llevan ropas de hombres y mujeres, y tienen caras de hombres y mujeres. Pero, hermanos y hermanas, son leones. Traficantes y macarras. Violadores y matones. Esos que se llaman nuestros amigos, que dicen que son nuestros hermanos, que afirman ser nuestras hermanas, aunque nos conducen al pecado, son los leones que nos sonrían incluso cuando intentan apartarnos del camino de Jesús. Y alabado sea el Señor, entre nosotros hay algunos que cuando se miran en el espejo cada día ven un león. Sí, cada día nos adentramos en la guarida del león. Pero ¿qué dice Daniel, con su honesta fuerza? Dice: “¡No me han hecho daño! No me han hecho daño, porque yo...”».

Eso era todo. Volvió la página: el nombre, el correo electrónico y la dirección. Leones, se dijo. Era infantil en su candidez; no tenía más sofisticación intelectual que cualquiera de las cosas que decía el Coronel. Aunque este le habría dicho que eran solo leones, que todos ellos eran leones.

—Jonah Jacobstein —leyó Judith, con aquella letra descuidada. No pensaba hacerlo. De ninguna manera. ¿Qué creía que estaba haciendo ella allí? No la conocía, y solo había logrado conocerla lo suficiente para hacerle daño. Era como si la hubiera engañado para que ella confiara en él y así poder traicionarla. ¡Suerte tenía de no haber perdido el avión!, aunque Judith apenas podía fingir que eso representara ni la parte más ínfima de la traición que ella había sentido. La verdad era que no había sentido la esperanza de esa particular confianza... en mucho tiempo. Y cuando se había desmoronado por culpa de esa puta Polaroid, él había desaparecido. Y de repente había vuelto. No era justo. No tenía sentido.

Tiró del extremo del papel hacia ella con una mano, y del otro en dirección opuesta, preparada para romperlo. No le importaba su promesa. La había hecho con toda la intención de romperla, incluso entusiasmada por romperla. Aunque no fuera otra cosa, alimentaría su venganza omnidireccional. Pero Judith era consciente de que luchaba contra una especie de asombro, contra una curiosidad: ¿cómo la había encontrado? Él no podía saber su apellido; ella apenas lo conocía. ¿Y cómo había sabido que esa era la iglesia? Nadie lo sabía. «Jonah Jacobstein», volvió a leer. Todo era muy... extraño.

Judith estaba de pie en mitad de la acera vacía, más o menos a un metro de la cerca que rodeaba la iglesia, contemplando la casa de empeños que parecía una fortaleza. Sabía que podía romper ese papel, y que todos los trocitos de letras y de números se esparcirían en cien direcciones distintas, y en un año nada de lo que veía existiría en su forma original. En un año ella estaría haciendo... ¿qué? Lo que el Coronel le dijera, era de suponer. Naturalmente, Judith podía dejarlo cuando se le antojara: tampoco es que él fuera a suplicarle que se quedara, si es que le importaba en absoluto. Y aún poseía los 876 000 dólares que había heredado de sus padres, en la misma cuenta bancaria del Citibank: no había permitido que el Coronel los tocara. Pero ¿de qué le había servido el dinero? No, probablemente se quedaría. Habría otras iglesias, otras maneras de ganar. El Coronel la conocía lo bastante como para concederle eso, aunque fuera lo único. Y, a fin de cuentas, a ella todavía le gustaba la sensación de ganar, de triunfar. Todo el mundo acababa en alguna parte, tal como le había dicho a Jonah aquella tarde en Ámsterdam. Ella acabaría allí.

Pero si rompía el papel, nunca sabría nada más de él, ni qué lo había traído a Las Vegas, ni cómo la había encontrado ni por qué. Y ella quería saber más.

Así que, se dijo, ¿qué era, por fin: Judy o Judith?

4. ¿Quién puede saber si Dios volverá y se arrepentirá?

El Complejo de Apartamentos Aces High poseía la virtud de estar a solo diez minutos en autobús de la Franja. Si lo deseaba, un residente del Aces High podía dirigirse al solar que había detrás del edificio, entre las malas hierbas que asomaban de la telaraña de grietas y la moteada acumulación de cristales rotos, y desde allí ver la extensión de edificios anexos de la parte trasera de los casinos en el lado occidental de la calle —las oficinas, las cocinas, las lavanderías y los garajes—, y, más allá, los propios casinos: la silueta de coliseo techado del Caesars Palace, la pirámide color obsidiana del Luxor, la aguja verde y recortada del Olympus, la chata aproximación del perfil de Nueva York.

También resultaba práctico que por el Aces High pasaran diversas rutas de autobús: hacia el norte de Las Vegas, hacia Henderson por el sureste, hacia Sumerlin y hasta el aeropuerto MacCarran International, donde unos cuantos residentes en el Aces High trabajaban en el servicio de restauración y de manejo de equipajes. Había iglesias por toda la ciudad, como comprendió enseguida Jonah, por lo que buscó un lugar desde el cual le resultara fácil llegar a donde tuviera que ir cualquier día.

Además de la ventaja de su situación, el Aces High (de manera visible) ofrecía «¡CABLE E INTERNET GRATIS! ¡HABITACIONES LIMPIAS Y SEGURAS! ¡TARIFAS SEMANALES O MENSUALES!», todo ello enumerado en el cartel que había en la entrada del aparcamiento del complejo. De hecho, Jonah había descubierto que lo único que funcionaba era el cable; internet iba irregular en el mejor de los casos; las habitaciones tampoco eran del todo seguras, y solo estaban limpias en el sentido más superficial de la palabra. Sin embargo, para una estancia breve, era uno de los complejos de apartamentos más bonitos que había encontrado en el centro de Las Vegas. No estaba lleno de adictos a la metanfetamina, como ocurría con el motel que se encontraba a pocas manzanas; el conserje, Francisco, se esforzaba para que las instalaciones funcionaran mínimamente. A veces, cuando Jonah regresaba al aparcamiento, las dos plantas de apartamentos —configuradas en herradura, con unas puertas color menta que daban a un pasillo exterior con una barandilla color aguamarina— parecían incluso un tanto atractivas: la pintura aún estaba bastante brillante y las palmeras que había a los extremos del complejo eran más verdes que amarillas. Sin embargo, cuando llegó aquel día se dijo que el Aces High parecía tan atractivo como cualquier otra residencia de bajo coste y para una breve estancia en el cruce de diversas rutas de autobús de Las Vegas.

Se acercaba ya el crepúsculo. Había acabado yendo a otra iglesia, más o menos porque sí. Pero no había llamado de antemano, y el sacerdote no estaba, y el vigilante que había hablado con él parecía cada vez más suspicaz de que no fuera algún policía de paisano. De hecho, era una explicación más plausible de lo que estaba haciendo

que la verdadera, tuvo que reconocer Jonah mientras se adentraba en el complejo del Aces High.

Subió las escaleras hasta la segunda planta y recorrió el pasillo exterior hasta su cuarto. Simon, su vecino, estaba barriendo la entrada de su puerta, quitando las hojas de palmeras secas y las colillas. Lo hacía cada mañana y cada noche.

—¡Amigo! —saludó Simon a Jonah.

—Hola —replicó Jonah.

Simon era un negro flaco y joven, originario de Mozambique. Vivía en su apartamento con otros cuatro jóvenes de África del sur, la única manera de poder pagar el alquiler mensual. Una de las (muchas) cosas irónicas del Aces High que Jonah había observado era que, para casi todos sus residentes, era bastante caro. Simon, vestido con una sencilla gorra azul de pintor, un polo color rosa que le quedaba demasiado grande y con el cuello desbocado, y los tejanos polvorientos que llevaba cada día, cogió la mano de Jonah para estrechársela, y, como siempre, prosiguió el apretón de una manera más amorfa. Simon parecía no haberse dado cuenta de que el apretón de manos occidental terminaba a los pocos segundos.

—¿Hoy has encontrado a tu mujer? —le preguntó Simon, todavía apretándole la mano.

—No, no he encontrado a la mujer... —contestó Jonah.

—La encontrarás —le dijo Simon—. Mañana. —Simon le aseguraba lo mismo cada día, y su fe en el proyecto que Jonah le había explicado a medias jamás flaqueaba; Jonah se dijo que ojalá él tuviera la misma confianza—. Barreré también tu entrada, amigo —le ofreció Simon, soltándole por fin la mano. Decir que Jonah era completamente indiferente a la limpieza del cemento que había delante de su puerta en el Aces High habría sido un eufemismo, pero no le negaba a Simon esa oportunidad de ayudarlo.

Durante los primeros días después de conocerse, Simon le había aconsejado a Jonah que no fuera a hacer efectivos los cheques a la casa de cambio de cheques que había en la esquina, porque le cobraban un porcentaje más alto que en la que había junto a la parada del autobús, al sur. Jonah le había preguntado a Simon por qué simplemente no ingresaba sus cheques en una cuenta, en cuyo caso no le cobrarían ningún porcentaje, y Simon se lo había quedado mirando estupefacto. Aquello condujo a una larga y un tanto tediosa discusión (a Simon había que repetirle las cosas varias veces para que las creyera) acerca del sistema bancario estadounidense, las tasas de interés, los derechos que confería su certificado de residencia, y el riesgo relativo de que robaran el banco, etc. Todo aquello culminó en que Jonah acompañó a Simon a una sucursal bancaria que había a pocas manzanas y le ayudó a abrir una cuenta, y se quedó allí mientras Simon depositaba por primera vez el cheque con que le habían pagado su trabajo en la lavandería del Caesars Palace. Aquello le granjeó a Jonah la gratitud eterna de Simon, lo que, era evidente, se traducía en limpiarle la entrada durante toda su vida.

—Ayer por la noche, amigo, te digo quién se fue —dijo Simon mientras barría. En el Aces High, siempre había alguien que iba o venía, y Simon, a pesar de su limitado inglés y de trabajar dieciséis horas al día siete días a la semana, conseguía estar al día de los chismorreos del edificio—. Ayer por la noche —continuó—, Martha, los niños... —Y dejó de barrer el tiempo suficiente como para hacer un gesto con la palma de la mano paralela al suelo, levantándola despacio (lo que sugería que Martha y los niños se habían alejado flotando hacia el espacio), pero Jonah le entendió. Martha y sus cuatro hijos vivían en una unidad de un solo dormitorio; en una ocasión Jonah le había proporcionado una inútil (como era de prever) asesoría jurídica a Martha respecto a la manutención no pagada de los niños—. Ha dejado las cosas, todas las cosas, en el basurero —añadió Simon—. Ropa, papeles y el ventilador. —Simon hizo girar el dedo índice, como si quisiera enseñarle a Jonah cómo funcionaba un ventilador—. ¡Todavía va! —dijo entusiasmado.

—Imagino que siempre hay esperanza —murmuró Jonah. Simon parecía inmune a las diversas miserias del Aces High. Pero, claro, por lo que Jonah había oído de la infancia de Simon, la idea de la miseria para ambos era muy diferente. Sin embargo, el hecho de pensar en Martha y sus cuatro hijos, huraños y con sobrepeso, todos amontonados en un autobús que se dirigía a alguna parte con las pertenencias que habían conseguido transportar, no lograba disipar la desesperanza con la que había estado lidiando desde su visita a la Iglesia Nadie Tiene Mayor Amor.

—Probablemente ya está bastante limpia —le dijo a Simon, abriendo la puerta mientras su vecino seguía barriendo.

—Mañana encontrarás a esa mujer, amigo —dijo Simon—. ¡O antes! —añadió.

—Muy bien, cuenta con ello —dijo Jonah. Entró en su apartamento y cerró la puerta.

La habitación consistía en una cama doble con un edredón marrón oscuro, una cómoda con un televisor encadenado al mueble, una cocina tamaño armario equipada con un fregadero, una nevera de un metro de alto y un fogón eléctrico, un cuarto de baño con azulejos color caléndula y una ducha sin cortina, una mesa de juego y una silla junto a la ventana; eso era todo. Arrojó la cartera y las llaves sobre la cómoda, junto a la Biblia que había intentado leer; había avanzado lentamente, y se había quedado atascado en el Levítico.

Oyó gritar a un hombre en la habitación de al lado. Los tabiques eran lo bastante delgados como para que, si prestaba atención, pudiera oír cada palabra de las que decía el hombre... pero ya las había oído antes. La mujer de ese hombre, que estaba embarazada, sospechando que él la engañaba, lo había echado de casa. El hombre pasaba al menos varias horas al día hablando por teléfono con ella, intentando convencerla a gritos de que lo dejara volver. A pesar de que él negaba haberla engañado, a veces de mal genio, y a veces sollozando, lo cierto era que se la pegaba a su mujer: Jonah había visto varias veces a su amante, una pelirroja de bronceado de espray que fumaba cigarrillos. Era crupier en el bacarrá del Golden Nugget, y de

hecho bastante simpática, aunque por lo que había oído a través de las paredes, sabía que la mujer también podía ser malvada.

—Joder, ¿es culpa mía si estoy enamorado de ti, zorra? —gritaba el hombre.

Jonah abrió uno de los pesados cajones de la cómoda y sacó el portátil de debajo de un montón de camisetas. Era una precaución absurda; si alguien entraba en su cuarto, evidentemente buscaría en los cajones. Pero era mejor que dejarlo a la vista. A veces, cuando pasaba alguien y miraba hacia el interior de su cuarto, se quedaba observando el portátil.

Jonah se sentó con el portátil a la mesa de juego y miró el correo. Había puesto anuncios en el periódico, los había colocado en Craigslist, buscando información sobre una Judy o Judith en Las Vegas, lo cual le había granjeado cuarenta correos electrónicos de prostitutas y suplantadores de identidad, afirmando ser ella o conocerla.

Había recibido un correo de sus padres, que proseguían con su guerra de consejos acerca de lo que debería hacer con su vida después de que les confesara que no estaba de año sabático, sino que más bien había «abandonado» el derecho mercantil. Su madre consideraba que debería aprender algún tipo de oficio, algo que le permitiera trabajar con las manos: su última sugerencia era grabador; su padre pensaba que debía volver al derecho mercantil. Philip Orengo también le había escrito, poniéndolo al día de los chismorreos de Nueva York: Patrick Hooper tenía una novia de veintitrés años que «no carecía del todo de atractivo», y el propio Philip estaba pensando en presentarse a las elecciones al ayuntamiento la próxima primavera. Y, naturalmente, todo aquello parecía al menos a un mundo o dos de distancia del Aces High, en el centro de Las Vegas.

Hizo clic en la lista de iglesias que tenía. De hecho, solo le quedaban una media docena, y no sabía si eso resultaba alarmante o un alivio. En cualquier caso, no sabía qué haría cuando llegara al final de la lista. Había pensado en indagar en todas las empresas inmobiliarias de la ciudad, llamando a cada una de ellas y preguntando por Judy. ¿Y si eso fallaba?, se había preguntado. Sabía que no podía quedarse en Las Vegas para siempre, encontrara a Judith o no. Solo que no tenía ni idea de qué hacer después. Desde luego, no sería grabador ni abogado. En los días de embriaguez, antes de su marcha de Ámsterdam, había contemplado la idea de convertirse en abogado de los derechos humanos, pero mientras permanecía allí sentado, le parecía una perspectiva especialmente desoladora. Pero ¿acaso todo lo que hiciera después no dependía de lo que ocurriera en Las Vegas? ¿Cómo podía saber lo que haría hasta que encontrara a Judith, o no la encontrara?

Volvió a hacer clic en su correo. Nada digno de leer había aparecido en la bandeja de entrada en los últimos noventa segundos. Estaba a punto de cerrar el ordenador cuando llegó un nuevo mensaje, y vio que era de Becky. Vaciló un momento y lo abrió.

Querido Jonah:

En primer lugar, me han llegado todos tus correos. Y Aimee habló con su hermana de esa chica, pero le dijo que no había tenido noticias tuyas en años. Si la encuentras, ella quiere su correo. Y eso es todo. La verdadera razón por la que te escribo es para que sepas que Danny y yo hemos roto. Todavía creo que eres un capullo por lo que hiciste, pero ahora lo veo todo de manera un poco distinta. Quizás algún día podamos hablarlo. Pero no ahora. En fin. Me ha parecido que deberías saberlo.

BECKY

Jonah volvió a leer el correo varias veces, pero cada vez que lo leía lo dejaba más desconcertado. ¿Significaba que había acertado al contarle lo de Danny? ¿O quizá su ruptura no tenía nada que ver con él? ¿Y qué era ese «todo» que Becky veía de manera distinta? ¿Y por qué pensaba que él debía saberlo? Estaba dándole vueltas a todo eso cuando llamaron a la puerta. Se imaginó que era Simon; cuando se puso en pie y abrió, aún tenía la vista en el ordenador. Solo al no oír el saludo de Simon se volvió. Y en la puerta vio a una mujer alta y flaca con el pelo rubio y corto y una gabardina ceñida con cinturón.

Y Jonah le contó a Judith toda la historia.

Jonah medía a pasos la habitación mientras hablaba, y Judith permanecía sentada a la mesa de juego, tan solo escuchando, sin hacer preguntas, y cuando Jonah terminó, los restos del crepúsculo ya se habían disipado del cuarto, y todas las superficies —la cama, la cómoda, la mesa y la alfombra— parecían salpicadas de sombra. Cuando acabó, Jonah se dejó caer pesadamente sobre la cama: le dolía la nariz de tanto hablar, y se dijo que ojalá hubiera poseído la fuerza de voluntad necesaria para dejar de fumar.

Durante unos instantes, Judith lo estudió: doblado hacia delante, con los codos sobre las rodillas, las manos colgando delante, la cama combada hasta formar casi una V por su peso. Ya no llevaba barba, por lo que su aspecto era más convencional, aunque eso también resaltaba su nariz torcida. Judith pasó la mirada por la cómoda, con el televisor encadenado y la Biblia al lado, con la cinta entre la primera cuarta parte de las páginas. En la habitación de al lado alguien se puso a gritar. Ella se puso en pie y se acercó a la pared a escuchar.

—¿Te crees que esto es un puto juego? —oyó vociferar a un hombre—. ¿Crees que esto es un juego? ¡Esto es mi puta vida!

—¿Por qué vives aquí? —le preguntó a Jonah.

—Está cerca de muchos autobuses —farfulló. Pero sabía que estaba rehuendo la pregunta, y no tenía sentido seguir yéndose por las ramas—. Es menos cutre que muchos lugares de Las Vegas.

—¿Te consideras un asceta? —preguntó Judith.

—¿Qué?

—Si te consideras alguien que renuncia a...

—Sí, ya sé lo que significa la palabra «asceta» —dijo irritado, frotándose la cara

con cuidado a los lados de la nariz—. Y no, no me considero un asceta.

Judith esbozó una sonrisa en respuesta. Se había puesto muy nerviosa al ir a verlo: tanto que, cuando había llegado ante la puerta, se le había pasado por la cabeza no llamar. Pero de pronto se sentía casi eufórica, triunfante porque todo había resultado tan ridículo: ¿quién habría imaginado que él era la clase de persona que albergaría tales ideas: visiones proféticas y misiones de inspiración divina? Por lo que parecía, ni siquiera él.

Y mientras Jonah observaba su persistente sonrisita de suficiencia, dijo:

—No te lo crees, ¿verdad?

—Me doy cuenta de que tú sí lo crees. Pero yo, no —dijo sin más—. No. —Recogió su bolso del suelo—. Bueno, gracias por satisfacer mi curiosidad.

—Espera un momento —dijo él poniéndose en pie—. ¿Te vas?

—¿Por qué iba a quedarme?

—Porque yo... —Pero fue como si, al contarle la historia, se le hubiera olvidado qué quería exactamente de ella—. Pero... al menos dime cómo me has encontrado.

—No he seguido ninguna columna de humo a través del desierto, si eso es lo que piensas. —La cara de Jonah se iba tiñendo de preocupación; ella sabía que eso había sido innecesariamente cruel, aunque le hubiera producido cierta satisfacción. Metió la mano en el bolso y sacó la página del sermón con su nombre y su dirección escritos; se lo entregó.

—He estado allí esta mañana —dijo Jonah mientras lo estudiaba—. Es la iglesia que hay delante de Foremaster.

—La Iglesia Nadie Tiene Mayor Amor, sí, exacto.

—Pero me ha dicho que no sabía nada de ti.

—Pues yo diría que te ha mentado. —Y por alguna razón, también le produjo satisfacción decir eso. De nuevo hizo ademán de ir hacia la puerta.

—¡Espera... espera! —dijo él, desesperado. Había contemplado la posibilidad de que ella se mostrara escéptica cuando oyera su historia, pero de todos los escenarios que había previsto su mente, ese no lo había imaginado: que ella se mostrara tan absolutamente indiferente, que fuera tan desdeñosa con lo que le había contado—. Escucha, no te puedes ir así como así —insistió él.

—¿No? —preguntó ella, de pie junto a la puerta, con el bolso colgándole de las manos—. ¿Por qué no?

—Porque tienes que dejar que... Quiero decir, que aquel día estabas tan alterada. Tienes que dejar que yo... arregle las cosas.

Judith se quedó inmóvil. Había estado dispuesta a dejarlo en su pequeño y extravagante rincón, pero de repente sentía el impulso de explicarle ciertas cosas. No estaba loco, solo se engañaba de una manera descomunal. Y ella debía curarlo de esas ilusiones, como recompensa, se dijo.

—A pesar de lo que puedas creer, yo no he venido a este mundo para justificar lo que tú percibes como un viaje espiritual —le dijo Judith.

Jonah contempló con incomodidad la cara serena y perfectamente maquillada de Judith.

—Eso no es lo que estoy diciendo.

—Pero sigue siendo cierto que tú me necesitas mucho más que yo a ti. Al fin y al cabo, si no te sigo el juego, ¿qué sentido tiene entonces todo el tiempo que has pasado buscando? ¿Qué sentido tiene todo lo que has vivido? La verdad es que podrías haberte fijado en cualquiera y hacer que asumiera el papel de Lois Lane mientras tú hacías de Superman. Solo que dio la casualidad de que fui yo, y solo porque, según dices, recordabas haber visto una foto mía.

—Cuando te dejé, estabas llorando —dijo Jonah a la defensiva.

—Bueno, eso... puede que sea cierto —contestó Judith, evocando brevemente (aunque de manera imperceptible, se dijo) el recuerdo de estar sola en el banco—. Pero incluso tú tienes que reconocer que lo que estás dando a entender carece de lógica, de imparcialidad o de justicia. ¿Por qué iba Dios a enviarte a que me buscaras a mí, y no a los millones de personas del planeta que quizá necesitan o quieren tu ayuda? ¿Quizás el hecho de llorar me hace más merecedora de intervención divina que alguien enfermo o que se muere de hambre? Tienes que comprender que toda esta idea es simplemente absurda.

—Muy bien, comprendo que parece una locura, lo sé mejor que nadie. Pero... — Pero comprendió que ni siquiera entonces sabía cómo describir su fe, y sabía que tampoco era tan solo un problema de expresión. Y no podía negarlo: los argumentos de Judith eran convincentes.

—No dudo que te hayas sentido culpable por lo que hiciste —prosiguió Judith—. Pero no veas en tu culpa más de lo que hay. A pesar de tus supuestas visiones, yo no quiero ni necesito nada de ti, Jonah. Y si alguna vez pensaste lo contrario... te equivocaste —concluyó Judith encogiéndose de hombros.

Jonah abrió la boca para contestar, pero no dijo nada. Ella vio cómo sus ojos lanzaban furtivas miradas a los suyos. Sintió lástima por él. Incluso el pastor había estado más digno y había querido rendirse. El Coronel había acertado al juzgarla, se dijo Judith.

—No son más que cuentos, Jonah —le dijo ella—. No son más que cuentos que nos contamos a partir de las cosas que nos ocurren. Somos nosotros quienes otorgamos a los hechos un sentido o una moraleja, quienes concluimos que se desarrollan de la única manera posible, para no decir que su desarrollo es azaroso. Somos nosotros quienes nos imaginamos que en el centro de los hechos estamos nosotros, en nuestro pequeño viaje, y que es Dios quien maneja la pluma. Pero el caso es que si hubieras hecho lo que habría hecho cualquier persona razonable, y hubieras comenzado a tomar pastillas cuando tuviste las visiones, como las llamas, probablemente vivirías con una de esas dos chicas, trabajarías en ese bufete y estarías muy satisfecho de que todo sucediera exactamente como estaba previsto.

La única luz de la habitación procedía del apagado resplandor de la farola del

aparcamiento que entraba por la ventana. Jonah se había recostado en la cama en penumbra. Sabía que tenía que discutir con ella, pero gran parte de lo que ella había dicho se le había ocurrido algunas veces. Y haberla encontrado por fin —la figura central de tantas cosas en las que había llegado a creer—, solo para que desmontara sus creencias, una a una, hacía que sus afirmaciones fueran muy difíciles de rechazar. Era cierto: no había lógica, ni una justicia perceptible en lo que él había relatado. No se basaba en la lógica ni en la justicia. Así, pues, quizás ella tenía razón: no se basaba absolutamente en nada.

Y, sin embargo... y, sin embargo...

Pero ¿por qué su fe nunca era más que un «y, sin embargo», por qué no era más poderosa que una salvedad, una nota al pie o una sospecha? ¿Por qué, cuando intentaba asirla, no la sentía más firme que si agarrara un carámbano?

—Me temo que me dejé tu chaqueta en el aeropuerto de Ámsterdam —dijo Judith. Al contemplarlo sentado en silencio sobre la cama, la cara de él vuelta hacia el suelo, con un aspecto tan profundamente desconcertado, Judith se había dicho que debería ofrecerle algún consuelo, y no se le había ocurrido nada mejor—. Quizá podría reclamarla en objetos perdidos. Solo había algunas... colillas en los bolsillos.

—¿Por qué llorabas aquel día? —preguntó Jonah al cabo de un momento.

Ella vaciló, pero ¿por qué no se lo iba a contar? ¿Acaso no se había prometido que nunca volvería a llorar así por ello?

—Pensaba en mis padres —contestó ella sin alterarse, muy serena, tal como había practicado ante el espejo antes de contárselo al pastor—. Los mataron en el 11-S. —Y continuó, tal como había practicado—: Pero eso fue hace mucho tiempo. En cualquier caso, aquel día estaba disgustada. Es algo que ocurre de vez en cuando. Y yo... de verdad que aprecio que intentes reparar el... el hecho de haberte marchado de manera tan brusca. Pero, naturalmente, tú no eras responsable de... mí. Sin embargo, me alegro de que hayamos tenido la oportunidad de arreglar las cosas. Te deseo lo mejor. Así que adiós. —Pero no se movió, como si en ese inesperado flujo de palabras se le hubiera olvidado lo que de verdad quería decir—. Adiós —repitió, como para recordárselo. Vio que él la estudiaba con un aire algo burlón—. Ah, imagino que esto encaja perfectamente con tus intenciones, ¿verdad? —dijo de manera brusca—. La pobre huerfanita y tu misión de consolarme, predestinada por Dios.

—Es solo que no lo mencionaste.

—¿Que no mencioné el qué?

—Hablamos del 11-S, y no lo mencionaste.

—¿Hablamos del 11-S? —dijo ella enseguida—. No me acuerdo. —Era una mentira estúpida, sin sentido, y, como reconoció de inmediato, una mentira que proclamaba su falsedad nada más salir de su boca.

Durante unos momentos ninguno de los dos habló, y se miraron el uno al otro con distintas formas de recelo. Jonah recordó cuál había sido su conclusión en

Ámsterdam al pensar en ella: que llevaba un disfraz. Y ahí estaba, con la misma cara y el mismo pelo lustrosos, con el mismo bolso y la misma gabardina, la cual, como observó de repente Jonah, no se había quitado.

—¿Trabajas en el mercado inmobiliario? —le preguntó Jonah—. ¿Por qué compras iglesias para que un casino en secreto pueda...?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —lo interrumpió Judith—. ¿Porque fui a un campamento de verano judío?

—¡Porque es una putada!

Judith soltó una risita burlona.

—¿Sería mejor hacer que me despidieran y dedicarme a buscar a una desconocida porque Dios lo ha dicho?

Jonah se levantó de la cama.

—¿Qué intentas demostrar con todo esto? —preguntó, agitando las dos manos delante de ella—. Sabes perfectamente que todo esto es una chorrada.

Judith forzó una risita amarga.

—¿Ah, sí? Entonces ¿por qué no me ilustras acerca de cómo vivir una vida más auténtica?

—¡Para empezar, no estafar a una iglesia en ruinas de Las Vegas! —le gritó.

Ella metió la mano en el bolso y sacó la carpeta de plástico; la arrojó sobre la cama. Los contratos se desperdigaron sobre la colcha.

—¿Lo ves? Ya está hecho. Ha firmado. La Iglesia Nadie Tiene Mayor Amor ahora pertenece al Coronel Harold Ferguson. Gracias a mí. —Jonah se quedó mirando las hojas de papel grapadas: las páginas torcidas, amontonadas en olas contra los almohadones, cada centímetro cubierto de palabras mecanografiadas—. ¿Estás satisfecho? —preguntó Judith—. ¿Ahora me dejarás en paz?

En la penumbra, Jonah veía la fijeza de la expresión de Judith mientras contemplaba los contratos: cerraba un puño en torno al asa del bolso.

—Has sido tú quien has venido a verme —dijo él sin levantar la voz.

Judith no podía negarlo, pero ya no sabía por qué: se había permitido un instinto antiguo y residual. Sabía que debía marcharse de una vez, pero había algo desolador en la imagen de esos contratos desperdigados sobre la cama; descubrió que carecía de la energía suficiente para recogerlos y meterlos en la carpeta de plástico.

—Es algo de lo que quiero formar parte —le dijo Judith—. Es una manera de ser excepcional. Siempre imaginé que lograría algo... excepcional. ¿Lo comprendes?

Jonah recordó las 17 500 horas de su vida que se había dejado en Cunningham Wolf.

—Sí, claro.

—¿Qué importa, de todos modos? —dijo Judith—. Una iglesia menos en el mundo.

Volvieron a quedarse callados. Jonah oía el zumbido metálico, un tanto desesperanzado, de los aparatos de aire acondicionado de todas las habitaciones

vecinas, los coches que pasaban por las calles de alrededor, alguien que miraba la televisión en una habitación adyacente: los sonidos nocturnos del Aces High.

—Judith... —comenzó a decir.

—Por favor, no —dijo ella—. Aquí no hay ninguna tragedia. No es más que la carrera que he escogido.

—Pero ¿y si...?

—Y si ¿qué? ¿Y si en lugar de irte aquel día te hubieras quedado? ¿Qué? ¿Te habrías pasado diez minutos consolándome y no te habrías sentido tan culpable? ¿O yo habría cambiado mi vuelo y nos habríamos ido a la habitación del hotel a pasar la noche juntos? Sé que resulta tentador pensar que fácilmente todo podría haber sido de otro modo. Si yo hubiera ido a una universidad diferente, quizá mis padres habrían salido de otro aeropuerto. O podría haber ido a tu misma universidad. Entonces nos habríamos conocido mucho antes. Dos judíos en una buena universidad, ¿quién sabe? Muy bien, todo podría haber sido de otra manera. Pero no lo fue.

Su voz no se había alterado, era controlada. Pero enfundada en aquella gabardina, Jonah la veía tal como la recordaba de la vez que la había visto en Ámsterdam: flaca, muy poca cosa. Jonah no había sabido qué haría exactamente, qué debía hacer si la encontraba. A veces imaginaba que todo se resumiría en la simplicidad de un abrazo: el abrazo que debería haberle dado en Ámsterdam. Se abrazarían, ella se sentiría mejor, y luego, bueno, misión cumplida. De pronto Jonah reconocía la candidez de todo eso: la arrogancia de toda la empresa. La vida de Judith y sus necesidades poseían la misma complejidad que la suya, que la de todos. ¿Qué pensaba que podía ofrecerle?

—No pasa nada, Jonah —dijo Judith como si le leyera el pensamiento—. Te absuelvo de todo. Y tu vida también mejorará. Encontrarás a otra chica, y lograrás crearte una vida que tenga sentido. Y dentro de un año —añadió, con una sonrisa malévola— yo asistiré a la colocación de la primera piedra del Centro Babilonia. —Levantó el bolso que llevaba al hombro.

Jonah sabía que probablemente no podía hacer nada por ella. Y lo más probable era que, de una u otra manera, lo hubiera malinterpretado todo otra vez; pero abandonar entonces, no intentarlo... eso también estaría mal.

—¿Y si fuera cierto? —dijo él.

—Por favor, Jonah...

—Quiero decir: ¿y si tú pudieras creerlo?

Judith negaba con la cabeza.

—¿De verdad crees que puedes convencerme? ¿De que Dios te ha enviado?

—Sí, ya sé que suena raro, pero ¿nunca has tenido esa sensación de... de estar seguro de algo?

De repente, Judith se acordó del arroyo, la noche antes de ir a la universidad. Parecía haber tantas cosas en el mundo entonces, muchas más de las que ella podía sentir, tocar o conocer, y quería sumergirse en todas, ahogarse en todas. Pero al final

resultó que... había mucho menos.

—Por favor, no me hagas esto, Jonah —dijo Judith. Pero ¿acaso no se trataba de algo que ella aún quería?, se preguntó. ¿Por qué, si no, había ido?

—Lo único que digo es que existe una razón para que estemos en este cuarto. Nosotros, y nadie más. Eso tiene que ser una prueba de algo, ¿no te parece? Judith —dijo Jonah—. Estoy aquí. Podríamos marcharnos... ahora mismo. No es demasiado tarde.

Y, de repente, una nueva posibilidad cruzó la mente de Judith. Había perdido tanto: tanta esperanza, toda esa promesa de la chica de la Polaroid. Pero ¿y si pudiera recuperarlo? ¿Y si nunca lo hubiera perdido? ¿Acaso no era aún esa misma chica? Vio una imagen de los dos sentados a la mesa de una cocina, cada uno resolviendo el crucigrama del dominical. ¿Era posible que, después de todo...?

No, se dijo. No. Era demasiado difícil. Había pasado demasiado tiempo. Y al momento siguiente estaba enfadada, furiosa. ¿Quién se creía que era ese Jonah para portarse así con ella, con la arrogancia de su inmerecida fe? Y la cólera se resolvió en una intención clarísima, una necesidad familiar: demostrar que ella no se equivocaba en nada. Le demostraría a Jonah cuál era el sentido exacto de que los dos estuvieran en esa habitación. Venganza, se dijo Judith.

Se acercó al interruptor que había junto a la puerta y encendió la luz. En el techo, un único fluorescente circular se iluminó con un zumbido, proyectando una luz de una palidez antinatural en cada rincón del cuarto. No, se dijo Judith, sin la barba no tiene mal aspecto. Harían lo que era natural.

Judith se había quitado la gabardina y la había dejado caer al suelo. Debajo llevaba un vestido de algodón hasta la rodilla, de un azul casi neón bajo aquella luz cruda. Se quitó los zapatos de tacón y Jonah vio cómo su altura se reducía en siete centímetros, primero un pie y luego el otro. A continuación Judith se sentó en la cama, apretó las rodillas contra el pecho y se abrazó, como *une pauvre petite orpheline*, se dijo ella. Al cabo de un momento él se sentó a su lado, porque, se dijo Judith, todos eran iguales, y eso era lo natural. En la repentina iluminación, Judith vio las diminutas arrugas en las comisuras de los ojos castaños de Jonah, el ángulo prominente en la punta de la nariz.

—Has esperado mucho para esto —dijo Judith. Luego le colocó la mano izquierda en la nuca, atrajo su cabeza y lo besó.

Él le devolvió el beso durante unos segundos, pero cuando ella abrió más los labios, él se apartó.

—No creo que esto sea... —comenzó a decir.

—¿Qué otra cosa podría ser? —Judith volvió a atraer su cabeza, pero él la apartó.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Jonah.

—Tú has venido a salvarme. Pues déjame sentir que me estás salvando. —Movié la cabeza para volver a besarlo, pero él se apartó. Confundido, estudió la expresión de Judith, pero a la luz del fluorescente parecía ser todo superficie: la piel teñida de

maquillaje y los ojos muy negros.

—¿De verdad es esto lo que...? —dijo Jonah.

—¿Qué pensabas, que me iría contigo? —dijo Judith—. ¿Que renunciaría a mi vida, porque ese es el deseo de Dios? No seas estúpido, Jonah. El mundo no funciona así. Funciona de la siguiente manera: nos hacemos sentir bien durante un par de horas y no nos volvemos a ver nunca más. —Entrelazó los dedos con los de él, y acercó la mano de Jonah a su cara—. Esto es lo único que puedes hacer por mí. —Llevó la mano de Jonah a su pecho—. ¿No te gustaría matarme a polvos, y luego no tener que pensar en mí nunca más? —Había pensado que eso la excitaría, pero solo sentía tristeza. Pero entonces, cuando sintió la mano de Jonah en el pecho, su mirada de pronto afligida y furiosa, se excitó. Y comenzaron a besarse de manera frenética y salvaje, la lengua provocando un alboroto en la boca del otro. Ella apartó los contratos de la cama al tumbarse, y se incorporaron ayudándose de los pies.

A lo mejor ella había tenido razón desde el principio, se dijo Jonah, y eso era todo lo que iba a ocurrir. Podía hacerlo, y luego podía irse a casa.

—Hago cualquier cosa —dijo Judith—. No tienes ni idea de lo diestra que soy en el sexo.

—¿Utilizarías una palabra como «diestra» en un momento así? —dijo Jonah con desdén, y admitieron que ese desdén pareció excitarlos todavía más. Jonah le metió la mano bajo el vestido, en la entrepierna, y le quitó las bragas.

Ella volvió a agarrarle la cabeza, como si lo obligara a mirar.

—No es culpa tuya que acabes con una zorra tan engreída y desagradecida. ¿Sabes de quién es la culpa? ¿Quién es el autor de ese plan? ¿Y no quieres vengarte?

—Cállate —dijo él. La agarró por las muñecas y le bajó el vestido hasta la cintura. Le levantó las caderas y le quitó el vestido por las piernas, de un tirón abrió el cierre del sujetador y lo apartó: de pronto estaba completamente desnuda. Miró su cuerpo: Judith tenía los brazos por encima de la cabeza, una arruga en la garganta, donde el maquillaje daba paso a una piel blanca, la profunda concavidad del vientre se le movía arriba y abajo entre las costillas, que podía contar mientras ella respiraba, y las escuálidas piernas aún se ahusaban más en los tobillos, y todo el cuerpo carecía de vello.

Judith dijo un tanto cohibida:

—Me salto algunas comidas, no soy... —Pero entonces comprendió su mirada un poco mejor. Debería haber apagado las luces, se dijo.

—La verdad es que pensaba que... creía que sería más... —dijo Jonah.

Judith volvía a sentir lástima por él, por los dos, porque comprendió que esa había sido también su última oportunidad de hacer algo. Pero no había tenido suficiente valor, o no lo había tenido él, o les había faltado un milagro. Para ella era muy triste que incluso en ese momento esperara algo milagroso. Debería haber sabido que esas cosas no pasaban.

Ella le tocó la cara, esta vez cariñosamente.

—No es culpa nuestra. Somos solo cuerpos. —Y comenzó a desvestirlo: le quitó la camisa, los pantalones y los calzoncillos—. Solo somos cuerpos...

Comenzaron a besarse desnudos. En un momento parecido, con Zoey, su cuerpo lo había traicionado, o quizá lo había rescatado, pero mientras se movía encima de Judith, se dio cuenta de que esta vez no habría divergencia. Y lo único que quería era matarla a polvos, borrar a polvos los últimos meses. Sí, costaba renunciar a ello, cuando habías visto lo que habías visto, pero también costaba aferrarse a ello.

—Eh —dijo Judith, justo cuando él estaba a punto de empezar—. Todo te irá bien, ¿entendido? —Sus ojos tenían una mirada llorosa—. Quiero decir que todo nos irá bien. Al final. ¿No crees? —Jonah vio que ella arrugaba la colcha entre las manos, como si se agarrara a ella, a la habitación y al momento con todas sus fuerzas.

Jonah se detuvo. No sabía qué sería de los dos cuando salieran de esa habitación, en cuanto hubieran encomendado todo lo que eso podía haber sido a un breve polvo memorable. Él no sabía si ella al final sería digna de la intervención divina, si se estaba ahogando, derritiendo, o era inalterablemente vulnerable y desnuda, si eso también era cierto de él, de cualquiera, de todos. Era Dios o no lo era. Las visiones habían sido reales o no lo habían sido. Pero él sabía que hiciera lo que hiciera, allí donde se dirigiera —si acababa siendo socio de un bufete en San Francisco, o si vendía medicamentos contra la malaria en África, o si convencía a Zoey o a Sylvia de que volvieran con él, o si se juntaba con otra chica, por amor o por lo que fuera—, nunca lograría olvidar la expresión de la cara de Judith, o la pregunta que le había formulado. Al final, no era de Dios ni de las visiones ni del jasid de lo que no podías escapar. Era de ti mismo.

Pero por lo que se refiere a los cuerpos humanos desnudos, decidir que no deberías hacer algo y no hacerlo son, por supuesto, cosas muy distintas. Y él quería que ella supiera que estaba seguro. Bueno, se dijo: había llegado el momento de sufrir lo que su fe le exigía. Se puso en pie y se acercó a la cómoda. Abrió el cajón de arriba y se inclinó hasta que la nariz quedó en el hueco entre el cajón y la parte superior del marco.

—¿Qué estás...? —dijo Judith cuando el cajón se cerró de golpe.

El chasquido y el aullido de dolor que profirió Jonah y el comprender lo que él había hecho y verlo echar el cuerpo hacia atrás como si la fuerza le hubiera derribado: todo ello alcanzó a Judith al mismo tiempo. Gateó hasta el borde de la cama. A Jonah le salía sangre de las fosas nasales. Una desgarradora lucidez y un aterrado sobrecogimiento se apoderaron de ella. Saltó hacia la cómoda y abrió el cajón; al inclinarse, él comprendió lo que Judith pretendía. Intentó hablar, pero apenas fue capaz de escupir algunas sílabas desordenadas; la agarró por la cintura y ella cayó encima de él, y los dos se quedaron desnudos sobre la alfombra, con las piernas entrelazadas, jadeando.

Y en ese momento ella se echó a reír: su risa pura de *mezzosoprano*.

—Vale, lo admito —dijo ella riendo aún más fuerte—. Eso ha sido más de lo que

esperaba.

Pasaron la noche en vela. Fue difícil conseguir parar la hemorragia; utilizaron todas las camisetas de Jonah como vendaje, y Judith hizo cuatro viajes hasta la única máquina de hielo que funcionaba en el Aces High, en la planta baja del otro lado del edificio. Al final lograron que solo saliera un hilillo, que acabó extinguiéndose. Y Judith limpió la sangre seca de la barbilla y el pecho de Jonah con uno de sus calcetines, que mojó en el lavabo.

Ninguno de los dos había comido desde la tarde anterior, pero lo único que ella encontró en la cocina fueron cereales y café molido. Al parecer, él tampoco cocinaba mucho. Pero Jonah insistió en que al menos Judith tomara algo, y ella le dio ese gusto: se sentó con las piernas cruzadas al extremo de la cama y comió un cuenco de cereales secos, mientras él permanecía sentado junto a los almohadones, con la cabeza recostada contra la pared. Ella le habló de donde se había criado, de lo que había hecho después de que sus padres murieran, del Coronel y de su trabajo en Las Vegas: le contó todo lo que Jonah no había podido averiguar por sí mismo. Él le habló de donde se había criado, de sus estudios de derecho y de su vida anterior a las visiones. Existían ciertas simetrías en sus vidas, observó Judith: también diferencias, pero quizás el parecido era más grande.

Al final, mientras la vacilante luz de la mañana llenaba las ventanas, Jonah se quedó dormido. Pero Judith no estaba cansada. Mientras él dormía con la cabeza echada para atrás y la boca abierta, roncando un poco —como si intentara comunicarse con una mancha de agua del techo en un zumbido sonoro, como de ballena—, ella se puso en pie, abrió la puerta de la habitación y salió.

Era una mañana de noviembre en el desierto; Judith solo llevaba una de las últimas camisetas limpias de Jonah y unos pantalones cortos de baloncesto que había sacado de uno de sus cajones; pero no le importaba el frío, incluso resultó placentera la sensación de piel de gallina en los brazos cuando salió al pasillo de cemento. Había dejado los zapatos dentro —los que le había regalado el Coronel cuando decidió que era el momento de hacerle un regalo—, pero Judith decidió que no le importaba. Le gustaba sentir el cemento bajo sus pies. Llevaba las uñas pintadas de color burdeos, y cuando bajó la mirada sintió ganas de quitarse el esmalte: y quitarse también el de las uñas de las manos, el maquillaje de la cara, la espuma de pelo y el tinte. Pero podía esperar un par de horas.

Recorrió descalza el pasillo, bajó las escaleras interiores y salió al aparcamiento. A esas horas de la mañana aún había poco tráfico, y apenas pasaba alguna furgoneta de reparto. Pero no tardarían en circular los que iban en coche al trabajo; las oficinas del Downtown Las Vegas Development Group pronto se llenarían. Jerry Steadman llamaría a su puerta y querría saber qué pasaba con los contratos. Todos querrían saberlo. Los que esperaban verla fracasar (que eran más o menos todos)

probablemente considerarían que el hecho de no haber sabido nada todavía era un presagio positivo. Que lo crean, se dijo: renunciaba a todos los privilegios y los derechos conferidos por el Coronel, por sus obras. A la luz de las últimas horas, lo veía como alguien de una pequeñez insoslayable.

Se dirigió a la parte posterior del Aces High, desde donde, imaginó con acierto, podría ver la Franja. El solar que había detrás del edificio estaba sembrado de cristales rotos y de esquirlas de cemento: todo afilado, sucio o ambas cosas. Pero tampoco le importaba: recorrió el solar, inspirando brevemente cada vez que algo se le clavaba en las plantas, dando la bienvenida a cada pinchazo, a cada púa.

En el oeste, el cielo poseía una cualidad imponente que no se encontraba en el noreste, y su azul era tan delicado a esa hora que casi no se podía distinguir del blanco. Debajo de ese cielo, los mastodónticos hoteles de la Franja parecían incluso pintorescos, como bibelots mal conjuntados sobre la repisa de una chimenea: una pirámide negra, un cilindro color crema, un mondadientes verde. Desde ahí, todo armonizaba con aquella preciosa mañana.

Y Judith se dio cuenta de que sonreía.

Porque descubrió... que todo seguía allí. Percibía, no a sus padres exactamente, si no parte de la alegría que había en ellos, lo que se podría considerar lo mejor de ellos: su manera de ver el mundo, y la riqueza que percibían en él, la esperanza que les inspiraba. Todo seguía allí.

Se preguntó: ¿podía haber sido Dios? Aquello era mucho creer, pero no podía negar la emocionante extrañeza que le provocaba todo. Aunque no fuera otra cosa, tenía que calificarlo de asombroso: todo lo que había visto, y todo lo que había hecho después; cómo él había seguido el sendero de la fe y la coincidencia para encontrarla allí; él, alguien que había sido educado igual que ella, alguien que podía hablar con ella en su propia lengua, por así decirlo. Eran ellos dos en concreto quienes habían acabado en aquella habitación, tal como había dicho Jonah: los dos, y nadie más. Sí, era asombroso, pero quizás era ni más ni menos que el asombro presente en lo cotidiano.

Dio otro paso hacia el cielo, hacia el horizonte. Sabía que sentir eso tenía algo de estúpido y de tópico, pero de todos modos se permitía sentirlo: se sentía libre. Desde el momento en que había oído resquebrajarse la nariz de Jonah, se sentía como si hubiera despertado; se había desprendido del yo que había sido solo el día antes: una parodia de la persona en la que debería haberse convertido; un mártir de la injusticia de su propia vida; o nadie en absoluto, en realidad, un súbdito más de un falso rey. De algún modo, cuando Jonah se partió la nariz le demostró algo: algo en lo que ella había dejado de creer hacía mucho tiempo. Y en ese momento contemplaba aquella mañana: liberada.

Pero ¿acaso no se había sentido también liberada a veces cuando trabajaba para el Coronel? ¿Acaso no había cambiado simplemente a un hombre y su fe por Jonah y la suya?

Tenía que admitir que era una buena pregunta, y ella siempre había sido perspicaz. Pero era una pregunta que no le interesaba contestar. Lo que ella quería era esa sensación: esa mañana, ese cielo, esa fe, esa renovación. Y dio otro paso al frente, como para avanzar más plenamente hacia ella. Y entonces sintió un dolor súbito y desgarrador cuando un cristal se le clavó en el pie.

Soltó un aullido y levantó el pie herido. Quedó en inestable equilibrio durante unos segundos, y al final cruzó a la pata coja el solar hasta la delgada franja de cemento que regresaba a la parte posterior del Aces High, lo cual, naturalmente, provocó nuevas punzadas de dolor en el pie no herido. Y mientras cruzaba el solar a la pata coja, no pudo evitar pensar que eso también le resultaba muy familiar.

Al llegar al edificio, se apoyó contra él, y apoyó el pie no dañado en la rodilla opuesta. La punta de flecha del cristal se había incrustado debajo del segundo dedo. Hundió los labios en la boca y con dos dedos lo sacó despacio, soltando un gemido en el último momento. A continuación sostuvo el cristal delante de los ojos: de un verde oscuro y con una sola gota de sangre en la punta. Y en ese momento se echó a llorar.

No lloró a causa del dolor. Lloró por todos los errores que había cometido, una y otra vez —por el exceso de celo, por lo que le había hecho a Claudette, por lo que había perdido, por todo aquello a lo que había renunciado o no había hecho por culpa de lo que les había ocurrido a sus padres—, en su intento de estar muerta como ellos. Al final su llanto se apagó, sonó como si se hubiera hundido en el cielo matinal.

Se dijo que era una persona extraña, con una especie de pesar profundo, del que no podía huir para crear un nuevo yo. Siempre sería la misma, la mujer fanática que iba a trompicones, la que había sido siempre, desde el día en que le pusieron deberes por primera vez, cuando iba a la guardería, y los hizo en la mesa del comedor con tanto placer. El fanatismo siempre estaría allí, al igual que la perspicacia, al igual que la aflicción, al igual que esa actitud distante que parecía tan inextricable de esa manera de pensar académica con la que se había criado: su fanatismo siempre la impelía a dar un paso, o mil, o demasiados. Nadie aparecería para rescatarla de eso. Miró una vez más al horizonte y a continuación empezó a ir a la pata coja hacia la parte delantera del edificio.

Consiguió llegar a la puerta de Jonah; y cuando estaba a punto de abrirla, la puerta de al lado se abrió de golpe y apareció un hombre escuálido y de piel oscura tocado con una gorra azul y un polo color rosa que le quedaba grande, con una escoba en la mano. Se la quedó mirando aterrado.

Judith no se imaginaba qué podía pensar de ella: con aquella camiseta tan holgada y aquellos pantalones cortos de baloncesto, desnuda y sangrante, tras haber pasado la noche en vela.

—Soy una amiga de Jonah —comenzó a decir, depositando la punta del pie herido en el suelo—. Estaba... de visita...

El hombre asintió mientras oía esa información, y a continuación prorrumpió en

una sorprendente carcajada de alegría.

—¡Eres la mujer! —declaró.

—Ah —dijo ella—. Sí, supongo que sí.

Al parecer, aquello era hilarante: el hombre casi se tronchaba de risa, dando palmadas de satisfacción.

—Se lo dije, le dije que era hoy —dijo riendo—. Ah, se lo dije, hermana, se lo dije.

A Judith le conmovió saber que Jonah había contado a los demás que estaba buscándola, y también le conmovió lo contento que parecía estar ese hombre al enterarse de que había tenido éxito.

—Y ahora, dime, hermana —dijo el hombre, cuando por fin se apagó su carcajada—: ¿Dónde te escondías?

A Judith no le había parecido que estuviera escondiéndose, aunque comprendía que, desde cierto punto de vista, así había sido.

—Resulta... difícil de explicar —contestó.

—Yo siempre cuido de él —añadió el hombre, señalándose el ojo—. Ahora tú también le cuidas.

Judith solo pudo identificar su acento como africano, y esa ignorancia le molestó.

—¿De dónde eres? —le preguntó.

—De Mozambique —contestó él—. África.

—Entonces ¿hablas portugués?

Él le contestó en lo que ella reconoció como portugués, pero no lo entendió. Judith hablaba un francés fluido, podía mantener una conversación en alemán e italiano, y si hubiera tenido a mano un ejemplar de la *Eneida*, probablemente podría haber traducido un buen trozo. Pero no hablaba portugués, y le sorprendió pensar que nunca sabías lo que podrías necesitar aprender en la vida.

—¿Cómo es Mozambique?

El hombre se quedó pensativo unos segundos, como si contestar fuera complicado, cosa que, razonó ella, probablemente era cierto.

—Mozambique es hermoso. No como aquí. Océanos, montañas, gente. Todo en Mozambique es muy hermoso. Pero demasiado... —Puso una expresión elaboradamente siniestra e hizo un gesto de sacar algo del bolsillo.

—¿Corrupción? —sugirió Judith.

—Aquí es mejor. Trabajas, trabajas, trabajas, y consigues un poco de dinero, sí, solo un poco, pero luego más y más. Mis hermanos vienen pronto —dijo. Y añadió con orgullo—: Más adelante, me casaré. —Metió la mano en el bolsillo de atrás y sacó una cartera de velcro; le entregó una fotografía de siete por siete: una mujer recia con la piel muy negra y una sombría expresión en la cara, el pelo recogido en una complicada trenza, y sentada delante de una cortina pintada de un azul cielo y con nubes algodonosas.

Judith se acordó del retrato de su bisabuelo que colgaba en la sala de estar de su

infancia. Se acordó de su familia: los Klein, de la parte de su madre, asesinados en masa en Europa, de los que solo había sobrevivido la abuela, que había llegado a Filadelfia a los dieciséis años; los Bulbrook, de la parte de su padre, habían emigrado de Austria a Nueva Jersey en la primera década del siglo anterior, y durante cuarenta años habían sido propietarios de una zapatería en Bloomfield Avenue, en Caldwell. Habían abandonado Europa, al igual que ese hombre había abandonado África, supervivientes de todo, y habían construido un nuevo hogar y una nueva familia de la nada. Esos eran sus antepasados.

—Es una lástima que solo existan unos Estados Unidos —le dijo Judith—. Es una lástima que, desde aquí, no haya otro sitio donde poder empezar de nuevo.

Él no contestó, simplemente le sonrió, y al cabo de un momento Judith comprendió que no la había entendido. ¿Y por qué iba a comprenderla?, se dijo. El inglés de él era mejor que el portugués de ella. Además, él estaba interpretando un papel central en una gran historia: la emigración a través de los continentes, la génesis de una nueva forma de vida para sus descendientes. Quizás algún día su retrato colgara en la sala de estar de su bisnieta, y esta acabaría siendo una de esas mujeres de gran éxito sumamente cultivadas que van a cambiar el mundo, o no: como Judith Klein Bulbrook.

No, no había otros Estados Unidos. No había ningún otro lugar donde la historia de ese hombre pudiera ser posible, donde la suya hubiera sido posible. Y como decía a menudo el Coronel, de Estados Unidos tampoco quedaba gran cosa. Por primera vez se le ocurrió que estaba en deuda con todas las historias que habían precedido a la suya; que había depositado cierta fe en esas historias, y también en la suya propia. Solo ella podía ser la protagonista de su propia vida. Así la habían educado.

Regresó a la habitación. Jonah se había levantado y recogía sus cosas de los cajones: hacía las maletas.

—Espera —le dijo Judith—. Primero quiero hacer una cosa.

5. Y Dios vio sus obras

El sol estaba más alto en el azul de Las Vegas, iluminando plenamente la ciudad, y las montañas del otro lado del horizonte parecían espectadores en un anfiteatro, reunidas para ver lo que deparaba el día: las proezas y los fracasos. El pastor Keith ya se había levantado, removía el azúcar de su café sentado a la mesa de su cocina, con la radio encendida y la cuchara tintineando contra el lateral de la taza mientras contemplaba la pared e intentaba imaginarse cómo explicaría lo que había decidido. En aquel momento el Coronel ya llevaba horas en su despacho. Tenía delante los últimos planos del vestíbulo de la torre central del Centro Babilonia, y estaba decidiendo dónde finalizar una línea que indicara hasta qué lugar se extendería el mostrador de recepción hacia el este, delante de las ventanas que daban al lago. Trazó una línea y la borró; volvió a trazar la línea y volvió a borrarla. A treinta metros por debajo de él, en la planta del casino, los asistentes a la convención hacían cola para tomar café, con sus identificaciones en el interior de una funda de plástico que les colgaba del cuello. Solo estaban abiertas unas pocas mesas de juego, pero en todas las columnas de tragaperras había un jugador o dos, probando suerte. En Summerlin, al oeste, los vecinos salían de puertas idénticas y recorrían un camino idéntico para recoger el periódico. En los refugios de Foresmaster, al norte, despejaban todas las camas, y todo el que se marchaba era informado de que tenía que llegar al menos con una hora de antelación si quería asegurarse de disponer de una cama cuando volvieran a abrir las puertas aquella noche. Cómo ocuparan el tiempo durante el día era cosa suya: al fin y al cabo, aquella era una ciudad como cualquier otra. En Estambul, Lindsey y Bonnie estaban delante de la Mezquita Azul cubiertas con sus chaquetas North Face a juego. En Ámsterdam, Max y Rafik jugaban al ajedrez en la casa flotante, y entre ellos se consumían unos porros mientras hablaban. En Nueva York era ya entrada la mañana. El tráfico de los puentes y los túneles se había despejado un poco, y en las aceras aparecían los que paseaban a su perro y las camionetas de venta de comida ambulante. Milim Oh, que residía en Cornell, visitaba a algunos pacientes como parte de su rotación de oncología. En las oficinas de Cunningham Wolf LLP, los abogados preparaban el acuerdo final entre la BBEC y Dyomax. En Spring Street, Brett mostraba un apartamento de un dormitorio a un divorciado de mediana edad, y para animarlo le entregaba la tarjeta del Gurú Phil. Becky y Danny hablaban por teléfono por segunda vez aquella mañana: formaba parte de una larga y dolorosa reconciliación o era la prolongación de una tortuosa ruptura. ¿Quién podía saberlo? Sylvia estaba sentada a su escritorio, revisando el anuncio a la empresa de su ascenso a vicepresidenta de Ellis-Michaels. Era lo que quería; se sentía feliz. Y Zoey evitaba trabajar en el artículo para *Glossified* que tenía que escribir poniendo al día su currículum, cosa que también posponía examinando el

perfil JDate del hombre con el que se iba a ver por primera vez aquella noche. Era abogado, pero, por otro lado, hacía yoga.

Allá vamos otra vez, pensó Zoey.

Y a Judith y a Jonah un zumbido les abrió la verja de la Iglesia Nadie Tiene Mayor Amor. No les esperaban, pero Fernanda les dijo que el pastor los recibiría, y los acompañó hasta el sótano, donde habían colocado unas cuantas sillas para la clase semanal de inglés como segunda lengua. En aquel diminuto despacho con la pancarta de «¡JESÚS SALVA!», que Judith aún no había visto, el pastor Keith los saludó a ambos asegurándoles, como de costumbre, que eran bienvenidos. Solo que pareció ligeramente sorprendido al verlos juntos. Por las preguntas que les formuló, Jonah se dijo que esperaba que le pidieran que los casara. Pero no habían ido para eso.

Judith le devolvió los contratos que había firmado el día anterior, un poco arrugados de tanto pasearse por la carpeta de plástico. Le explicó quién era el propietario del Downtown Las Vegas Development Group, y cuál era su propósito, qué sería el Centro Babilonia y dónde estaría ubicado. Y entonces colocó sobre su escritorio un cheque por 876 000 dólares. Judith escuchó serenamente las objeciones del pastor, igual que había escuchado las de Jonah. Era lo menos que le debía, dijo cuando el pastor hubo terminado. Intentar comprar la iglesia tal como había hecho Judith había estado mal, y ella había sabido que estaba mal, y por eso había intentado hacerlo. Judith le dijo al pastor que eso era lo que sus padres habrían querido.

El pastor Keith se quedó mirando el cheque, colocado sobre el montón de papeles del escritorio, durante un buen rato.

—Esto es un milagro —declaró por fin, aunque Jonah no lo tenía tan claro—. Los milagros ocurren cada día. —Finalmente cogió el cheque y se lo metió en el bolsillo de su chaleco de lana, de una manera un tanto cansina, se dijo Jonah.

Cuando salieron, el día era aún más espléndido: el sol brillaba con más fuerza, y el azul oceánico del cielo se había vuelto más intenso. Y Jonah observó que docenas de personas ya estaban en la cola del comedor de beneficencia.

Regresaron al Aces High. Pasaron por el apartamento de Judith antes de ir a la iglesia. Ella permaneció sentada con la bolsa con sus cosas al lado, en la cama, mientras Jonah comenzaba a recoger la ropa de la cómoda y la metía en la maleta. Cuando abrió el último cajón, el hombre de la habitación de al lado volvía a gritar:

—¡Dios mío, que te jodan! ¡Cristo bendito, eres una puta zorra! ¡Que te jodan! ¡Maldita sea, que te jodan!

Jonah cerró el cajón.

—No lo entiendo.

—¿El qué? —preguntó ella.

Él se volvió para mirarla: estaba sentada en la cama, con las piernas, largas y delgadas, cruzadas.

—¿Qué pasará con esa iglesia? —preguntó.

—Que seguirá abierta.

—Sí, pero ¿cuánto tiempo? Quiero decir, que no va a parar el proyecto del casino, ¿o sí? Tampoco es que hayamos impedido nada, ¿verdad?

Ella reconoció la expresión desesperada de su cara.

—¿Quieres quedarte e intentar impedirlo? —Parecía una elección improbable, pero Judith descubrió que de pronto se encontraba en una posición opuesta a la de él: después de aquel día, estaba dispuesta a todo.

—Pero ¿qué sentido tendría impedirlo? —dijo Jonah levantando los brazos—. ¿Qué salvaríamos? Tiendas de empeños, edificios abandonados, y —le dio una patada a la cómoda— y, y una iglesia a la que nadie va...

—Hay cosas que vale la pena salvar aquí —le dijo Judith—. Hay cosas que vale la pena salvar en todo el mundo.

—Pero ahora todo ha terminado... y todo sigue ahí. ¿Cuál era el sentido... de todo esto?

—Yo estoy aquí, ¿o no? —contestó ella—. No todo ha terminado.

—¿Ah, no? ¿Qué pasa ahora, entonces?

—No lo sé —dijo ella. Y añadió, llena de esperanza—: Ya veremos.

Él se la quedó mirando: su pelo rubio rizándose, su tez pálida sin maquillaje, los ojos negros, su aire desgarrado, su nariz quirúrgicamente perfecta, su brillante inteligencia introvertida: todo su equipaje. ¿De verdad pensaba Judith que era tan simple? ¿Que los dos se irían juntos sin más? ¿Y qué se imaginaba que serían? ¿Una pareja? Él no había estado buscando ninguna nueva relación, ¿era eso lo que ella quería? ¿Sería suficiente, después de todo lo ocurrido? ¿Y cómo les iría? ¿Él acabaría decepcionándola? ¿Qué representaría eso? ¿Y si acababa igual que todas sus otras relaciones? ¿Y si las visiones impedían que su vida juntos fuera posible? ¿Tendría más visiones? Y si no tenía, ¿eso supondría un éxito o un fracaso? ¿Había cumplido los planes de Dios o no? ¿Y cómo podías estar seguro de que Dios tenía un plan? ¿Cuándo se interrumpió?

¿Cuándo lo supiste?

V. EL DESIERTO, EL OCÉANO

Jonah salió de la habitación del Aces High, cruzó el aparcamiento, pasó junto a los moteles y las paradas de autobús y los solares vacíos, cruzó un último tramo de autopista y se adentró en el desierto. Anduvo hasta que el final de la carretera se hundió en el brillo trémulo del horizonte, y Jonah vio en todas direcciones el desierto sin límites, y los matorrales que se aferraban a la cara del desierto le daban el aspecto de un inmenso mar ondulado. Y Jonah se tumbó boca arriba sobre la arena recalentada con la cara hacia el sol, implacable y carente de color, y reveló su pena ante el Señor: «Nunca he sabido qué significa ser un hombre de Dios. No sé qué he hecho, ni si ha sido según tu voluntad o no. No sé qué es el mundo, y cuando te veo en él, es solo a atisbos. En el mundo hay muchas más cosas que sé que no son tú. ¿Cómo puedo vivir en un mundo que no puedo comprender? ¿Cómo puedo servir a un Dios cuya voluntad no comprendo? Para mí sería mejor morir que vivir». Y mientras una nube pasaba por la cúpula del cielo, se proyectó una sombra sobre la cara de Jonah, y en el frescor de esa sombra Jonah sintió una misericordia final, sintió que era lo mejor de la vida, todo lo que era bueno y todo lo que era santo, y a los pocos momentos el sol estaba aún más alto y la nube se alejó y la sombra desapareció, y Dios le dijo a Jonah: ¿Acaso no hay muchas más cosas bajo el cielo que la sombra?

Y Jonah volvió a incorporarse al vasto y misterioso mundo.

Agradecimientos

Es un privilegio disponer de la oportunidad de dar las gracias a algunas de las muchas personas sin cuya ayuda *El libro de Jonah* no habría sido posible. Estoy en deuda eterna con Susan Golomb por haber visto algo en mi manera de escribir y por haberla apoyado de innumerables maneras, y también con Terra Chalberg, Eliza Rothstein, Soumeya Bendimerad y Krista Ingebretson. Gillian Blake, mi incansable y extraordinaria editora, Stephen Rubin, Maggie Richards, Kenn Russell, Kathy Lord, Caroline Zancan y el resto del equipo de Henry Holt fueron unos magníficos compañeros en la creación de este libro.

Al principio me fueron de gran ayuda las sugerencias de Michael Ellis y Lauren Popper Ellis, y resultó esencial la perspicacia de Sheila Dvorak Galione, como siempre desde que la conozco. Caroline «Rolls» Hailey, Leslie Geddes y Michael Geier contribuyeron a que los personajes pudieran hablar y decir palabrotas correctamente en varias lenguas. También quiero dar las gracias a las Organizaciones Benéficas de Nevada del Sur por permitirme ver la admirable labor que desempeñan cada día.

He sido extremadamente afortunado al tener profesores —en las escuelas públicas de Amherst, Massachusetts, en la Universidad de Columbia y en la de Oxford— que se esforzaron por proporcionarme una buena educación. Este libro da fe de ello. Y soy aún más afortunado por contar con la familia que tengo, personas que me apoyaron y me animaron a la hora de escribir cuando el resto del mundo ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Mamá, papá, Jon, Sara, Aleigh, Jeff, la abuela, mis tíos, tías, primos y primas, sobrinos y sobrinas, y mi familia política: gracias por haber estado a mi lado. El recuerdo de mi tía Ruth, de mi tía Franny y de mi abuelo Harry me animaron a terminar el libro. También quiero expresar mi gratitud a mis amigos, todos los cuales son también, para mí, hermanos y hermanas.

Finalmente, el momento más afortunado de mi vida tuvo lugar en el antiguo Yankee Stadium, en agosto de 2004, cuando me senté al lado de una mujer que ha llenado mi vida de alegría y de aventura desde entonces. Julie, sin tu generosidad de espíritu, tu fe e inteligencia, este libro no se habría escrito. No sé si algún día encontraré una manera de agradecértelo, pero me alegra disponer de toda una vida para intentarlo.

Notas del traductor

[1] «Si es la voluntad de Dios». <<

[2] «Destrezas y Herramientas Educativas Cuantitativas». <<

[3] En yidis, «familia». <<

[4] «Fulana» en alemán. <<

[5] Se trata de encestar una pelota de *ping-pong* en un vaso de cerveza desde el otro lado de la mesa. <<

[6] Juego en el que se forman dos equipos de bebedores: cada jugador, cuando acaba su cerveza, debe colocar el vaso en el borde de una mesa y, con un capirotazo, conseguir que quede boca abajo. <<

[7] Es una festividad que dura ocho días y celebra la derrota de los helenos y la recuperación de la independencia judía por parte de los macabeos, y la posterior purificación del Templo de Jerusalén de los ídolos paganos, en el siglo II a. C. <<

[8] Cena ceremonial que celebran los judíos la primera noche de la Pascua. <<

[9] Organización no gubernamental judía de carácter filantrópico. <<

[10] Puntero ritual que se utiliza para leer los pergaminos de la Torá, rematado por una mano con el índice extendido. <<

[11] Los *latkes* son una pasta de patata frita, y el *dreidel* una perinola de cuatro caras con la que se juega durante la Janucá. <<

[12] Esa franja es una sección de unos seis kilómetros de la calle Las Vegas Boulevard South, donde se encuentran muchos de los casinos, hoteles y *resorts* más grandes del mundo. <<

[13] Los colores de Princeton. <<

[14] La BBYO es otra organización juvenil judía, escindida de la B'nai B'rith International. <<